

917

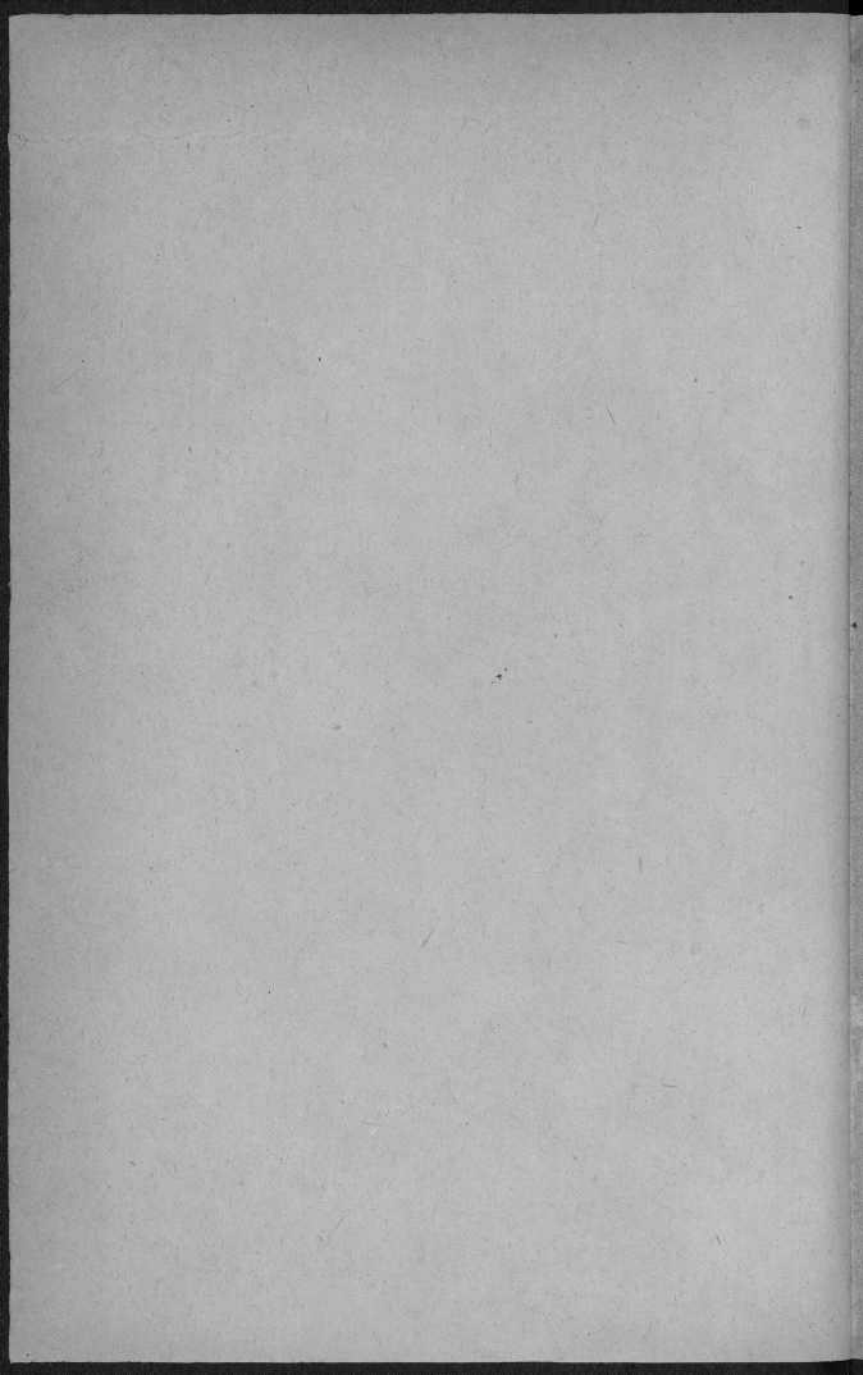
13717

~~6066~~

1850

1850

1850



GLORIAS DEL CLERO

---

TOMO II

Se declararán furtivos los ejemplares, que no ostenten la firma y contraseñas particulares del autor; quien hará respetar la propiedad de esta obra, que esclusivamente le concierne, tratando con todo rigor de justicia ante los tribunales competentes, a cualquiera que, sin su previo permiso, osára traducirla, adulterarla, ó reimprimirla tota' ó parcialmente: á cuyo efecto, queda hecho el depósito y llenados todos los requisitos, que previenen las leyes vigentes de propiedad literaria.

Firma del autor:

*Dr. Blas Causerá, Pbro.*

A handwritten signature in dark ink, consisting of several overlapping loops and a long horizontal stroke extending to the left, positioned below the printed name.

# GLORIAS DEL CLERO

POR

D. BLAS CAUSERA Y CARRION,

PRESBÍTERO:

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA:

COLEGIAL QUE FUÉ DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA,  
Y CATEDRÁTICO DE RETÓRICA Y POÉTICA

EN EL REAL COLEGIO DE SAN PABLO EN VALENCIA:

SÓCIO DE MÉRITO Ó CATEDRÁTICO

EN EL ATENEO CIENTÍFICO-LITERARIO EN LA MISMA:

EXAMINADOR SINODAL DE VÁRIOS OBISPADOS.

ETC.

TOMO II

MADRID

TIPOGRAFÍA POLÍGLOTA, CABEZA, 10

1881

CAPÍTULO VIII

Elaboración de los datos estadísticos

El presente capítulo tiene por objeto el estudio de los métodos de elaboración de los datos estadísticos, desde su recolección hasta su publicación. En primer lugar se trata de la recolección de los datos, que puede ser directa o indirecta. La recolección directa se realiza mediante encuestas, censos, etc., y la recolección indirecta se realiza mediante el análisis de los registros administrativos, etc. Después de la recolección de los datos, se procede a su clasificación y agrupación, para lo cual se utilizan los métodos de clasificación y agrupación. Finalmente, se procede a la elaboración de los cuadros estadísticos, que son el resultado de la aplicación de los métodos de elaboración de los datos estadísticos.



## CAPÍTULO VIII

---

### **Establecimientos ó sociedades beneficiarias**

Abarcará esta última prueba varias sociedades ó juntas de beneficencia y caridad, instaladas en diferentes puntos de Europa por individuos del Clero ó personas piadosas del siglo, dirigidas por aquél: unos y otros, han invertido sus capitales, y sacrificado sus bienes en aliviar las clases desvalidas, en prestar socorros á los imposibilitados para el trabajo, en patrocinar á las huérfanas doncellas, en proteger á las viudas, en defender á los ancianos, en recoger á los niños vagamundos, y llevar remedio á todos los seres desgraciados de la sociedad. Ora han emprendido é impulsado estos objetos piadosos solos los sacerdotes, ora se han asociado á personas piadosas de ámbos sexos y de todas las categorías sociales, que, á su ejemplo, instancias y ruegos, han contribuido á combatir la desgracia, la miseria y la nece-

idad, por todos los medios que inspira el génio de la caridad.

Al dar comienzo al relato de las sociedades de beneficencia, preciso es ocuparnos ántes de SAN VICENTE DE PAUL, en cuyos fecundos manantiales de caridad, han bebido sus saludables aguas todas las asociaciones, que se conocen con el espíritu benéfico de aliviar la desgraciada suerte del prójimo. SAN VICENTE DE PAUL, fué pastor de origen: esclavo en Tunez, llegó á ser un sacerdote, eminente en ciencia y virtud: de esta inagotable fuente de caridad, brotaron todos los arroyos benéficos y misericordiosos, que serpentean por el mundo de la miseria y del infortunio, regando, con sus aguas salut feras, las áridas plantas de la desgracia y del dolor: de este tronco humanitario, brotaron todas las ramas frondosas, que cubren, con su protectora sombra, las faltas ajenas. En efecto, obras suyas son: el hospital de niños expósitos, el hospital de ancianos pobres, el hospital de los presidiarios de Marsella, el colegio de clérigos misioneros, las cofradías   juntas, establecidas en las parroquias y la institucion de las hermanas de la Caridad.

La sociedad de San Vicente de Paul, base de todas las demás que hemos de describir, cunde en todo el orbe católico: su objeto tiende á combatir todo género de necesidades espirituales y temporales: se compone de individuos de todos los estados y categorías sociales: es hasta fabuloso el número de familias, que socorre en cada uno de los puntos, en que radica. **Admira**, y edifica el tierno y conmovedor espectáculo, que ofrecen al mundo las brillantes colectividades de nobles y literatos de todos los estados y posiciones; la falange gloriosa de jóvenes de todas las catego-

rias sociales que, suspendiendo las ocupaciones propias de su profesion y rango, los recreos y pasatiempos de su clase, el reposo y las delicias de su vida, entran en la casa asquerosa del pobre, toman asiento en sus pulverulentas y desvencijadas sillas, conversan familiarmente con él, estrechan tiernâ y simpáticamente su mano, le acarician con limosnas y consuelos espirituales, le alientan con consejos, le animan á sobrellevar con resignacion cristiana los males de la pobreza, á sufrir con paciencia las molestias y dolores de las enfermedades, y se despiden cortesmente, honrándole con las tiernas y lisonjeras frases de: «*hijo, amigo y querido.*»

#### LA SOCIEDAD DE LA CARIDAD MATERNA

El espíritu de esta junta benéfica, se encamina á proveer de pañales á las madres pobres, á señalarles una pension de cinco francos por espacio de diez meses, y una suma cuantiosa, al terminar el período de lactancia: si la madre cae enferma, ántes de criar al párvulo, la asociacion se encarga de proporcionarle noariza, que amamante á su hijo; y si muere, recoge al niño huérfano. Esta corporacion, compuesta de piadosas señoras, es dirigida por algun hijo de SAN VICENTE DE PAUL, ó por algun sacerdote virtuoso y erudito, que administra, económica y equitativamente, los fondos, dando, de tiempo en tiempo, cuenta de todos los intereses, que maneja: el mismo sacerdote se obliga á instruir en religion, doctrina y moral cristiana, á las sócias de la corporacion, por sí, ó por interpuestas personas, á quienes delega este importante cargo de conciencia, cuando causas de trascendencia y gravedad, le impiden llenar personalmente

la mision religiosa, que, libre y espontáneamente, contrajera. Esta junta y otras de igual índole, que, en el desenvolvimiento de la última prueba general de este tratado, hemos de mencionar, tiene sus raices en Francia; pero se ha propagado en las principales potencias de Europa, produciendo los lisongeros resultados, que son de suponer.

#### LA ASOCIACION DE MADRES DE FAMILIA.

Esta junta humanitaria se compone, como la precedente, de señoras piadosas, dirigidas por sacerdotes ó curas de las parroquias, en donde comunmente radica: tiene vários objetos piadosos; pero el espíritu principal de su institucion, tiende á socorrer las parturientas, desprovistas de bienes de fortuna y recursos humanos, y á colocar, bajo su generosa proteccion, á los niños recientemente nacidos: á la madre proporciona cama, caldo, carne y todos los auxilios, que reclama su estado excepcional de salud y delicadeza: al levantarse, la asiste con todos los artículos de alimentacion, que le suministra con escrupuloso cuidado y edificante puntualidad, durante su convalecencia: asiste al hijo, proveyéndole de pañales y de cama, y cubriendo todas las necesidades de su tierna é infantil edad: cuando la clase de las parturientas es un tanto elevada, evitan el rubor, consiguiendo á la decencia del estado social, practicando clandestinamente todos los actos mencionados de misericordia para con la madre y la prole: los individuos de esta corporacion, se ocupan tambien en reconciliar, unir y concordar los matrimonios separados, cortando las causas de las discordias conyugales, con la espada de los donativos y limosnas, si aquellas son de necesidad

y miseria; y con la hoz de los consejos y pláticas morales, si son de vicios y depravacion de costumbres.

LA SOCIEDAD DE LAS HERMANAS DE LOS POBRES, Ó DE  
LOS ANCIANOS POBRES.

Esta piadosa asociacion, que la humanidad desvalida debe al celo y liberalidad sacerdotal, se compone, como las que anteceden, de jóvenes caritativas y religiosas, que, escuchando la prudente y acertada voz de los directores espirituales, á cuyo imparcial y sábio criterio abandonan todos los asuntos de su vida, y siguiendo además los impulsos generosos de sus nobles corazones, se lanzaron al público, á perseguir la necesidad, oculta en el hogar doméstico; en cuya benéfica profesion, sacrifican su hermosura y juventud, bajo los auspicios de un clérigo.

El objeto único y exclusivo de esta congregacion laudable, es acoger, bajo su proteccion, á los inválidos ancianos de ámbos sexos, y depararles un asilo, y proporcionarles los auxilios de subsistencia, que los hijos desnaturalizados les niegan, arrojándolos del seno de la familia, y faltando á todas las reglas de piedad y gratitud para con los padres, á quienes deben su existencia y un puesto, quizá ventajoso, en la sociedad: las sócias hacen petitorios y cuestaciones públicas, para allegarse recursos, y cubrir las atenciones de la achacosa é indefensa ancianidad, cuya proteccion y asistencia han tomado á su cargo. Echó los cimientos á esta piadosa institucion, un joven sacerdote que, á pesar de la insignificancia de sus rentas eclesiásticas y de la carestia de bienes de fortuna, hizo algunos ahorros con las privaciones y

abstinencias de su vida austera y moderada, y compró una casa, en donde se establecieron por de pronto los pobres ancianos y sus generosas protectoras: su ejemplo atrajo en breve donativos de personas piadosas; de modo que con el tiempo, adquirió los grandiosos establecimientos, con que hoy cuenta, y la vasta difusión, que goza.

#### LA DE INSTRUCCION Y MORALIDAD.

Forman esta asociación clérigos de todas categorías: está instalada en las parroquias: tiene por objeto instruir en religión y letras, á los niños pobres: los alumnos reciben además los alimentos á expensas de los socios: cuando están impuestos en los primeros rudimentos de las escuelas primarias, son destinados á carreras ú oficios; pero los que entran en los talleres, continúan frecuentando por la noche, las escuelas dominicales, que son dirigidas por clérigos ó socios de SAN VICENTE DE PAUL.

#### LA SOCIEDAD Á FAVOR DE LOS CRIMINALES.

Esta corporación la componen los hijos de SAN VICENTE DE PAUL; los cuales se toman el ímprobo trabajo de visitar las cárceles, y desposeer á los presos de sus hábitos viciosos y relajadas costumbres con la doble instrucción religiosa y literaria, que les proporcionan; inculcando, en sus feroces y sanguinarios corazones, el santo temor de Dios y el amor á sus semejantes: cuando abandonan estos lugares de corrección, tienen escuelas abiertas, que los mismos socios dirigen, para robustecer la instrucción, que empezaron á recibir en el estado de aprisionamiento.

## LA SOCIEDAD DE LAS NIÑAS MADRES.

Llevan este nombre los componentes de esta junta, porque, á pesar de la tierna edad en que se hallan, se ocupan en obras de caridad, propias de personas adultas y de talento y discrecion; pues educan á las niñas pobres, atendiendo á su subsistencia con los trabajos que les procuran, adecuados á la edad y al sexo: estas s ocias desempeñan su mision bajo la presidencia de los hijos de SAN VICENTE DE PAUL, que tienen establecimientos abiertos á estas niñas pobres, en donde, á m as de la instruccion que reciben de sus tiernas protectoras, son dirigidas por un sacerdote, que tiene á su cargo la parte espiritual de las educandas.

## LA SOCIEDAD DE LAS FAMILIAS.

Esta junta, instalada por sacerdotes, admite tambien en su seno individuos de estado secular, y tiene por objeto, socorrer á los enfermos y pobres vergonzantes, llevando á domicilio todos los recursos, que exigen las circunstancias an omalas de sus adeptos: estos s ocios, aunque visitan personalmente las casas del dolor y la desgracia, delegan á diez individuos, para que lleven los socorros materiales, encargando á cada uno de ellos un artículo de los v arios géneros de alimentacion, que prestan.

## LA SOCIEDAD DE LA SANTA FAMILIA.

Las juntas de esta institucion residen en las parroquias, reconociendo al cura   á otro eclesiástico por superior: su objeto estriba en instruir, y morali-

zar á los hijos díscolos y rebeldes, imponiéndolos en los deberes, que vienen obligados á cumplir para con los padres: si caen enfermos, les proveen de asistencia médica, de medicamentos y de todos los auxilios, que han de menester: componen estas juntas los hijos de San Vicente Paul y algunas señoras y caballeros piadosos, que voluntariamente quieren inscribirse.

Además de las mencionadas, hay otras muchas sociedades, dirigidas por sacerdotes, cuyos individuos, que por lo regular suelen ser los sócios de San Vicente Paul, se toman la molestia de explicar la doctrina cristiana á los proletarios y gentes, dedicadas á las faenas del campo, en cuyo obsequio, celebran las conferencias por la noche, ó en los domingos y dias festivos: cada sócio deposita además, en los fondos comunes, su contingente pecuniario, con cuyos recursos, atiende la sociedad á las necesidades de los que asisten á sus piadosas é instructivas conferencias, y les procura todo género de recursos, cuando contraen alguna grave enfermedad, que les impide el trabajo corporal, al que por lo regular se hallan dedicados; y no los abandona, hasta que se hallan completamente restablecidos.

---



## CAPÍTULO IX

---

### **Conducta humanitaria de Jesucristo y los Apóstoles**

La sociedad, gangrenada con el virus pestilencial de los vicios, suspiraba sin cesar por un remedio salvador, por un saludable antídoto, que pusiera término á la situación amarga de su dolor. El despotismo, la ambicion y el orgullo de los poderosos, habian suscitado todas las calamidades, que agobiaban á la humanidad: la perfidia, la cólera y la desesperacion de la oprimida plebe, tenian en un sobresalto continuo á la tirana y altiva nobleza: el mal, pues, cual peste contagiosa, habia invadido todas las gerarquías sociales; porque, siendo la impiedad y el ateismo, las dos cenagosas fuentes, dó derivaba; y, habiendo ámbas plagas infestado á todos, á todos era tambien comun aquel. El mundo padecía sin esperanza: en su derredor, todo eran lágrimas, lamentos y quejas: los hombres, léjos de prestarse recíprocos auxilios, contribuían inconscientemente á devorarse: era preciso

é indispensable un remedio extraño, superior á las fuerzas naturales: el mal se agravaba por momentos, y la moribunda sociedad estaba próxima á lanzar el último suspiro; pero ¡ah! de improviso, se deja ver, en un oscuro rincon de lá Judéa, en la pequeña aldea de Belén, en un inmundo establo, se deja ver, repetimos, un Divino Libertador, el Redentor del Mundo, que anuncia con la humildad de su *cuna*, la mansedumbre de su vida, la caridad de su doctrina y el poder de sus milagros, que era capaz de salvar la humanidad, regenerándola en todas sus fases.

Aparece JESUCRISTO, prometiendo remedio á todas las dolencias físicas y morales, á condicion de que los pacientes abracen su doctrina, única áncora de salvacion á que debe acogerse la sociedad, para salir incólume del naufragio, que arrostra en el tempestuoso mar de las pasiones. Tomando á pechos la causa del pobre, censura con aspereza el trato duro y cruel, que recibe de los opulentos y poderosos de la tierra, á quienes amenaza con el espantoso castigo del cielo, sinó deponen presto el orgullo, el despotismo, las violencias y los vejámenes, que cometen contra aquel.

Promulgando una ley, oculta á todos los sábios y literatos de la antigüedad, una ley humanitaria, incógnita al noble y al plebeyo, la ley de la igualdad moral, demuestra que todos los hombres son de una misma condicion natural; que en la presencia divina de su Padre Celestial, se distinguen aquellos por las buenas obras; descargando, con la maza de su doctrina, un golpe de muerte á la esclavitud, á los atropellos y vejámenes, que sufren los débiles. Lanzando sus compasivos ojos á los que lloran, á los pacíficos, á los hambrientos y sedientos de justicia, los con-

suela con el calificativo de: *Bienaventurados*; y exhortándolos á la paciencia y resignacion cristiana, los alienta con la esperanza de la vida eterna. Fulmina sentencia de muerte eterna contra los iracundos y vengativos, que rehusan el perdon á sus enemigos, negándose á recibir las ofrendas, que depositan en los altares, á ménos que se reconcilien con sus hermanos; y dá tanta preponderancia á esta ley de mansedumbre, que la establece por base de su santa doctrina y por divisa y contraseña de los que la siguen, ó la profesan. Combate el abuso de las riquezas; anatematiza la fastuosa abundancia; truena contra el lujo, la pompa y ostentacion mundana; aplaude la modestia, la continencia y la economía doméstica: hablando de los bienes de fortuna y de los tesoros pecuniarios, les promete cuantiosas creces, si se consagran al alivio del pobre; pero les advierte que quedan expuestos al hurto y la rapiña, si, sepultándolos en las entrañas de la tierra, dejan sus poseedores perecer al prójimo de miseria. Declama contra la inquietud y agitacion, que atormenta al hombre por el dia de mañana, y le exhorta á que se tranquilice con el estado presente, abandonando el porvenir á la Providencia, é imitando el ejemplo de las aves del cielo y lirios del campo, que, á pesar de no consagrar ninguno de esos cuidados, que excitan á los racionales á procurarse vestido y alimento, van cubiertos con los trages de abigarrados colores y vistosas plumas, y son alimentados superabundantemente por la próspera mano del Omnipotente.

¿Por qué, pues, vosotros, dice, siendo de mejor condicion, que las criaturas irracionales é inanimadas; por qué siendo la obra más perfecta de la creacion, puesto que llevais impresa en la frente la imá-

gen de Dios, os habeis de angustiar con el presentimiento de mañana, en mengua de la fé que habeis recibido, y de la racionalidad que os distingue del resto de los séres, que pueblan el universo? Gradúa de inútiles las limosnas, que se dan públicamente al son de cajas y clarines, calificando á sus autores de hipócritas: para que la limosna y todas las obras de misericordia, que se practican á favor de los desgraciados, dice, sean correspondidas en la eternidad, es necesario sellarlas con el cuño del silencio y del secreto; de modo que, ignore una mano, lo que practica la otra. Confirmaba esta consoladora doctrina con los ejemplos prácticos de caridad y mansedumbre, de que está atestada su vida.

Despues de haber descendido del monte, que habia resonado armónicamente con el mágico metal de su elocuente y dulce voz, inculcando en los corazones de la inmensa concurrencia, que le escuchaba embelesada, las máximas saludables, que hemos consignado, cura á un leproso, que le seguía, confundido con la apiñada muchedumbre. Cediendo á los reiterados ruegos de un centurion, sana á un dependiente suyo paralítico: penetra en la casa de Pedro, y manda á su suegra, que yacía en cama atacada de intensas fiebres, levantarse, y servir en mesa: cura á un paralítico, encomiando su fé y la de aquellos que le conducian, postrado en una cama: una desventurada mujer que padecía, en el trascurso de doce años, un flujo de sangre, quedó libre de este accidente importuno, con sólo tocar la orla de su santo vestido: habiendo fallecido una hija del principe de la Sinagoga, penetra en la casa mortuoria, y con asombro de los circunstantes y, especialmente, de los tañidores de flautas que celebraban la pompa

fúnebre de la muerte, rodeando el yerto cadáver, y la resucita: apesadumbrado con la muerte de JUAN, su precursor, se retira al desierto, dá de comer, hasta la saciedad y con los exíguos recursos de cinco panes y dos peces, á cinco mil hombres; habiéndose llenado de las sobras doce canastas, y dejando sumidos en la más profunda admiracion á los circunstantes, incluso los discípulos que, so pretexto de carestía, le habian aconsejado despedir las turbas inmensas, que le seguian: condescendiendo con las repetidas súplicas de la mujer Cananea, lanza de su hija los demonios que la posesionaban, causándole agudas contorsiones: en suma, se hacía preceder del arco iris de la caridad, con cuyo diverso y variado colorido, se atraía, hácia su Augusta Persona y santa doctrina, á todos los pueblos, que marcaban su gloriosa y benéfica carrera.

En todo el trascurso de su amarga pasion y afrentosa muerte, no exhala una queja contra nadie, no pronuncia una palabra, no prorumpe en improprios contra sus enemigos: al contrario, dirige ardientes votos á su Padre celestial en pró de sus perseguidores y asesinos, logrando salvar á muchos de ellos con el influjo poderoso de sus oraciones: perdona á TOMÁS la incredulidad: disimula á PEDRO la triple negacion: excusa á la mujer adúltera: se atrae, con el imán de su santidad, á la MAGDALENA: se conquista, con las armas de la sabiduría y la dulzura, á la SAMARITANA: se hace acompañar al cielo del buen ladron: en fin, avasalla, con las cadenas de su elocuencia y los tiernos lazos de caridad, al noble y al plebeyo, al rico y al pobre, al esclavo y al señor, á los Reyes y á los súbditos: todos le siguen, atraídos por la sabiduría de sus máximas, embelesados

por la moral de sus preceptos, y cautivados por la dulzura de sus consejos, divulgando, por donde quiera, sus milagros, pregonando sus beneficios y encomiando su doctrina; y anuncian su entrada y arribo en las ciudades y aldeas, con el estrépito de los aplausos, con los entusiastas vivas y resonantes vítores.

Sus Apóstoles y discípulos, marchan á la conquista de las almas por la esplendorosa senda, que Él les trazára: se abren paso á la espinosa mision de regenerar espiritualmente el mundo, imitando exactamente sus virtudes, su santidad, su ejemplo: asombran á los pueblos, que visitan, con portentosos milagros: se concilian las simpatías del público con el grande acendimiento de los consuelos y beneficios, que prodigan á todos los desgraciados, sin excepcion de personas: siembran la fecunda semilla del Evangelio en toda la tierra, fertilizándola con las aguas de la sabiduria, y beneficiándola con el abono de la caridad: confirman la doctrina, que predicán, con el ejemplo de unas costumbres puras é inocentes y de una vida intachable: revelan la mansedumbre de su carácter, predicando el perdón de sus enemigos: en fin, se muestran un fiel retrato de su Divino Maestro.

PEDRO y JUAN, son aprisionados por el enorme delito de dar vista á los ciegos, salud á los enfermos, vida á los muertos, habla á los mudos, piés á los cojos, manos á los mancos; en fin, por subministrar consuelos á la humanidad afligida. Habiendo penetrado en el Templo á ejercer sus funciones, ó á la oracion de costumbre, tropiezan con un cojo de nacimiento, que yacía inmóvil en los umbrales del santuario, implorando la caridad pública: en compensacion de dinero, que no poseen, le mandan andar: el

cojo natalicio empieza á correr por las calles con asombro de cuantos le conocian, y le habian tratado. PEDRO cura en Eyda á un paralítico, y en Joje resucita á TABITHA, mujer muy popular por su reconocida piedad para con los pobres.

Hácia el año 44 de JESUCRISTO, y en el 4.º próximamente del imperio de CLAUDIO, la Judéa experimentó una terrible carestía, que derramó por todos sus ámbitos el hambre y las demás consecuencias de la desconsoladora miseria.

BERNABÉ y PABLO, que en aquellas circunstancias de penuria, residian en Antoquia, supieron, con el corazon traspasado de pena, las desgracias de sus hermanos, y les remitieron recursos de todos géneros. Los ciudadanos de Lystra se sorprendieron, al ver las limosnas, que los Apóstoles hacian á los enfermos, á las viudas y pupilos, apesar de su aspecto pordiósero y miserable: pero el prodigio estupendo, que obraron con un cojo de nacimiento curándole completamente de su nativa dolencia, puso el colmo á su admiracion: de modo que el pueblo entusiasmado, los reputó por dioses, de cuyo supersticioso error participaron los estúpidos sacerdotes, que confundidos con el vulgo, se aprestaron á rendirles sacrificios; mas los santos varones rehusaron tan indignos obsequios, aprovechando aquel extraño incidente para inculcar en aquellos groseros corazones la idea del verdadero Dios, y demostrar la falsedad de sus supersticiones.

PABLO predicó en Tróade un prolongado sermón á la luz de las lámparas, que alumbraban el cenáculo, teatro de la predicacion; y un jóven llamado EUTRICO, que tambien habia asistido á la cátedra del ESPÍRITU SANTO, se durmió profundamente; y habiendo

eaido desde la ventana, en que se apoyaba, murió: el santo orador interrumpió su discurso, se aproximó al cadáver, y al contacto de su mano y sonido de su voz, le resucita, dejando el auditorio embargado de terror y espanto. Prendido y procesado el doctor de las gentes, por el solo delito de anunciarse pregonero de la nueva ley y médico de las dolencias humanas, fué preciso, por el carácter especial de ciudadano romano que revestia, que su causa se fallára en Roma; por lo cual, fué conducido allá por una escolta, á cuyo frente iba el Centurion, JULIO. Al engolfarse en el mar, se originó una bramadora tempestad, que amenazaba sepultar, entre las encrespadas olas de la violenta marejada, á los aterrados tripulantes. PABLO calma su zozobra y ansiedad, restituyendo la calma al mar: reanudando el curso de su viaje, pernocta en Malta, y la casa hospitalaria presencia otro portento de poder y caridad; pues, habiendo el presunto reo bañado con saliva la extremidad del dedo de su huésped, herido por la mordedura de una vívora que se había desprendido de la leña que alimentaba el fuego, le evitó la muerte.

Noticioso el evangelista SAN JUAN, de que un jóven, burlando la vigilancia de su obispo, á quien había abandonado, se precipitó en la resbaladiza senda del crimen, le busca con la solicitud y afán de un padre; y, al encontrarse con el facineroso, huye éste ruborizado; pero el Santo, insistiendo en la empresa de reconquistarle á la gracia, le sigue, dirigiéndole las lisongeras frases de «hijo mio, padre tuyo soy, Dios te espera;» y herido con las flechas de tan afectuosas palabras, se postra á sus piés, regando el suelo con sus lágrimas: es conducido á la ciudad, siendo en lo sucesivo un modelo de virtudes



y morigeradas costumbres. En su ancianidad, que fué muy prolongada, se mostraba su caridad más enardecida que nunca; pues compendia todos sus discursos en estas breves palabras: «Hijos míos, amaos recíprocamente.» Como los circunstantes se mostráran disgustados de oír siempre la misma lección, él les contestaba: «Este es el mandamiento del Señor; si lo cumplís bien, esto sólo basta.» Se esmeraba en proporcionar el pasto espiritual á sus ovejas; y á fin de evitarles el veneno de las heregías reinantes y la ponzoña de la impiedad, los exhortaba á separarse de las malas compañías, dándoles él mismo su ejemplo.

Tenia divididos á los fieles de Corintio un cisma funesto, que trajo deplorables consecuencias al pueblo y á la Iglesia; pues no sólo perturbó las conciencias, introduciendo la incertidumbre en las creencias religiosas, sino que alteró la tranquilidad pública, rompiendo las mútuas relaciones entre las autoridades y los ciudadanos. SAN CLEMENTE, que á la sazón ocupaba el s6lio pontificio, y uno de los setenta y dos discípulos del SALVADOR, reconcili6 las partes encontradas, y restableci6 la calma en la poblacion, por medio de una carta que dirigi6 á los fieles, en la que pinta, á grandes y hermosos rasgos, las ventajas de la paz y los honores del cisma 6 division. Esta carta es, en todas sus partes, un arsenal de moralidad: en ella se recomienda la obediencia á las autoridades, el respeto á los ancianos, el amor al sacerdocio: se encarece la paz, y se exhorta á observarla: se aconseja la extincion del 6dio, de la ira, de la venganza, turbulentos manantiales de las discordias, disensiones y guerras, obstáculos invencibles de la union, concordia y fraternidad: se estimula al ejerci-

cio de todas las virtudes, y especialmente, de la caridad: últimamente, se dan reglas, para arrojar del seno de la Iglesia los gérmenes del vicio, de la herejía y de la impiedad, y para vivir santamente.

SAN ESTÉBAN, uno de los siete diáconos elegidos por los apóstoles en el primer concilio de Jerusalem, se esfuerza en predicar la nueva doctrina á los judíos; y despues de haberse fatigado con un largo sermón, lleno de caridad é instruccion, recibió de su ingrato auditorio, en recompensa de sus trabajos apostólicos, una lluvia espantosa de piedras. á la cual contesta el sufrido é inofensivo orador con oraciones y súplicas de mansedumbre, que dirige al cielo, para obtener el perdon á los mismos, que le persiguen y ultrajan.

SANTIAGO EL MENOR, obispo de Jerusalem, se hizo amar de todos por sus virtudes: era indulgente con los judíos, los gentiles y los sectarios: transigia con ellos en todo cuanto no afectase al dogma y moral de la Religion cristiana; sobrellevaba con invicta resignacion las molestias de los pecadores: disimulaba con prudencia las faltas de todos: consolaba al triste, socorria al pobre, visitaba al enfermo, protegía á las viudas, acogía á la horfandad. Los ópimos frutos de su doctrina, confirmada con el ejemplo de una vida santa, de unas costumbres puras é inocentes, y de una conducta intachablemente contemporizadora, habian trasformado la Jerusalem terrestre en la eterna, en donde el ódio habia cedido á la mansedumbre, la avaricia á la largueza, la discordia á la paz, la tristeza á las alegrías: los bienes de los ricos se compartian con los pobres: todos estaban fuertemente unidos con los tiernos vínculos de la caridad.

Increible parece que un pastor, que habia sem-

brado de virtudes y beneficios el pueblo de Jerusalem, de quien era entrañablemente amado, recibiera la recompensa amarga de la muerte. Sin embargo, ello es cierto, que habiendo confesado en público, y con la franqueza que caracterizaba á los apóstoles, los sacrosantos dogmas de nuestra Religion en un sentido y elocuente discurso que dirigió á los judíos, los escribas y fariseos, vivamente resentidos, trepan en confuso tropel á la galería, desde donde hacía oír su voz el orador sagrado, y á rudos empellones, le precipitaron en la plaza. No espiró á tan tremebundo golpe, y consagra. ¡oh caridad! las escasas fuerzas, que le restan, á favor de sus agresores, por cuya conversion eleva, postrado en tierra, fervorosas plegarias al Altísimo; viniendo á arrancarle de tan humilde actitud un nuevo acto de barbarie: sí, porque un tundidor de paños, que accidentalmente había presenciado aquel espectáculo de ferocidad, le asestó, con el cabestan que tenía en la mano, un golpe tan furibundo, que puso término á su preciosa vida, cuya sensible pérdida fué llorada amargamente por todo su pueblo.

SAN DIONISIO AREOPAJITA, fué uno de aquellos jueces íntegros y respetables, de que se componía el antiguo tribunal del Areópago. Habiéndose convertido á la fé católica, á la predicacion de SAN PABLO, fué elevado á la silla episcopal de Atenas. Todas las prendas personales, que deben adornar á un prelado, resplandecian en el nuevo obispo; pero presidiendo siempre la caridad, de la que había dado irrefragables pruebas, desde el momento en que se consagró al servicio de Dios y de su Iglesia, renunciando á todos sus bienes, y repartiéndolos á los pobres. Escusado es proseguir las biografías de los restantes

apóstoles y discípulos de JESUCRISTO, pues todos, á imitacion de su Divino Maestro, regaron la tierra con las fecundas aguas de la caridad: todos surcaron sus majestuosas frentes con el sudor de las fatigas evangélicas, que consagraban á los pueblos: su augusta presencia tranquilizaba los corazones, calmaba los dolores, proscribía la miseria, conjuraba los males, confortaba los débiles, instruía á los ignorantes. Y ¿qué recompensa y galardón se prometían de tantos cuidados y afanes, con que atendían á las dolencias humanas? La muerte, que escogieron gustosos, rogando por sus asesinos.

## CAPITULO X

---

### **Conducta humanitaria del Pontificado**

Nos creemos dispensados, al formular esta prueba, de examinar, uno á uno, todos los Papas de la Iglesia: bastará recordar alguno que otro, para llevar la conviccion más completa al ingénuo lector, que, sin la sombra de la preocupacion, aspira á investigar la verdad, y abrazarla, venga de donde viniere: pues, no se crea que el extracto, que hacemos del Pontificado Católico, tiene otra mira que la brevedad y la concision, puesto que las glorias de caridad que adornan á los Papas, que han de salir á la escena, son comunes á los que omitimos.

SAN HORMISDAS dejó traslucir en su Pontificado una constancia heróica en conservar, incólume y exento de toda mancha, el sagrado depósito de fé, que se le confiára: jamás transigió con el error: numerosas veces dió el grito de alerta á su predilecta grey contra los perturbadores de las conciencias:

trabajó incesantemente por la pureza de costumbres, no distinguiendo, en la empresa de sus reformas, entre el seglar y el clérigo, cuyas virtudes hizo renacer y progresar en la Iglesia: con todo, fué este Pontífice superior á todo elogio en la virtud de la caridad. Empleó inauditos esfuerzos en pacificar el Oriente, siempre agitado con las turbulencias de la heregía, que el espíritu, osado é inquieto de estos pueblos, no cesaba de suscitar: se dirigió á las iglesias y al trono, encargando á los pastores y á los emperadores, que procurasen restablecer la paz en los pueblos; exhortando á los súbditos y fieles á la union y concordia. Agotó sus tesoros, combatiendo las calamidades y plagas, que en su tiempo se originaron, y asistiendo á los apestados en todas sus necesidades temporales y espirituales. Los Santos Lugares no decayeron de su antiguo decoro y esplendor, gracias á los cuantiosos socorros que la espléndida liberalidad de este Pontífice, les enviaba; en fin, los pobres lloraron inconsolables su muerte, recordando sus limosnas y favores.

Toda la vida de PELAGIO I, es un tejido de obras benéficas; pero nos limitaremos á señalar los rasgos, que más brillan en el cuadro de su caridad. Habiendo los lombardos ocupado el Monte Casino, demolieron los monasterios, y expulsaron los monges. ¿A dónde irá la solitaria familia, desalojada del desierto, á pedir hospitalidad? Roma abre generosa sus puertas á estas bandas religiosas de monges, y en la caridad de PELAGIO hallan un asilo inviolable, abundantes recursos de subsistencia, medios de ocuparse con decencia y decoro en el cultivo de las letras, en el ejercicio de las virtudes, en el socorro y alivio de los desgraciados, y en todas las tareas propias de su

instituto. Él levanta, contiguo al palacio de Letran á los desterrados, un albergue con todas las condiciones, adaptables á su estado y circunstancias. PELAGIO tendiendo una mirada de compasion hácia los pobres ancianos, se propone compensar las ingratas vejaciones y los inhumanos tratamientos, con que correspondieran á sus infatigables desvelos algunos hijos desapiadados y desnaturalizados: abrió un hospital, que en lo sucesivo los defendió de los achaques de la vejez, de los males de la miseria y de los vejámenes de la bárbara familia. La Providencia protegía visiblemente los intereses de este benéfico Pontífice, porque, á pesar de sus larguezas con los pobres, su economía le proporcionó fondos suficientes, para reedificar la iglesia de San Lorenzo, cuyo sepulcro adornó con planchas de plata.

Roma había presenciado espectáculos de goces y placeres, llamando la atencion del resto de los pueblos por el fastuoso lujo de sus báquicas fiestas, por la ostentacion de sus saturnales diversiones y por la pompa de sus circos sangrientos y teatros de asquerosa liviandad. ¿Por qué, pues, la divina Providencia no pudo suscitar todas las calamidades públicas, que más tarde deploró, para contrabalancear los culpables gustos de la antigüedad? Se nos contestará que la Roma cristiana, que probó las amarguras de los castigos, no era la Roma gentil, que se embriagó de placeres ilícitos; y que por consiguiente, bajo este supuesto, la Justicia divina no ponía en armonía la culpa con el castigo. Sin embargo, siempre hubiera dado una leccion de escarmiento á los pueblos, haciéndoles ver, que el teatro de los placeres criminales se había trasformado en un campo lúgubre de dolores y lágrimas, para que se convencieran de la

caducidad de los goces temporales, y aspiráran á los eternos. Flo es cierto, que se desarrollaron epidemias de distintos caractéres en Roma y sus cercanías, que angustiaron sobremanera á los romanos; siendo los Soberanos Pontífices los únicos, que acudieron en su defensa, los únicos, que acallaron el grito de los pacientes; los únicos que enjugaron el llanto del desgraciado, y asistieron á los apestados.

El pontificado de SAN GREGORIO, fué tristemente célebre por la espantosa peste, que se desarrolló, dejando desierta la ciudad, precipitando á unos en el sepulcro, é impulsando á otros, á que se refugiáran en los montes ó en los pueblos, libres del azote. Uno de los remedios, que se ensayaron para aplacar la Justicia divina, consistió en una procesion general, de la que derivan las Letanías mayores de SAN MÁRCOS, mandando que todos asistiesen con lágrimas en los ojos y la fé en el corazon: luego, erigió hospitales y casas de beneficencia ó caridad, donde fueron conducidos los enfermos, auxiliados y tratados con esmerado cuidado y afanosa solicitud: y últimamente, se ocupó en prodigar todo género de desvelos á los pacientes y atribulados, animándolos á la confianza en Dios, á la paciencia, á la penitencia y á la oracion. Otro rasgo de caridad descubre su vida: el Rey de los lombardos, pone asedio á Roma: sus habitantes, oprimidos por la penuria y escasez de víveres, habian llegado al último grado de miseria: compadecido GREGORIO de los lamentos del pueblo, se avista con el feroz conquistador; y á fuerza de súplicas y donativos, levanta el sitio, salvando, por entónces, la ciudad de la ruina y desolacion, que de cerca le amenazaban.

La Iglesia florecía en poderío y grandeza; brilla-



ba en prosperidad y opulencia en tiempo de GREGORIO; pero á pesar de esta pujanza, el caritativo pontífice era afable en su trato, modesto en el vestido, frugal en la comida, avaro para sí, pródigo para el indigente, en cuyo favor redundaban siempre las economías de su persona y de su casa. ¡En cuántas ocasiones no se puso en prueba la caridad de GREGORIO! Y sin embargo, siempre triunfó de la miseria, que los tiempos produjeron. Ni el hambre, ni la peste, ni las guerras, ni el fallo de las cosechas, ni el abatimiento de la industria y del comercio, ni cualquier otro revés, arrancaron quejas y lamentos á los romanos bajo su pontificado, porque no bien levantaban la cabeza estos implacables enemigos del género humano, los aplastaba con el peso de sus limosnas, los abrasaba con el fuego de la caridad: él, como hemos apuntado, desconcertó los monstruosos planes de los lombardos, agotando sus tesoros; él reparó los contratiempos de las cosechas, abriendo sus graneros; él conjuró los estragos de la peste, levantando hospitales y casas de beneficencia.

El pueblo romano vió compensada la pérdida dolorosa de GREGORIO EL MAGNO, con otro pontífice, extremadamente compasivo: la tristeza que le afligía en las carestías y calamidades públicas, recordando la munificencia y liberalidad de aquel inolvidable Papa, fué sustituida con el gozo, que experimentó en el pontificado de ADRIANO I; el que supo olvidar bien pronto la memoria de aquel, y mitigar el dolor, que le había causado su sensible muerte con los sorprendentes rasgos de caridad, que realzan su vida. El Tíber había causado perjuicios irreparables, durante el pontificado de ADRIANO, á la agricultura, reduciendo el propietario á una suma pobreza: diferentes

veces, desbordando sus bramadoras aguas por las risueñas campiñas, produjo inundaciones terribles, que inutilizaron la cosecha, próxima á recolectarse. La desgarradora miseria y el hambre horrorosa, consecuencias funestas de semejantes incidentes, amenazaban cebarse desapiadadamente en las desventuradas familias; pero ¡ah! el generoso pontífice, promoviendo en favor de su afligido pueblo, las obras todas de misericordia, expulsa de Roma tan funestos males. Con las mismas armas, combatió las pestes, que estallaron en su época: con las mismas huestes de misericordia, se opuso á estos nuevos enemigos de la mísera humanidad: con la misma valentía y arrojo, resistió sus rudos ataques, frustró sus tiros, burló sus golpes, obteniendo un éxito triunfal en todas las batallas, que libraba; pues, atrincherado en los inespugnables baluartes de los hospitales, que su previsora mano había levantado, se hizo invencible, librando á su pueblo de las consecuencias de la derrota.

La Iglesia se hallaba en un estado deplorable, cuando ESTÉBAN V, asió las riendas del pontificado: era el reverso de la metalla de los tiempos de GREGORIO: entónces, era admirable por su vasta jurisdiccion, que penetraba hasta el terreno civil: era tambien admirable por su riqueza: ahora tenia reducida su autoridad á su propia esfera, y estaba además sumida en la pobreza y en la miseria, puesto que sus bienes habian decrecido, y todos los efectos de valor habian desaparecido de palacio y de la Iglesia. En efecto, las prentes guerras y las malignas epidemias, de que habia sido teatro Roma diferentes veces, habian llevado la desolacion al santuario y el luto á los pueblos: los espantosos desórdenes y fieros estragos de

tan feroces enemigos, habian dejado exhaustos los tesoros de la Iglesia, y arruinado el patrimonio del propietario. ESTÉBAN se derretía en el fuego de la caridad, y lamentaba no poder desahogar su pasión benéfica en el angosto círculo, á que habia sido reducido el patrimonio de la Iglesia: sin embargo, sus impulsos de generosidad y sus sentimientos de humanidad, no se estrecharon en las angustias del Erario, no: encontraron un vasto campo, para desarrollarse, en la colosal fortuna, heredada de su opulenta casa; fortuna que sacrificó, combatiendo las dolencias y necesidades públicas, que ocasionaron á Roma las carestías y enfermedades contagiosas.

El Oriente fué la cuna de cuasi todas las herejías, que trastornaron la Iglesia y el Estado. La santa causa de la fé proporcionó á los cristianos de Constantinopla infinitos disgustos, por no quererse conformar con las disolventes doctrinas, que los revoltosos innovadores proclamaron: por manera que, molestados en sus propios hogares, se vieron precisados á evacuar los puntos de su residencia, y fijar su domicilio en tierras extrañas. Roma abrió siempre sus hospitalarias puertas á todos los desterrados de Oriente, acogióndolos como hermanos.

PASCUAL I, fué uno de los Pontífices que se distinguieron en este género de caridad, ofreciendo un asilo á los proscriptos de Oriente por la santa causa de las imágenes: invirtió sumas considerables en rescatar los cautivos, que gemian bajo el ominoso yugo de los infieles: abrió los hospitales á la miseria epidémica de los tiempos anormales, que vió su pontificado: buscaba, sin tregua ni descanso, los pobres vergonzantes, y socorría á domicilio sus ocultas necesidades: en fin, arrojó la simiente de las rentas

eclesiásticas en todos los campos de la pobreza, sin distincion de amigos y enemigos.

INOCENCIO III, fué tan desafecto á las riquezas, que las creía sus principales é implacables enemigos: por ello se desprendió de ellas, trasfiriendo su uso á las necesidades ajenas. En los parientes veía obstáculos insuperables al ejercicio de la caridad; por cuyo motivo, procuró alejarlos de su lado, tratándolos en lo sucesivo como el resto de los pobres, sin ceder jamás á sus intempestivas exigencias. A imitacion de JESUCRISTO, cuyo Vicario era, reputaba por familia suya á todos los fieles, y temía que los lazos de la sangre le detuviesen en el curso de la caridad con menoscabo de sus ovejas, angustiadas por el hambre y oprimidas por las necesidades de la pobreza. Como las obras de misericordia eran tan constantes como universales, sus tesoros se agotaron y sus bienes se aminoraron, pero como las necesidades públicas iban nutriéndose cada vez más con las carestías y reveses de los tiempos, el benéfico Pontífice no retrocedió ante estos imprevistos incidentes: su ingeniosa caridad descubrió un arbitrio en el mobiliario de su casa, del que se deshizo; reservándose aisladamente aquellos efectos de imprescindible necesidad y sustituyendo los más preciosos con otros de escasa valía, como las vajillas de tierra y cobre, que reemplazaron á las de oro y plata.

MARTIN IV, tiene muchos puntos de conformidad con el que precede; pues, á su imitacion y ejemplo, fué desprendido de los suyos y muy liberal para todos. Se cuenta una anécdota de este Papa, que confirma el juicio, que de él hemos emitido. Había apenas ocupado el sόlío pontificio, cuando se presentó á MARTIN un individuo de su numerosa familia, mani-

festando los deseos, que abrigaba de enriquecerse á espensas de la Iglesia; pero el Pontífice le dió una respuesta, digna de su carácter, diciéndole, que los bienes del pontificado eran de los pobres; y que por consiguiente, no podia disponer á su arbitrio de ellos, enriqueciendo á unos con perjuicio de otros: suplicóle, pues, que regresára á su casa, dándole una módica cantidad, para ocurrir á los gastos del viaje.

BENEDICTO XII, imitó el santo comportamiento de las papas, que anteceden con respecto á los parientes, de quienes se vió rodeado, apénas subiera al pontificado. Habiendo éstos expresado sus miras ambiciosas de medrar á la sombra del patrimonio de SAN PEDRO, BENEDICTO les dió un desengaño ejemplar, expulsándolos á todos de Roma, sin prestarles un céntimo siquiera, para que atendiesen á las necesidades del viaje: uno solo prosperó al influjo de su dignidad pontifical; un benemérito sobrino, en quien concurrían circunstancias tan especiales, y se reunían cualidades tan eminentes, que la opinion pública, unánime y acorde, le recomendaba, creyendo justa su exaltacion. El soberano pontífice, para no agraviar la justicia, y ofender su conciencia, cedió á la voz imparcial del público, agraciándole con el arzobispado de Arlés, dignidad que desempeñó á satisfaccion de su grey espiritual, presentándose como modelo de preladados, en el ejercicio de todas las virtudes, propias de su elevado ministerio, y confirmando á la vez la ventajosa idea, que de él se habia préviamente concebido. Ofasele decir con frecuencia, que, para ser un buen sacerdote, era preciso presentarse en el mundo, desconocido de todos, á ejemplo de MELQUISEDECH; esto es, sin padres, ni hermanos, ni parientes de ninguna clase. BENEDICTO se complacía en dar

audiencias á los desvalidos, á quienes trataba con todas las consideraciones de verdaderos hijos, escuchando, con afectuosa calma, sus lamentos, informándose minuciosamente de todas sus miserias, y despidiéndolos á todos con la sonrisa en los lábios, despues de haber calmado sus agitados corazones con los consuelos del consejo y el bálsamo de la caridad.

GREGORIO XIII, fué uno de esos papas, que supo conciliar la humildad con la elegancia, y hermanar la caridad con el gusto por las artes, de las que se valía muchas veces, para hacer resaltar aquella. Era muy afable con su pueblo, desplegaba un santo orgullo en el ornato de los templos, en el esplendor del culto y en la pompa de las cosas santas; en cuyos preciosos objetos fijaba principalmente su atención, y empleaba una parte considerable de sus rentas. No se mostraba ménos solícito por la causa de los pobres, cuyo trato y amistad prefería al roce y sociedad de los poderosos del mundo, y por cuyo alivio se desvelaba sin cesar, haciendo los más penosos sacrificios. Roma le debe muchos monumentos elegantes de arquitectura, escultura y letras, descollando entre ellos, los hospitales y casas de beneficencia, que su extremada liberalidad consagró á la miseria ajena: en fin, para completar el cuadro de sus larguezas, sepase que invertía anualmente en limosnas la crecida cantidad de dos millones de escudos de oro.

INOCENCIO XII, dió un paso muy avanzado en favor de los pobres, cortando de un solo golpe el escandaloso monopolio, que algunos parientes de los papas hacían con las rentas de SAN PEDRO. Cerró, por una providencia pontificia que dictó al efecto, las puertas del Vaticano á las familias de los pontí-

fices, excluyéndolas en lo sucesivo de la mesa de la Iglesia, con cuyos manjares solían algunas saciar su desmedido apetito, con perjuicio de los pobres. Redactó una Bula, prohibiendo á los papas todo género de consideraciones con los parientes: propúsole á la aceptación del Sacro Colegio, compeliendo á los cardenales, á que la suscribiesen y observasen en cada cónclave, bajo la responsabilidad del juramento, que hizo prestar á cada uno de ellos en particular; mandando que obligasen con el mismo, á observarla al nuevo papa, ántes de ser elegido: así ratificada, la publicó incontinenti. Él confirmó con su ejemplo el decreto que habia expedido, sustituyendo los pobres á sus sobrinos, entre quienes repartió todos sus bienes.

Cualquiera hubiera tomado por un pordiosero ambulante á CLEMENTE XIII, al verle confundido con la turba de mendigos y pobres, de quienes se rodeaba y se hacia acompañar, para ponerse mejor al corriente de todas sus miserias, y procurarles toda clase de alivio. Era grato ver á un pontifice, cuando ébrio de gozo y placer, daba aquellas audiencias benévolas y afectuosas á los demacrados peregrinos, que aflúan de todas partes á Roma; á los desvalidos y desgraciados, á quienes atraía la fama de su renombrada caridad, y el deseo de recibir consuelos proporcionados al dolor que cada uno padecía: era grato contemplar á éstas turbas de miserables, cuando se precipitaban á la calle, ostentando en sus risueños semblantes la alegría y el placer, que henchia sus corazones, y publicando la clemencia de su generoso protector é ilustre huésped. En una carestía, que experimentó Roma, hizo brillar CLEMENTE públicamente su caridad, proporcionando víveres á los angustiados habitantes.

JUAN VI, GREGORIO IX é INOCENCIO IX, se distinguieron por la compasion que mostraban á la pobre humanidad, que gemía en países extranjeros bajo el yugo de la dura esclavitud; y apesar de las inmensas distancias que los separaba de estos infelices cautivos, heridos por sus lamentos, envian misioneros cristianos al turco feroz, al fanático indio y al supersticioso chino, bien provistos de metálico y donativos, para rescatar de su despótico dominio á los desgraciados, que habian caido bajo su férula.

LEON XII é INOCENCIO X, sobresalen en la hospitalidad, que franquearon generosos al mísero viajero, al indefenso desterrado y al pobre peregrino, á quienes, despues de lavarles los piés, á usanza de los patriarcas antiguos, resarcian de las amarguras del viaje y de la pobreza de su estado con los consuelos que le prodigaban, y la asídua asistencia de todo lo necesario á la vida.

ADRIANO IV y CLEMENTE IV, se distinguen por su afan en defender la santa causa del pobre, cubriendo sus faltas con las riquezas de la Iglesia, de cuya participacion excluyen á los parientes, á quienes tratan con tanto rigor en punto á intereses, que cualquiera que desconociera el espíritu imparcial de caridad, que anima nuestra Religion, los creería unos verdugos de la propia familia. El primero, negó á su madre hasta los recursos de subsistencia, abandonándola á la caridad pública, á cuyas expensas vivia, mientras su hijo, ocupando el primer puesto de la Iglesia, se erigia en padre de todos los necesitados. El segundo, se opone al casamiento de dos hijas, habidas en legítimo matrimonio ántes de ser sacerdote, por no defraudar á los pobres el dote que le reclaman.

SÍMACO, EUGENIO II y CALIXTO III, neutralizan los



embates de las carestías, haciendo importar víveres del extranjero, hasta abastecer á Roma.

Creemos inoportuno acrecentar el catálogo con la enumeracion de ulteriores pontífices, pues todos se esforzaron á porfia en esmaltar sus pontificados con las fragantes rosas de la caridad, consagrándose cada uno de ellos, á cada uno de los diversos ramos que abraza.

## CAPÍTULO XI

### **Prelados de carácter especial, notables por la caridad**

SAN JUAN, llamado el *Limosnero*, mereció este glorioso sobrenombre á su acendrado amor al pobre. En efecto, todos los estados, que marca su vida, están señalados con actos heroicos de caridad, á la que debió, más que á las otras virtudes, el distinguido puesto, que alcanzó en la Iglesia. Era hijo de Epifanes, gobernador de Chipre, de donde descendía. Habiendo sido casado, enviudó sin sucesion, y desde entónces, se consagró todo al servicio de los pobres; habiéndole servido esta conducta de estribo, para encumbrarse á pesar suyo, al patriarcado de Constantinopla. Su constante caridad corría siempre parejas con su dignidad: á medida que ésta se aumentaba, crecía aquella. Habiendo Córroes, rey de Persia, invadido la Palestina, los habitantes, embargados de terror, apelaron á la fuga; y habiéndose refugiado

en Constantinopla, el hospitalario Prelado les dispuso una acogida favorable, proveyendo, con un celo propio de padre, á todas sus necesidades espirituales y temporales.

SAN EFREN fué otro de los innumerables patriarcas, que se distinguieron en el cuidado y socorro de los pobres; cuya circunstancia personal se tuvo en consideracion, al sublimarle á la silla patriarcal de Alejandría. Era EFREN incansable en los ejercicios de piedad y misericordia cristiana: como si no fuera bastante, alimentar diariamente, con la pension eclesiástica que recibía, al inmenso concurso que se agolpaba en su casa, invirtió los bienes patrimoniales en redotar los hospitales y establecimientos beneficiarios.

COSME II, honró el patriarcado con todas las virtudes, propias del estado sacerdotal; pero se captó las simpatías del público por la ciencia, y sobre todo, por la caridad para con los pobres, cuya virtud le llevó al extremo de despojarse en muchas ocasiones de su túnica, para vestir al desnudo. Su compasion hacía los malhechores, rayaba tan alto, que parecía transigir con el delito, cuantas veces intercedía por ellos: pues desempeñaba con tan vivo interés el papel de abogado y medianero en presencia del emperador y ante los jueces y magistrados, que apenas caían en alguna flaqueza, acometía su defensa, y no cejaba, hasta obtenerles su libertad, ó aligerar su condena; de modo que la importuna frecuencia, con que acudía á los tribunales á mendigar proteccion para los clientes, le desgració con los funcionarios públicos del imperio.

Guío obispo de Ginebra, á decir verdad, no observaba las puras costumbres, que exigian su carác-

ter sacerdotal y la dignidad de obispo, á que había sido elevado; pues los hábitos del vicio, contraídos en la juventud á la sombra de su noble cuna, se traslucían en los actos de su vida, sin dejar medrar las virtudes, que deben ser el distintivo del estado sacerdotal. Pero ¿qué elogios, no merecen los generosos sentimientos de humanidad, que despertaba en su compasivo corazón la ajena desgracia? El espíritu tierno y compasivo de este Prelado, no le permitía disfrutar las rentas del episcopado, sin sustraer una buena parte para el alimento de los pobres, á quienes recibía, y trataba con las mismas demostraciones de aprecio y deferencia, que dispensaba á los nobles y dignatarios de la ciudad: habiendo sido sin disputa ninguna las abundantes limosnas, á que destinaba su patrimonio y el de la Iglesia, la causa de haber reformado de tal modo su vida, que murió santamente; siendo llorado por todos, y con especialidad, de los pobres, que consideraron su muerte, como la sensible pérdida de un padre.

WOLVOD era natural de Flandes. La ilustre cuna no corrompió su natural recto y bondadoso, que le indujo al sacerdocio. Nombrado dean de la iglesia de Utrech, se dió á conocer públicamente por sus virtudes: siendo la sabiduría y la caridad las prendas de su persona, que más contribuyeron á granjearle el aprecio de todos. Armado de la primera, sostuvo valerosamente la santa causa de la fé, refutando, con éxito glorioso, los absurdos sistemas de la impiedad: pertrechado con la segunda, se captó las simpatías públicas con los paternales cuidados y pingües beneficios, que prodigó á la miseria y desgracia ajenas. Habiendo llegado los resonantes ecos de su fama al cabildo de Lieja, los canónigos le obligaron á ceñirse

la mitra episcopal de aquella iglesia, cuyo elevado puesto desempeñó con edificacion del pueblo; desplegando todas las virtudes, que deben adornar á un prelado católico. Su pontificado fué una cadena, nunca interrumpida, de obras piadosas: sus ilimitadas limosnas no reconocian, ni aceptaban personas: alcanzaban al pobre extranjero, al mendigo pátrio, á las desconsoladas viudas, á las huérfanas doncellas, á los monasterios y á los hospitales; por cuya conservacion, decoro y esplendor, se desvelaba, no reparando en gastos y sacrificios, por excesivos y penosos que fueren.

RENALDO fué otro de los prelados dignos, que tomaron á su cargo la defensa de la ultrajada y abatida humanidad. Fué severo é intransigente con los nobles y opulentos, que vejaban á los débiles, y oprimian á los pobres: reprimió sus violencias, extirpó sus usuras, combatió sus pretensiones: en fin, los redujo al circulo de sus deberes, trazándoles la linea de conducta, que debian seguir en adelante. Al contrario, fué muy condescendiente con los pobres y desgraciados, á quienes preferia amistosamente á los grandes y nobles de la ciudad; siendo ellos, por lo regular, los que acudian á sus audiencias, los que formaban su séquito, los que componian su córte, y los que se comian sus rentas. En las circunstancias de hambre y carestia, en que suele escasear el jornal que constituye el alimento del pobre, RENALDO improvisaba obras, recomponia carreteras, y abria otros medios de trabajo á los braceros y obreros de la ciudad; esquivando, por estos medios, los horrorosos estragos de la miseria, y las muchas desgracias en que se hubieran precipitado.

VAZON subió al episcopado de Lieja por las gradas

del escalafon eclesiástico, dejando entrever en todas las prebendas que disfrutó, su ardiente amor á la pobreza, en cuyo alivio sacrificó sus bienes, reservándose para sí lo más indispensable á la vida. Las austeridades á que sometía su cuerpo, no le abandonaron, siendo arzobispo; pues, habia aceptado esta nueva dignidad, como una imperiosa obligacion de servir á los pobres; y, por consiguiente, léjos de invertir las rentas del arzobispado en su propia comodidad y regalo, introdujo economías en el trato de su persona y menaje de su casa; resultando, en esta ingeniosa administracion de sus bienes, un excedente pecuniario de mucha consideracion, que se destinaba á obras de piedad y beneficencia.

Este compasivo prelado hizo brillar públicamente la caridad en la horrorosa carestía que se dejó sentir en Francia y Alemania, en el primer año de su pontificado. Los comestibles se encarecieron, al paso que escaseaban; por manera que hasta los más opulentos lamentaron las desagradables consecuencias de este terrible azote. Herido por los clamores, que el hambre arrancaba á su pueblo, mandó VAZON importar víveres del extranjero, y los distribuyó á los vecinos, en proporcion á sus necesidades. En otra ocasion, VAZON hizo sentir á los habitantes de Verdum los dulces efectos de su caridad. GODOFREDO, duque de Lorena, habia puesto en pié un ejército muy aguerido, para vengar un agravio, que esta ciudad le habia inferido: como el carnívoro lobo cae sobre la presa, así se arroja sobre sus muros el invasor; y despues de pasarla á saco, la reduce á cenizas. El prelado de Lieja, compadecido de la catástrofe que habia experimentado Verdum, dió cuantiosas sumas al Clero, para que hiciera los reparos de la catedral

y de los monumentos más preciosos; y sobre todo, para que atendiera á las necesidades públicas de más perentoriedad.

RABAN, arzobispo de Maguncia, hizo muchas demostraciones públicas de la caridad, que le abrasaba: el pueblo se vió acosado, en ocasiones diversas, de la más espantosa miseria, á consecuencia de las frecuentes carestias que le azotaron: él proporcionó consuelo á todas las familias afligidas: asistía á los pobres con limosnas y á los ricos con préstamos gratuitos. Hacíase tambien admirar en el modo y presteza, con que reparaba los estragos que introducía en su pueblo la guerra, indemnizando á los perjudicados con donativos de alguna importancia. Su caridad se habia hecho tan popular, que se repetian de lábio en lábio, estas palabras: «Cuando canónigo, era pobre, cuando arzobispo, mendigo.»

LUINIBERTO, obispo de Colonia, es digno de figurar en el ilustre catálogo de los prelados bienhechores, por los muchos rasgos de beneficencia, que ostenta su vida. No satisfecho con ocurrir á las necesidades de los pobres, que diariamente comparecian á su presencia, deputaba sujetos de confianza, para que indagasen las miserias ocultas; y él mismo se complacía en socorrerlas á domicilio con su propia mano. Su caridad no se limitó á su pueblo: el prolongado brazo de su beneficencia alcanzó á los pueblos situados allende el Rhin, adonde llevó á sus expensas la luz del Evangelio. Habiendo levantado allí un hospital, hizo donacion de él á los misioneros, para que, á medida que fueran avazando en la conquista espiritual, albergáran en él á los enfermos de cualquier religion, que fueren.

HERIBERTO, arzobispo de Colonia, descolló entre

los Prelados que gobernaron esta iglesia, en caridad y celo por las almas. Para que su ejemplo instruyera más que sus palabras, empezó por reformar las costumbres del Clero; y así, ya le fué más fácil morigerar á su pueblo con la predicacion del Evangelio, explicacion de la doctrina cristiana y por todos los medios, que sugiere el ministerio sacerdotal. Fué testigo presencial de una de las tantas carestias, que en aquellos tiempos affigieron á la Francia y Alemania, aprovechándose de estas circunstancias de penuria y escasez, para demostrar al público la caridad, de que estaba animado. Las cosechas habian fracasado, y los infelices labradores, abrumados por la miseria, se vieron obligados á abandonar sus casas, y derramarse por los pueblos abundantes; siendo la ciudad de Colonia el cuartel general de los emigrados, atraidos por la fama de su inclito Prelado, cuya caridad acogió benévolamente á todos, dispensándoles todos los recursos imaginables, para que no deploraran las comodidades de su pátria en aquel suelo extranjero. Su compasivo corazon aún no se había desahogado con la benéfica asistencia, que había prestado á los que se habian refugiado en su diócesis; continuamente se ocupaba de los desgraciados, que por causas ajenas á su voluntad, habian permanecido en la tierra, azotada por la sequía; y así, envió clérigos allá, provistos de recursos, para que los repartieran entre los necesitados; siendo los pobres de diferentes puntos socorridos con estas limosnas.

MAXIMILIANO, obispo de Colonia, consagró los primeros cuidados del gobierno de su iglesia, á cortar las diferencias, que tenian divididos á sus súbditos: también se acreditó por el celo, que desplegaba



en la salvacion de las almas. Con todo, una de las cualidades de más mérito, que se reunian en este Prelado, era la caridad, con cuyo poderoso atractivo, se concilió la estimacion de su pueblo, y realzó la dignidad episcopal, que tan dignamente ocupaba. Aunque fijaba su benévola atencion en la mendicidad, sin embargo, eran los pobres enfermos preferidos en sus larguezas y liberalidades. Para que ninguno de éstos escapára á su proverbial generosidad, levantó un hospital, que los cobijó á todos, prodigándoles los desvelos y asistencia, que sus enfermedades exigian. Una vasta inundacion que causó el Rhin, durante el invierno del año 1784, proporcionó á MAXIMILIANO otra ocasion propicia de hacer conocer á sus ovejas, angustiadas con tan lamentable incidente, los nobles sentimientos de su elevado corazon. Los alarmantes gritos, que arrancaba el hambre á los desgraciados colonos, partieron de dolor las entrañas del Prelado, que no tardó á acallarlos con los consuelos de la limosna y los donativos, que prodigó á los necesitados de todas clases.

MAXIMILIANO, arzobispo de Tréveris, ejerció la caridad en el concepto de hospitalidad que franqueó á los emigrados, que, durante su pontificado, se refugiaron en su diócesis. De esta gracia participaron principalmente los patriarcas PABLO y ATANASIO.

ATANASIO cayó en desgracia con el emperador de Constantinopla, por no haber asentido á los monstruosos errores de los arrianos, cuya causa defendía aquél con desdoro de la majestad imperial y escándalo de los fieles. SAN ATANASIO velaba sin descanso por la pureza de la fé, declarando guerra á muerte á la heregía, y confirmando á los fieles, con el ejemplo

y la palabra, en las verdades dogmáticas de la Religión Católica.

Los arrianos habían desesperado de hacer triunfar su pestilencial doctrina, mientras ATANASIO ocupara la silla patriarcal de Constantinopla; pues habían medido numerosas veces en vano con él las fuerzas de la inteligencia, experimentando siempre vergonzosas derrotas; en su consecuencia, representaron contra él al emperador CONSTANTINO, que, aunque eminentemente religioso, se dejó arrastrar de sus intrigas y amaños, y desterró á SAN ATANASIO á Tréveris, cuyo consabido Prelado le acogió con entusiasta alegría, guardándole todas las consideraciones, que reclamaban de consuno su dignidad, su desgracia y sus virtudes.

PABLO, patriarca de Constantinopla, arrostró varias persecuciones por causa de la fé. Los arrianos, envalentonados con los destierros, á que habían sido condenados algunos Prelados ortodoxos, merced á la influencia que sus diabólicas maquinaciones ejercieron en los ánimos de los emperadores, persistían en la funesta propaganda de la heregía. El emperador CONSTANCIO, se había declarado parcial de los herejías; y haciéndose eco de las exigencias de éstos, firmó el destierro de PABLO, el que, habiendo caído, como ATANASIO, en Tréveris, disfrutó, como éste, de todas las consideraciones debidas á su rango, á la protectora sombra del Prelado MAXIMILIANO, que todavía se hallaba al frente de aquella iglesia.

---

## CAPÍTULO XII

### **Prelados célebres por su abnegacion á favor del pobre**

Raro será el prelado, que no haya hecho recomendable su vida pontifical con algun rasgo sublime de caridad, ó que no haya brillado en el ejercicio de la misericordia cristiana. Abrase la historia de los siglos, y contemplemos al Episcopado católico, haciendo prodigios de caridad al mundo, desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta nuestros dias. Siendo de todo punto imposible, enumerar todos los obispos que han figurado en el vasto campo de la caridad, nos limitaremos á reseñar alguno que otro, fijándonos solamente en aquellos puntos de su historia, que se relacionan con el objeto, que hemos dado al presente tratado.

El obispo SAN CLAUDIO, por quien comenzamos á desarrollar esta prueba, fué tan amante de los pobres, que consagraba los principales cuidados de su

sagrado ministerio al alivio de sus necesidades. SAN ILDEFONSO habla de este prelado, haciendo elogios de su caridad. «Parecíale, dice, tener los pobres en sus entrañas, dentro de su estómago; la hambre de ellos le afligía tanto, como la suya propia: y así, nunca se olvidaba de darles de comer.» Es escusado, pues, esforzarnos en allegar pruebas y evocar hechos, para confirmar más la generosidad de SAN CLÁUDIO, puesto que todo elogio sería inferior á la irrefragable autoridad del citado testigo.

Todavía se hallaba SAN CIPRIANO en los umbrales de la Iglesia, y ya demostraba una suma complacencia en sacrificarse por el prójimo. En efecto, siendo neófito, enajenó los huertos y otras fincas, que poseía en las inmediaciones de Cartago, destinando su importe á los hospitales y asilos de beneficencia. ¡Qué porvenir más lisonjero no debían prometerse los pobres de CIPRIANO, al empuñar el báculo y ceñirse la mitra episcopal, cuando siendo apenas súbdito de la Iglesia, ya cedió su fortuna en pró de sus miserias y dolencias! Seríamos interminables, si acometiéramos la empresa de describir detalladamente todos los actos benéficos, que realzan su vida episcopal.

Una de las obras de misericordia que más le deleitaban, era visitar con frecuencia las cárceles y establecimientos penales ó de correccion, y animar á los criminales, con sus consejos y limosnas, á llevar con resignacion su aciaga suerte, excitándolos á que la aceptáran como una compensacion espiatoria de sus extravíos y una leccion de escarmiento, dada por la Providencia; logrando, por estos medios, sostenerlos en sus creencias, y alejarlos de los precipicios de la incredulidad y de la desesperacion, á los que hu-

bieran de otro modo sido lanzados por el poderoso empuje de la desgracia. Recomendaba eficazmente al Clero la causa de los pobres, aconsejándole que ordenára sus limosnas con arreglo á las necesidades: traía á su memoria el precario estado de las viudas, de los huérfanos y de los éxpositos: en suma, persuadiale á que sembrára el bien en el campo de la pobreza, sin excepcion de personas.

Grandes y conmovedores fueron los ejemplos de caridad, que presentó SAN GREGORIO, *el Taumaturgo*, en el teatro lastimoso de la agobiada humanidad, cuando una maligna peste invadió á su amada Diócesis: recorría todos los lugares infestados, intervenía en todas las escenas del llanto, influía material ó virtualmente en todos los remedios que se aplicaban; acudía á todas las necesidades, asistiendo personalmente á los enfermos: mitigaba el llanto con el bálsamo de sus consejos, mataba la miseria con los dulces tiros de la limosna, y recetaba, con su propia mano, los medicamentos corporales y espirituales. Los mismos gentiles, atraídos por estos ejemplos tan bellos de humanidad, escuchaban respetuosos su voz, abandonaban los ídolos, demandaban sus oraciones, é imploraban la clemencia del cielo. Veíasele confundido con los enfermos, á quienes prestaba los socorros espirituales, que sus lamentos exigían, y el mundo les negaba.

SAN GREGORIO NACIANCENO, dió á su caridad dos objetos distintos: la limosna y el perdón de los enemigos. Consagraba el tiempo, que le dejaban libre las funciones episcopales, al cuidado y servicio de los enfermos: visitaba con frecuencia los hospitales, y se instruía minuciosamente del estado de las rentas, veía por el decoro y aseo de las camas, se ponía al

corriente de todo lo que contribuía al alivio de los desgraciados, que allí moraban: exhortaba, cuando se despedía de aquellas mansiones de caridad, á la servidumbre que se condujera con paciencia y humanidad en el desempeño de su cometido. Los hereges se mofaban de estas nimiedades, á que descendía, creyéndolas denigrativas de la dignidad episcopal, que ejercía; y para ridiculizar su persona, y desprestigiar su conducta en la opinion pública, descargaban sobre él una nube de piedras, cuando le encontraban: mas el santo respondía á estos ultrajes con súplicas y oraciones, que enviaba al cielo, para obtenerles el perdón.

SAN MARTIN, obispo Touronense, se consagraba al servicio de los pobres con preferencia á todos los deberes que le imponía su espinoso ministerio. Cualquiera le hubiera tomado por el padre natural de aquellos, al verle incesantemente ocupado en aliviar sus desgracias, y defender con teson sus derechos. A costa de su propia persona, procuraba, por todos los medios imaginables, proveer á todas sus necesidades: suprimió, en el servicio de su casa, el aparato de sus criados, apartó el lujo de la mesa, desterró la ostentacion y pompa del mobiliario, se encerró en un círculo de privaciones, reduciéndose á una suma estrechez. é invirtiendo todas estas economías personales y domésticas en obras de caridad.

Siendo soldado, ya le recomendó al sacerdocio y al episcopado, que esmaltó con tantas flores de beneficencia, un acto tan heroico de humanidad, que edificó á todos los circunstantes. Al traspasar un día las puertas de la ciudad, presencié una escena dolorosa de miseria, que desgarró su compasivo corazón: yacía allí un pordiosero desnudo y tiritando de frío,

implorando la caridad pública; el cual, léjos de inspirar lástima y compasion, se atraía los insultos y ultrajes de los transeuntes. Era un invierno muy cruel por las muchas nieves y hielos, que se habian estacionado, ocasionando una temperatura glacial, de la que fueron víctimas muchos infelices. MARTIN probó en aquella ocasion el grande interés, que le merecía la agena desgracia; pues, despojándose de su clámide ó vestidura militar, y asiendo en su mano la espada, que pendía de su cinto, corta aquella en dos pedazos, y reservándose uno para sí, cubre con el otro al desnudo pobre. Esta accion tan conmovedora de caridad, fué objeto de vários comentarios; quienes se mofaban, graduando de hipócrita al humanitario soldado; quiénes aplaudian su conducta, sonrojándose de no habersele anticipado en aquel generoso ejemplo de misericordia.

SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo, no fué de los prelados, que ménos se consagraron al ejercicio de la caridad para con el prójimo. A imitacion de los héroes del Clero, que hemos dado á conocer, hizo brillar sus virtudes en pró del abatido pobre: introdujo economías en todos los ramos de administracion doméstica, escatimando gastos, y sometiéndose á privaciones, á la mira de poder cubrir las faltas de su amada Diócesis. Despues de haber agotado las rentas del episcopado, acomodando á las desvalidas doncellas, realzando la magestad del culto católico, y procurando los recursos de la lactancia á los párvulos de incógnito origen, destinó el patrimonio paterno á la redotacion de conventos de monjas.

SAN PEDRO DE OSMÁ, fué otra de las lumbreras de caridad, que brillaron en el episcopado y Clero católico. El incansable afan, con que se dedicaba al cui-

dado de las desgracias ajenas, daba á conocer, que se compadecía más del prójimo, que de sí propio, puesto que sacrificaba muchas veces la salud y la vida en aras de su servicio y asistencia. En efecto, el entusiasmo, con que defendía la santa causa del pobre, le causó muchos disgustos. Hubo en su tiempo un malvado, un sacrílego usurpador, que engreído con los títulos de nobleza y las inmensas riquezas que poseía, invadía impunemente los bienes de la Iglesia, reduciendo á los clérigos á un estado de miseria indecoroso á la clase, y defraudando á los pobres su patrimonio. A pesar de los ruegos, amenazas y amonestaciones del santo obispo, persistía aquel insolente en su intento criminal; pero la Divina Providencia no tardó en hacerle sentir las amargas consecuencias de su sacrílega profesion, enviándole de improviso un castigo ejemplar. Montado en cólera contra el duro censor de su reprehensible conducta, concibió el monstruoso proyecto de quitarle la vida; y habiéndole salido al encuentro en su viaje á la villa de San Estéban, iba á consumar el sacrílego asesinato, cuando el demonio, con autorizacion de Dios, se posesionó de él, derribándole en tierra, y causándole dolorosas contorsiones. Los amigos, que le acompañaban, le alzaron con trabajo del suelo, y le condujeron á su casa. El santo, compadecido de su desgracia, empuñó con sus oraciones á Dios, para que le diera la salud.

SANTO TOMÁS, arzobispo de Cantorbery, sobrepujó á los mencionados compañeros de ministerio en los ejercicios de *caridad*; pues, además de haber alimentado con sus bienes á los pobres, reglamentó las horas del dia, á fin de no defraudar un momento siquiera á su servicio y alivio. Hacía servir todas las



virtudes cristianas á la caridad: obedecía á los superiores y á las autoridades por amor á sus hermanos: al amanecer, convocaba á los pobres, á quienes servía el almuerzo, despues de lavarles los piés, á imitacion de JESUCRISTO: á eso de las nueve, llamaba hasta unos ciento, á quienes hacía sentar igualmente á la mesa: acto continuo, decia misa; luégo, visitaba los hospitales, ocupándose en el servicio y cuidado de los enfermos, hasta hora de comer: por la tarde, daba audiencia á todos los desvalidos, de cuyas desgracias se informaba escrupulosamente, aplicándoles su competente remedio. Comprendiendo que las necesidades ocultas eran las más apremiantes y las más meritorias delante de Dios, se valia de sujetos timoratos y concienzudos, que indagaban su paradero, y sin demora aplicaba, por su conducto, ó por sí mismo, el oportuno remedio. Como todas las obras de caridad se ejercian á costa del patrimonio de la Iglesia, creyó un deber indeclinable, el conservarlas; y en su consecuencia, apremió, con censuras terribles, á los usurpadores y poseores de los bienes eclesiásticos, á que los restituyeran.

Todos los pasos de la vida sacerdotal de SAN JULIAN, están sellados con el cuño de la *caridad*: siendo sacerdote, se despojó del patrimonio de familia, destinando su importe á los hospitales: siendo arcediano de Toledo, se dedicaba al trabajo corporal, para atender á su subsistencia, consumiendo los pobres las rentas de su prebenda. Elevado á la *silla* episcopal de Cuenca, se procuraba igualmente el alimento corporal con sus propias manos, aplicando las rentas de la Iglesia á las necesidades de su querida Diócesis. Se dejaba ver con harta frecuencia de los desvalidos, á quienes socorria, en proporcion á sus necesidades: su

casa era el hospitalario albergue de los desterrados, peregrinos y pobres de todas partes: dispensaba la audiencia más grata á los desconsolados padres de familia: sus más afanosos cuidados se consagraban á los *expósitos*, cuyas lactancias costeaba; á las huérfanas doncellas, cuyo dote les procuraba; á las afligidas viudas, cuyo estado aliviaba, dándoles recursos, y dispensándoles proteccion.

El excelente comportamiento del arzobispo NOBERTO, nos revela, que no hay empresa, por árdua que sea, ni sacrificio el más penoso, que no lleve á cabo la caridad. Miéntras permaneció al frente del arzobispado, se ocupó este varon eminente de la Iglesia en la práctica de todas las obras de misericordia, fijando preferentemente la atencion en las necesidades de las personas, incapacitadas para el trabajo: así es, que las viudas, ancianos, enfermos, huérfanas y expósitos, eran los primeros á participar de su liberalidad. Habiendo renunciado la mitra, llevó la luz del Evangelio á los países idólatras; pero ántes puso el colmo á su caridad, depositando en los hospitales los sobrantes de las rentas arzobispales, y distribuyendo, entre los pobres de la Diócesis, el residuo pecuniario del patrimonio paterno, recientemente vendido. La mansedumbre de NOBERTO, le condujo al extremo de constituirse en defensor de unos enemigos tan insolentes, que, además de ultrajarle de palabra, le embadurnaron en público el rostro con el inmundo cieno, al atravesar una calle pública; á cuyo irritante ultraje, contestó el inofensivo prelado con el perdon, que les alcanzó del cielo.

---

## CAPITULO XIII

### **Prosigue la materia del capítulo anterior**

SAN BUENAVENTURA era la personificación viva de todas las virtudes evangélicas. Léjos de imitar á los sábios del mundo que se desdennan de practicar ciertas obras humanitarias, creyendo falsamente que prostituyen la ciencia, de que tanto se envanecen; el compasivo sacerdote, penetrado del espíritu de nuestra Religion, creyó, por el contrario, realzar sus dones intelectuales, mezclando los nobles ejercicios de las escuelas con los más sublimes actos de beneficencia; y por consiguiente, se esmeraba más en el cumplimiento de los deberes misericordiosos, que en el ejercicio del magisterio y cultivo de la ciencia; así es, que se le veía indistintamente confundido con los discípulos de su escuela, descubriendo los arcanos de la Filosofia, y explanando las impenetrables verdades del dogma católico, y con los enfermos del cláustro y de los hospitales, ocupándose en su servi-

cio, cuya honrosa profesion, tan vilipendiada de los hijos del siglo, disputaba á los dependientes religiosos, que la ejercian de derecho en todas las épocas del año; pero principalmente, en las anormales de epidemias. El temor de la muerte, tan connaturalizado con el hombre, los peligros del contagio, los miásmas fétidos de los aposentos apestados, retraían del servicio, á los enfermeros, cuando las pestes se desarrollaban, descargando despiadados golpes sobre la doliente humanidad: entónces, el doctor del claústro abandonaba las escuelas, y se ponía al frente de los enfermos, suministrándoles cuantos recursos exigia su deplorable estado, y arrostrando gustoso todas las inconveniencias de la invasora epidemia.

El obispo SAN NICOLÁS, no brilló ménos en la carrera de la caridad que el resto de los prelados católicos, que le precedieron; pues, á su imitacion y ejemplo, lamentaba las desgracias ajenas, y hacía inauditos esfuerzos para remediarla: los pobres eran su propia y querida familia, á cuyas necesidades atendía con la solicitud propia de un padre natural y legítimo, dándoles de comer diariamente, admitiendo á su mesa un número proporcional á sus rentas, sin reservarse cosa alguna para mañana, y esperándolo todo de la Providencia, á cuyos brazos se abandonaba. Sus prodigalidades alcanzaban tambien á los infelices necesitados, á quienes el pudor de su decente estado, no consentía hacer públicas las críticas circunstancias de escasez, en que se hallaban: el santo prelado investigaba el lugar de su residencia, se cercioraba de sus necesidades, y llevaba á domicilio los auxilios de su infatigable caridad. ¡Cuántas doncellas de familias bien acomodadas hubieran naufraga-

do en el hediondo mar de la prostitucion, si la generosa mano de este prelado no hubiera arrojado en el momento del peligro una tabla salvadora! Noticioso de los obstáculos, que les impedian contraer matrimonio, NICOLÁS se apresuraba á desvanecerlos, abriéndoles las puertas del estado conyugal con las llaves del dote, que les entregaba.

SAN ANDRÉS CORSINO, obispo de Fiésoli, se distinguió por su ardiente amor á las dolencias ajenas, cuyos estragos deploraba con lágrimas de sangre, mientras acariciaba las suyas propias con la tranquila sonrisa, que se dibujaba en sus lábios y con el dulce gozo que se deslizaba por su corazon. Él hizo resplandecer, en el cielo de su alma, á ejemplo de los ya citados prelados, los astros de todas las virtudes; pero precedido siempre por el sol de la caridad, cuyos rayos se reflejaban indistintamente sobre todas las personas, haciéndolas sentir su benéfico calor. En efecto, era ANDRÉS el padre universal de todos los pobres, á quienes consideraba como á hijos, engendrados por la caridad, repartiéndoles todas las rentas de su obispado, cuando eran visitados por alguna carestía, azotados por alguna peste, ó acosados por alguna desgracia. Atraía, con estos lazos de caridad y mansedumbre, más almas al rebaño de JESUCRISTO, que con los lazos de la elocuencia, los alicientes de la sabiduría y todas las redes de su ministerio apostólico.

Un padre natural no hubiera consagrado tantos desvelos á sus infortunados hijos, como empleaba en beneficio de los pobres SAN ATANASIO, obispo. No trascurrió un dia, que no fuera marcado con la caridad de este prelado, extremadamente generoso: no hay una obra de misericordia, recomendada en el

Evangelio, que no haya contribuido á realzar su pontificado de fausta memoria: ningun pobre lloró en vano en su presencia, ningun desgraciado lanzó un grito de dolor, que no fuera acallado al momento con sus limosnas. Además de las gracias beneficiarias que diariamente otorgaba á los mendigos, destinaba los días festivos á la audiencia de los pobres, en la que pasaba revista á todas las necesidades, aplicándoles el oportuno remedio. Al paso que las rentas de su Iglesia iban ingresando en las arcas, las destinaba á cubrir las faltas de sus hijos espirituales; encomendando el porvenir de mañana á la Providencia, manantial eterno de todos los bienes; por manera que, al morir, se reducía su fortuna al modesto tren de su casa. Cuando se desarrollaban las pestes, parecía hacer gala de la caridad: ensayaba todos los medios, corría todas las diligencias, obviaba todos los inconvenientes, para matar la miseria, alejar el terror, infundir valor, y derramar los consuelos de la Religión: en fin, se esforzaba desesperadamente, por hacer ménos sensibles á los pacientes los golpes del azote reinante. Cuando se desencadenaba algun terremoto, que hundía los edificios, ó cuando algun inusitado aluvion sembraba la desolacion por los campos, inutilizando las cosechas, el santo prelado coadyuvaba, con crecidos donativos, á reparar los perjuicios, causados por estos imprevistos contratiempos.

SAN BERNARDO CALVÓ, se anunció un pastor ejemplar, con la propension natural que sentia hácia los pobres, desde su infantil edad. En efecto, ántes de caracterizarse con la dignidad sacerdotal, ya se desprendió del patrimonio heredado, y destinó su importe á los hospitales, confirmándose de día en día

más en él los nobles sentimientos de humanidad, á medida que iba engolfándose en los altos puestos de la Iglesia. Siendo obispo de Vich, vivió sumamente pobre, dando las rentas de su pingüe prebenda á los diocesanos más necesitados. Sus visitas á los enfermos, faltos de recursos, siempre iban acompañadas de largas limosnas. Las viudas hallaban en el caritativo prelado un segundo esposo, que proveía á las necesidades de su desvalida prole: las doncellas pobres le reputaban por padre, puesto que se interesaba vivamente en su futuro estado de matrimonio: los expósitos le amaban, cual una madre, pues les procuraba la lactancia y los beneficios de la educación: en suma, se declaraba provisor general de todas las necesidades, que aquejaban á su predilecto rebaño.

Coronaremos la prueba, que estamos formulando, añadiendo á los prelados mencionados un varon tan eminentemente caritativo, que los siglos no pueden recordar su glorioso nombre, sin tributar á su eterna memoria infinitos elogios: aludimos al inmortal VILLANUEVA, blason de la familia Agustiniiana, honra del Clero católico, timbre pomposo de la Diócesis valenciana. Lamentamos no poder ensanchar los estrechos límites, á que hemos reducido este tratado, para dar cabida á los infinitos cuanto pasmosos rasgos de beneficencia, que señala su gloriosa historia. En su consecuencia, pues, nos fijaremos en los principales pasos, que dejó estampados en la gloriosa carrera de su vida, y señaladamente, en la de su inolvidable arzobispado. ¡Oh! ¡cuántas veces, siendo aún niño, vestía al desnudo, trocando su precioso trage con los nauseabundos harapos del pobre! ¡Cuántas veces al dirigirse á la escuela compartía con sus compañeros el matutino alimento! Acto conti-

nuo se ausentaban los padres, daba rienda suelta á la misericordia, aliviando las urgentes necesidades, que los indigentes ponian á su consideracion. ¡Con cuánto asombro veian los vecinos y transeuntes aquellas turbas famélicas de pobres, que cercaban al niño TOMÁS! Tal un solícito y cariñoso padre, contempla con indecible placer á su querida prole, cuando en torno suyo satisface la hambre horrorosa, que por mucho tiempo le devoraba!

A estos dá un celemin de harina, para el sustento del dia, á aquellos viste sus desnudos miembros, expuestos á los rigores del frio, despojándose él de muchas piezas de ropa, que le servian de abrigo. Pero lo que más excitaba la admiracion, en aquel teatro de caridad, era la tierna escena que representaban los pobres, al despedirse de la benéfica casa de TOMÁS; pues asian sus bienhechoras manos, y las acariciaban con los besos de la gratitud más tierna, creyendo estrechar las protectoras manos de los padres, que muchos de ellos habian perdido miserablemente, en una edad prematura. No encontrando ya cierto dia medios de socorrer la miseria ajena, distribuyó entre unos pobres ¡oh prodigio! los polluelos, que pululaban por casa. En el discurso de los once años, que desempeñó el arzobispado de Valencia, dos veces solamente se hizo comprar trages nuevos de un precio igual al que le costaban los que usara en el convento.

Veces mil era sorprendido, recomponiéndose los hábitos, y reforzando la ropa interior en las habitaciones más excusadas de palacio. Esforzábanse los que componian su modesta servidumbre, en persuadirle á que usára otro ropaje arzobispal más decente, que correspondiera á la dignidad que ejercia; á que



sustituyera el humilde menaje de su casa con otro moviliario más brillante que estuviera en armonía con el destino, que desempeñaba; á lo cual respondia el prudentísimo prelado: «La autoridad de este destino y las obligaciones que de él resultan, no consisten en ataviarse con trajes elegantes de finísimas telas, ni en decorar la casa palacio con fastuosos muebles, no: consisten, sí, en desvelarse por los pobres, cuyas son las rentas que poseo, y por la salvacion de las almas, que se me han encomendado.»

La tierna inocencia, lanzada maliciosa y desesperadamente de la propia cuna por las desnaturalizadas madres, debe á TOMÁS DE VILLANUEVA un homenaje de tierna gratitud: los desventurados hijos del crimen son deudores al arzobispo de Valencia de un reconocimiento filial. ¡Ah! ¿Quién no siente sus entrañas partidas de dolor, al contemplar el funesto porvenir de estas infelices criaturas? ¿Habrá en la especie humana corazones tan fieros, que no consagren una lágrima de compasion al deplorable estado de estos tiernos séres de incógnito origen? Hablamos de los infortunados expósitos. Pero ¡ah! no exhaleis tan lastimeros gemidos, criaturas desgraciadas, pues, aunque arrojadas al océano del mundo, para ocultar los funestos extragos de una pasion vergonzosa, por una madre cruel y desapiadada, teneis la dicha de haber nacido en el seno de una Religion, que presentará sin dilacion una tabla salvadora, para sustraeros al inminente naufragio. Sí, en breve hallareis en TOMÁS DE VILLANUEVA un amoroso padre, que se afanará por buscaros una solícita madre, que se encargue cuidadosamente de alimentaros y asistirlos. Embriagado de placer mecía sobre sus castas rodillas el santo arzobispo á estos niños, arrancándolos á los

brazos de sus respectivas nodrizas; y hacía revista paternal, estimulando con donativos á las encargadas de sus lactancias, á que se desveláran por el cuidado y aseo de aquellos inocentes, informándose por sí mismo de la calidad y abundancia de la leche, que las mismas prodigaban.

Al visitar las cárceles y establecimientos penales, impresionó enérgicamente su alma el inhumano tratamiento, que se daba á los delincuentes, en aquellas lóbregas é insalubres mansiones: aconsejó á las autoridades, que las casas de correccion penal llevasen el sello de benignidad, que tiene nuestra Religion; y para dar ejemplo, substituyó las cárceles de palacio con otras más benignas.

## CAPÍTULO XIV

---

### **Prelados que abogaron por los criminales y otros individuos del pueblo**

El Clero ha influido de muchas maneras en el bien comun: por el carácter de su mision pacificadora, por el ascendiente de sus virtudes, por la superioridad de sus luces y por la moral de su doctrina. Revestido de la autoridad, que todos estos titulos le daban, era atendido y respetado, doquiera se hallaba, y sus consejos eran seguidos y practicados por todos. Triunfante de las persecuciones, se ingirió en los negocios del Estado, y empezó á influir en la legislacion, en el gobierno y en la política de los pueblos; pero ni en la esfera privada, en que vivió en los primeros siglos cristianos, ni en la vida pública, en que se engolfó á petición y ruegos de los monarcas y de los pueblos, buscó nunca su gloria y prosperidad, sino el bien comun de la sociedad, en cuyas aras sacrificó su reposo, su vida y su libertad. Hizo redun-

dar todo su ascendiente, empleó toda su influencia, usó toda su fuerza moral, en beneficio de la humanidad afligida: en todas las épocas, en todas las partes, en sus dias de gloria y de oscuridad, en los tiempos de pujanza y en los de abatimiento, representó siempre un mismo papel, llenó una misma mision, desempeñó un mismo cometido, el de abogar por el débil, por el menesteroso, por el pobre, cuya causa defendia en los tribunales, en presencia de los reyes, ante los magistrados.

Ajustándose todos á la predicacion del Clero, aprendieron el modo de vivir en equilibrio moral en la sociedad: los nobles, respetaron los derechos de los plebeyos, y éstos á la vez, reprimieron los arrebatos de la desesperacion, las tentativas de venganza, las violencias del homicidio: todos se trataban como hermanos, reconociendo por padre comun al Criador de cielos y tierra: abolieron la esclavitud, introdujeron el derecho de gentes, y los vencidos son ya de mejor condicion, porque el vencedor respeta sus vidas, su libertad, su religion, sus leyes, usos y costumbres.

La influencia del Clero en los gobiernos, fué muy provechosa y útil á los soberanos y súbditos, á los nobles y plebeyos, á la sociedad en masa; pues sólo él podia llenar las exigencias de todos; sólo él tenía bastante instruccion, para guiar á los soberanos, que, merced á sus consejos, establecieron la paz en sus estados, ajustaron tratados de pública y reciproca conveniencia con los enemigos y extranjeros; él sólo ejercía ascendiente sobre los pueblos, y por ello, le fué fácil inculcarles la obediencia, sofocar los alzamientos, comprimir sus rebeliones; en fin, empleó su influencia en el bien comun de los pueblos,

¿Qué beneficio reportó al Clero el papel, que desempeñó en el mundo de pacificador, medianero, consejero y maestro? Arrostrar la cólera de los nobles, de la que muchos prelados fueron víctimas.

SANTO DOMINGO levantó una cruzada, para reivindicar los bienes de la Iglesia, ocupados por los Varones y Condés: ¡tan grande llegó á ser el abuso de la tolerancia y mansedumbre de los eclesiásticos! Estas ideas humanitarias que el Clero abrigaba, y que encarnó en la sociedad, le acarrearón crueles persecuciones, destierros, encarcelamientos por parte de los poderosos de la tierra; pero no por ello, se acobardó aquél, cejando en la plausible empresa de proclamar la igualdad moral, y por consiguiente, de atacar las pretensiones, y oprimir la tiranía y despotismo de éstos, levantando del polvo la condición del pobre, no: persistió en todos los siglos en la misma tarea, insistió en la misma empresa de abogar por la humanidad hollada, postergada y abatida, intercediendo por ella ante los reyes, nobles y poderosos de la tierra; intercediendo por ella en los tribunales, en presencia de los jueces y magistrados. En efecto, demostrarán esta verdad consoladora varios prelados, que iremos citando en el desarrollo de esta última prueba particular, á los cuales presentaremos en el teatro del mundo, representando siempre el papel de medianeros, intercesores y abogados de los desvalidos, de los pobres y de todos los desgraciados.

SAN AMBROSIO era de familia noble: siendo laico, ocupó los primeros puestos del imperio: ordenado de sacerdote, abdicó los cargos civiles y honores públicos: finalmente, se despojó de los bienes terrenos, y los repartió entre los pobres. Su vida fué una serie continua de obras caritativas: ora se dedica á dirimir

las controversias que estallan entre los fieles, y al evacue de los asuntos, que ellos somentian á su paternal autoridad: ora se ocupa en visitar los hospitales, en consolar con sus consejos y pláticas á los enfermos, y en obsequiar á los pobres, que diariamente acudian á su casa. Cuando las rentas del obispado se consumian, no por ello encontraba el pobre cerradas las puertas de la misericordia; pues el santo explotaba nuevos ó ulteriores recursos en las alhajas y efectos de valor de su casa, vendiéndolas, y destinando su importe al remedio de sus necesidades. Empleó sumas considerables en sustraer del yugo de los bárbaros á innumerables prisioneros, arrancó de los brazos de la muerte á muchos criminales, obligando á los magistrados á revocar las sentencias de sangre, ó á conmutarlas con otras más humanas; abogaba por el pueblo ante los tiranos y emperadores, cuya cólera calmaba, conteniendo su brazo exterminador, suspendiendo sus golpes, y poniendo á salvo los derechos de la indefensa humanidad, adquiridos con la sangre de JESUCRISTO.

El tirano MÁXIMO, se había empeñado en devastar la Italia con sus vengadoras armas: próximo á invadirla, oye la autorizada voz del humanitario prelado, que le excita á la clemencia, poniendo á su consideración los espantosos juicios de Dios; y el que se creía superior á millares de habitantes, intimidado por las amenazas, y rendido por las súplicas de un sólo hombre, desiste del empeño exterminador, y retrocede de las fronteras de su enemigo.

SAN AMBROSIO dió á conocer el horror, que le inspiraba la sangre, en la dolorosa tragedia, que experimentó Tesalónica. Habiéndose pronunciado so pretesto de los impuestos, TEODOSIO se excedió en el cas-

tigo, pasando á cuchillo á sus habitantes, y envolviendo en la carnicería á los indefensos é inocentes. El santo prelado aprovechó el ascendiente, que ejercía sobre el emperador, vituperando su bárbaro proceder, y prohibiéndole la entrada en la Iglesia, la que no frecuentó, á ménos que cumplió la penitencia, que le impuso. Para salvar la humanidad de los arrebatos de la ira, le obligó á formular una ley, que prohibía la ejecucion de la sentencia, hasta algun tiempo despues de haberse pronunciado, á la mira de que en este intermedio, se pudiera interceder por los reos.

¿Cuál fué la causa de que SAN BASILIO abandonára los claustros, y se lanzára á la vida pública? El alivio de la humanidad fué el único móvil, á que obedeció el humilde religioso, al encargarse del obispado de Cesárea. Apesar de las circunstancias de inmoralidad y relajacion, que infestaban su época, él hizo brillar las costumbres y florecer las virtudes en su Diócesis, pertrechado con la pobreza monacal y la caridad evangélica. Todas las miserias humanas herian con el puñal de la compasion su tierno corazon de padre, y con el designio de combatirlas con éxito, levantó un hospital á sus expensas, al que se acogieron los desvalidos enfermos, poniéndose al abrigo de los tiros del dolor y de la miseria. Queriendo hacer extensiva su caridad á los pobres, extraños á su Diócesis, abrió otro asilo de misericordia á los que enfermaban de tránsito en Cesárea, en donde permanecian, acariciados con una puntual asistencia, hasta que se restablecian completamente de la enfermedad contraida. ¡Tal el sol hace sentir la salvable influencia de su vivificante calor en todo el orbe, alumbrándole con los rayos de su aurea luz!

Tendiendo una mirada de compasion hácia los ni-

ños huérfanos é hijos de padres indolentes; hácia esos niños que vagan con desenfreno y libertinaje por las calles y plazas de las poblaciones, causando escándalos y males irreparables, creyó prestar á la sociedad un servicio importante, extirpando de su seno estos gérmenes de pestilencia, y reemplazándolos con una salutífera semilla, que en su día rindiera ópimos frutos; abrió, en su consecuencia, escuelas á su instruccion, poniendo á su frente, maestros de reconocida piedad, que veláran por su educacion en todas direcciones. A juzgar por el mísero ajuar de su casa, por el pordiosero aspecto de sus vestidos, por la sobriedad de sus gastos y frugalidad de su mesa, cualquiera le hubiera tomado por un avaro miserable; mas pronto, hubiera cambiado de opinion, al examinar las prodigalidades, que derramaba sobre el pobre, en quien veía un tierno hermano, cualquiera que fuera su religion y su pátria: así es que en igual estima le tenian los gentiles y judíos, que los mismos cristianos; pues todos indistintamente recibian de sus bondades beneficios, proporcionados á las necesidades que sentian, y le proclamaban unánimemente padre comun de todos los desgraciados.

Se aprovechó de la autoridad, que le daba su carácter de obispo, para interceder con fruto por los criminales, con los jueces, magistrados reyes, y poderosos de la tierra. El emperador VALENTE, decreta pena de muerte contra los magos: derrama comisiones por todos los pueblos del imperio, para que indaguen, en dónde se ejerce esta profesion, y apliquen la ley á los autores: descubren en Cesárea delincuentes, que van á ser decapitados: pero el obispo se opone á las persecuciones, menospreciando las amenazas de los jueces, los que, cediendo al peso de sus razones



cristianas, autorizadas con los peligros que corre, pone en libertad á los reos, ó á lo ménos, salva sus vidas, conmutando la sentencia de muerte con otras penas más moderadas y más conformes con el espíritu de caridad, que entraña el Cristianismo.

SAN AGUSTIN era la providencia de los pobres, el azote de los herejes, el padre de la literatura y el tipo de los arrepentidos. Escusado es advertir, que no estudiamos al Santo en todos los conceptos expresados: pues sólo entra en nuestro plan, reseñar la historia de su ejemplar caridad: dominaba en todas las acciones del prelado de Hipona, presidia en todos sus tratos, respiraba en todas las alhajas y efectos de su casa, el amor á la humanidad: la modestia de sus vestidos cubria al desnudo, la moderacion de su mesa alimentaba al hambriento y la sencillez de sus muebles proporcionaba utensilios á los hospitales y enfermerías. Era enemigo de las rentas, y lamentaba que los clérigos las tuvieran, en atencion á que nunca se conceptuaba propietario legitimo de los bienes eclesiásticos, sino un mero administrador de los pobres; y por lo mismo, se complacia más en alimentarse con las ofertas de los fieles, que con el patrimonio de las iglesias. Cuando las limosnas agotaban los fondos ordinarios, excitaba á los pueblos, á que coadyuváran á sostener sus empresas de misericordia, depositando algunas cantidades en las arcas, destinadas á llevar socorro á los pobres. El fuego de su caridad derretia muchas veces los vasos sagrados, destinados al culto de las iglesias, para rescatar cautivos, y proveer á las necesidades graves, y de improrogable remedio; siendo, en estos casos de excepcion, las viudas, los enfermos y los pupilos, atendidos con preferencia, cuyas casas visitaba, enterándose del

estado de pobreza, en que estaban sumidos, y aplicándoles remedio.

SAN AGUSTIN fué uno de los prelados que más se distinguieron en la piadosa costumbre de interceder con los jueces y magistrados por la salvacion de los delinquentes. Los donatistas habian hecho repetidas veces tentativas de rebelion, turbando la paz de la Iglesia y del Estado. Empeñados en hacer prevalecer sus funestos errores, suscitaron estos herejes contumaces conmociones populares, en las que perecieron muchos católicos; y como la impunidad de estos fanáticos excesos, aunque de carácter religioso, comprometia la tranquilidad pública, la autoridad civil los refrenaba, cometiendo ejecuciones sangrientas, á las que se opuso el caritativo prelado, demostrando á los gobernadores de provincias, que hacian las pesquisas, que las sentencias penitenciarias y correccionales eran más útiles, más conformes con el espíritu del Evangelio, y más conducentes al objeto de pacificación, que se daba á las persecuciones, que la pena capital, y por consiguiente, exhortábalos, á que no se dejáran arrastrar de la venganza, del furor y de la barbárie, atropellando, vejando y asesinando á los delinquentes; exhortábalos, á que hicieran presidir la caridad en las persecuciones, en las sentencias y en el castigo de los malhechores; concluyendo con la observacion de que no era la aprobacion de la culpa el aliciente, que le inducia á interceder por sus autores, sino la compasion.

## CAPITULO XV

---

### Continuación de la materia anterior

Los sentimientos de humanidad, que animaban á SAN JUAN CRISÓSTOMO, no hubieran consentido jamás que se encumbrase al patriarcado de Antioquía; pero impulsado por la caridad, á la que obedecía con preferencia á las demás virtudes, aceptó el sublime cargo, que con insistencia se le brindaba, para consagrarse al consuelo de la humanidad afligida. Puso por insignia á su elevada dignidad la misericordia; introdujo una completa reforma en los gastos de su casa, suprimiendo el lujo de la mesa, el aparato de los criados y la pompa de los adornos, aplicando los ahorros de estas economías al alimento de los pobres, al dote de las doncellas, á la protección de los

párvulos y al auxilio de las viudas. Su corazón no se tranquiliza con las obras piadosas, que ejerce en la ciudad á favor de los desvalidos, que se le presentan; le tienen inquieto las necesidades ausentes, cuyo grito, aunque lejano, hiere de muerte sus compasivas entrañas: recorre la dilatada diócesis, penetrando en los más ignorados rincones; escucha con ternura los lamentos del infortunio, presencia las asquerosas escenas de la pobreza, se informa de todas las necesidades, entra en la cárcel; y en todas partes, deja sentir la benéfica influencia de sus pastorales visitas; instruye sólidamente á los pueblos en las verdades del Cristianismo y en la moral y pureza de costumbres, predicándoles aquellas famosas homilias, que por su elocuencia, claridad y erudición, han inmortalizado su nombre.

La instruccion religiosa, que se dá al público, no alcanza á muchos, que, por causas involuntarias, dejan de asistir al templo; el celoso pastor ocurre á estos males de trascendencia, dando enseñanza privada á horas convenientes; y con este ingenioso trabajo, proporciona el pasto espiritual de la divina palabra á todos en general; terciaba en las contiendas de los fieles, con el objeto de reconciliar las partes: fallaba los pleitos, que sometian á su recto é imparcial criterio, con las reglas de la justicia y de la caridad, llevando siempre sus autos de paz y transaccion la conviccion y satisfaccion á los litigantes; descendia, cual ángel de paz, á las divisiones privadas, restableciendo la calma y la tranquilidad en las familias: declamaba contra el lujo, la tiranía, el orgullo y la ambicion de los grandes, bajo cuyo yugo gemian oprimidos los pueblos y esquilados los ciudadanos: intercedia por los desvalidos, por los inde-

fenos, por los inocentes y por todos los desgraciados, que se alimentaban con el pan de las lágrimas y las aguas de la amargura: se presentaba ante los jueces, ante los emperadores, y no cejaba de abogar por los criminales, hasta obtenerles el indulto de la vida ó la libertad.

El eunuco EUTROPIO, cayó en desgracia del emperador ARCADIO, por haber osado ultrajar á la emperatriz EUDOSIA; la cual elevó sus quejas á su esposo, y el favorito adulador de la corte imperial, apela á la fuga, para evadir la pena de muerte, que la cólera de la ofendida soberana hizo fulminar contra su rival. Este intrigante cortesano habia abusado escandalosamente de su fastuosa posicion, concitando la ira de la familia imperial, de los nobles y grandes del imperio, contra los católicos; y ahora, despeñado de la cumbre del Poder, y condenado á muerte, espía las negras calumnias, que abusando, como hemos dicho, de su fortuna y soberbia, lanzára contra la Religion y sus ministros, para perder á los católicos en el concepto del emperador. Penetra en el templo, con cuya inviolabilidad pretende ocultarse al brazo de la justicia, que le persigue á muerte; pero el pueblo se agolpa frenético á la puerta del santuario, se agita tumultuosamente en su derredor, respirando venganza, pidiendo á gritos desaforados la cabeza del prófugo. El obispo de Constantinopla, olvidando pasadas injurias, se constituye en defensor de su enemigo, cuya causa sostuvo con tanta valentía y maestría, que en el sentido y elocuente discurso, que, con esta solemne ocasion, dirigió desde el púlpito al pueblo alborotado, hizo comprender, que satisfacía más el criminal al honor de la causa católica, prosternándose en las gradas de los templos, que sufrien-

do una muerte cruel, agena á la Religion que profesaba; y logró calmar los ánimos del pueblo de tal modo, que, deponiendo la ira y la venganza, contribuyó con el prelado, á que la pena de muerte del mencionado EUTROPIO, se conmutára con el destierro y confiscacion de bienes.

Otro rasgo de clemencia nos presenta la historia en la mediacion, que ejerció el CRISÓSTOMO á favor de otros desgraciados. Enseñoreado de Constantino-pla el tirano GÁMAS, manda al emperador, que ponga á su disposicion las personas de sus favoritos AURELIANO, SATURNINO y JUAN; y habiéndose apoderado de estos altos funcionarios del imperio, los abandona al verdugo, para ser extrangulados; pero la presencia del obispo suspende la ejecucion, conteniendo el brazo exterminador del génio de la muerte, que movido á compasion, por las humanitarias observaciones que le hace el ilustre medianero, se retira, dejando en libertad á los reos.

El tirano MÁXIMO, de quien ya nos hemos ocupado en otra ocasion, puso en conmocion el imperio de Oriente, y en riesgo inminente el trono de los Césares, que tan dignamente ocupaba el religioso TEODOSIO; el cual se veía obligado á mantener en pié de guerra las legiones, para comprimir las rebeliones de sus enemigos. Para ocurrir á los gastos militares, redobló el magnánimo emperador los impuestos: los pueblos se resistían á satisfacer las cuotas de aquella extraordinaria contribucion, dando márgen todos los dias á desagradables escenas de castigos ejemplares, conque los recaudadores imperiales reducían al círculo de sus deberes á los insolventes.

Antioquía presenció, en esta ocasion, una furiosa sedicion, que hubiera sido señalada con la sangre de

los revoltosos habitantes y la desolacion y exterminio de la ciudad, á no haberse interpuesto el obispo FLAVIANO, que, en aquel entónces, gobernaba su Iglesia. Embriagado el pueblo de furor, habia derribado en tierra las estátuas de la familia imperial. Noticioso TEODOSIO de estos desacatos á su autoridad, decretó arrasar la ciudad culpable, y pasar á degüello á sus habitantes. Antioquia se estremeció de espanto y terror á tan infausta nueva, el luto reemplazó á la alegría, el llanto á la risa; sumergida en un profundo silencio, sólo se escuchan lamentos; resuenan por todas partes los tristes ayes, los lúgubres suspiros de los aterrados ciudadanos, en cuyos demacrados semblantes y melancólicas miradas, se pintan los horrores de la desesperacion y del terror; huyen, presa del pánico, en todas direcciones, abandonando los intereses, para evadir los tremebundos golpes de la espantosa catástrofe, que de cerca les amenaza.

El prelado, enternecido por la situacion dolorosa de su amado pueblo, amedrentado y sobresaltado, abandona el reposo, suspende las funciones propias de su cargo episcopal, se pone al frente de sus ovejas consternadas, las consuela con el bálsamo de la Religión, las alienta con la esperanza de impetrarles el indulto, y les encarga que, miéntras él va á la metrópoli á negociar el arreglo de trasaccion con el emperador, se postren en las gradas del santuario, entregándose á ejercicios expiatorios de dura penitencia, para aplacar la irritada justicia de Dios, dueño y árbitro de los corazones y voluntades de los *principes*. Consecuente al compromiso contraido por el pueblo, vuela FLAVIANO á Constantinopla, y postrado á los imperiales piés de TEODOSIO, le predispone con las lágrimas, que surcan sus venerables mejillas, á escu-

char favorablemente aquel discurso, tan patético y conmovedor, en el que traza á grandes rasgos la misericordia cristiana, encomia la mansedumbre de los príncipes, demuestra, que el perdón del enemigo es la más firme garantía de la salvación de las almas, inspira horror á la sangre, tributa alabanzas á la humanidad, que se ejerce en la tierra á favor de los desvalidos, y prueba que sus súbditos le compensan bastante los agravios del alzamiento, puesto que habían confiado la embajada de mediación á la persona sagrada, que tenía el honor de dirigirle la palabra, prescindiendo de todas aquellas personas que gozaban de su favor; con lo que, daban una prueba de conocer los elevados sentimientos de religión, que animaban á su majestad imperial. TEODOSIO, subyugado con las cadenas de la brillante elocuencia que patentizaban los labios del anciano y venerable prelado, condesciende con sus deseos, indultando á sus súbditos de Antioquía, lamentando no poder hacer otro tanto con los que habían bajado al sepulcro.

ANTONIO, emperador de Roma, había casado á una hija con RACIMERO, su competidor, á la mira de reconciliarse con él; pero este paso produjo efectos contrarios á lo que ámbos deseaban, porque, no pudiendo soportar el suegro las arbitrariedades de su yerno, que jugaba con el imperio, llamando al poder, y haciendo perecer á muchos caballeros, no tardaron en declararse mútua guerra, que los devoraba; pero SAN EPIFANES, obispo de Constanza, medió entre ámbos príncipes enemistados, llevando las cosas al terreno de la pacificación.

En el pontificado de INOCENCIO I, ALARICO, rey de los godos, puso sitio á Roma, hundiéndola en la miseria: la peste, el hambre, la desesperación de los



desgraciados moradores, precipitaron en el sepulcro mayor número de víctimas, que la espada de los enemigos; el sitio se levanta, finalmente, merced á las cuantiosas sumas que le ofrece el pacífico pontífice, y los ciudadanos respiran por entónces el aire libre de la libertad. Sin embargo, ALARICO negóse á reconciliarse con el emperador, y al siguiente año, se presenta de nuevo á las puertas de Roma: los romanos, exhaustos de recursos, suplican al papa interceda por ellos con el rey de los godos; pero INOCENCIO se hallaba en Rávena, y á su arribo á la Ciudad Eterna, tuvo el disgusto de verla ocupada por los bárbaros; consiguiendo sólo de los invasores la moderacion y la templanza en el disfrute de la conquista, consolar al pueblo romano con la suavidad y dulzura de sus consejos, y reparar con sus limosnas los daños más graves.

HONORIO condescendía muchas veces con el populacho, restableciendo en mengua de la Religión católica, que él mismo hacía alarde de profesar, prácticas de usanza gentilica para las diversiones públicas. Una de las bárbaras costumbres, que con autorizacion del emperador, recobraron su fuerza y vigor, fueron los juegos inhumanos de los gladiadores, en los que se despedazaban mutuamente los hombres; contra estas sangrientas escenas que la razon detesta, y la Religión condena, levantó su voz de trueno INOCENCIO, culpando al emperador, porque las sancionaba; y si sus justas reclamaciones no produjeron efecto en el momento, hallaron eco en el sucesor de HONORIO; el que, creyéndolas muy atendibles y justas, abolió los consabidos juegos.

SAN LEON, gerarca supremo de la Iglesia Católica, recibió el sobrenombre de Grande. El nombre propio,

como el glorioso epíteto que llevaba este ilustre pontífice, correspondieron á las gloriosas hazañas, que enaltecieron su vida; á las relevantes prendas, que adornaban su persona; y á los rayos de santidad, que alumbraron su pontificado. En efecto, era LEON grande en sostener los derechos de la Iglesia; era LEON grande en defender el dogma católico de los hereges; era LEON grande en conservar la pureza de las costumbres; era LEON grande en poner á cubierto de los grandes y poderosos de la tierra, los derechos de los pobres; era LEON grande en alejar de los pueblos el azote de los tiranos, en patrocinar la causa de los pobres, de los enfermos, de las viudas y de los pupilos.

Siendo todavía simple sacerdote, desempeñó una comision difícil de paz, que le confió el papa Sisto III, con un éxito tan glorioso, que acreditó la consumada prudencia que le caracterizaba, y las bellas circunstancias que le recomendaban á la dignidad suprema de pontífice, que más tarde ejerció en loor y preza de la Iglesia y del Clero católico. Por aquella época, se desencadenó la furiosa tempestad de los bárbaros del Norte, que dividiéndose en grupos, presididos por sus respectivos caudillos, hicieron desoladoras marchas hácia el Occidente, sobre el que cayeron como espantosas nubes de piedra, que devastaron los pueblos, situados en su carrera de aniquilacion y ruina. Era indispensable la union y concentracion de fuerzas, para resistir las rudas embestidas de aquella avalancha de indómitas fieras, que, acosadas por el hambre, abandonaban los desiertos, para saciar su crueldad con la sangre de los pueblos.

Sisto III, deputó á LEON, para que fuera á las Galias, á reconciliar á los generales romanos AECIO,

y ALBINO; los que, dejándose arrastrar de las adulaciones y chismografía de la gente baja, que los rodeaba, se declaraban una guerra á muerte, gastando sin fruto las fuerzas, que debian emplear en el esterminio del enemigo comun. El medianero puso á la vista de ámbos los horribles extragos, que, por donde quiera, causaban los bárbaros, los inminentes peligros que corria el imperio y la Religion, y las desastrosas consecuencias que podrian acarrear, en aquellas críticas circunstancias, las discordias y guerras intestinas de los ciudadanos. Los generales se penetraron de la conveniencia, que entrañaban las sólidas reflexiones del medianero sacerdote; y comprendiendo las ventajas de la paz, que les proponia, dieron al olvido las recíprocas injurias, y se reconciliaron, observando en lo sucesivo una amistad tan sólida, que se extinguieron radicalmente las reliquias de ódio, en que habian vivido hasta entónces.

Más tarde, elevado Leon al Pontificado, prestó á la Iglesia y á la humanidad importantísimos servicios, que la historia nos recuerda con justo entusiasmo. ATILA, rey de los Hunos, penetró por la Hungría, al frente de un numeroso ejército, en los dominios del imperio romano, dejando en pos de sí, escombros y ruinas, á que reducía las ciudades, que marcaban su tránsito devastador: Aquilaya, Pavia y Milan, experimentaron la saña del bárbaro conquistador: pues por haber opuesto resistencia á sus formidables huestes, fueron saqueadas y arrasadas, en cuya aciaga suerte proyectaba envolver á la invencible Roma. El emperador VALENTINIANO, desalentado por la improvisada conquista de las ciudades mencionadas, y con la carestía de recursos, no se atrevia á medir sus débiles armas con la irresistible fuerza del bárbaro; y

habiendo deliberado, de concierto con el pueblo, sobre las medidas que debían adoptarse en tan amargo conflicto, acordaron unánimemente, acudir al pontífice, y suplicarle intercediese con el enemigo, para salvar á Roma de la furiosa tempestad, que se cernía sobre sus desmoronados muros.

LEON, enternecido con las lágrimas de sus hijos, se reviste del traje pontificio, y haciéndose acompañar de los senadores, se presenta con paso sosegado, tranquila mirada, rostro sereno y aire majestuoso, al feroz ATILA, atrincherado en las afueras de la patria inmortal de CICERON: le saluda con la calma del justo, y con un discurso, que no tiene ejemplo en los fastos de la oratoria, le convence de que eran de más mérito y mayor gloria los laureles, que teje la mano de la clemencia, que las victorias que ofrece el brazo exterminador de la cólera y de la venganza; de que Roma, rindiéndose á sus plantas, y declarándose vencida, daba un testimonio muy elocuente de su pericia en las armas y del valor militar, con que se anunciaba en el mundo de las conquistas, y un ejemplo á la vez, que él debía imitar, de cuán efímera y caduca era la gloria y la prosperidad humana; pues veía arrodillado á sus piés un pueblo invencible á todos los famosos guerreros, que se habían levantado en el mundo; á un pueblo, á quien los gloriosos triunfos de sus armas invasoras habían proclamado capital del Orbe entero; concluyendo que, perdonando á Roma, se elevaba á una gloria, superior á la que se conquistára esta ciudad, puesto que se vencía á sí mismo; cuya victoria escapó á las armas de los romanos; y como careció de este triunfo moral, base de todos los poderes humanos, vino al suelo su grandeza y poderío. ATILA, adormecido con la elocuencia

avasalladora, afectado del majestuoso aspecto é imponente figura del jefe de la Iglesia, desiste del empeño de arrasar á Roma, retrocediendo de sus puertas.

Otro conflicto análogo tuvo que deplorar la señora del mundo, experimentando de nuevo las benéficas consecuencias del influjo, moralmente poderoso, que ejercía el pontífice LEON sobre los fieros corazones de los tiranos, que ellos mismos se titulaban azotes de Dios. VALENTINIANO era uno de los emperadores, que habian sabido granjearse el aprecio del público, por las inefables prendas de bondad y mansedumbre, que en él brillaban; y en su consecuencia, su muerte violenta fué gravemente sentida y amargamente llorada, doquier habia resonado su nombre. GENSERICO, rey de los vándalos, so pretexto de vengar al magnánimo emperador, muerto á mano de sus vasallos, se deja caer sobre Roma con un formidable ejército; y despues de haber castigado á los regicidas y saqueado la ciudad, se dispone á devastarla, y pasar á cuchillo á los romanos, haciendo perecer á los culpables. El citado pontífice se persona con el rey bárbaro, y á fuerza de súplicas, ruegos y lágrimas, le induce á firmar la paz, basada en condiciones humanitarias y razonables. GENSERICO levanta las tropas, y las pone en marcha hácia el Africa; y los atribulados ciudadanos, deponiendo el temor y el malestar, que los atormenta, empiezan á respirar la brisa apacible de la libertad, á la consoladora sombra de su benéfico pontífice.

---

## CAPÍTULO XVI

### Conclusion

SAN PAULINO DE NOLA, había probado su vocacion al estado eclesiástico, mostrando el sumo desafecto, que le inspiraban las riquezas y los efimeros goces del mundo. Antes de ser elevado á la dignidad sacerdotal, enajenó el patrimonio paterno, llevando su importe á los hospitales; y desembarazado de las trabas mundanales, se encerró en un monasterio, espiondo superabundantemente las ligeras faltas de la juventud con excesivos rigores de ásperas penitencias, á que sujetó la carne rebelde. Su esposa, de sangre española, era noble por su cuna; pero más noble todavía por los nobles sentimientos de su corazon. Se desprendió de los bienes de fortuna, de las lisonjeras redes de las pasiones, y de todos los artificiosos halagos, que brinda el mundo; y de concierto con su esposo, abrazó la pobreza evangélica y la vida monástica. Por lo que respeta á PAULINO, cuya historia

hemos interrumpido unos instantes, desplegó, á la calma de la soledad claustral, tantas virtudes, que se hizo digno del obispado de Nola, al que fué sublimado, á despecho suyo, y con beneplácito del público; pero la dignidad episcopal no alteró los sentimientos piadosos del hombre oscuro del claustro. Excusado es decir, que las rentas de su prebenda episcopal, sirvieron de alimento á los pobres, de consuelo á las viudas, de proteccion á los párvulos, de dote á las huérfanas doncellas y de refuerzo á los fondos de los hospitales; pues no era de esperar otra cosa de un prelado, que en la vida privada habia dado tan inequívocas pruebas de su caridad.

Habiéndose los godos desparramado por la Italia, se establecieron en Roma, entregándose á todos los excesos del vicio, á que los empujaba su natural feroz y el desenfreno de las pasiones; viéndose los ciudadanos precisados á emigrar á tierras extranjeras, para no ser víctimas de sus atropellos, vejámenes y violencias. PAULINO acogió paternalmente á los huéspedes proscritos, que se refugiaron en Nola, y los asistió puntualmente en todas sus necesidades, sin dar al olvido á sus ovejas, que fueron asimismo invadidas por las terribles huestes de ALARICO; el cual, despues de haber pasado á saco la ciudad, hizo muchos prisioneros: pero gracias á la liberalidad y humanidad del prelado, recobraron pronto su libertad.

Los vándalos y alanos, se fijaron en España, de la que se habian apoderado; pero hacian expediciones de piratería por los mares de Italia, apresando á los infelices, que tenian la desgracia de encontrarse con ellos. Entre los innumerables desgraciados, que cayeron bajo su duro cautiverio, habia un jóven natural de Nola, é hijo de una indigente viuda, cuyo sosteni-

miento corporal dependía del trabajo de aquél. La desvalida mujer se negó á todo consuelo, cuando llegó á noticia suya el negro destino de su desventurado hijo; y corriendo desolada en busca del obispo, se arrojó á sus piés, y con los ojos arrasados en lágrimas, le suplica, que interponga la influencia de su dignidad y de sus virtudes con los bárbaros, para sustraer á su yugo á su querido hijo, única columna que la sostiene, y en quien cifra el porvenir de los años, que le restan de vida.

PAULINO, conmovido por el llanto de la afligida madre, vuela á los vándalos, y se esfuerza en pintarles las circunstancias especiales, que concurren en el jóven cautivo; pero los bárbaros no ceden á sus ruegos, y él, con tal de rescatar al cautivo, se ofrece en rehenes, y la madre abriga la inesperada dicha de estrechar de nuevo entre sus brazos al idolatrado hijo, que creía perdido para siempre. No tardó el santo en ganarse las simpatías del rey bárbaro, ejerciendo las faenas, á que le destinaron, con humildad y puntualidad ejemplar. Habiéndose descubierto, cayeron á sus piés los señores, dándole amorosas y respetuosas quejas, por haberles ocultado su categoría y estado, y haber dado pié, con su reservada y prudente conducta, á que le tratáran como á un mero esclavo, faltando á las atenciones, que merecían sus virtudes y su rango episcopal. Acto continuo recobró la libertad, obtuvieron igual beneficio por su mediación todos los cautivos de Nola, con quienes se restituyó á su pátria y obispado, dejando á sus generosos huéspedes, sumidos en la más honda tristeza.

SAN FRUCTUOSO, obispo de Braga, entre las virtudes que poseyó, hizo brillar públicamente la caridad; caridad que no sólo ejercía con limosnas, consejos y



sabiduría, sino que la practicaba con la mediación poderosa de su persona, abogando, ante los tribunales, ante los reyes, jueces y magistrados, por los reos indefensos y súbditos desamparados. Aún se conserva una carta, que remitió al rey RECESVINTO, en la que le suplica encarecidamente, que sea indulgente con unos infelices, que permanecían presos, desde el reinado de SISEBUTO; y para obligarle á este acto de piedad, le cita varios pasajes del Evangelio, en que se recomienda eficazmente la compasión hácia los desgraciados.

El pontífice ZACARÍAS, se deja ver en el mundo cristiano, semejándose á un ángel de paz : su pacífica presencia apaga el fuego de las guerras, calma las tormentas de los pleitos, sosiega los huracanes de la venganza, extirpa las raíces de la envidia, sofoca las rebeliones, y corta las desavenencias domésticas. Por ello, se encuentra en todas las batallas, que libran los guerreros, interviene en las cuestiones civiles, asiste á las luchas privadas de las familias, presencia las enemistades personales é individuales, no para conquistarse honores, cubrirse de gloria ó de laureles, á ejemplo de los aventureros y ambiciosos del mundo; sino para hacer ménos sensible la desgracia ajena, para llevar el consuelo á los parientes, para aplicar remedio á los males; en fin, para introducir la union, la paz, la concordia, do quiera que reina y predomina el espíritu belicoso de la guerra.

LUITPRANDO, rey de los lombardos, habia visto, con justa indignacion, que Roma le habia faltado á las condiciones estipuladas en casi todos los tratados, ajustados con ella: en su consecuencia, se dispone á tomar venganza de los romanos, y hacerles sentir los desagradables efectos de su cólera. El padre comun

de los fieles no puede permanecer indiferente ante la pavorosa tormenta, que ruge furiosa sobre las cabezas de sus hijos: envía una comision al campamento enemigo, para negociar la paz; pero su corazon no se tranquiliza hasta que él mismo se persona con LUITPRANDÓ, y afianza la paz por medio de un tratado, que le indujo á celebrar con el pueblo romano. Un éxito igual alcanzó su mediacion conciliadora en la guerra, que sostenia el citado monarca con la ciudad de Rávena y toda la Italia; pues obligó á las partes beligerantes á suspender las hostilidades, ajustando una tregua general de veinte años. Seríamos interminables, si acometiéramos la empresa de enumerar todos los casos, en que el misericordioso pontífice arriesgó su vida en beneficio de los pueblos, á quienes amaba entrañablemente.

SAN PEDRO PASCUAL, fué un prelado tan misericordioso, que no podía sufrir otras desgracias, que las suyas propias: por aliviar las ajenas, hacia todos los esfuerzos imaginables á costa de su persona é intereses. ¿Qué importa, que su cuerpo arrostre dolorosas privaciones, si proporciona la abundancia á las familias menesterosas? ¿Qué importa, que sus arcas se agoten, si llena los bolsillos del pobre? ¿Qué importa, que sea reducido á dura esclavitud, si prodiga libertad á millares de esclavos? Se hizo pobre, para enriquecer al pobre; se hizo esclavo, para libertar al esclavo; se hizo culpable, para salvar al culpable; en fin, con tal de dar un consuelo, proporcionar un alivio, aplicar un remedio, sacrificaba el reposo, la libertad y la vida.

Sus padres habian invertido sus bienes en la redencion de cautivos, en cuya caritativa profesion los reemplazó su hijo; el que, á su imitacion, contribuia

con sus limosnas á rescatar á los infelices, que gemían sin consuelo entre los idólatras y turcos, bajo el insoportable yugo de la dura esclavitud. Cuando carecía de recursos, se asociaba á otras personas piadosas, y recorrían los pueblos, implorando la caridad del público, cuyas limosnas destinaba al rescate y libertad de los esclavos. Habiendo visitado los cautivos, que gemían en el Monte Santo, se condeñó de la excesiva crueldad, con que eran tratados, y suplicó, con lágrimas en los ojos, á los que presidían aquellos tormentos de la humanidad, que endulzaran en lo posible la suerte adversa de aquellos infelices, de quienes eran hermanos, y todos hijos de aquel padre comun, que derramó la sangre por todo el género humano. Antes de abandonar aquellos puntos de inhumanidad, procuró instruir á los esclavos en los deberes cristianos, componiendo al efecto un tratado de doctrina cristiana, cuya explicacion encargó á los que sabían leer y escribir. En Jaen fundó un monasterio, cuyo espíritu fué allegar limosnas de todas partes, y destinarlas á la redencion de cautivos.

Los mismos bárbaros, entre quienes ejercía tambien estos oficios de caridad, le profesaban un cariño y respeto filial, por el cuidado y abnegacion con que asistía á los enfermos, y abogaba por el desgraciado. Habiendo caido cautivo, se granjeó el aprecio de los moros, los cuales le daban libertad, para que recogiera limosnas, y se consagró á todas aquellas obras de piedad, que tenía de costumbre; aprovechando el tiempo de su cautiverio, para instruir á los infieles en los misterios de la fé, por cuyos medios se conquistó muchos de aquellos, que concluyeron por hacerse cristianos.

FELIPE EL HERMOSO, rey de Francia, y EDUARDO I, rey de Inglaterra, habian azotado sus pueblos con la guerra, que de continuo sostenian: muchas veces habian entrado ámbos reyes en la vía de transacción; muchos proyectos de paz se habian ensayado; pero nunca se avinieron las partes, y por consiguiente, seguian siempre en estado de hostilidad: era necesaria una mediacion personal, que coronára la empresa, tantas veces ensayada inútilmente por los contendientes; pero ¿qué pueblo ó qué persona se elegirá, que satisfaga á entrambas partes? Uno y otro rey acordaron abandonar este trascendental asunto al papa BONIFACIO VIII, única persona que les inspiraba confianza, y de quien no podian abrigar la más remota sospecha, puesto que su eleccion fué á propuesta y beneplácito de ámbos soberanos. El pontífice acogió con gusto el honroso cometido que se le confiaba, y el 25 de Julio del año 1298, formuló su dictámen, que hizo expedir en forma de Bula: las dos partes asintieron á la sentencia arbitral, y firmaron las paces, ateniéndose en un todo á las bases del fallo pontificio.

SINECIO DE CIRENE, obispo de Tolemayda, empleó súplicas, consejos y amenazas con ANDRÓMICO, gobernador de Lirenayca, para retraerle de los tormentos y bárbaros suplicios, que aplicaba á los delincuentes de la Colonia, cuyo gobierno se le habia confiado; y viendo que todos los medios que ensayaba, se estrellaban impotentes contra su férreo corazón, le prohibió la entrada en la Iglesia, exhortando á las demás iglesias de Oriente, á que imitaran su ejemplo, pero, ¡oh caridad! habiendo éste funcionario público sido depuesto del destino, se levantó contra él una cruzada, compuesta de todas las per-

sonas que habian sido víctimas de su despotismo y tiranía y de los dardos ó parientes de aquellos, que habian caido en la tumba, empujados por su brazo exterminador y asesino: los cruzados vociferaban venganza, pidiendo su cabeza, y el Obispo, cuyas pláticas y consejos habia despreciado, se interpone entre las iras estrepitosas del pueblo amotinado, y el reo, cuya vida logra por fin salvar, inspirando á sus enemigos horror á la sangre.

La codicia y la ambicion habian suscitado rivalidades entre Francia é Inglaterra, cuyos reyes, FELIPE EL SÁBIO de Navarra y EDUARDO I, se disputaban la posesion de una abadía, sita entre los limites de la Navarra y la Gascuña, defendiendo por fin su causa en el campo de Marte. El rey de Francia suspiraba por la paz de aquellas provincias limítrofes, y delegó JUAN DE VIESME, arzobispo de Reims, para que mediara en aquella guerra. El prelado desempeñó la comision de paz, que se le habia confiado, con tanta prudencia, que reconcilió las partes, obligándolas á suspender las armas.

Mucho se han censurado los excesos de los cruzados, que fueron al Oriente á recoger laureles; pero es preciso confesar, que los estragos de las expediciones religioso-militares de Oriente, aparecen á la sombra del Clero que las predicaba, muy insignificantes comparativamente á los males, que se lamentan en las guerras, puramente seculares. Los cruzados se apoderaron de Constantinopla, entregándose al saqueo, incendios, pillaje y demás excesos, consiguientes á las devastadoras irrupciones de las armas. Pero, ¿fueron violadas las doncellas, atropellados los ancianos, incendiados los edificios y demolidas las ciudades? Ocurririan, es cierto, todos estos males inevitables

hasta cierto punto en la guerra; pero gracias á la mediacion del Clero, que contuvo á los guerreros con la predicacion y el consejo, no lamentó la humanidad las desastrosas consecuencias de las guerras de carácter puramente militar.

Apesar de la mansedumbre y piedad de Cárlo-Magno, se dirigió éste á una ciudad del Norte, á tomar venganza de una sedicion, que los impuestos habian provocado: á las inmediaciones de la ciudad culpable, se encontró con un simple sacerdote, que postrado á sus piés, le suplica se abstenga de la venganza que medita, y perdone la vida á sus hermanos: el magnánimo emperador accedió á los ruegos de aquel religioso medianero, que defendia la causa de la humanidad; llegando su galantería al extremo de confundirse con sus enemigos en una procesion que celebraron, empuñando en su manó un cirio, á ejemplo de la muchedumbre, que formaba el séquito religioso. ¡Oh poder incontrastable de la Religion cristiana, que supiste inspirar una virtud tan fuerte en los corazones, que armados con ella sus individuos religiosos, hicieron prodigios á favor de la humanidad, alcanzando triunfos de esos seres implacables y desnaturalizados, que la Providencia suele enviar, de cuando en cuando, como verdugos de la sociedad; triunfos, que se escaparon á las valerosas armas, á la consumada pericia de los más famosos conquistadores de la tierra.

En efecto; ¿quién no contempla, absorto de admiracion, la tierna escena que el diácono PELAGIO, representa en el teatro de Roma, á favor de los amedrentados ciudadanos? El bárbaro TÓTILA, habia desembarcado un ejército espantoso, con el avieso fin de invadir á Roma, saquearla, y hacerla sufrir la

suerte desgraciada, que le cupo en otras ocasiones análogas con otros invasores. PELAGIO se constituye en los umbrales del Vaticano, sosteniendo sobre sus brazos los Santos Evangelios; y postrándose á los piés del infiel conquistador, le ruega que, por respeto siquiera al sagrado volúmen, que le muestra, sea indulgente con su agobiado pueblo, á cuya tier-na demanda contestó TÓTILA, levantando sus tropas, y dejando respirar á los romanos el ambiente del perdón, que les concede.

Nos parece haber llevado la convicción de las pruebas particulares al ánimo del lector, con el número de prelados y de individuos del Clero, que hemos citado, cuyos sentimientos de caridad son comunes á todos los demás que suprimimos en obsequio de la brevedad y alivio de la memoria, que procuramos no agobiar con datos inútiles y farragosos. En los tratados precedentes hemos hecho mencion de los personajes eclesiásticos que dirigieron á los soberanos principales de Europa, que vivieron en su época. Puede el lector dirigir una mirada retrospectiva, y descubrirá los ricos florones de caridad, que embellecen sus vidas. Por lo demás, todos los prelados y sacerdotes están animados de las mismas ideas humanitarias.

THE NATIONAL ARCHIVES

COLLEGE PARK, MARYLAND

OFFICE OF THE DIRECTOR



TERCERA PARTE

---

CORROBORACION

DE LAS

GLORIAS CIENTÍFICO-BENEFICIARIAS DEL CLERO:

MISIONES

# CALIFORNIA PRIMER

With exercises for the student

The first part of the book is devoted to the study of the English language. It contains a series of exercises designed to help the student to acquire a command of the language. The exercises are arranged in a logical order, and are of a practical nature. They cover the four main branches of grammar, and also deal with the use of the language in everyday life. The student is encouraged to write his own sentences, and to use the language in a natural way. The book is intended for use in schools and colleges, and is suitable for students of all ages. It is a valuable resource for anyone who is learning English as a second language.

## CAPÍTULO PRIMERO

---

### **Idea general de las Misiones Católicas**

Hé aquí un nuevo servicio, prestado al mundo por el Clero de todas las edades; servicio que corrobora la caridad é ilustracion sacerdotal: el servicio de las Misiones, del cual nadie se ocupa, á pesar de haber regenerado intelectual, moral y físicamente la sociedad.

La idolatría y todas las sectas, divorciadas de la Iglesia fundada por JESUCRISTO, carecen del elemento civilizador de las Misiones, puesto que sus individuos religiosos adolecen de los mismos errores, participan de la misma ignorancia, se resienten de los mismos achaques, experimentan la misma impotencia y la misma ineptitud que el resto del pueblo: y en su consecuencia, han menester de los mismos recursos de humanidad é ilustracion que éste, para evadir el deplorable estado de embrutecimiento, en que yacen.

El sol de las Misiones brilla, con los resplandores

de la ciencia y caridad, sobre el campo católico: de sus luminosos rayos participan aisladamente los ministros del Dios vivo: luego á ellos exclusivamente debe la sociedad los inmensos beneficios, que ha recibido de las misiones.

En tanto que los ministros adocenados del protestantismo, los sacerdotes idólatras y los individuos religiosos de todas las sectas, emplean los pingües sueldos del Estado en goces materiales, recreos mundanos, pasatiempos ilícitos, tratándose cómoda y delicadamente, y mostrándose indiferentes al grito de la de-gracia agena, y á cuanto no favorezca á las pasiones, de quienes son viles esclavos; los individuos del Clero católico, renunciando al ingénito amor de la pátria, desprendiéndose, quizá para siempre, de los tiernos brazos de los suyos, abdicando los crecidos intereses de sus prebendas, privándose de las honestas delicias de la vida doméstica, se lanzan á los tempestuosos mares, vadean caudalosos rios, salvan profundos barrancos, trepan montañas inaccesibles, combaten las preocupaciones de la ignorancia y de la supersticion, se baten con la miseria, luchan con las enfermedades contagiosas, y llevan á cabo los sacrificios más penosos, para procurar la paz, el alivio y la felicidad á los pueblos.

Sí; nuestro Clero, tan vilipendiado, tan difamado, tan desprestigiado y tan apasionadamente apreciado por los pretendidos filósofos, por los racionalistas y pseudopolíticos del día, salva la humanidad de los precipicios de la muerte, aunque sea preciso abrasarse en el fuego del Trópico, congelarse en los hielos del Polo, habitar con los salvages, alternar con las fieras, alimentarse de aceite de ballena, de frutos silvestres, y dormir en duro suelo.

Un conquistador se precipita en los azares de la guerra, se arroja á las puntas de las lanzas y de las espadas, arriesga su vida para defender á su rey y la pátria; pero ¿cuántos alicientes no le empujan á ofrecer tamaños sacrificios? La ambicion de riqueza y gloria, los vehementes deseos que abriga de ilustrar su nombre y el de toda su familia con un título de nobleza, de inmortalizar su fama con alguna hazaña brillante. Un político se ausenta de la pátria que le vió nacer, se aleja de la familia, divaga por países extranjeros; pero ¿qué móviles le lanzaron á la vida pública? ¿El servicio de la pátria? ¿El amor á sus semejantes? Nó: el deseo de figurar entre los gobernantes, de sobreponerse á los demás; la egoística esperanza de hacer una soberbia fortuna, la loca vanidad de poseer un destino fastuoso. Un filósofo sostiene las teorías de un sistema á costa de su salud, se dedica al estudio con menoscabo de su libertad, le sorprende la muerte, embebecido en profundas meditaciones científicas; pero muere, aspirando el aura popular; muere, dorando su memoria con el brillo de una reputacion gloriosa.

Recórrase la escala social de todos los héroes, que se han sacrificado por la humanidad, y se echará de ver, que se han hecho pagar bien caros sus servicios, por cuanto, en tésis general, no han obrado impulsados por un sentimiento de caridad, sino guiados por el egoismo y el espíritu de interés.

Un religioso arrostra sacrificios, incomparablemente mayores, instigado por el amor á sus hermanos, único estímulo que le conduce al laudable ejercicio de la caridad, para labrar la felicidad de sus agobiados semejantes. Nada hay, humanamente hablando, que explique su heróica conducta: ninguna

esperanza brilla en el sombrío horizonte de su oculto porvenir: toda su felicidad la cifra en la eternidad, por cuya consecucion renuncia públicamente la vida; y partiendo del pueblo, que le sirviera de cuna, va á ocultar su muerte en el desierto, mezclando sus cenizas con los séres irracionales, y dejando á los suyos sumergidos en un mar de penas, y abismados en la miseria. El entendimiento humano no alcanza á comprender, cómo los misioneros católicos hayan ilustrado tantos pueblos, dominados de la idolatría, avasallados del mahometismo, envueltos en la heregía y en las sectas; cómo hayan dado cima á empresas tan árduas de valor y caridad. Confesamos que, sin el auxilio de la gracia, las misiones no hubieran alcanzado tan asombrosos resultados; por cuyo motivo, los nuevos operarios del Evangelio nos merecen un voto más de gracias, un homenaje más de gratitud, de respeto y veneracion.

Satisfecho su celo en Europa, el Clero, regular como secolar, hambriento siempre del bien ageno, lanzó sus compasivas miradas hácia los remotos climas del Asia, Africa, América y Oceanía; y, á través del microscopio de su celo, descubre un dilatado campo de infidelidad, cisma y heregía; y cerrando los ojos á los inminentes riesgos, que le esperan imponentes, acomete la ímproba tarea de cultivarlo por medio de la predicacion, regarlo con los sudores de su frente, y beneficiarlo con el abono de las virtudes, para hacerle producir la salutifera mies del Santo Evangelio.

Las diversas razas, que pueblan el Asia, el Africa y la América, habian llegado al último grado de envilecimiento y degradacion: hallábanse estos pueblos en el mismo estado de embrutecimiento, en que sa-

ludára el mundo pagano JESUCRISTO á su advenimiento á la tierra: sumergidos en la tenebrosa noche de la idolatría, se entregaban, á bandera desplegada, á satisfacer las bestiales exigencias de la materia, echando en olvido las leyes preferentes del espíritu. Familiarizados con las absurdas prácticas de una religion, la más grosera y supersticiosa que se puede imaginar, habian olvidado la idea del verdadero Dios, llegando su ceguedad y preocupacion al extremo de sacrificar á los ídolos víctimas humanas: error lamentable del que vino á sacarles afortunadamente el conocimiento del Evangelio, piedra angular del edificio de civilizacion que se levantó, doquiera dominaban las falsas religiones, merced á los copiosos sudores y raudales de luz que derramaron los sagrados ministros del Altar. Errantes y vagamundas algunas de estas razas humanas, se ocupaban en ejercicios de fuerza bruta, en luchas recíprocas, en las guerras, en la caza, en la pesca, en el manejo de la honda, del arco, de la flecha y ballesta, de cuyas armas usaban, para procurarse los alimentos, que consistian en carne cruda y frutos silvestres.

Pertrechados con las valerosas armas del Evangelio, nuestros misioneros conquistaron las naciones, las catequizaron, las instruyeron; y, á la saludable influencia de las aguas regeneradoras del Santo Bautismo, sus habitantes se asociaron, fijando su residencia en puntos determinados, y afianzando sus derechos en las sólidas bases de las leyes y los inconcusos principios de autoridad. Aprendieron, bajo la direccion de tan hábiles maestros, á cultivar las tierras, plantar arbolado, desecar pantános, desmontar selvas, sembrar, y recolectar la miés; en suma, se orientaron en todas las reglas de la agricultura, y en

los conocimientos de las artes y oficios necesarios á la vida, pasando del estado errante y salvaje, al de sociedad, y adorando al verdadero Dios, á cuyo conocimiento debian la gracia de haber recobrado el uso de la razon, que habian perdido.

Los misioneros, pues, turbando el reposo de la vida privada y claustral; renunciando los goces de la patria y las delicias de la familia; sacrificando la libertad, la salud, los intereses, el amor propio y la misma vida; dando el último adios á los amigos de la infancia, surcan los procelosos mares en busca de las islas salvajes ocultas al resto del universo, encontrando unos seres humanos, que pacen por las praderas, por las márgenes de los rios, por las tempestuosas playas del Océano, por los fragosos bosques, por los pelados riscos, á imitacion de las fieras, cuya costumbre de alimentarse con carne cruda, y de ir enteramente desnudos, siguen: cruzan, cual aves peregrinas, los abrasados desiertos del Africa, hundiéndose en las vastas soledades de arena, y respirando el cálido ambiente, que, abrasando sus gargantas, y tostando sus rugosas frentes, los obliga á interrumpir sus penosas marchas; y haciendo los últimos esfuerzos, arriban, por fin, á los paises, dominados por el grosero mahometanismo, proclamando, en nombre de Cristo y de la razon, la libertad, fraternidad é igualdad del Evangelio, y rompiendo en pedazos las cadenas de la esclavitud: trepan las enhiestas montañas de los Andes, traspasan las negras cordilleras de los Apalaches, se abandonan á la corriente de los rios navegables de la América: y al sonido amedrantador de la serpiente de cascabel, al fatídico llanto del cocodrilo, al espantoso rugido del oso, al extridente aullido del lobo, hacen resonar los bosques retum-



badores del Nuevo mundo con la voz vibrante del Evangelio, á cuyo extraño y grato sonido, se agolpan los salvajes tumultuariamente en torno suyo; á quienes hablan de los encantos de la sociedad, de las bellezas de la Religion y de la imperturbable felicidad de la vida futura: se someten á las alternativas de un excesivo calor y extremado frio, escalando montañas de inconmensurable altura, cubiertas de perpétuas nieves, y cruzando los inmensos desiertos de arena, recorren estos climas tan encontrados, yertos de frio unas veces, extenuados de calor otras, á caza de unos hombres desgraciados, envueltos en el inmundo fango de la liviandad, aprisionados con los lánguidos brazos de la pereza, entregados al robo, dados á la caza, sepultados en los bosques; los cuales abandonan por fin sus agrestes costumbres, vida errante, hábitos salvages, supersticiosos ritos y moral corrompida; pasando á vivir morigeradamente en sociedad, bajo la saludable y poderosa influencia del Evangelio, á cuya radiante luz han sacudido el yugo de las tinieblas, en que los envolviera Satan; pues han comprendido las ventajas de la vida social, la dulzura de las costumbres cristianas, la dignidad y los derechos naturales del hombre y la influencia del trabajo sobre la salud corporal y espiritual.

Atendidos los peligros que afrontaban los misioneros católicos, no es de extrañar, que fuesen muy contados los que regresaban á Europa, toda vez que de las ilustres falanges de beneméritos sacerdotes, que partían para los diferentes puntos del globo, unos se hundían en el Occéano, sirviendo de pasto á los peces, á consecuencia de las violentas marejadas, que levantaban los contratiempos marítimos: otros eran sepultados vivos bajo las pesadas capas de are-

na, que ascendían y descendían al veloz y poderoso empuje del violento Aquilon, que soplabá ardiente en los vastos y cálidos desiertos del Asia y del Africa: aquí eran devorados por las carnívoras fieras, que, emboscadas en los espesos matorrales de los bosques, los embestían rudamente, saciando su hambre y crueldad con la sangre y carne de estos héroes de la caridad: allí eran desgarrados sus cuerpos por las puntas agudas de las espinas y punzantes malezas de los bosques, en donde exhalaban el postrimer suspiro, privados de los consuelos de la familia, de los recursos del arte y de la ciencia, y al rigor de las heridas, del hambre, de la intemperie, y á las penalidades de un aislamiento cruel, bárbaro é inhumano: acá eran degollados desapiadamente, para servir de alimento á los antropófagos, en pago de los beneficios de civilizac'on y cultura, que les brindaban: allá eran víctimas de los insultos, calumnias, persecuciones y tormentos, con que eran tratados por los déspotas caciques, y de las befas, sarcasmos, dieterios injuriosos é irritantes, que les prodigaba el desenfrenado populacho con cinismo cruel é insoportable impunidad: acullá eran conducidos vergonzosamente á los tribunales, expuestos á las risotadas feroces, al desenfreno, libertinaje, insolencias y rabioso desahogo de las chusmas populares; condenados á todos los tormentos afrentosos, que sufrían los más famosos criminales, por el solo delito de haber divulgado la ley del Evangelio, y haberse comprometido, pertrechados con ella, á sustraerlos del espantoso caos, lamentable confusion y anarquía, en que vivían, haciéndoles brillar una era nueva de felicidad temporal y eterna.

Los inofensivos operarios del Evangelio eran, por

doquiera, sepultados en los hediondos calabozos y lóbregas mazmorras, sucumbiendo, no pocas veces, á los inhumanos tratamientos que recibían, al irresistible hedor de los fétidos miasmas, de las inmundas exhalaciones de aquellos impuros é incomunicados sitios; y si resistían á estas pruebas de inhumanidad y barbárie, salían de estos focos de pestilencia y corrupción, no para respirar el grato ambiente de la libertad, ó para vindicarse de los cargos imputados, sino para ser estrangulados en las horcas afrentosas, descuartizados en los potros, desgarrados por las aceradas uñas de las fieras, asaetados en las plazas, apaleados en las calles, suspendidos á los árboles; en fin, para ser ejecutados por todos los medios, sancionados por el furor y reprobados por la ley, la razón y el sentido comun. Perecían muchos también en las desoladoras guerras, que empeñaban con las pestes y contagios, que se desarrollaban espantosamente en los teatros de las misiones, causando numerosas y sensibles bajas en los pueblos atacados.

Los intrépidos adalides del Evangelio, se lanzaban á los peligros de las guerras epidémicas, luchando, cuerpo á cuerpo, con las pestíferas enfermedades, aliados rivales de la humanidad; y escudados con las armas de la ciencia, caridad y valor, que sólo se hallaban en los campamentos cristianos, y en los individuos de inmaculada conciencia, hacían retroceder la muerte espantada de los incendios contagiosos, ó si se empeñaba en cebar su saña sobre los míseros mortales, obligábanla á moderar sus golpes, á humanizar su triste y pavorosa misión. Peleaban do quiera amenazaba el peligro: se introducían en las casasapestadas, penetraban en las mazmorras, descendían á los calabozos, ocupaban los barcos, se personaban

en los hospitales; en fin, presentaban batalla al enemigo, do quiera se encontraba, no rehuendo el combate, por desventajoso y desfavorable que se ofreciera en el campo, coronando siempre, con lisonjero y feliz éxito, sus gloriosas campañas de caridad.

Nada era poderoso á detener á estos ángeles de caridad, enviados por la Religion, en las humanitarias marchas, que hacian en los anormales tiempos de epidemia : ni retrocedian ante la lobreguez é inmundicia de los calabozos, ni ante las pútridas emanaciones que exhalaban los hospitales, ni ante los riesgos inminentes de la muerte, ni ante la asquerosidad de la epidemia, ni ante el pordiosero y nauseabundo ropaje de los apestados, ni ante la pesada atmósfera de las misereras chozas, ni ante los denuestos, que les dirigian sus adversarios religiosos : sino que, obedeciendo á los nobles sentimientos de sus elevados corazones, haciéndose eco lastimero de la compasiva Religion, que seguian y divulgaban, desafiaban los obstáculos, menospreciaban las dificultades, saltaban por encima de los inconvenientes, con que los ciegos y fanáticos adoradores de Satan, intentaban entorpecer el curso brillante de las misiones.

No perdonaban medio nuestros infatigables misioneros, para atraer al conocimiento del Evangelio á los pueblos nómadas. Cuando la caridad se declaraba impotente, para persuadir del error á ciertas clases altaneras que, enorgullecidas de su fastuosa fortuna ó de su pretendida ilustracion, escarnecian la Religion de la Cruz, atribuyendo sus heroicas y virtuosas hazañas al poder encantador y hechicero de la mágia, á la hipocresía ó á la demencia; entónces, se despojaban del carácter benigno de padres, y adoptando un aire académico, se dejaban ver en el palen-

que de las controversias en calidad de literatos, y esplanaban los puntos, sometidos al debate, con tanta lucidez y maestría, que el público, que poco ántes los vituperaba en las plazas, ahora los aplaudía en los brillantes círculos de las letras, proclamándolos superiores, en el terreno de la ciencia, á los filósofos y sábios de la pátria, de cuyo entusiasmo se aprovechaban, haciendo germinar la fecunda semilla del Evangelio, que acaso se hubiera esterilizado desprovista de la luz de la discusion.

En la China, único centro de ilustracion que posee el Asia, las respetables virtudes y santas fatigas de los esclarecidos misioneros, se hubieran estrellado impotentes contra las rocas del fanatismo, sin el concurso de la ciencia: en su consecuencia, se presentaban con el carácter de filósofos y literatos, luciendo las galas del talento y del saber: daban lecciones de geometría, física, química, mecánica, geografía é historia natural, en las que intercalaban las purísimas máximas de moral evangélica: descendían á la arena con los sábios del Celeste Imperio, de quienes siempre triunfaban gloriosamente, en todas las materias científicas, que se discutian públicamente. Estos combates literarios eran muy frecuentes y muy interesantes, no tanto por los asuntos intrincados de la ciencia que se ventilaban, cuanto por el inmenso concurso de personas notables, que los presenciaban. Unas veces se batian por escrito, de palabra otras: en la inteligencia, que los folletos, artículos periodísticos y obras de defensa católica, que circulaban, iban redactadas en lengua indígena, á fin de poner al público al corriente de los más minuciosos detalles de las cuestiones científico-religiosas, que se agitaban, y constituirle juez y árbitro en la controversia;

el cual concluía siempre por decidir la victoria á favor de los controvertistas católicos.

Estas ventajas de los misioneros, sobre los sábios de la pátria, resonaron tan ventajosamente en la opinion pública, que sus ecos no tardaron á dejarse oír en la córte china, llamando la atención del emperador, el que, haciéndolos conducir á su presencia, se admiró de los generales conocimientos, que poseían. Los ilustres extranjeros, protegidos por la majestad imperial, se encastillaron en los primeros puestos del imperio, entablaron relaciones de amistad con los cortesanos, y con las clases más distinguidas de la China, adquiriendo tanta preponderancia, que, rompiendo las cadenas del temor, respetos y precauciones, que los habian embarazado en sus brillantes y consoladoras marchas por el doble camino de la ciencia y de la Religion, empezaron á ejercer con desembarazo las funciones del sacerdocio, recomendándolas con la autoridad de la ciencia y de la caridad.

Arengaban al público á favor del Cristianismo, administraban sacramentos, celebraban conferencias dominicales y nocturnas de Religion y Doctrina Cristiana, en beneficio de las clases proletarias, y llenaban todos los actos ministeriales de su salvadora mision. Desenvolvian mapas, giraban globos, trazaban esferas, y marcaban el verdadero curso de los astros. El pueblo, las autoridades y los letrados, estaban prendados de las virtudes, talentos y sabiduría de los simpáticos misioneros, á quienes se esforzaban por semejarse en algo, siguiendo en competencia sus ilustres huellas, estampadas en el campo de la Religion, ó impresas en la esfera de las ciencias y en el círculo moral de su vida pública y privada.

Los imperios más salvajes y las naciones más bár-

baras y fanáticas, mudaban de aspecto á la presencia de unos oscuros sacerdotes, que habian vivido en un rincon ignorado de Europa, ocultando el rico floron de sus virtudes y el precioso tesoro de su sabiduría en los pliegues de la humildad, ó en el silencio sepulcral del solitario claustro. Las costumbres más inveteradas, las usanzas más arraigadas, las instituciones más vigorosas, las prácticas religiosas, rituales y ceremoniales de la fabulosa antigüedad, caian en desuso, al grito unánime de reprobacion que lanzaban los pueblos, al resonar en sus dilatados ángulos la potente voz del Evangelio.

Los misioneros, despues de imponer á los neófitos en los deberes cristianos, los instruian gradualmente en las ciencias y artes humanas, componiendo al efecto ilustrados tratados de geografia, historia, moral, matemáticas, mecánica, medicina y fisica, cuyas obras iban siempre redactadas en la lengua propia del país, que ocupaban: tambien fomentaban la ilustracion de la naciente comunion de los fieles, traduciendo las obras científico-religiosas, que gozaban en Europa de mayor celebridad, al idioma vivo de los indígenas; y para que su pátria, léjos de experimentar perjuicios con la extraccion de numerosos ejemplares, participára de sus talentos y progresos literarios, vertian á las lenguas vivas de su nativo suelo todas las obras de reconocido mérito, que se descubrian en el extranjero.

Véase, por lo que llevamos dicho, el lastimoso error, que abrigan los que reputan el Cristianismo por una barrera de las luces, y califican á los sacerdotes católicos de rudos, descorteses, iliteratos, ignorantes y groseros; véase la delirante pasion, que domina á estos detractores injustos; el espíritu de ódio

y rabia que los anima al dirigir motes tan insultantes, diatribas tan injuriosas y ataques tan ofensivos é infamatorios á una Religion y á unos sacerdotes, que marcaron la línea del progreso moral y científico en el mundo, á través de las espesas nieblas de ignorancia y supersticion, que lo envolvian; á una Religion y á unos sacerdotes, que crearon, é implantaron, en el árido desierto del mundo, el delicioso jardin de la sabiduría, cuyas odoríficas plantas crecieron, medraron, y se conservaron lozanas y vigorosas, merced á sus cuidados y fatigas.

La conducta, observada en todas épocas por los varones apostólicos en el curso de sus trabajos evangélicos, justifica á la Religion, y á ellos á la vez, del negro borron, que les arroja la incrédula filosofia y la maldiciente impiedad, puesto que no dieron un paso en la carrera benéfica de las Misiones que no fuera precedido, y alumbrado por el rayo luminoso de la ciencia. En efecto, no se esforzaban ménos en cultivar las inteligencias de los fieles con la voz del magisterio, que en esmaltar sus corazones con las flores de las virtudes: á la par que abrian iglesias al culto del verdadero Dios, consagraban á la ciencia universidades, colegios, academias, ateneos y conferencias.

Apénas se conoce ningun progreso ó adelanto en la esfera de la ciencia, que no haya sido descubierto ó impulsado por los misioneros: ellos han llegado á poseer todas las lenguas del universo; han revelado el espíritu de la filosofía; han investigado el verdadero curso de los astros; han constituido la jurisprudencia civil, criminal y canónica de los pueblos, al reunirlos en sociedad; han inventado las máquinas de la Física y Química; han descifrado los misterios de



las ciencias exactas; han instalado los talleres; han hecho asombrosos experimentos en la Mecánica; han organizado los parques de Artillería; han construido surtidores; han formulado los planos de los soberbios palacios; han reglamentado los estudios públicos; en fin, han comunicado al mundo ese movimiento artístico y literario, con que marcha al empuje de la Religión, desde su aparición sobre la tierra. De este modo, al resplandor del Evangelio, se encendió la antorcha de las ciencias y de las artes en los pueblos idólatras y salvajes, á cuya luz, se disiparon las tinieblas del error en que yacían, y sacudieron el yugo de ignorancia que los oprimía, pasando del estado de embrutecimiento en que estaban, á la vida culta, racional y propia de una sociedad ilustrada.

A no ser los misioneros la personificación viva de todas las virtudes cristianas, y unos sábios consumados, ¿cómo su regeneradora empresa hubiera sido coronada con tan brillante éxito? Así, admirando los filósofos no ménos los prodigios de su ciencia, que los fenómenos de su santidad, prohijaban resueltamente su doctrina, arrastrando, con su prodigioso ejemplo hácia los templos católicos, á las masas de los pueblos.

El Evangelio, do quiera ondea su bandera, hace prosélitos por convicción, al desenvolver las pruebas filosóficas que le sirven de áncora en los puertos del grande Océano del mundo; á diferencia de las falsas religiones, que se rodean momentáneamente de secuaces, atraídos maquinalmente por el imán irresistible de los goces carnales, que les brindan. El Cristianismo invade las córtes de los sultanes, sacudiendo el yugó de la esclavitud, rompiendo las cadenas opresoras de la tiranía, y dulcificando las bárbaras

costumbres del mahometismo: se anuncia en el Celeste Imperio, depurando con sus luces las ciencias naturales de los absurdos, que las infestan: brilla en las selvas del Paraguay, del Brasil y del Perú; y á sus luminosos reflejos, las tribus errantes y salvajes, abandonan las madrigueras de los bosques, se coaligan socialmente, viviendo bajo la influencia de las leyes, y el yugo de una autoridad: resuena en la Oceanía con el sonoro y melífluo acento de la música, á cuyas gratas armonías, los bárbaros interrumpen sus vandálicas correrías, y contemplan entusiasmados el magestuoso aspecto de los misioneros: en fin, irradia en todas partes, iluminando los pueblos con sus rayos de ilustracion y caridad.

---

## CAPÍTULO II

---

### **Estado social del Asia.—Conducta heroica de los misioneros.**

Damos comienzo por el Asia á la descripción de las Misiones extranjeras, por haber sido la cuna de todos los imperios y el origen de todas las razas, que pueblan el universo. Efectivamente, el Asia fué la primera habitación del hombre, la depositaria de la Religión, la maestra y directora de todos los pueblos, que encierra el globo. Interin las restantes partes del mundo se organizaban, y disponían á vivir en sociedad, el Asia era consagrada por la Divina Presencia de Nuestro Redentor; el cual la habia elegido para cuna de la Ley Evangélica, que habia importado de la Eternidad, y para teatro de su predicacion, de sus milagros, de su pasion y muerte. Así mismo fué ilustrada el Asia por los apóstoles y discípulos del Salvador; los que, habiendo sucedido inmediata-

mente á su Divino Maestro en el sublime cargo de convertir almas, fijaron su asiento en ella, honrándola con la predicacion, ennobleciéndola con sus portentos, esmaltándola con su sangre, y distinguiéndola con su muerte.

Pero esta parte del globo, tan respetable por su antigüedad, tan memorable por su historia, tan célebre por su ilustracion, declinó de su antigua gloria y esplendor, quedando la mayor parte de sus pueblos reducidos á estériles desiertos, cubiertos de arena, á dilatados, bosques habitados por fieras. Se paralizó el rápido curso del comercio, se suspendió la industria, se apagaron las luces, se eclipsó el sol de la ilustracion, se desvanecieron las glorias religiosas, se inutilizaron los fecundos terrenos por la desidia y pereza de los habitantes; los cuales, en su mayor número, ven deslizarse los dias de su vida en despoblado, buscando la subsistencia en el robo, en la caza, pesca y pastoreo: libres del imperio de las leyes, emancipados del freno de la autoridad, dueños absolutos de sí mismos, esclavos de las pasiones, exentos de toda clase de humana responsabilidad, se abandonan á los últimos excesos del vicio.

Algunos se precipitan en la vida errante y vagabunda, impelidos por la necesidad; pues, no pudiendo su holgazanería é impericia prestar el cultivo y trabajo que exige el estéril suelo que habitan, se ven precisados á divagar por los bosques, disputando á las fieras las yerbas, los frutos silvestres, la carne montesina, para proveer á su alimentacion corporal. Otros, al contrario, abusando de la riqueza y abundancia, que natural y espontáneamente produce el fértil terreno que ocupan, pasan la vida en brazos de la caprichosa pereza, apurando gozes y placeres

sensuales, en cuyo estado de inaccion é inercia, los sorprenden los invasores extranjeros; los que, despues de enriquecerse con la industria y el comercio de sus feraces suelos, les imponen el yugo de su despótico dominio, reduciéndolos á la dura condicion de esclavos, y exponiéndolos á los trabajos más penosos é inhumanos.

Si en algunos pueblos del Asia se vislumbran destellos de ilustracion, fueron conservados por los extranjeros invasores, de quienes recibieron la educacion, las leyes, las costumbres, y la mezquina apariéncia de civilizacion, que poseen. Pero es preciso convenir, en que los vencedores, por buenos sentimientos que respiren, por sanas ideas que abriguen, por vasta ciencia que posean, por grandes esfuerzos que empleen, nunca podrán implantar en un pueblo idólatra y salvaje la verdadera y sólida civilizacion, porque los sistemas de política, de gobierno y legislacion, son impotentes para disipar la noche lóbrega y sombría del error religioso, barrera insuperable de las luces y del progreso. La obcecacion y fanatismo religioso, hacen vegetar la materia, y amortiguan el espíritu á la sombra de las absurdas y groseras prácticas, que crea: da preponderancia al físico humano, entregando el cetro á las pasiones; y al paso que esclaviza la razon, apaga sus luces, y por consiguiente, mata el progreso, la civilizacion y la ciencia.

El Cristianismo, ejerciendo dominio sobre el espíritu, dándose cuenta de todos los actos de la razon, prescinde absolutamente de la materia, y adopta, por norma de todas sus operaciones humanas, el espíritu, de quien se deja dominar, y presidir en el desarrollo de la vida moralmente práctica. Haciendo, pues, abstraccion de lo físico, y concretando su ac-

cion á la parte moral del hombre, cultiva su ingé-  
nio, y aguza las facultades de su entendimiento, verdade-  
ro elemento de civilizaci6n y progreso. Como aspira  
á decorar el corazon humano con los atavíos de las  
virtudes, le despoja de las malezas del pecado, de las  
tinieblas del vicio, creando unas costumbres inocen-  
tes, que habilitan al hombre cristiano, para el bien,  
y le defienden del mal. Las virtudes cristianas der-  
raman raudales de luz sobre el entendimiento, ha-  
ciendo desaparecer las nieblas de la ignorancia, ha-  
bilitándolo para las justas apreciaciones, é imposibili-  
tándolo para las impresiones falsas y absurdas.

La doctrina cat6lica no rehuye la ciencia; la busca  
por todas partes: la busca en su moral, en sus cos-  
tumbres, en sus leyes, y en sus misterios: la ciencia  
es su carácter, su divisa, su consigna. Hé aquí el  
por qué la Religion Católica es el verdadero elemento  
de la civilizaci6n, al paso que las sectas falsarias la  
entorpecen en su carrera, la matan en su origen; hé  
aquí el por qué, doquiera se ha fijado el estandarte  
de la cruz, ha nacido el sol de la ilustraci6n; hé aquí  
el por qué han marchado siempre acordes y unáni-  
mes la ciencia y el Evangelio; en fin, hé aquí el por-  
qué el Clero misionista, regular como secular, ha en-  
gendrado la verdadera civilizaci6n en los numerosos  
pueblos idiotas y salvajes que ha recorrido, á la  
sombra benéfica del Evangelio.

En esta vasta é inculta region del Asia, penetra-  
ron los misioneros cat6licos de todas las órdenes re-  
ligiosas y de todas las categorías del Clero secular,  
que se consagraron espontáneamente á los trabajos  
apostólicos: desmontaron las selvas del paganismo,  
terraplenaron los fosos del mahometismo, arrancaron  
la cizaña herética de los campos cristianos, pusieron

en comunicacion la Iglesia oriental con la Católica; llevando á cabo todas estas reformas prodigiosas y trabajosas en el campo sagrado del Evangelio, en donde, trabajando con la doble palanca de la caridad y de la ciencia, recogieron una abundante cosecha de Catolicismo, fertilizada con los copiosos sudores de la predicacion, con la cual nutrieron las inteligencias de los idólatras, musulmanes y sectarios.

Luchaban denodadamente con obstáculos tan graves, que sucumbian no pocas veces en el combate; con todo, los que sobrevivian á estos reveses, no cejaban en el empeño de coronar sus sienas con los laureles de la victoria, y perseveraban, batiéndose con los insultos, las befas, los aprisionamientos, los tormentos y la muerte, para abrirse camino á las conquististas de las almas. Firmemente, persuadidos de que la moral evangélica, que predicaban, no se rodea de las tinieblas de la ignorancia, sino que germina á los inextinguibles resplandores de la ciencia, los misioneros cristianos sellaban la gloriosa carrera de sus expediciones apostólicas con ejercicios y monumentos literarios; ilustraban los pueblos en las ciencias, artes y oficios necesarios á la vida social, que habian abrazado, y al servicio del verdadero Dios, que habian reconocido.

Siendo la caridad la red ingeniosa, en que caian por lo regular los sectarios, la más poderosa de las armas para triunfar de todos los obstáculos que obstruian su tránsito, y la divisa de la religion que predicaban, no se descuidaban los misioneros católicos en ejercer heroicamente esta virtud, perla preciosa del Cristianismo, á cuyo mágico ascendiente se rendian amigos y contrarios; entrando por la vereda de la persuasion y del placer en el servicio del verdadero

Dios. Animados con los triunfos del corazón humano, que por todas partes conseguían; prevalidos de la caridad, se hacían acompañar inseparablemente de la *reina* de las virtudes evangélicas, marcando su esplendorosa carrera con las obras estupendas de misericordia, que practicaban indistintamente con todos los desvalidos, y en especialidad, con los enfermos, cuyo cuidado y asistencia, procuraban con un celo y abnegación incomprensibles, en los hospitales y casas de beneficencia y de socorro, que al efecto construían.

Entraban también con preferencia, en los planes caritativos de los misioneros, los niños huérfanos de ambos sexos, á quienes abrían asilos beneficiarios, provistos de nodrizas y maestros para atender á su lactancia é infantil educación, preparándolos con tan esquisitos cuidados, para ingresar más tarde en las carreras literarias, ó en los talleres, que guardáran proporción con sus talentos é inclinaciones naturales.

Objeto de sus caritativos desvelos eran además los indefensos ancianos, lanzados á la intemperie y mendicidad por la ingratitude filial: á estos seres desgraciados y miserables, siquiera por la respetabilidad de las canas, dispensaban los varones apostólicos todo género de recursos materiales y morales: aliviaban sus achaques, hijos de la decrepita edad; endulzaban la amarguras de sus desnaturalizadas familias con los auxilios de la Religión, que se habían comprometido á seguir; y finalmente, poníanlos al abrigo de los duros tratamientos de los hijos, de los tiros de la indigencia y de las dolencias seniles, cuidándolos en asilos de piedad, provistos de todo lo necesario. Tampoco se escapaba á su compasiva vi-



gilancia el doloroso estado de muchas desconsoladas viudas, cuyo cuidado tomaban á su cargo, proveyéndolas de alimento cotidiano, ó asignándoles del comun depósito de limosnas, una pension de socorro.

Todos los recursos de caridad, de que se valían los misioneros para hacer triunfar la Religion en los países atacados de la peste irreligiosa, no bastaban siempre á hacer entrar en la senda de la verdad á los que estaban amarrados con las cadenas de las doctrinas sectarias. Confirmaban en la fé, sí, á los nacientes y vacilantes adoradores del verdadero Dios, atraían al rebaño de JESUCRISTO á los inválidos, achacosos y necesitados; pero, para decidirlos á seguir, sin vacilar, las nuevas creencias, era necesario, por ejemplo, convencerlos de las ventajas de la Religion y de la sociedad sobre las sectas y la vida errante, que arrastraban: era necesario combatir, con la espada de la palabra, los achaques morales de los idólatras, cismáticos y hereges, con quienes se las habian, que eran otros tantos obstáculos para militar bajo las gloriosas banderas de la Cruz.

Estos achaques, aunque eran de diversa índole, derivaban todos de un principio comun, y cedian á las armas de la paciencia, de la caridad, del trabajo y sufrimientos. A unos era preciso arrancarlos de los centros de los bosques, y despojarlos de los feroces y depravados instintos de robar, asesinar, cazar, etc., en que se ocupaban; á éstos era indispensable, deshabituarlos de las sangrientas costumbres de sacrificar á los ídolos víctimas humanas, y de alimentarse con la sangre y carne cruda de sus semejantes; á aquellos era urgente alejarlos de la vida muelle que llevaban, y sustraerlos del inmundo lodazal de las

infames pasiones, en que se habian sepultado. Era preciso erigir una sociedad, que marchára uniforme y acorde por el camino de la ilustracion, del trabajo científico, artístico, industrial, comercial y agrícola, al que debian avezar á los indigenas, á fuerza de constancia, amabilidad y persuasion; era preciso inculcar en los ferinos corazones de los tiranos, que ejercian sobre sus semejantes actos de refinada barbarie y crueldad, ideas de compasion y sentimientos de humanidad, para que fueran más indulgentes con los prójimos, tratándolos como á hermanos.

### CAPITULO III

#### **Costumbres religiosas de la China.—Mártires misionistas de la China y del Japon.**

Siendo la China el principal teatro de las Misiones católicas, será conducente al orden y claridad, describir anticipadamente, siquiera á rasgos generales, las costumbres particulares de este imperio, el más culto y floreciente del Asia.

El emperador se titula padre y madre de su pueblo: su autoridad se refleja en el virey, que viene á ser un gobernador de provincia, y en un mandarin, que se traduce por un alcalde corregidor de ciudad. El sacerdocio es ejercido por la suprema autoridad; de modo que el emperador es á la vez sumo pontífice y jefe supremo de la Nación, ejerciendo los cargos de la autoridad civil y las funciones sagradas del sacerdocio: él es el único que puede sacrificar víctimas humanas. Los chinos, á la par de ser instruidos, son los más supersticiosos y fanáticos de todos los pueblos idólatras: reconocen una muchedumbre infinita

de dioses, á quienes rinden homenaje de adoracion: las montañas, los rios, las huertas, las poblaciones, tienen, en su criterio erróneo de religion, sus respectivas divinidades, que presiden, velan, cuidan y defienden: tambien hacen participes de los honores de la Divinidad, á los héroes, que brillaron por sus hazañas, virtudes filosóficas y talentos. Durante el extravagante ceremonial del prolongado *duelo*, que tributan á sus finados parientes, se abstienen de las diversiones públicas, de las funciones religiosas, de las tertulias y fiestas civiles; simulando un dolor hipócrita, que están muy léjos de sentir.

En la China, domina la idolatría bajo diferentes aspectos: los *Tao-sse*, es una de las sectas, que gozan de más popularidad: su doctrina, adorada por los chinos, sustituye á Dios la razon: considera á las almas, como emanaciones de la sustancia etérea. El fúnebre ceremonial de los obsequios mortuorios, que se rinden á la memoria de los finados, no puede ser más ridículo, ni más supersticioso. La familia se reúne anualmente en torno de la tumba de los antepasados: col ca una mesa, en cuyo derredor hace repetidas incensaciones: embalsama el ambiente con las perfumadas emanaciones, que se desprenden de las yerbas aromáticas, que se quemán: al pomposo estruendo de estos mortuorios aniversarios, cree que descenden los espíritus de los antepasados, cubriéndola de beneficios y gracias temporales, en recompensa de los honrosos recuerdos, que les consagra. En el curso de las ceremonias, que rodean el acto del aniversario, la mesa es traqueada acá y allá, y los concurrentes hacen infinitas genuflexiones, en señal de la adoracion que prestan á los finados parientes, á quienes sacrifican sustancias alimenticias; las cua-

les son repartidas entre los concurrentes por los sacerdotes que dirigen la fiesta fúnebre: últimamente, queman una cantidad de papel en forma de moneda, con cuya ceremonia, creen subvenir á los gastos del difunto. Suelen rendir otro culto más simple á los difuntos, que consiste en imprimir en tablillas de cera los nombres de los muertos, las que elevan en los frontispicios de las casas mortuorias y en los cementerios, para que á su vista, doblen la rodilla los transeuntes, y rueguen á los sugetos que allí se expresan, les sean propicios, proveyendo á todas sus necesidades temporales.

El filósofo *Kan-g-fu-tsé*, es otra de las divinidades más famosas de los chinos. Celebran, en honor de este divinizado personaje, una fiesta anual, solemnizada con mucha pompa y magestad: ofrécenle animales muertos, creyendo que este sacrificio hace descender el espíritu del citado filósofo: prostérnanse respetuosamente ante su imágen, dirigiéndole fervorosas plegarias, para conciliarse su proteccion. Todos los letrados, víreyes, mandarines, dignatarios y magnates del imperio, prosternados supersticiosamente ante el filósofo *Kan-g-fu-tsé*, juran, ántes de recibir las insignias de los grados académicos y las credenciales de los cargos ó dignidades, rendirle acatamiento, culto y adoracion.

El sacerdote jesuita, MATEU RICCI, se hizo admirar por sus virtudes cristianas, talentos literarios y trabajos apostólicos, en la China, en donde había merecido una entusiasta acogida, y hecho resonar con fruto la voz del Evangelio. A poco de establecerse en el Celeste Imperio, dió á luz obras eruditas, que le grangearon los aplausos de los más aventajados filósofos, los respetos y consideraciones de la aristo-

cracia y las simpatías de todos: versaba una sobre la memoria artificial, y se titulaba la otra «*Desahogo de la amistad*:» obras de mucho mérito, que los personajes más célebres en la esfera crítico-literaria, reputaron por modelos en su género.

A la mira de cimentar á los indígenas en la doctrina del Evangelio, abrióles un camino fácil á su estudio, componiendo el consabido jesuita dos catecismos en lengua china: en estilo elegante, florido y culto, el que dirigió á la nobleza; y en diction vulgar, fácil, clara, el que consagró á las clases bajas; logrando por estos medios de literatura, inspirados por su celo y piedad, propagar muy en breve la Religión Cristiana por todo el imperio, puesto que, con el auxilio de ámbos tratados, se penetraron de su espíritu todas las gentes de cualquier gerarquía, condicion y sexo que fueran. No se limitó Ricci á lucir las galas de su brillante ingenio en el círculo religioso, no; porque penetrando tambien en el jardín científico, disipó los errores, que abrigaban los chinos sobre la astronomía, física y química, con la radiante luz de su notoria ilustracion.

Los chinos excluian del número de los elementos, el aire, en cuyo espacio veian un gran vacío: en cambio, reputaban por elementos la madera y el metal. Otro error, tan lastimoso como el precedente, padecian con respecto á la astrología, á cuyo estudio se dedicaban con grande empeño, preciándose de ser los oráculos del mundo en estos ramos del saber humano: pues no comprendian, que los eclipses de luna eran producidos por la interposicion de la tierra entre la luna y el sol. Los geógrafos, más experimentados del Celeste Imperio, erraban trascendentalmente, sosteniendo que la tierra era cuadrada, y ne-

gando la existencia de los antípodas. Ricci, al refutar los errores, en que estaban envueltas las ciencias naturales de la China, era escuchado, con vivo interés y sumo placer, por los naturales, que se vanagloriaban de seguir su doctrina, por reconocerla verdadera y fundada en todos los asuntos científicos, que esplanaba con la elegancia y claridad, que le eran tan propias y naturales.

En Pekin, capital del imperio, formó un mapa-mundi, cuyo mérito se puede calcular por la aceptación universal, que mereció á los geógrafos más hábiles, á pesar de figurar en él la China con una reducción, que llenó de asombro á todos los naturales. Los torrentes de luz, que por doquiera derramaba este ilustrado sacerdote, abrían las puertas de la conversión á millares de idólatras, mientras le ganaban el respeto y aprecio de los principales: así es que, entre sus neófitos, descollaban un juez imperial, el médico de cámara, muchas personas de la corte y altos funcionarios del imperio. La inagotable fecundidad de su portentoso ingenio, enriqueció la literatura china con el catálogo brillante de obras, que redactó en la lengua propia del país; obras que inmortalizarán su nombre en la república literaria, por la que fueron acogidas con indescriptible entusiasmo.

El jesuita RHO, sacerdote muy versado en las ciencias exactas, y muy conocido por sus acrisoladas virtudes, partió para la China; y, al arribar á la populosa ciudad de Macao, los holandeses hacían desesperadas tentativas, para apoderarse de esta plaza. La providencial presencia de este siervo de Dios, acalló dulcemente los gritos de alarma, que lanzaban sus angustiados habitantes, aconsejándoles el uso de la artillería, elemento formidable de guerra, con que

rechazaron de sus fronteras á los injustos opresores. Siguiendo el curso de su viaje, llegó RHO á la capital del Celeste Imperio, y se dedicó al estudio de la lengua china, en la que salió tan aventajado, que recorrió todas las provincias, predicando el Evangelio en este idioma. Habiéndose dado á conocer en todo el imperio, no tanto por sus vastos conocimientos, cuanto por sus virtudes y celo pastoral, se le envió á llamar á la corte, en donde confirmó las relevantes prendas de ingenio y las excelentes dotes morales, que anunciaba la opinion pública: en su consecuencia, el emperador le autorizó, para que presentara las mejoras científicas, que creyese convenientes y útiles: le distinguió con su amistad y con algunos cargos de alta importancia y grande honor; aprovechando estos favores de la corte en pró de la Religion Católica, que empezó desde entónces á cundir públicamente en todas partes.

El padre SCHAL, fué otro sacerdote jesuita que ilustró la China con el sol de la sabiduria, y embalsamó la atmósfera moral, que respiraban sus habitantes, con la fragancia de sus virtudes. Acto continuo llegó al imperio, dirigió la construccion de una iglesia, que sobresalia, entre todos los monumentos religiosos y profanos, por la elegancia artística y sólida estructura. Resonó en la corte la fama de su brillante ingenio; y el emperador le llamó á su lado, y le confió la redaccion del calendario chino: tambien nombró una comision de las personas, más reputadas en literatura, para que examináran concienzudamente una obra sobre la astronomía, observada y seguida en Europa; dando por resultado el adoptarse en el imperio, postergando el calendario musulman, por el que venian rigiéndose desde tiempo inmemorial.



Autorizó al autor, para que en lo sucesivo publicára toda clase de escritos, sin la prévia censura de los tribunales. Fué captándose de tal manera la voluntad del soberano, que le visitaba con frecuencia, obteniendo audiencia á todas horas, y tratándole con la misma franqueza y familiaridad, con que solia vivir con sus amigos. La estrecha amistad, que el padre SCHALL cultivaba con el emperador, le proporcionó una ocasion muy propicia de hacer brillar, en todos los ámbitos de la China, la Religion Católica; ocasion que no malogró por cierto el celoso misionero, pues fué fabuloso el número de conversiones, que tuvieron lugar en el imperio.

El dominico NAVARRETE, hizo fructificar maravillosamente en la China el árbol del Evangelio, á la sombra de sus virtudes y al ascendiente de su portentosa ciencia. Para garantir el éxito de su memorable mision, aprendió, á ejemplo de sus predecesores, la lengua del pais, en la que predicaba con tanta soltura como sencillez y fruto: compuso además várias obras en el mismo idioma, las que le conquistaron una reputacion sin igual. Al regresar á Madrid, escribió algunas obras en español, dedicando la primera, que contenía siete tratados, al Príncipe D. JUAN DE AUSTRIA. En esta obra, que se titulaba «*Tratados histórico-morales*», hacía una descripcion detallada del imperio chino; trazaba la memoria de los emperadores y hombres célebres, y pintaba el estado de la Religion Cristiana.

Las piezas de Artillería de más mérito, que manejaba la milicia china, eran obra exclusivamente propia de los jesuitas, y por consiguiente, el emperador, aspirando á que este formidable aparato de guerra fuese siempre organizado y sostenido por los indivi-

duos de la compañía, encargó de nuevo al padre VERBIEST, que presidiera los trabajos elaboratorios de las máquinas guerreras, que dejamos consignadas, cuyo compromiso aceptó el misionero, para no comprometer los intereses sagrados de la mision; teniendo la satisfaccion de ofrecerle en breve un parque completo de Artillería, compuesto de 300 piezas. Él mismo presentó al emperador su cálculo sobre los eclipses de sol y luna, que se habian de realizar en el discurso de dos mil años, cuya obra maestra le proporcionó muchos privilegios y distinciones, que hizo redundar en prosperidad y brillo de la fé católica.

En Canton, los misioneros erigieron dos establecimientos de beneficencia para los niños huérfanos: nada faltaba en estos asilos de piedad á la educacion y cuidado de los desvalidos párvulos, que cobijaban: estaban provistos de nodrizas, que prodigaran la lactancia; de médicos, que asistieran á los enfermos, y de celosos directores, que velaran por la disciplina, órden, aseo y conservacion de aquellos establecimientos de caridad. Los niños expósitos, eran conducidos á las iglesias: recibian el bautismo, y luego se entregaban á sujetos de confianza, para que los criaran, educáran é instruyeran en los rudimentos de la Religion y de las letras, cuando llegaran al uso de razon; ocurriendo á todos estos gastos los misioneros. De este modo, la Religion contrabalanceaba los males, que los desnaturalizados padres causaban á su propia prole, abandonandola á la corriente de tantos y graves peligros, como lleva consigo la tierna infancia. A fin de que ninguna de estas desventuradas criaturas escapara á las caritativas pesquisas de los misioneros, los catequistas recorrian las calles al despuntar la aurora, y conducian á las iglesias los niños

desamparados, á quienes se confería inmediatamente el santo bautismo y cuantos recursos necesitaban; por cuyo piadoso medio, lograban abrir las puertas del cielo á millares de infelices.

El padre DOMINGO, fué otro de los misioneros, que hicieron brillar el sol de lo ciencia y los astros de las virtudes en el azulado cielo de la China. Bien convencido de los conocimientos que poseía, advirtió al emperador el error, que alimentaba sobre la posicion geográfica de algunas ciudades del imperio: el magnánimo soberano acogió gustoso la observacion científica del oscuro religioso, y como una prueba de su gratitud, obligóle á que redactára con exactitud y precision los mapas de todas las provincias chinas. Inauguró el incausable jesuita esta empresa con el celo y la actividad que le distinguian, llevándola á cabo felizmente con el auxilio de otros compañeros de mision, muy consumados tambien en la materia, de que se trataba.

Los profundos conocimientos científicos, las maravillosas virtudes y el ardiente celo, que los misioneros iban desenvolviendo en el curso de sus trabajos apostólicos, hablaban tan alto á favor de la Religion que predicaban, que era de todo punto imposible, no abrazarla. BERNARDO RHODAS, publicó algunos tratados de Medicina, Cirujía y Farmacia, que le dieron mucho crédito en el imperio, al paso que eclipsaron la gloria de los facultativos chinos. El emperador le autorizó, para que visitára los enfermos de gravedad, que habian sido desahuciados por los médicos, y los curó radicalmente de sus dolencias. En muchas ciudades del imperio, habia seminarios abiertos al estudio de las ciencias sagradas, en los que cursaban, bajo la direccion de los sacerdotes mi-

sioneros, la facultad de Teología todos los jóvenes, que se sentían llamados á ingresar en el estado eclesiástico. En Pekin, se levantó un colegio para el estudio del Latin y Humanidades, á cuyas asignaturas tenían opción los escolares de todas las carreras literarias. A estas cátedras asistían muchos por el solo gusto de instruirse, y poder desempeñar los destinos civiles; pues la inteligencia del latin era una condición indispensable para gozar un empleo en cualquier ramo del Estado. Este misionero, desde su arribo á Pekin, se consagró al estudio de la lengua china, en la que brilló tan ventajosamente, que hasta los más acreditados literatos le consultaban, para perfeccionarse en el idioma nativo.

Ni un momento de ocio se permitía GAUBIL, en razon de que el tiempo, que le dejaban libres las ocupaciones de su estado, lo consagraba al estudio de las ciencias exactas, y especialmente, á la Astronomía, en la que estaba tan versado, que se le reputaba por un oráculo en este ramo del saber: pasaba muchas noches, observando el movimiento de los astros. La córte china no admitía á nadie en calidad de misionero; pero acogía á todos los literatos extranjeros, sin fijarse en los motivos, que á ella le habían conducido. El emperador honró al sábio GAUBIL con el cargo de intérprete de los artistas y matemáticos, que se presentaban en Pekin: le confirió además los cargos de director del Colegio imperial y el de intérprete en Latin y Tártaro; cargos honoríficos, y con especialidad el último, que le hacia dueño y árbitro de la Rusia y de la China, atendidas las relaciones diplomáticas que mediaban entre ámbos imperios. Efectivamente, traducir del Latin al Mantué los despachos de San Petersburgo, y verter del chino al La-

tin las contestaciones de Pekin; hablar en público, censurar, compulsar y escribir en un idioma extraño, en cuyas minuciosidades de propiedad y exactitud, los naturales estaban tan impuestos, eran cargos que le cubrían de gloria, puesto que en su desempeño era preferido á los literatos chinos.

El jesuita BERVIEST, sacerdote francés, fué otro de los misioneros, que ilustraron la China con los rayos de la ciencia. El emperador, insiguiendo la costumbre de proteger á los sábios, le llamó á la córte, y le dió el encargo de construir un surtidor. Este ilustre religioso se habia dado á conocer en Europa por sus conocimientos especiales en física y matemáticas, de cuyos progresos y adelantos dejó pruebas evidentes en las máquinas hidráulicas, que habia inventado: máquinas de que se valió en la China, para construir surtidores tan brillantes, que embelesaron al emperador; quien encargó al mencionado misionero, levantára el plano de un palacio, que construyó á lo europeo.

Así en la China, como en el Japon, sufrieron un cambio radical las costumbres, la política, el gobierno y la literatura, á la saludable influencia del Evangelio. Por lo que respeta al Japon, sus costumbres, su política y sus prácticas religiosas, tenían mucha analogía con las usanzas, religion y moral de la China; aún, si cabe, el fanatismo y la superstición habian introducido excesos en el Japon, que la China no los conocia; tales, como el creer que este imperio habia sido fundado por los génius celestes; que no existia otra vida futura de goces y tormentos eternos; tales, como condenar á muerte á uno de los cónyuges, que violára la fidelidad matrimonial, ó al que faltára á la palabra. JERÓNIMO DE LOISA, trabajó con

tanto empeño para regenerar este pueblo embrutecido, que, á la vuelta de algunos años, tuvo la satisfaccion de ver á un clero indígena secundar sus heroicos esfuerzos; de ver una catedral y muchas iglesias en el imperio; de ver, en fin, coronada la obra, iniciada por su celo, sus virtudes y su erudicion.

Los jesuitas construyeron en el puerto de Ochacha un observatorio astronómico, desde cuyo punto predecian los eclipses de sol y luna, que habian de suceder en el transcurso del tiempo. Los japoneses se admiraban no ménos de la ciencia, que brillaba en estos hombres, que de las estupendas obras de caridad que practicaban. No podian ellos comprender, cómo unos míseros mortales explicaban con tanta claridad y exactitud los fenómenos naturales, cuyos secretos creian asequibles sólo á la inteligencia divina, é impenetrables á la humana razon: por manera que los indígenas concurrían, diariamente y en confuso tropel, á las conferencias científico-religiosas, celebradas por los misioneros en sus casas, complaciéndose en escuchar sus luminosas y elocuentes explicaciones sobre el curso de los astros, sobre la música, uso de instrumentos y otros asuntos importantes de ciencia, que se ingerían intencionadamente en el curso de Religion, para hacer ésta más grata al oido.

Los habitantes de Ochacha demostraban aficion á las matemáticas, de cuya inesperada circunstancia se aprovecharon los celosos misioneros, para establecer en el Japon el Catolicismo; estableciendo al efecto una academia, compuesta de las personas más respetables del imperio, á la cual asistian puntualmente, imponiéndose en los secretos más recónditos de las ciencias exactas, llegando por estos medios pronta-

mente al conocimiento del verdadero Dios. Durante el curso de aquellas explicaciones matemático-astro-nómicas, muchas personas de alta gerarquía recibieron el Bautismo, cuyo ejemplo fué imitado por el pueblo; de modo que subieron á mil las conversiones, que brotaron de aquellas escuelas científicas. El ejercicio de la caridad, la predicacion de la divina palabra y el cultivo progresivo de las ciencias, marchaban uniformes y acordes por el esplendente camino de las misiones; en su consecuencia, se alzaban hospitales, contiguos á los monumentos de instruccion, en los que se refugiaban los enfermos, faltos de recursos; siendo asistidos física y moralmente con el más escrupuloso cuidado.

A pesar de las ovaciones, vítores y aclamaciones, que los misioneros habian merecido á los chinos y japoneses, no dejaron, sin embargo, de probar las amargas aguas de la persecucion y el veneno de la muerte. En efecto, horroriza el describir los tormentos que sufrieron los misioneros de la China y el Japon, en pago de sus buenos servicios: cortábanles las orejas, las narices, las piernas: apaleábanlos, los azotaban; en fin, los hacian morir bárbara y ferozmente. Habiendo sido condenados á pena capital 17 misioneros de la Compañía de Jesús, hicieronlos montar sobre una carroza, tirada por un buey, y fueron paseados ignominiosamente por las calles céntricas de la poblacion, sujetándolos á las costumbres, establecidas con los criminales; los cuales eran expuestos, del modo que hemos referido, á la diversion y ferocidad del incontinente populacho. ¡Castigo irrisorio, afrentoso, más doloroso que la misma muerte! Terminada la vuelta de la burlesca procesion, tantearon de nuevo su fé con el encarcelamiento y los

azotes; pero hallándolos constantes y firmes en su propósito de evangelizar al pueblo, cayó sobre ellos una lluvia espesa de dardos, que atravesaron, de parte á parte, sus cuerpos.

En Marzo del año 1606, el padre MARTINEZ, sufrió tambien una muerte horrorosa. Hízose circular el falso rumor de que conspiraba en la China: se le prendió, se le encarceló, hundiéronle agudas espinas entre las uñas y la carne de los piés y manos, y despues le magullaron á palos, de cuyas resultas dejó de existir en breve. No se limitó á estos casos horrorosos la persecucion sangrienta, que se levantó contra los operarios evangélicos en el Celeste Imperio: individuos de todas las órdenes religiosas, regaron con su sangre en esta ocasion el *árbol* sacrosanto de la Fé Católica: á ejemplo de Jesucristo eran conducidos á los tribunales, arrojando, en los cortos trayectos de unos puestos á otros, atropellos, insultos y ultrajes los más ofensivos. Aquí, los derribaban en tierra á rudos empellones; allí, herian sus castas mejillas con crueles bofetadas; ora los embadurnaban con el in-mundo fango recogido de los lodazales, que les obstruian el tránsito; ora les arrancaban las barbas; ya los arrastraban asiéndoles del cuello, ya descargaban sobre sus espaldas terribles puñetazos.

En medio de aquella desecha tempestad de tormentos, el padre VAGON se permitió hablar sobre el Misterio de la Encarnacion, siendo contestado con veinte palos que, por disposicion de los caciques, recibió inmediatamente de las callosas manos de los verdugos. Todos sucumbieron á la variedad y rigor de los tormentos, que sufrían: unos morían á saeta-zos; otros eran arrojados á los hoyos de las vívoras; éstos perecían asfixiados por el humo del azufre, que



vomitaban los tubos incendiados; aquéllos eran azotados. Los nuevos mártires de la Religión, arrostraban estos géneros de muerte tan variados como inhumanos, con una presencia de ánimo tan heroica, que convertía á los facinerosos que morían á su lado, cuando carecían de oro, para evadir la sentencia de ejecucion, ó conciliarse la humanidad y la justicia de los feroces verdugos.

## CAPÍTULO JV

### **Teogonia y Religion de la India. — Misioneros que más se distinguieron en la India.**

La India es otro de los países del Asia, que evangelizaron y civilizaron los misioneros católicos; y por consiguiente, no podemos prescindir de hacernos cargo previamente de las costumbres políticas y religiosas, que reinaban en este pueblo, ántes de ser alumbrado con las luces de la Religion Católica.

Tres Divinidades de orden superior, consignaban los indios en su credo religioso: *Brama*, *Vishnú* y *Siva*; á las cuales unas veces adoraban en conjunto, conceptuándolas coexistentes, bajo una sola cabeza; otras tributaban culto á cada uno de ellas por separado.

La idolatría fué introducida por motivos de pura conveniencia; pues, los hombres se imaginaron tantos dioses, cuantos son los génios benéficos ó maléficos, que existen, ó cuantos son los séres ú objetos que pueden irrogarles daños, ó causarles beneficios. A los

primeros rendian culto por temor, á los segundos adoraban por interés; así es que se multiplicaban las divinidades en proporción á los entes buenos ó malos, que se conocían.

Los indios, pues, á ejemplo de los antiguos paganos, introdujeron la idolatría, animados de los sentimientos de egoísmo, interés y conveniencia, ó impulsados por el temor; por consiguiente, reconocían por dioses, además de las divinidades expresadas, á todas las cosas ó personas, que poseían el secreto de dañar ó favorecer. La idolatría engendró tal obcecación de ánimo en los indios, propensos al fanatismo religioso, que llegaron á sancionar en su legislación los sacrificios humanos, dejando al arbitrio de los sacerdotes el número y las circunstancias de las víctimas, que debían inmolarse. ¡Religion bárbara que convertía en un bazar de sangre humana, los inmundos altares de los ídolos! Los hipócritas Bramanes, que fingían horrorizarse al degollarse una vaca, elegían, con la más glacial indiferencia entre el pueblo, las víctimas que, por sus cualidades físicas y morales, podían ser aceptables á los dioses, y presenciaban, con la impasibilidad de una piedra, los sangrientos sacrificios de sus semejantes, sin demudar siquiera el color á los fúnebres gritos, que exhalaban estos desgraciados, designados á la muerte.

El Bramismo creó además un cúmulo de errores en las creencias y costumbres populares. Las almas transmigran sucesivamente de un cuerpo á otro. El Bramismo carga sobre las mujeres el peso de una gran desgracia, que los infieles traducen por una gloria, por un acto de heroísmo, que ilustra su memoria y la de toda su raza. Cuando fallece el marido, la mujer, que le sobrevive, entusiasmada por la perorata

que pronuncia el sacerdote, encomiando el valor, el rango y la nobleza de la viuda, que se sacrifica en aras de su finado esposo, trepa á la volcánica hoguera, que consume por momentos el cadáver, y se arroja á las devoradoras llamas, entonando un himno de alegría.

Las viudas no son forzadas á sacrificar sus vidas en aras de la indiscreta fidelidad á sus esposos; pero cuando han consentido esplicita y formalmente en ser quemadas, no pueden retractarse; de lo contrario, son arrastradas á la hoguera el día designado al sacrificio; y despues de dar tres vueltas en derredor del fuego, son lanzadas á las llamas. Durante el período de preparacion, reina en la casa de la futura víctima, una alegría, igual á la que suelen producir los faustos acontecimientos. Todas las personas de elevada gerarquía, entre quienes figuran en primera línea los Bramanes, visitan á la viuda, la felicitan por su heroica resolucion y por la inmarcesible gloria, de que vá á cubrir á toda su descendencia, hasta la última generacion: ella, ébria de gozo, recibe las felicitaciones que le envian los circunstantes, á quienes recibe, adornada con los trages más elegantes: trages mortuorios, que la acompañan al sacrificio.

Cuando un marido tiene muchas mujeres, éstas infelices se disputan el honor de morir con su pretendido esposo, y los sacerdotes deciden la que tiene este derecho, á cuyo fallo se someten sin apelacion la agraciada y las postergadas. Consumado el sacrificio, se recomienda el ejemplo de heroismo y las virtudes de la víctima en un fúnebre panegírico que pronuncian, en la solemnidad de la muerte, los sacerdotes: se recogen los restos mortuorios, que quedan de los miembros devorados por las llamas: se

erigen monumentos piramidales, do se encierran las cenizas de la víctima, depositadas en urnas de cristal: honor tanto más apreciable, cuanto sólo en este caso se levantan mausoleos en la India. Estas fanáticas heroínas son elevadas al rango de los dioses, á quienes adoran los supersticiosos indios, y ofrecen los más extravagantes sacrificios, para tenerlas propicias en los aciagos tiempos de adversidad,

Pululan tambien en la fanatizada India, las sectas de Buda y Siva. Estas extravagantes religiones no se conforman con el Brahmismo, respecto á la costumbre de quemar los cadáveres; pero, en cambio, entierran vivas á las viudas, que renuncian á la vida por amor á sus difuntos esposos.

El Budismo no admite creador, porque cree que el mundo se produjo á sí mismo, y que, de tiempo en tiempo, se destruye y renueva á la alteracion de los elementos y materias, que le constituyen.

SANTO TOMÁS y SAN BARTOLOMÉ, fueron los primeros que arrojaron la preciosa semilla del Evangelio en la India; la cual tuvo la dicha de recojer los últimos suspiros de ámbos apóstoles, que sellaron las verdades de la Religion que predicaban, con la sangre de sus venas. Los discípulos de JESUCRISTO y sus dignos sucesores en el sagrado ministerio de convertir almas, ya no tropezaron con los invencibles obstáculos de la novedad, cuando se presentaron en calidad de misioneros, y les fué más fácil plantear la Religion Católica en la India, merced á los celosos esfuerzos y copiosos sudores de sus predecesores.

JOSÉ BESCHI, célebre jesuita, vino á recordar á los indios la fé de sus antepasados, importada á su patria por los mencionados apóstoles; y á sus vivas é incansables excitaciones, este pueblo idólatra reani-

mó con vivos resplandores la luminosa antorcha del Cristianismo: se hallaba moribunda y extinguida, reflejando apenas algunos pálidos destellos. El citado misionero no podía ser más adecuado para derrocar el trono de la idolatría; pues manejaba con destreza las armas de la ciencia, de la lengua indígena y de la caridad, para batirse victoriosamente con la ignorancia, la superstición, el fanatismo y la corrupción: huestes cobardes de los falsos dioses, que reinaban en cuasi todos los pueblos del Asia. Innumerables fueron los beneficios que este hombre eminente derramó sobre la India, teatro de su gloriosa predicación y de sus trabajos apostólicos: no había lágrima que no enjugara, grito que no acallara, llanto que no consolara, dolor que no mitigara, y amargura que no endulzara su paciente y vigorosa caridad. Estudiaba profundamente la combinación de los medios que debía emplear, para inculcar en los ánimos de los infieles las máximas del Evangelio: para atraerse á la juventud, escribió muchas obras en verso; poemas religiosos, embellecidos con las galas de la oratoria métrica, con cuyos fascinadores encantos, subyugaba los tiernos corazones de los adolescentes.

BESCHI dió á conocer la excelencia de su talento y el patrimonio de su ciencia en las numerosas y eruditas obras, que compuso en diferentes idiomas y sobre asuntos vários. El caudaloso río de su inagotable sabiduría, suministraba á la par aguas de diferentes matices científicos á los cuatro arroyuelos de Religion, Astronomía, Física y Matemáticas; los cuales, encauzados en los canales de las obras literarias por la mano instrumental de cuatro amanuenses, empezaron á serpentear por la India, pro-

pagándose á todos los incultos climas de la idolatría y á los floridos campos de Europa. En un certámen literario, trabado con los talentos más superiores del Indostan, ciudad de la India, BESCHI ornó su frente con la aureola de la victoria. Estipuláronse dos condiciones: 1.<sup>a</sup>, que la polémica habia de prolongarse un mes: 2.<sup>a</sup>, que el vencido se habia de poner á la disposicion del vencedor. Fueron tan señaladas las ventajas que obtuvo BESCHI sobre los literatos indios, que hasta los enemigos más declarados del Catolicismo confesaron en público la superioridad de sus luces y la verdad de su religion; siguiendo su ejemplo todos los circunstantes, salvos unos pocos que aplazaron su conversion, tributando ínterin, al invencible atleta del Cristianismo, marcados homenajes de profundo respeto y honor. Dedicó este distinguido sacerdote los últimos años de su vida á la instruccion de los niños y correccion de las obras, redactadas en lengua indiana.

El padre RHODAS, estableció su mision en la Conchinchina, otra de las ciudades de la India. A ejemplo de los celosos misioneros, que le habian precedido, se consagró al estudio de la lengua del país, la que llegó á poseer con tanta perfeccion, que predicaba, confesaba y ejercia en ella todos los actos del ministerio apostólico, á pesar de ser tan difícil, que, á su llegada á la ciudad, le habia parecido el gorgojo de los pájaros.

Por los años 1744, experimentó la Conchinchina el doble azote del hambre y de la peste; pero los atacados encontraron en el caritativo MOSAC, superior de los misioneros jesuitas, un ardiente defensor, que los alivió en sus dolencias, los socorrió en sus necesidades, y los consoló en todas sus amarguras,

arrancando á muchos de ellos de los horriblos brazos de la muerte. Construyó un hospital en Chander-nagor, que sirvió de baluarte inexpugnable contra los fieros ataques del contagio, á todos los apestados, faltos de asistencia ajena y desprovistos de recursos: tambien abrió un asilo de piedad á los niños pobres, huérfanos y expósitos, en donde estas tiernas criaturas hallaron un abrigo contra la iudigencia, contra los corredores de carne humana y contra la barbarie de los padres. Este arbitrio plausible de la caridad abría las puertas del cielo á muchas almas que, de otro modo, hubieran perecido en el seno de la idolatría, á los golpes de muerte que les descargarán los graves peligros, á que los exponian sus circunstancias; puesto que se educaban bajo los auspicios de los misioneros católicos, los cuales procuraban, por todos los medios que tenian á su disposicion, infiltrar en los tiernos educandos los sentimientos más bellos de moral cristiana.



## CAPITULO V

**Religion original de la Armenia.—Su primer Apóstol.  
—Descripcion moral de la Tartaria.—Su primer  
Apóstol.—Misioneros que le sucedieron.**

La Armenia fué otro de los Estados asiáticos, en que fijaron su asiento las misiones católicas. Es preciso dar á conocer con antelacion sus costumbres políticas y religiosas, para apreciar en su justo valor los servicios, que prestaron los laboriosos misioneros á este pueblo, dominado física y moralmente por la idolatría.

Ésta comarca de la Rusia asiática, merecería, que la relegáramos al olvido por la esterilidad de su clima y por el escaso interés y exigua amenidad, que ofrece al estudio; pero es muy recomendable por la civilizacion que introdujo en ella el Catolicismo, y por los pasajes histórico-sagrados, con que fué un dia engrandecida. Esta fué la primera habitacion del hombre: sobre las elevadas cimas del Ararát, una de sus más gigantescas montañas, posó el arca salvado-

ra de Noé, depositaria de los individuos humanos, que debían repoblar, y repoblaron el mundo: fué la cuna de la religion patriarcal; el delicioso teatro del paraíso terrenal y de la tragedia lamentable de nuestros primeros padres.

La religion original de los pueblos armenios, fué la antigua ley natural de los patriarcas, de la que declinaron los espúreos hijos de Cham, establecidos ó avecindados en esta region; los cuales, dejándose arrastrar de la concupiscencia carnal, reemplazaron al culto del verdadero Dios la vil idolatría, que brinda á sus estúpidos secuaces, sobre las doradas copas de la liviandad, el embriagador licor de las más vergonzosas pasiones. Del ignominioso estado, en que había sumido la alteracion de las costumbres patriarcales á los adulterados hijos de Noé, vino á levantarlos la poderosa palanca del Evangelio, movida por la fuerza moral de las misiones.

SAN TADEO, uno de los 72 discípulos de JESUCRISTO, rompió, por medio de la predicacion evangélica, el montuoso terreno de la Armenia, ocupado por los ídolos, arrojando, en los campos de Edesa, el gérmen fecundo del Cristianismo, que no tardó en desarrollarse prodigiosamente, y cundir por todo el imperio. TADEO, auxiliado por SAN BARTOLOMÉ, que se le asoció en el ministerio apostólico, logró, por fin, clavar en la Armenia el glorioso estandarte de la Cruz, en cuyas plácidas sombras se cobijaron otros pueblos del Asia, que recorrieron en sus benéficas expediciones. Sin embargo, este pueblo, como otros muchos, sobre los que había ondeado el brillante pendon del Evangelio, á la prolongada ausencia de los operarios de JESUCRISTO, motivada por los azares de las guerras y vicisitudes de los tiempos, sacu-

dió el suave y ligero yugo del Cristianismo, reincidiendo, como era consiguiente, en la idolatría, bajo cuyo despótico y cruel dominio vivió, hasta qué SAN GREGORIO hizo renacer en ellos el sol ardoroso del Catolicismo, cuyas luces se propagaron por todas partes, al impulso de su heroica actividad.

El santo afianzó el cristianismo, en todos los ángulos de la Armenia, levantando una iglesia patriarcal en Ehmiatzin, una de sus principales ciudades, la cual llegó á ser una gloria de la Religion de la Cruz, merced á la munificencia y piedad de TRIDATES, primer rey cristiano de la Armenia; quien cedió al efecto á SAN GREGORIO su palacio: adjunto á este monumento religioso, se construyó un monasterio, cuyos monges se ocupaban en cultivar las tierras, despues de llenar los deberes religiosos de su instituto. SAN GREGORIO formó el primer eslabon de esa cadena de Patriarcas, que se han ido sucediendo, en el trascurso de los siglos, hasta nuestros dias.

Esta Iglesia patriarcal estaba bajo la dependencia de la Metrópoli de Cesárea, cuyo metropolitano daba la consagracion y la investidura al patriarca de Ehmiatzin. Habiendo los sucesores cesado de pagar este tributo de obediencia al metropolitano de Cesárea, por motivos de orgullo, sacudieron la independencia de esta iglesia; preludeo funesto del cisma en que se hundió la Armenia toda, por haber concluido con negarse á reconocer la autoridad del Papa. La Armenia sufrió con el tiempo varias vicisitudes en la esfera religiosa: se declaró nestoriana, rehusando la autoridad del concilio calcedonense; luego, abrazó el mahometismo; y finalmente, el cisma, en que desgraciadamente permanece á la sazón.

La Tartaria, fué otra de las regiones asiáticas que

recorrieron los misioneros católicos, sembrando en ella la preciosa semilla del Evangelio, y alumbrándola con los rayos de la ilustracion; los que no tardaron á disipar los negros nubarrones de idolatría y mahometismo, que la oscurecian. Los infelices habitantes, dominados por las falsas religiones que hemos mencionado, caminaban á tientas por el lóbrego laberinto de la ignorancia y de la corrupcion moral: olvidados de todas las nociones naturales de moral, Religion y justicia, despreciaban la sociedad; y, agrupándose en tribus, vivian en los bosques, entregados al robo, á la caza, al pastoreo, y alimentándose de frutas silvestres y de carne cruda, que les proporcionaba en abundancia la habilidad y destreza, con que manejaban el arco, la honda y la maza.

Los nuevos habitantes del desierto, vagando, sin direccion por los montes, arrastraban una vida errante y fugitiva, idéntica á la de las fieras, con quienes se conformaban en el uso de los alimentos, en las sangrientas costumbres de despedazarse mutuamente en las luchas de fuerza bruta á que recurrían, para defender sus derechos, y en las que gastaban sus vidas, dignas de mejor suerte. Había algunas tribus más ilustradas, que se ocupaban en la labranza, en la industria y el comercio, viviendo por consiguiente, en sociedad, y manteniendo relaciones mercantiles con otros pueblos, más cultos y civilizados. Sin embargo, como quiera que estaban animados de los mismos sentimientos religiosos, que sus compatriotas salvajes, su tinte de ilustracion los hacía más feroces, más crueles é indómitos que éstos; así es que estos pueblos, á ejemplo de las tribus errantes, acechan las mujeres, para robarlas, se dan

al robo, al asesinato, y se abandonan á todos los excesos del vicio.

SAN BARTOLOMÉ, que había desmontado las selvas de la idolatría en otros países del Asia, introdujo también la Religión Católica en la Tartaria, cuyo terreno, esterilizado por los inanimados dioses, fué preparado, con las aguas de sus virtudes y el fecundo abono de su predicación, para recibir en su seno la preciosa semilla del Evangelio: pero como los azares de las guerras y las tormentas de las persecuciones, alejaron del campo á los operarios evangélicos, creció de nuevo la cizaña de la idolatría, y sofocó la mies cristiana, continuando en estado de infecundidad hasta los gloriosos tiempos de las misiones católicas, en que los sacerdotes de todas las Ordenes religiosas, penetraron en los áridos campos de esta parte del Asia, y lograron, con sus laudables conatos, rehabilitarlos, para producir frutos de Catolicismo.

En el pontificado de BENEDICTO XII, el rey de los tártaros, envió á Roma una comision, pidiendo misioneros, para que ilustráran á su pueblo con los resplandores de la ciencia y las luces del Evangelio. El pontífice acogió con indecible gozo el grande pensamiento del monarca infiel, y condescendió con sus deseos, enviándole los dominicos, PASCUAL DE VICTORIA, FRANCISCO DE ALEJANDRÍA y á un tal RAIMUNDO RUFFÍ. Las vivas ráfagas de luz que se desprendieron de estos astros refulgentes, que adornaban el firmamento de la Iglesia Católica; la fragancia que exhalaban estas rosas del jardin cristiano; la pureza de costumbres que esmaltaba estos miembros de la veneranda clase sacerdotal; los nobles sentimientos de caridad, de abnegacion y desafecto á los intereses y placeres terrenos, que se levantaban majestuosa-

mente en los nobles corazones de estos ilustres sacerdotes; todo este admirable conjunto de circunstancias que concurrían en los misioneros, elegidos por el papa mencionado, hicieron concebir al soberano de la Tartaria una idea muy alta de la Religión Católica y de sus sagrados ministros, á quienes acogió, como á unos emisarios del cielo, para su propia regeneración y la de todo su pueblo. En una de las ciudades de la Tartaria, el gobernador enfermó gravemente á consecuencia de un cáncer y de una fistula: el padre FRANCISCO DE ALEJANDRÍA, que poseía algunos conocimientos quirúrgicos, le curó radicalmente de ámbas dolencias mortales, á cuyo inefable beneficio correspondió agradecido el paciente, obligándole á que residiera á su lado, para dirigir la educación de su hijo y el gobierno de la provincia, que se le había confiado.

Habiéndose dado un golpe de Estado, la Tartaria vió un nuevo soberano al frente de sus destinos, el que, declarándose contrario á los misioneros, los forzó á que abjuráran el Catolicismo, y profesáran el islamismo. Los intrépidos adalides de la ley de JESUCRISTO, resistieron impávidos las violentas tentativas del nuevo soberano, y fueron, en castigo de su perseverancia en la fé, atados con una cuerda al cuello, y paseados por las calles más céntricas de la ciudad, divirtiendo al desenfrenado populacho. Y terminada la sarcástica y festiva procesion de las injurias, hastiado el pueblo de atropellar y denostar á los virtuosos sacerdotes de la mision, les cortaron las piernas, los brazos, las orejas y la lengua, á cuyo bárbaro y lento martirio, sucumbieron.

La Tartaria, á mediados del siglo XV, se hizo temible á todos los pueblos. Incorporadas todas las

tribus que la poblaban, se derramaron por todas partes, como las aguas desbordadas de un caudaloso rio, engrosado con las avenidas de un aluvion: se dejan caer, armadas de mazas, hondas y arcos, sobre los pueblos, como una nube de piedra, reduciéndolos á escombros y ruinas, despues de pasar á degüello á los habitantes. Sus devastadoras expediciones de guerra, sus atronadoras campañas, no se limitaron á los pueblos limítrofes: la desmedida ambicion de estas tribus, había puesto en la lista de sus conquistas toda la Europa. Las Ordenes de Santo Domingo y de San Francisco, movidas por un sentimiento de piedad hácia la humanidad, acordaron poner un dique á los mortales estragos de los indómitos tártaros, encarnando en sus encallecidos corazones la equitativa y humanitaria doctrina del Evangelio, que enseña á respetar el derecho de gentes, haciendo á todos los hombres hermanos, y á condenar el despojo de los bienes ajenos, presentándolo como una usurpacion.

La primera mision, autorizada por el papa INOCENCIO IV, fué dirigida por el esclarecido franciscano, JUAN CARPIN; la segunda fué impulsada por SAN LUIS rey de Francia, y presidida por el padre RUBRUCH. Los soberanos susodichos, entregaron á los misioneros cartas de recomendacion para el rey de los tártaros, en las que se encarecía la paz, la templanza, la moderacion y la humanidad con los vencidos y con todos los pueblos. Garantidas, pues, las misiones con las soberanas recomendaciones de los augustos personajes, que ya conocen nuestros lectores, partieron para la Tartaria, dedicándose, desde su arribo, á ejercer con celo y actividad todas las funciones del ministerio apostólico. Es escusado consignar los medios, á que apelaron los operarios

evangélicos, para llevar á efecto su empresa, pues, en esta ocasion, como en todas, pusieron en juego las virtudes y la ciencia, elementos principales de las misiones. Los soberanos tártaros, impresionados de la mágica voz del Evangelio, depusieron las bastardas miras de conquistar y esterminar, y coadyuvaron á los misioneros en la empresa de difundir la luz del Catolicismo sobre este suelo, abrasado por el fuego de la infidelidad.

Todos los pueblos cambiaron de aspecto, adoptando las inocentes costumbres de los extranjeros, y profesando la nueva religion, que empezó á florecer en los numerosos templos, que se abrieron por todo el imperio al culto católico. Las ciencias, artes, comercio é industria, progresaron á la sombra del Evangelio, merced á la enérgica y sábia accion de los misioneros: dando un movimiento intelectual al imperio, semejante al que anima á los pueblos cultos y florecientes de Europa. Es incontrovertible, que la caridad es el alma del progreso y de la civilizacion de un pueblo cualquiera; y por ello, el progreso está en armonía siempre con la caridad; de modo que, donde no existe ésta, tampoco se encuentra aquél. Los misioneros, penetrados de esta verdad práctica, basaron en ella el edificio de moralidad y civilizacion, que levantaron en la Tartaria. Construyeron casas de beneficencia, de socorro, de hospitalidad y otros asilos de piedad, donde se refugiaron las enfermedades, las dolencias y las miserias de todas clases, sexos y condiciones; y donde hallaban los recursos, y auxilios que reclamaban.

La peste se desarrolló en la Tartaria con un carácter grave y amenazador, diezmando á los habitantes; pero este azote terrible de la humanidad se



cebó con encarnizada saña en las mazmorras, exacerbando, con sus embates de muerte, el dolor de las opresoras cadenas que arrastraban los infelices cautivos. Los compasivos misioneros se dejaron caer sobre el invasor contagio, oponiendo la paciencia, caridad, ciencia y laboriosidad, á sus espantosos progresos de esterminio, ruina y muerte: eran tan fecundos los tesoros de consuelo, que suministraban á los míseros pacientes, que á cada uno aplicaban el remedio, que exigía su afligente situacion: aquí, calmaban la desesperacion, allí aliviaban la miseria: ora confortaban la fé de los débiles, ora templaban el ardor de los fuertes: ya aplicaban al cuerpo los bálsamos de la ciencia, ya proporcionaban al alma los auxilios de la Religion; ya en fin, dejaban sentir en todos los desgraciados los dulces efectos de la caridad cristiana, toda vez que los que evadían la muerte á la eficacia ó cooperacion de los remedios humanos, debían la vida á los desvelos de los misioneros; y los que sucumbían al rigor de la enfermedad, volaban al cielo á gozar de la vida eterna, en sustitucion de la temporal, que habían perdido.

Miéntas la tormenta de la peste se cernía sobre las negras alas de la muerte en la pesada atmósfera, los ángeles de la caridad no abandonaban, siquiera un instante, el tétrico lecho del doliente: noches enteras consagraban al servicio de los apestados, prodigándoles todos los recursos de la caridad y de la ciencia: ni las vigiliás, ni las maceraciones, ni la persecucion, ni los excesivos trabajos de su ministerio, retraían á los misioneros del cuidado de los enfermos: al contrario, los heróicos esfuerzos de penitencia centuplicaban sus fuerzas, reanimaban su valor, alentaban su ánimo, enardecían su caridad, y robus-

tecian los deseos de consagrarse al bien de sus semejantes. A no estar sostenidos visiblemente por el invencible brazo de la Providencia. ¿Cómo un puñado de hombres podia dar cima á empresas tan colosales? ¿Cómo, humanamente hablando, seis misioneros extranjeros, sin más recursos que la fé y la caridad, podian asistir noche y dia á más de tres mil apestados, procurándoles, aparte de los auxilios espirituales, los consuelos corporales que habian menester?

¡Qué espectáculos más tiernos presentan las epidemias, combatidas con las armas de la Religion! Los apestados son puntualmente asistidos, hasta que lanzan el postrimer suspiro, por unos leales y compasivos amigos, que á más de atacar sus dolencias físicas, los animan á despreciar la presente vida con la esperanza de la gloria eterna: consolados con la grata compañía de unos hombres, extremadamente benévolos, cuya verdadera amistad les grangeó la Religion, mueren resignados á la suprema voluntad de Dios, á quien conocen por la fé: llenos de gozo, disfrutaban prematuramente la indescriptible felicidad de los justos; pues, sus lánguidos ojos entreven, á través de los velos de la fé, la pátria celestial, deliciosa mansion de ese *Bien Sumo é impercedero*, del que les hablan sin cesar sus incansables bienhechores.

Pero ¡qué espectáculo más trágico y horroroso, ofrece al mundo el contagio, abandonado á su propio furor, en los países infieles! En efecto, los atacados sucumben á los rudos golpes de la epidemia, sin haber tanteado ningun medio de caridad y de ciencia: mortalmente heridos por los certeros tiros de tan desapiadado enemigo, perecen indefensos en los horribros brazos de la desesperacion, abandonados de enemigos y parientes: la inhumanidad de la religion

que profesan, los ha reducido á un aislamiento doloroso, en el que se debaten en vano con la miseria y el dolor, á cuyos tremebundos golpes caen exánimes, sin prometerse recompensar la presente vida, en que han cifrado toda su felicidad, en la radiante region de la Eternidad, de la que no han abrigado nunca jamás idea alguna estos miserables, que los indemnizára ahora de los dolores que padecen, endulzando el amargo trance de la muerte.

## CAPÍTULO VI

### **Religion primitiva de la Persia.—Misioneros que la Ilustraron con su predicacion.—Grandeza primitiva de la Turquía Asiática.—Su Religion.**

La Persia, region del Asia, se hallaba plagada de varias sectas, al recibir en su seno las Misiones Católicas. El Mahometismo dominaba la mayor parte de estos pueblos, haciendo sentir la perniciosa influencia de su absurda doctrina, de sus nefandas prácticas y supersticiosos ritos, en la corrompida moral de sus desgraciados habitantes, hundidos en el cieno de los vicios, y sepultados en las tinieblas de la ignorancia. La idolatria tiene tambien en la Persia sus secuaces, á quienes cubre con el tupido y grosero velo de la ignorancia y de la malicia, cerrándoles los ojos de su inteligencia á la luz de la verdad, y las puertas de su voluntad á las impresiones de lo bueno y recto. Los idólatras de la Persia, como los de los otros pueblos del globo, no pueden ménos de ser voluptuosos,

soeces, idiotas y sanguinarios; pues son dirigidos por religiones falsas y supersticiosas, que prescriben á sus adoradores el ejercicio de los vicios y la omision de las virtudes, engendrando el oscurantismo é interceptando el paso á la luz. En fin, la Persia alimentaba en su seno el Nestorianismo; secta nefanda que recuerda con indignacion la ignominiosa tragedia que representó su autor, el heresiarca NESTORIO, con escándalo de los fieles, cuando se rebeló contra la Iglesia, proclamando una doctrina nueva, en la que reconocia en Cristo *dos personas*. El incendio de esta defeccion herética estalló en Constantinopla, y empujando el fuego la insistencia, con que el autor sostenia su disparatada doctrina, se propagó por todo el Oriente, habiendo caido algunas chispas en la region del Asia, que á la sazón nos preocupa.

El estado, pues, de la Persia, no podia ser más deplorable, atendida la variedad de las sectas, que la infestaban. Mirada bajo el prisma de la idolatría, ostentaba las báquicas fiestas, las obscenas diversiones, las sangrientas tragedias, las sacrilegas orgías y las saturnales de la antigua Roma: meditada, con relacion al Mahometismo, ofrecia el caprichoso divorcio, la licenciosa poligamia, la vil esclavitud y todos los actos de barbarie, á que se entregan sin escrúpulo los feroces sectarios del Korán: considerada, bajo la secta Nestoriana, presentaba todos los peligros del ateismo, del desenfreno y libertinaje, puesto que sus partidarios, sacudiendo el yugo de toda autoridad, se declararon independientes en el terreno religioso, rompiendo los diques de las leyes, á que se atemperan todas las religiones. En este dilatado desierto, infestado de inmoralidad, fanatismo, ignorancia y supersticion, penetraron los misioneros católi-

cos; y, á fuerza de sufrimientos, ciencia y caridad, lograron extirpar estas malezas de las sectas religiosas, é introducir el arado del Evangelio, haciéndolo fecundo en bienes temporales y espirituales.

La Persia recibió en su seno á SAN TADEO y á SAN SIMON, á quienes mató á pedradas en pago de la regeneracion moral, social y física, que los apóstoles del Evangelio habian hecho en sus salvajes habitantes. La moral cristiana, llevada á la Persia por los citados apóstoles, no progresó, á causa de haber impedido la propaganda católica las persecuciones sucesivas, que affligieron á la Iglesia en el discurso de los tres primeros siglos.

JUAN XXII, por un Breve expedido en 1308, erigió en metrópoli la ciudad de Sultamiech, capital de la Persia, nombrando, para ocupar la silla arzobispal, al dominico FRANCISCO DE PARMA. El papa confirió á este esclarecido prelado y celoso misionero, una jurisdiccion vasta y recalzada con infinitos privilegios: le confió la administracion y régimen espiritual de todos los fieles, que residian en el Occidente del Asia, en la India y en la Etiopía: instituyó seis obispados, enclavados en la dilatada circunferencia de los pueblos que hemos mencionado, sometiéndolos, en calidad de sufragáneos, á la autoridad del ya referido metropolitano; el que correspondió cumplidamente á la confianza, que habia depositado en su persona el Romano Pontífice, trabajando, sin cesar, en la viña del Señor, á fin de enseñar el camino del cielo á los millones de almas, que se le habian encomendado. Hizo jugar todos los medios que estaban á su alcance, para extirpar las sectas ponzoñosas que infeccionaban el rebaño fiel, que apacentaba cuidadosamente por las deliciosas praderas del

Evangelio: propagaba el Catolicismo por todos sus Estados, valiéndose, aparte de otros medios, de la circulacion de folletos, opúsculos y tratados religiosos, escritos en lengua indígena y en un estilo claro, sencillo y correcto, proporcionado á las inteligencias y grados de instruccion de todos, á quienes se dirigia: instaló seminarios, do cursaban, bajo la direccion de sábios y ortodoxos sacerdotes, los jóvenes que se sentian llamados al estado eclesiástico, la Teología y todas las ciencias sagradas, de quienes se formó con el tiempo un Clero indígena, católico é ilustrado, que heredó, de los advenedizos misioneros, la salvadora mision de catequizar, é instruir á sus anti-católicos compatriotas: fundó monasterios, centros de riqueza material y literaria, escuelas prácticas de moralidad y educacion; monasterios, cuyos monges se erigieron en maestros de los naturales en todos los ramos de la ciencia, del comercio, de la industria, artes y oficios.

Los Soberanos Pontífices, sucesores de JUAN XXII, se esforzaron á competencia en conservar viva la llama religiosa, que habian encendido en la Persia los celosos misioneros. PAULO V, animado de ese vigoroso celo, que ha presidido siempre los actos apostólicos de los pontífices, organizó una mision, compuesta de los Carmelitas Descalzos de España, é investida de privilegios y ámplios poderes espirituales, la envió, en 1605, á la Persia. Aquellos ilustres *religiosos* marcharon, al frente del padre VICENTE DE SAN FRANCISCO, á poner en ejecucion los piadosos planes del Papa, estableciéndose en Hispahan, capital del imperio, en donde fundaron un hospital y un establecimiento de enseñanza. Los enfermos eran asistidos puntualmente, en todas sus necesidades,

por los mismos misioneros, que prestaban el servicio de asistencia á todos los desvalidos, refugiados en las casas hospitalitarias de caridad: tambien alternaban en el cargo de la instruccion, que proporcionaban á la juventud, en razon de que la multiplicidad de medios, á que apelaban para llenar los actos de su ministerio apostólico, los ponía en continuo movimiento, trayendo la combinacion de individuos en los servicios médico-literarios, que prestaban en los establecimientos referidos: servicios de alta importancia y suma utilidad; pero no podian en manera alguna anteponerse á la predicacion del Evangelio, objeto principal de sus santas expediciones.

El establecimiento de instruccion pública, que los misioneros construyeron contíguo al hospital, influyó mucho en el desarrollo de los principios religiosos del Catolicismo, en atencion á que los padres de familia abandonaban completamente sus hijos al cuidado de los religiosos maestros, cuya aficcion rayaba en frenesí. Estos, aprovechándose de la confianza paterna, catequizaban á los alumnos que concurrían á sus escuelas, los instruían, los bautizaban y los incorporaban al gremio de los fieles. Los conocimientos especiales de los misioneros en medicina y cirugía, atraian á muchos al partido católico, por cuanto los que despreciaban sus virtudes, cuando enfermaban de gravedad, buscaban el alivio en su ciencia médica; y agradecidos á la restauracion de la salud, que por fin conseguían por sus desvelos y fatigas, abrazaban la nueva religion; siendo en lo sucesivo modelos de cristianos en la humilde y numerosa familia de JESUCRISTO.

El celo de los misioneros no se limitaba á los cuidados, que dejamos consignados: era más amplio el



círculo de sus esfuerzos y conatos en beneficio de la humanidad. A fin de que la dulce brisa del Evangelio orease las frentes de todos, celebraban conferencias dominicales y nocturnas en horas y sitios, proporcionados á las clases proletarias, artesanas y pobres, en cuya gracia sacrificaban el reposo, el sueño y hasta el amor propio; porque, descendiendo de la elevada esfera de sus profundos conocimientos, sabían acomodarse, con mucha oportunidad, á las circunstancias de aquellos discípulos extraordinarios. Era imposible que, por estos medios tan vulgares á que recurría el ingenioso celo de los misioneros, no cundiera el espíritu católico en todas las clases de la sociedad, por muy aferradas que estuvieran á las opiniones religiosas de las sectas, que cada una de ellas profesaba; pues siendo comun la enfermedad, que los pueblos de la Persia padecían, empleaban en su curacion todos los medios imaginables de caridad, ciencia y trabajo: por manera que, si el mal resistía á unos por desgracia, cedía necesariamente á otros.

Además del establecimiento de educandos, colindante con el hospital, levantaron en otros puntos del imperio, seminarios, colegios y universidades, en donde se enseñaban las lenguas latina y árabe, artes liberales, filosofía y todas aquellas nociones preparatorias de las carreras literarias, que se conocen en la esfera de las ciencias sagradas y profanas. Estos centros de instruccion universal, dirigidos por la experta y acertada mano de los misioneros, bastaban por sí á introducir la Religion Católica en la patria de ZOROASTRO; pero confirmaban la propaganda católica los operarios del Evangelio, hablando familiarmente en las casas, que frecuentaban, sobre la

santidad y divinidad de JESUCRISTO, sobre la excelencia de su ley y sobre todos los puntos á que se extendia; sobre la falsedad de las sectas y los irreparables perjuicios que causaban al cuerpo y al alma: cuyas conversaciones religiosas, intercaladas en los asuntos de que se ocupaban en las tertulias piadosas que celebraban con los indigenas, daban la última mano al triunfo de la doctrina de JESUCRISTO.

La Turquía Asiática encierra en el cuadro de su historia antigua, magestuosos recuerdos: ostenta montes, engrandecidos con acontecimientos culminantes: designa soberbios palacios ocupados por célebres monarcas: marca caudalosos rios, bordeados por ínclitos personajes: determina pueblos notables por sus gloriosas crónicas: en suma, esta region del Asia, suministró á la historia materia de interés é importancia; adjudicó bellezas á la poesía, melodías á la música, encantos á la literatura; condecoró la arquitectura con las caprichosas galas del arte; animó la agricultura con la fecundidad de su suelo; robusteció el comercio con las producciones de sus trabajos agrícolas; pero ¡ha! ¡ese concurso feliz de circunstancias gloriosas ya no existe! ¡Esa série esplendente de monumentos gigantescos ofrece hoy al viajero un monton de escombros, que le detienen á reflexionar unos instantes sobre su pasada grandeza! ¡Todas esas glorias de la antigüedad se han marchitado por el furioso huracan de las pasiones y de las asoladoras guerras!

Con efecto, ¿no se agostaron, con las malezas y la esterilidad más espantosa, aquellos deliciosos campos de la Turquía Asiática, esmaltados de flores? ¿Aquellas renombradas poblaciones, teatros de acontecimientos prósperos y felices, no se han transforma-

do en desiertos poblados de fieras, habitados de ladrones y asesinos, y salpicados de madrigueras de bandidos y gente de mal vivir? Aquellos encantadores paisajes, aquellos embelesadores panoramas, aquellas poéticas perspectivas, que en tiempos remotos comunicaban á ciertas poblaciones de esta parte del Asia, un atractivo irresistible que detenía al viajero y al peregrino, cautivándolos con sus hechizos naturales, fascinándolos con sus bellezas artísticas, embriagándolos con sus aromas, estasiándolos con sus armonías y conciertos; ¿hoy no arrancan lágrimas de dolor al Cristianismo, no abren un campo vasto de hondas y tristes reflexiones al filósofo pensador, no inspiran sentimiento y melancolía á las almas nobles? ¿No ofrecen espesos matorrales al cazador? ¿No presentan escombros y ruinas al viajero? ¿No lanzan gritos de eterna maldición? ¿No resuenan con terribles imprecaciones, y llenan de luto la historia con los borrones inmundos, que han reemplazado á las bellezas antiguas de sus libros?

El Mahometismo y Judaismo son, generalmente hablando, las religiones, que predominan en la Turquía Asiática. Los pueblos, que han tenido la desgracia de ser avasallados por la bastarda ley del falso profeta, observan las feroces costumbres, respiran los depravados instintos, practican los actos de barbarie, que les prescribe el fabuloso Korán, depósito impuro de todas las religiones y sectas conocidas en la tierra, de quienes ha tomado aquellas prácticas, preceptos y ceremonias, que lisonjean las pasiones, favorecen los intereses humanos, fomentan los ódios, sancionan las discordias, formando una Religion tan monstruosa, que hace á sus prosélitos indómitos, feroces, sensuales, perezosos é indolentes; legislando

únicamente á favor de la inerte materia, y prescindiendo del espíritu, á quien debilita con la rebelion de la carne, asfixia con los vapores del vicio, y mata con el veneno de los placeres sensuales. Atendido el móvil animal, que rige al Mahometismo, no es de extrañar, que los ciegos adoradores del árabe legislador, defienden su ley con fanatismo, supersticion y entusiasmo.

El Judaismo, otra de las religiones que pululan en la parte del Asia, que á la sazón nos ocupa, no tiene habitacion fija en la tierra: empujado por la eterna maldicion del Cielo, divaga por el mundo: despojado de todo género de propiedad, y destituido de derechos legislables, mendiga en los pueblos, á que le lanza su fatal destino, pátria para connaturalizarse, domicilio para avecindarse, templo para desarrollar sus teorías religiosas. El lastimoso error que, diez y nueve siglos há viene alimentando esperando al MESIAS prometido, lo precipitó en el inaudito crimen de deicida; borron horrible que mancilla los timbres de gloria, que ilustraron á sus antepasados; borron horrible que ha aplastado á la desgraciada descendencia de los ilustres patriarcas del pueblo hebreo, con el peso de la maldicion divina; que ha marcado, á toda la raza vil y desnaturalizada del pueblo judáico, con la eterna reprobacion del cielo. El Judaismo, pues, es hoy un sarcasmo, un capricho, una ridiculez; sus fiestas, sus ceremonias, sus ritos y sus preceptos, han perdido los encantos, la veneracion y el respeto, que les comunicára su inspirado autor MOISÉS; pues habiéndolas reprobado Dios, hoy inspiran desprecio, causan risa, excitan indignacion y ódio.

---



CAPITULO VII

---

**Esfuerzos de los papas por las Misiones de Oriente.**  
**—Misiones de Esmirna, de Alepo, de Betsaida y de otros pueblos orientales.**

No podemos bosquejar el cuadro de las misiones que penetraron en la Turquía Asiática, sin anticipar la descripción de los celosos esfuerzos que emplearon los papas, para activar la propaganda católica por los pueblos infieles, cismáticos y herejes; y como quiera que los satisfactorios resultados de los conatos pontificios, se dejaron sentir primordialmente en esta dilatada comarca del Asia, estimamos oportuno, y conducente al orden y método, que nos presiden en la peregrinación que hemos emprendido, reseñar los desvelos de Roma cristiana en favor de la regeneración humana que, con tan feliz éxito, llevó á efecto el Clero misionista, regular y secular.

GREGORIO XV, instituyó la congregación de «*Propaganda fide*,» que se componía de 13 cardenales, dos sacerdotes, un religioso y un secretario, cuyos

individuos venian obligados á dar cuenta al fundador y sucesores de las providencias, que adoptáran. Para ocurrir á los gastos de las misiones, objeto preferente de la plausible institucion que nos ocupa, el mismo pontífice cedió un palacio á la sociedad, los derechos canónicos de los «*Annulli cardinalitii*» y 15.000 escudos en metálico. URBANO VIII y sus sucesores, adjudicaron á la ya referida asociacion considerables sumas. Estimuladas várias personas de todos estados y condiciones, por los ejemplos vivos de los desprendidos pontífices, depusieron en los fondos de la «Propaganda Fide» cuantiosos donativos en metálico. El cardenal SAN ONOFRIO, le donó 2.007 escudos; el cardenal CORNERO, le legó 34.500 escudos; el cardenal CAPPNI, 8.000; el cardenal QUINTINIANI, 12.500; el cardenal UBALDEMI, 40.000; monseñor URBÉS, 42.000.

El cardenal RICHELIEU, honra de los ministros franceses, padre de los literatos que descollaron en su tiempo, dió impulso á las misiones de Oriente por la mediacion del capuchino padre José, por cuyo conducto recibía la correspondencia extranjera, la cual le tenía al corriente de los progresos de la fé, de los incidentes adversos y prósperos que ocurrían á los misioneros, y de todos los más minuciosos detalles de las misiones orientales. A esta eminencia política y religiosa de la Francia, debe el Catolicismo una gran parte de los ópimos frutos, que rindió en los pueblos infieles de la Turquía Asiática: debe asimismo la ilustracion, la cultura y la regeneracion completa, que sus desgraciados habitantes alcanzaron á la salvadora sombra de la Religion de la Cruz. El, allegando limosnas, reunió crecidas sumas, merced al entusiasmo que supo despertar por la causa

santa de las misiones; y con estos auxilios pecuniarios, los misioneros abrieron templos al culto católico, establecieron colegios y casas de instrucción; levantaron hospitales y establecimientos de beneficencia á la caridad, á cuya influencia, los enfermos eran aliviados en sus dolencias y necesidades, y los huérfanos, ancianos y desvalidos todos, burlaban los tiros de la miseria, de los achaques y de la barbarie de los opulentos.

El maestro general SERAFIN, de acuerdo con el papa, dispuso que en todos los conventos de la órden, se enseñaran las lenguas tártara y armenia, cuya providencia fué confirmada por el papa URBANO VIII, quien concedió además á los profesores de los referidos idiomas todos los privilegios, que PAULO V había conferido á los que cursaban las lenguas Hebrea, Griega, Caldea y Arabe. GOAR fué uno de los más célebres misioneros, que ilustraron con su doctrina el Oriente, cuyos idiomas, costumbres, usanzas y ritos, conoció tan á fondo, que sobresalió, entre sus compañeros de mision, por los triunfos que reportó de todas las sectas, que le proporcionaran estos conocimientos especiales. Nombrado superior del convento de San Sebastian, empezó á llevar la propaganda cristiana por toda el Asia: y como estaba orientado en todos los secretos científicos, religiosos, políticos y morales de los extranjeros, simpatizó pronto con todos, triunfando de los herejes, abatiendo á los filósofos, derrotando á los cismáticos y confundiendo á los sectarios con sus mismas armas, de las que se valía, para desvanecer las sombras del error que los cegaba, y hacerles comprender la verdad del Evangelio, que abrazaron tambien, á ejemplo del caciquismo, las masas del pueblo.

Los papas CLEMENTE VI, é INOCENCIO VI, encargaron á los franciscanos la custodia y conservacion de los Santos Lugares, enclavados en Jerusalem, ciudad de la Siria, provincia de la Turquía asiática; ciudad muy populosa, opulenta y magnífica en la antigüedad, capital de la Judea; pero, habiendo el ariete romano destrozado sus soberbios muros, y sepultado en sus ruinas su proverbial grandeza, hoy se presenta desconocida á los ojos del viajero y del peregrino, por no ostentar el brillo y esplendor, que fueron su antigua divisa; no obstante los reiterados y desesperados esfuerzos que hizo, para reponerse de su abatimiento y vergonzosa derrota, y para reivindicar su independencia civil y religiosa, en la que estribaba el glorioso renombre de su excelente reputacion.

Los religiosos citados, al aceptar el cargo de velar por la conservacion y custodia de los Lugares, santificados con la divina presencia, con la dolorosa pasion y afrentosa muerte de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, se comprometieron, bajo las sagradas formalidades del juramento: 1.º, á proporciouar el pasto espiritual á todos los pueblos del Levante, sirviéndoles de párrocos: 2.º, á educar á los hijos de familias cristianas, reemplazando á los padres naturales y legítimos, en la explicacion de la doctrina cristiana y enseñanza de los deberes religiosos; de modo que, para llenar todas estas obligaciones juramentadas de su institucion, tenian á su cargo las escuelas elementales de niños, que sólo podian ser frecuentadas por los hijos de padres católicos; en donde, además de recibir la educacion moral y religiosa, aprendian grátis los alumnos á leer, escribir y los primeros rudimentos de la aritmética y de las demás ciencias:



3.º, á hospedar grátis á los peregrinos, que emigraban á Jerusalem, con las piadosas miras de visitar los Santos Lugares, á los cuales albergaban en sus celdas y mantenian á sus expensas, todo el tiempo que duraban sus devotas expediciones; proporcionándoles á mayor abundamiento todos los recursos de defensa, garantía personal y los datos ó instrucciones necesarias, que exigian su curiosidad y devoción: 4.º, á sostener á sus expensas á los niños de padres pobres, hasta que llegáran al estado de poderse ganar los alimentos con el propio trabajo de sus manos: 5.º, á redimir á los cristianos cautivos, que gemian bajo las opresoras cadenas del yugo musulman, y á satisfacer las deudas, que con ellos contrajeran, para impedir de este modo, que sucumbieran al ominoso imperio de la despótica ley mahometana: 6.º, á indemnizar á los cristianos de los perjuicios, que les causáran los turcos con robos, muertes, heridas, destrozos ó desperfectos.

Parece ilusorio que haya hombres de tan heróica caridad, que se abandonen al servicio y alivio de sus semejantes con menoscabo de su amor propio, de sus intereses y hasta de sus vidas. Sin embargo, estos religiosos no faltaron, un ápice siquiera, á todos los graves y trascendentales cargos, que juraron desempeñar en favor de sus oprimidos hermanos peregrinos y residentes en Jerusalem, á cuyo reposo y bienestar, se sacrificaban noche y dia, exponiendo su vida á todas horas, imitando este ejemplo de abnegacion los religiosos de la misma Orden, que se han ido sucediendo hasta nuestros dias.

SAN POLICARPO, discípulo de SAN JUAN, tuvo la gloria de abrir el campo católico á la Esmirna, ciudad de Anatolia, provincia de la Turquía Asiática. Esta

ciudad, en 1348, cayó bajo el dominio turco, cuyas bestiales costumbres y supersticiosa religion adoptaron los vencidos; pero nuestros misioneros se esforzaron por restablecer en ella la Religion cristiana, proscrita por el grosero Islamismo.

La ciudad de Alepo, incluida en la Asiria, ciudad y provincia de la Turquía Asiática, fué el principal teatro de las Misiones orientales. En el curso de sus tareas apostólicas, los misioneros tuvieron ocasion de hacer brillar la caridad en todas sus fases, atacando con vigorosa constancia las pestes y contagios, que diezaban con frecuencia á sus infortunados habitantes. Ostentaron tan generoso desprendimiento, demostraron tanta abnegacion y heroismo, desplegaron tanta actividad y celo en alivio de los enfermos, que no tardaron en grangearse el aprecio de sus mismos enemigos.

El Patriarca cismático, rendido al fin por el peso de los argumentos, que empleaban los operarios evangélicos en la lid de las controversias religiosas, y absorto ante los humanitarios servicios que prestaban á los desgraciados, abjuró resueltamente el cisma, y se adhirió al Catolicismo, autorizando á sus competidores, para que, exterminado el contagio, celebrasen en su propia casa conferencias de Religion con los eclesiásticos de su Diócesis, más bien para imponerlos en las verdades, ritos y ceremonias del Catolicismo, que para discutir sus profundos misterios. El alto prestigio, que se habian ganado los misioneros de Alepo, excitó la envidia de los herejes, los que, simulando malamente su ódio, concitaron contra ellos las inconscientes masas del pueblo, y así se apoderaron fácilmente de sus personas, reduciéndolos á prision; pero descubierta su inocencia, fueron

puestos en libertad por las altas influencias de sus numerosos discípulos, y reanudaron los trabajos apostólicos, logrando afianzar la fé en las escuelas que abrieron á la instruccion en los templos, que consagraron al culto católico, y en los hospitales y asociaciones piadosas, que edificaron á la caridad.

El padre BESON, abrigaba vehementes deseos de sacrificarse en aras de su abatido prójimo, y la epidemia que estalló en Alepo por entónces, le brindó una exquisita ocasion de desahogar los sentimientos generosos de su noble corazon. Se arrojó, pues, el celoso misionero á los brazos del peligro, luchando valerosamente con el contagio, logrando sustraer á sus rudos golpes una muchedumbre de apestados, librándolos de la muerte, ó devolviéndoles la salud, á costa de su propia vida; pues al fin, fué víctima de su acendrada caridad. El padre GONDER, se hizo célebre en las conversiones de los cismáticos de Alepo, rivalizando en celo, por el progreso y esplendor de la fé, con el sacerdote BESON. Ambos misioneros obtuvieron felices resultados, aunque por distintos medios: aquel alumbró, con las luces de la ciencia, á los que caminaban á tientas por el oscuro laberinto del error; éste encendió la antorcha de la caridad en los caliginosos aposentos del dolor, á cuya doblada caridad, descubrían unos y otros los caminos del Catolicismo, y corrían á abrazarlo. Subieron á 900 las conversiones, que hicieron la lógica de su doctrina, la elocuencia de sus discursos y la caridad de su conducta.

A la mira de proveer con mejor éxito á las necesidades de su predilecta grey, distribuyó la ciudad en siete barrios, visitándolos diariamente por riguroso turno, y desvelándose por su bien temporal y

eterno. En los aciagos días de la peste, abrigaba en su agitado seno la mísera ciudad de Alepo, otro héroe famoso de caridad: al padre Ivo, superior de las Misiones orientales; el cual confiesa haber visto sucumbir á muchos sacerdotes católicos, asistiendo espiritual y temporalmente á los atacados, y añadiendo: «Yo mismo *me* he visto precisado á lanzarme á la hoguera contagiosa de la peste, para confesarlos uno á uno, aplicando el oído á sus moribundos lábios, para oír su lánguida voz.» Después de llenar los deberes de su estado, de catequizar, predicar y confesar á los indígenas, nuestros misioneros se hundían en los hospitales, recorrían los barrios más apestados de las ciudades, penetraban en las casas atacadas, consolando á los enfermos con los auxilios de la Religión, los recursos de la ciencia y los dones de la caridad; llevando su galantería al extremo de lavar sus nauseabundos vestidos, ropa de cama, pútridos cuerpos, y besar sus inmundos piés y manos.

El padre FRANCISCO RIGORDY, otro de los misioneros que brillaron, cual refulgentes astros, en el cielo de esta parte del Asia, era al propio tiempo objeto de las más tiernas y elocuentes alabanzas en la ciudad de Damasco, por los desesperados esfuerzos que hacía á favor de los infelices, heridos por la fiera espada del mortífero contagio. Cuando la constelación deponía su saña, y el misericordioso misionero se reponía apenas de sus fatigas, sufridas en las calurosas jornadas de las campañas fúnebres de la muerte; á la infausta nueva de que el incendio de la peste se había propagado en Betsaida, vuela en alas de la caridad al teatro del fuego, y logra salvar la vida á millares de infelices, permaneciendo constante-

mente á su lado, y defendiéndolos de todas las necesidades, que los agobiaban. RIGORDY se atrajo las simpatías del público con estos actos benéficos que sellaban sus pasos, confirmándolos en la estimacion que le profesaban, con los rayos luminosos de sabiduría, que ilustraban su mision. Encargóse de predicar la cuaresma que corroboró la reputacion de sábio, que ya gozaba; de modo que, avasallados por su elocuencia, prendados por sus virtudes, cautivados por su ciencia y subyugados por sus bellas cualidades, los habitantes le instaron para que se acercára en Betsaida, ofreciéndole casa, proteccion, medios de subsistencia y cuanto necesitara para vivir cómoda y holgadamente.

Los misioneros, cediendo á los deseos de los habitantes, permanecieron algun tiempo en Betsaida, ocupándose noche y dia en visitar á los enfermos, prodigándoles los auxilios de la caridad y del arte; en instruir á los niños, obligándolos á frecuentar las escuelas que habian planteado, y que ellos mismos dirigian; en fin, en ejercer sin descanso todas las funciones de su benéfico apostolado. Con el plausible fin de cimentar en la piedad á los recién convertidos, y de echar hondas raíces á la Religion, establecieron los celosos y eruditos misioneros una imprenta arábiga en el convento de SAN JUAN BAUTISTA, cuyos funcionarios, caracteres, prensa y demás utensilios, fueron importados de Roma. Numerosos fueron los rayos de luz, que brotaron de este foco luminoso de sabiduría; rayos que tuvieron de suave claridad todo el Oriente, disipando los densos vapores de ignorancia, que envolvian á todos los sectarios: obras ilustradas de todos los géneros literarios empezaron á circular por todas las provincias del Asia, colmando

de riquezas bibliográficas las bibliotecas, y abriendo fuentes de instruccion en donde quiera; y como iban redactadas en la lengua pátria, su argumento y lectura, eran asequibles á todas las inteligencias, medianamente orientadas en las primeras nociones literarias.

Avivaban el espíritu artístico y literario, en proporcion al impulso que daban á la Religion, construyendo iglesias católicas, escuelas, conventos y hospitales, cuyos monumentos de triple carácter dotaron competentemente, para proveer á la subsistencia de los sacerdotes, dedicados á promover el culto; de los maestros, encargados de la instruccion y educacion de la juventud; de los monges, consagrados á cantar las alabanzas divinas; y finalmente, para atender á la asistencia de los pobres enfermos. Con la autorizacion de los misioneros, fueron elegidas 12 mujeres de reconocida piedad y morigeradas costumbres; las cuales congregadas en el convento de la Visitacion, hacian vida comun, bajo la dependencia de un mismo reglamento de disciplina monástica, redactado por los sacerdotes de la mision. Estas monjas de la Visitacion, así llamadas del nombre que llevaba el asilo hospitalario de su vivienda, con arreglo al espíritu de su instituto, se ocupaban en educar religiosamente, é instruir en todas las labores del sexo, á las viudas é hijas de los padres católicos.

El jesuita CARLOS, fué otro de los misioneros, que sucumbieron á los desapiadados golpes de los sucesivos contagios, que affigieron el Oriente, cumpliendo los penosos deberes de la caridad en los hospitales y establecimientos beneficiarios. El virtuoso y erudito sacerdote, había popularizado su crédito en Francia, con haber publicado una disertacion físico-matemá-

tica; pero asfixiado con la atmósfera de los aplausos, que rechazaban de consuno su modestia y su humildad, se trasladó, por los años 1685, á la ciudad de Alepo, donde exhaló el último aliento de su vida, al eco de los gritos dolorosos de los apestados; ahogando para siempre la importuna voz de las alabanzas, que le aturdió, durante su vida, con sus resonantes acentos.

Otro jesuita descolló tambien en las famosas misiones, que cruzaron la provincia de Anatolia: este era el padre SICARD, el que, desde su arribo á la ciudad de Alepo, se parapetó con las armas de las lenguas indígenas, en las que hizo transparentar la vasta ilustracion, que deslumbró á sus competidores, hasta el punto de caer rendidos á sus plantas. A pesar del estudio del árabe, de las polémicas intelectuales, trabadas con los cismáticos, y de los ejercicios de su ministerio, SICARD visitaba diariamente los arrabales de la ciudad, buscando los enfermos de familias oscuras é indigentes, que habian menester de sus consuelos.

## CAPÍTULO VIII

---

### **Descripcion general del Africa. — Fuentes de las misiones africanas.**

Habiendo completado el cuadro de las misiones asiáticas, insiguiendo el orden de antigüedad, describiremos ahora sumariamente, ateniéndonos al espíritu de brevedad que anima nuestra obra, los colosales beneficios de instruccion y caridad, que los misioneros de ámbos cleros, sembraron en el suelo afaicano, al ardiente calor de la zona tórrida, á los estridentes aullidos de los chacaes y á las ondulantes columnas de arena, que el furioso vendabal levanta en los vastos desiertos del Africa, por ningun arbusto sombreados y habitados por fieras.

En Africa se experimenta un calor sofocante, ocasionado por la zona tórrida, á cuya influencia vive. El terreno, naturalmente arenisco, que sostiene al Africa, la periódica sequía que agosta sus



campos, la ausencia de arbolado y vegetales de todo género, que se advierte en sus vastas planicies, la carestía absoluta de manantiales, de que se resienten sus bosques, son todas circunstancias funestas, que producen un clima, excesivamente caluroso, estéril é improductivo.

Ardientes playas de un mar de fuego, surcado por indómitas fieras, y repleto de esas razas humanas que, indignas de habitar en poblado por su natural tendencia al mal, hallan en sus incendiarias olas un asilo flotante, que las oculta á las pesquisas de la autoridad, juntamente con el botin de sus vandálicas expediciones; ardientes playas de un océano de fuego, formado por las densas lluvias de arena, que se ciernen en el espacio, al empuje del violento huracan; ardientes playas de un océano de fuego, á que han sido reducidas muchas comarcas del Africa por los temporales tempestuosos del flamígero viento del Sur, constituyen cuasi el patrimonio de esta gran parte del globo.

Los habitantes, en su mayor número, son crueles, lascivos, holgazanes, ignorantes: amaestrados por la idolatría y mahometismo, dan cima á los actos más repugnantes de la naturaleza, consuman las obras más detestables de barbarismo, roban á cara descubierta, asesinan á bandera desplegada, violan las doncellas, desconocen el derecho de gentes: algunos, como los negros de la Guinea, van enteramente desnudos, se alimentan de carne cruda; aprisionados en el voluptuoso círculo de la lánguida pereza, pasan el tiempo libando el humo de sus largas pipas, apurando goces y respirando lujuria por todos los sentidos orgánicos, mientras las desventuradas mujeres explotan la alimentación de la familia en la tierra,

á cuyas penosas faenas se abandonan, desmintiendo la condicion de su sexo.

Otros, como los habitantes de la Nigricia, andan errantes por los montes, viviendo en tiendas de campaña á costa de los pueblos vecinales, á quienes roban los víveres y las hijas, matando la prole, habida en el infame raptó. Su ocupacion profesional consiste en la caza, en el robo, en las luchas de destreza, en la guerra, en los ejercicios del arco, de la honda, de la maza y ballesta, cuyas armas manejan con destreza y maestría.

El clero regular y secular, penetró en calidad de misionista en esta tierra inculta, en estos países erizados de escollos de infidelidad, en estos pueblos errantes y salvajes, infestados de miseria; y logró, merced á su constante laboriosidad, á su ardoroso celo, ilustracion y caridad, conjurar todos los males, causados por la idolatría é islamismo, religiones funestas que los dominaban; logró plantar el glorioso estandarte del Evangelio, á cuyo pié nació la humanidad, brotó la civilizacion, surgió la regeneracion física, moral é intelectual, la dignidad del hombre y los derechos de la mujer.

El Clero misionista, se introduce en el árido suelo, en el ardiente clima de Africa, arrostrando las amargas consecuencias de sus feroces costumbres, afrontando los peligros de los inmensos desiertos de arena que la cruzan, sufriendo las penalidades de los bosques, morada de los hombres que busca: él, incitado por el bien ageno, se abalanza á todos los obstáculos, orilla todas las dificultades, y desvanece todos los inconvenientes, que se oponen á que lleve á cabo la propaganda civil, religiosa y literaria en los soeces é incultos pueblos africanos.

Ningun incidente de los muchos y desagradables que le ocurrieron, le detuvo en su caritativa carrera: ni le arredran la ferocidad y barbarie de los sanguinarios habitantes, ni le intimidan las amenazas del caciquismo, ni le embarazan los tétricos calabozos, ni le aturde el pavoroso estruendo de las armas, ni le amedrentan las opresoras cadenas, ni retrocede ante los imponentes bramidos de las fieras, que pueblan los quebrados caminos: ninguna de estas pruebas tan terribles, que purificaban su vocacion, y acrisolaban su caridad, eran asaz poderosas para revocar sus proyectos benéficos de despojar al turco feroz de sus hábitos bestiales, de suavizar las costumbres bruscas del cafre, de matar los crueles instintos del Negro, de cortar las tendencias á la idolatría del egipcio, de curar la ignorancia del Abisinio; en suma, de civilizar á todos los salvajes del Africa, y habilitarlos para vivir en sociedad con una profesion, adecuada á sus inclinaciones y talentos, y con la competente instruccion, para respetarse mutuamente sus derechos, sus propiedades y sus personas.

Dos fuentes señala la Historia á las Misiones católicas, que renovaron la faz del mundo, alumbrándolo con las luces de la ciencia, y curándolo con el bálsamo de la caridad: dos principios fecundos, de donde derivaron las esplendentes legiones de nobles religiosos, que con el Evangelio en una mano y el báculo en la otra, reportaron brillantes victorias de las falsas religiones y sectas, que pululaban sobre la tierra, victorias que se escaparon á la pericia, arrojo y estrategias militares de los más célebres conquistadores del globo: dos causas que produjeron, á la saludable influencia del Catolicismo, la trasformacion fisica y moral del mundo salvaje, pagano, mahome-

tano y sectario: estas fueron SAN FRANCISCO y SANTO DOMINGO.

SAN FRANCISCO, cediendo al celo que le animaba por la salvacion de las almas, se embarcó con rumbo á Marruecos, á la mira de someter el vasto imperio del Africa al dulce yugo del Catolicismo; pero no tuvo el placer de ver coronado su plausible intento, por haber sido atacado, en el curso del viaje apostólico, de una enfermedad grave, que le obligó á regresar á Italia, su suelo natal. En 1219, y á los cinco años de haber fracasado su primordial proyecto, partió de nuevo para el Africa, y habiéndose encontrado en Egipto con los cruzados, al tiempo de librar batalla con los infieles, aconsejóles que no se lanzáran por entónces al sangriento campo de la guerra; pero ellos, dejándose arrastrar de la venganza y de la codicia de gloria militar, entraron en combate, experimentando las desastrosas consecuencias de considerables bajas y vergonzosa fuga, en conformidad á la fatídica prediccion del santo, que para disuadirlos del plan guerrero, les aseguró tan funesto resultado.

SAN FRANCISCO, haciéndose superior al pánico, que pronunció á los ejércitos cruzados en vergonzosa fuga, se personó en el campamento de los infieles; los que, habiéndole llenado de injurias y cubierto de heridas, le condujeron, en medio de dos muros de lanzas, al sultan de Egipto. El ilustre prisionero sostuvo con tanta entereza, con tanta presencia de ánimo y con tal maestría, la brillante causa de la Religion cristiana, en presencia del soberano musulman, que le impresionó agradablemente, previniéndole á su favor; de modo que le invitó cortesmente, á que permaneciera á su lado, cuya muestra de deferencia

aceptó en obsequio de la Religión, que divulgaba. Propuso á los infieles un medio milagroso de averiguar la verdad entre el mahometismo y el Catolicismo: propuso se encendiera una hoguera, y se arrojarían á las llamas simultáneamente él y sus sacerdotes; y la parte que saliera incólume del fuego, decidiría la verdad de las opuestas religiones, cuya causa se debatía: prueba imponente que rehuyeron los preocupados y supersticiosos individuos de las falsas banderías religiosas: prueba terrible que amedrentó á los magnates mahometanos, los cuales, temiendo que la ley de su renombrado Profeta se hundiera en el descrédito y en el olvido, se negaron á aceptarla, suplicando al santo se ausentára; quien, desesperado de recoger fruto alguno por entónces de su misión, partió para la Asiria y Palestina.

SAN FRANCISCO no cejaba en la árdua empresa de civilizar el Africa, enviando de tiempo en tiempo, misioneros á predicar el Evangelio á los mahometanos. A poco de haber regresado de Egipto, envió cinco operarios á los musulmanes de Occidente, los cuales iniciaron su mision bajo los más siniestros augurios; porque habiendo penetrado en las mezquitas de Sevilla, y predicado contra los absurdos del Korán, los fanáticos moros, resentidos de los insultos que se dirigian á la ley de Mahoma, se agitaron tumultuariamente, como un campo de espigas, azotado por vientos encontrados; y los espulsaron de los templos á rudos empellones, conduciéndolos á la presencia del jefe musulman, el que mandó fueran estrangulados inmediatamente: pero, gracias á la mediacion del hijo, cuyas simpatías se habian ganado, la injusta sentencia de ejecucion se conmutó con la de encarcelamiento. Trascurridos unos dias, el tirano

mandó que los ilustres prisioneros comparecieran en su presencia: intentó de nuevo inducirlos, con ofrecimientos los más lisonjeros y amenazas las más terribles, á renegar de Cristo; pero hallándolos constantes en su fé, los puso en libertad, y se encaminaron hácia la Berberia.

PEDRO, infante de Portugal, que á la sazón residia en Marruecos, les aconsejó que templaran el ardor de su celo, recordándoles los atropellos y persecuciones sufridas en Sevilla; sin embargo, cerrando los oídos á sus consejos, y reanudando su viaje, penetraron hasta Marruecos, en donde empezaron á predicar con libertad, desde el día siguiente á su arribo. El MIRAMOLIN, al ver los esfuerzos que hacian para dar á conocer la santa doctrina del Crucificado, los creyó dementes, y se limitó, en su calidad de soberano, á intimarles que evacuáran la ciudad. Libres en Ceuta de la vigilancia de la escolta, que los conducía, los pregoneros del Evangelio se restituyeron á Marruecos, comenzando á predicar por las calles y plazas públicas de la ciudad.

El MIRAMOLIN los encerró en un calabozo; y después de haberlos tenido algunos días incomunicados y privados de todo recurso, fueron conducidos por providencia suya al puerto, para que sin demora se dieran á la vela; pero apenas se vieron libres, volvieron á la ciudad y reanudaron los trabajos apostólicos. Prendidos por orden superior, fueron condenados á la pena de los azotes, cuyo castigo ejercieron los verdugos con tan excesiva crueldad, que descarnaron las espaldas de los mártires á los fieros golpes, que les descargaron: luego, derramaron aceite caliente sobre las heridas, y los arrastraron por toda la ciudad. Confortados con la gracia divina, los

invencibles atletas del Cristianismo solemnizaban sus suplicios con las tiernas alabanzas y cordiales gracias, que tributaban á Dios. Era tal el heroismo, que demostraban en el martirio, que uno de ellos, aproximándose á MAHOMA, le tiñó el rostro de inmundada saliva, cuyo ultraje, inferido al falso Profeta, fué torpemente correspondido con una fuerte bofetada, que descargaron sobre una de las venerables mejillas del mártir sus irritados adoradores; pero él, lejos de mostrar resentimiento, presentó la otra, para que recibiera igual honor, rogando á la vez por la conversion de sus verdugos. MIRAMOLIN, furioso por el desprecio que sus promesas y amenazas habian merecido á los incorruptos misioneros, asió la cimitarra, y de un golpe, les cortó las cabezas, que rodaron por el suelo, enrojeciéndolo con su sangre.

La peste y el hambre, habian hecho mortales estragos en Marruecos; y despues de haber sido cruelmente azotados, por espacio de cinco años consecutivos, por estos carnívoros enemigos de la misera humanidad, los inconsolables apestados invocaron, heridos por la espada aguda del arrepentimiento, invocaron, repetimos, la proteccion de los mártires, por cuya poderosa intercesion, cesaron las desoladoras plagas, que dejamos consignadas. El pueblo reconoció, aunque tarde, por verdadera la Religion Católica, y agradecido al milagro de salvacion, que experimentára, la planteó oficialmente en el imperio, imponiendo graves multas y atroces castigos á los que turbáran en lo sucesivo el ejercicio de sus funciones á los misioneros católicos.

Pero ¡ah! ¡Este ardoroso entusiasmo por el Catolicismo, fué harto efimero! Desapareció con las constelaciones, por cuyo temor habia sido producido;

pues, no bien cesára el conflicto pestífero, y se respirára en la ciudad la grata brisa de la salud pública, perfumada con el aroma embriagador de los goces y diversiones, se derritió en el volcánico fuego del islamismo, que brotó de nuevo de las mal cegadas fuentes de MAHOMA; sufriendo igual destino al de sus predecesores, los misioneros, que en el trascurso del tiempo, llevaron el Evangelio á Marruecos.

En efecto, siete sacerdotes, que más tarde fueron enviados al imperio, con el santo fin de anunciar el Evangelio á los mahometanos, sufrieron inauditos tormentos de muerte. A imitacion de JESUCRISTO, los pregoneros de la fé se aprestaron á la carrera dolorosa de la mision con el ayuno, la penitencia y la recepcion de los Santos Sacramentos. No bien anunciaron, que JESUCRISTO era el verdadero Dios y la única áncora de salvacion, fueron prendidos, apaleados y conducidos, por las masas furiosas del pueblo, á casa del jefe mahometano; quien, juzgándolos por su mísero aspecto, los tomó por dementes, y los sepultó en un calabozo, haciéndoles sufrir horrorosos tormentos: echando de ver, que aceptaban, ó acogian con júbilo todos los castigos, los halagaba con promesas, los acariciaba con regalos; pero con el nuevo tratamiento y disimulada clemencia, que había empleado, el tirano recibió un nuevo y cruel desengaño, porque los fieles misioneros despreciaron las ofertas y donativos, perseverando en el empeño de predicar el Evangelio, tan luego recuperáran la libertad, y de sellar sus santas verdades con la sangre viva de sus venas.

DANIEL, digno jefe de esta esclarecida mision, modelo de sacerdotes, dechado de celo y abnegacion, recibió un golpe tan tremebundo en la cabeza, que



le abrió las puertas del cielo. Al espirar con tanta gloria, los compañeros le rodeaban, felicitándole porque se les anticipaba en ceñir sus sienes con la aureola brillante del martirio. No tardaron los compañeros á compartir con su inclito caudillo los honores de morir por CRISTO; pues así que DANIEL dejó de existir, fueron procesados tumultuosamente, y sentenciados á pena capital. Los valientes reos caminaban al suplicio con las más vivas demostraciones de alegría, llevando las manos atadas á las espaldas, y saboreando las delicias de los insultos, que de palabra y obra les prodigaban sus implacables enemigos. En Octubre de 1222, cayeron, ébrios de gozo, en las nervudas manos de los verdugos, que, destrozando sus cuerpos desapiadamente, los incorporaron con su ilustre compañero de glorias y fatigas, en la imperecedera mansion de la Eternidad.

## CAPÍTULO IX

### **Costumbres de la Berberia.—Institucion de las Ordenes de la Santisima Trinidad y de la Merced.— Beneficios dispensados por los misioneros á la Berberia**

El Atlas, uno de los montes más renombrados del Africa, divide en dos grandes partes la Berberia, cuya circunferencia está ocupada por negras cordilleras de parduzcas montañas, eternos depósitos de nieves, guaridas de foragidos, habitacion de monos y fieras.

Los habitantes son desidiosos y holgazanes, por necesidad unos, y por carácter otros: todos aborrecen las virtudes, todos aman los vicios. La ambicion y la avaricia, empujan á los berberiscos al robo, en cuya detestable profesion nacen, crecen, se desarrollan y mueren, cometiendo diariamente actos vandálicos con los indefensos pasajeros, á quienes insultan, roban y matan en despoblado, en las vías públicas, en

sus madrigueras. La sensualidad, en cuyos brazos reposan la mayor parte del día, los arrastra á la bestial costumbre de poseer á la par muchas mujeres, de quienes abusan torpemente, abandonándolas á la miseria y á la prostitucion: mujeres ilícitas arrebatadas á los pasajeros en despoblado, ó á las familias en las ciudades. La ignorancia es el negro y tupido velo, que impide á los soeces habitantes de la Berbería, vislumbrar los rayos de la ley natural, cuyos deberes han olvidado por completo, practicando, en cambio, los actos más refinados de barbárie y despotismo en el círculo de las tinieblas, á que los ha reducido. La crueldad, á que los incita su natural osado é inquieto, proscribe de sus salvajes corazones todo sentimiento de compasion hácia sus semejantes, á quienes hacen prisioneros en campo de batalla, tratándolos con la más horrible crueldad. El jefe supremo de los pueblos, encerrados en el rádio de la Berbería, gobierna con el robo, la ejecucion, la tiranía y el despotismo, infames gradas por donde subió á la cumbre del poder, tomando el nombre de Bur.

El desarreglo de costumbres, que dejamos consignado, es fruto natural del brutal mahometismo, que domina las negras conciencias de los berberiscos. Repetidas veces nos hemos ocupado, en el curso de esta obra, del grosero y torpe islamismo, haciendo observar sus fatales consecuencias para los pueblos desgraciados, que alimentan en su seno este horrendo móstruo de inmoralidad; por consiguiente, excusamos reproducir aquí la pintura de sus inmensos males.

En tanto que los sacerdotes de Santo Domingo y de San Francisco, se entregaban sin descanso á la

luz del Evangelio, y á esparcir la simiente de la ciencia, se crearon dos nuevas Ordenes; expresion viva de la caridad, toda vez que su institucion era redimir los cautivos, que gemian, bajo el duro yugo de la esclavitud musulmana.

SAN JUAN DE MATA y SAN FÉLIX DE VALOIS, fueron los fundadores de la Orden de la Santísima Trinidad, cuyos individuos, salvando del cautiverio mahometano á los cristianos, salvaron su alma á la vez de los peligros de la apostasía.

SAN PEDRO NOLASCO, fundó la Orden de la Merced, despues de haber empleado treinta y seis años de su vida en restituir la libertad á los cautivos, y en aliviar á los pobres con los recursos de la caridad. Esta piadosa institucion, además de envolver los plausibles fines, que animaban á la Orden precedente, se consagraba al servicio de los enfermos, teniendo al efecto vários hospitales, doquiera radicaba el peligro.

SAN PEDRO NOLASCO, despues de haber redimido los cautivos de las costas de España, partió á la Argelia, donde prosiguió ejerciendo el mismo cargo de piedad, en medio de los insultos é injurias, que le prodigaban los mismos, por cuya libertad se sacrificaba.

El padre SERAPIO, individuo de la Orden citada, se sacrificó en aras de la libertad ajena; pues habiendo marchado á la Argelia, consiguió sustraer á muchos miserables á la dura esclavitud con los esfuerzos de la caridad y los recursos del dinero; y cuando se le agotó la fuente del metálico, se quedó él mismo en rehenes, por salvar á los demás. Habiéndose apoderado de su persona los infieles, le desnudaron, y le entregaron al furor del populacho,

que, despues de divertirse á su albedrío, le dió una muerte cruel y afrentosa.

Iguales beneficios prestaba SAN RAMON NONNATO en la Berbería, á favor de la humanidad esclavizada y postergada: pues, al influjo de considerables sumas, rescató á muchos cautivos cristianos, habiéndose él mismo arrojado á los brazos de los infieles, por salvar la doble vida del cuerpo y del alma á los débiles prisioneros, que corrian más peligro de apostatar. El jefe mahometano de Argel, mandó que fuese apaleado; pero los traficantes de carne humana, movidos del sórdido interés, influyeron para que la sentencia de los palos se conmutára con una multa pecuniaria. Sin embargo, esta providencia no le satisfizo; ansiaba la libertad de sus hermanos, y su corazon no se tranquilizó, hasta haber hecho extensiva á todos los cautivos la seguridad personal. «Aun cuando se diesen á los pobres, decia, tesoros inmensos, nada se hace, si no se salvan las almas.» El jefe mahometano, disgustado de su inquebrantable perseverancia en instruir, aliviar y redimir cautivos, le aprisionó en un lóbrego calabozo, de donde salió, á la vuelta de ocho meses, con los auxilios pecuniarios, enviados por SAN PEDRO NOLASCO.

Los hermanos RAIMUNDO DE SAN VÍCTOR y GUILLERMO DE SAN LEONARDO, fueron sorprendidos por una turba ambiciosa de mahometanos, que, despues de haberlos maltratado de palabra y obra, les arrebataron el dinero, que llevaban para la redencion de cautivos: en Andalucía, tuvieron otro encuentro funesto con los musulmanes que, furiosos por la befa que hacian del Koran, pusieron en conocimiento del gobernador la conducta de los susodichos hermanos. Estos, léjos de intimidarse ante las duras amenazas

que les dirigian, confesaron con inalterable calma la fé de CRISTO en su presencia: fueron encerrados, y sufrieron en la misma prision el martirio, entregando sus cabezas al verdugo, que, de un solo golpe de espada, las hizo rodar por el duro pavimento del lóbrego calabozo.

Tan trágico destino experimentó el presbítero PEDRO DE SAN DAME, franciscano, por el delito de ocuparse noche y dia en el rescate de los cautivos, en instruir á los infieles, y en ejercer la caridad.

La Orden de la Merced proseguia en el desempeño de su mision por el ministerio de los individuos, que enviaba á los infieles; siendo admirables de dia en dia las conquistas, que hacia de esclavos.

SAN PEDRO ARMENGOL, de sangre real, habia consumido la juventud en una vida disipada; pero compensó los extravios de la fogosa adolescencia con las admirables obras de caridad corporal, que practicó con los cautivos de Africa, siendo religioso de la órden citada. En Argel, redimió á 119 cautivos, sin contar los sacerdotes, que se habian dado en rehenes: asimismo logró rescatar á 18 niños, que iban á ser sacrificados por sus inhumanos dueños, dando por su libertad mil ducados. Cuando los tuvo bajo su dominio, los envió á Cataluña; pero vencida la tregua del dinero, como no pudiese satisfacer la suma estipulada, le estrangularon, habiéndose remitido los mil ducados á los musulmanes, á los tres dias de tan bárbara ejecucion.

RAIMUNDO LULIO, sacerdote muy instruido en las lenguas y costumbres orientales, penetró en la Berbería; y como al conocimiento de los idiomas expresados, unía las nociones más completas de filosofía

y ciencias superiores, sostuvo una polémica con los filósofos y partidarios de ABÉRROBS, que conceptuaban la fé opuesta á la razon, logrando atraerse al Catolicismo á un número considerable de ellos. En Argel atrajo al Cristianismo, con las cadenas de su elocuencia, á los personajes más notables en ciencia y dignidad: encerrado en una cárcel, instruía, en las saludables máximas del Cristianismo, á los prisioneros, incluso el alcaide; por lo que fué condenado á infinitos tormentos: le cortaron los alimentos, le dieron de palos, y estenuado por las heridas y el hambre, le pasearon ignominiosamente por la ciudad. Habiendo vuelto á Tunez, entablaba controversias literarias con los doctores y filósofos musulmanes, á quienes arrolló con las invencibles armas de su inimitable sabiduría, incontrastable lógica y fascinadora elocuencia; sepultándolo en un calabozo, de cuyo encierro se evadió, merced á la inusitada elegancia, con que se expresaba en árabe; pero, predicando con mayor entusiasmo por la ciudad, el pueblo descargó sobre su cabeza una lluvia de piedras, que le hundió en el sepulcro. No lanzó el último aliento de su vida, sin haber exhortado á los discípulos, á que imitaran su ejemplo, perseverando en confesar á JESUCRISTO hasta la muerte.

Compuso LULIO un catálogo de obras eruditas, que revelan la agudeza de su ingenio, y la vasta ciencia que le adornaba. Son frutos de su esclarecido talento, sesenta tratados sobre el arte demostrativo de la verdad, siete sobre gramática y retórica, veintidos de lógica, ocho sobre la voluntad y la memoria, doce sobre moral y política, ocho sobre derecho, treinta y dos sobre filosofía y física, diez y nueve de matemáticas, veinte de medicina y anatomía, cuaren-

ta y nueve de química y doscientos doce de teología.

JUAN DE PRADOS, y otros misioneros de las Ordenes de la Santísima Trinidad y de la Merced, expusieron sus vidas repetidas veces en la incultas poblaciones de la Berbería, declamando contra la tiranía y despotismo de sus gobiernos, leyes y costumbres. Después de haber hecho numerosas conversiones á expensas de su invicta paciencia y fecunda caridad, recorrían las cárceles públicas, enseñando á los presos la fé, aconsejándoles la perseverancia, y comprando la libertad de todos aquellos, cuyas creencias se mostraban tan pálidas, que amenazaban extinguirse.

El padre JUAN CABERO, demostró el celo, que le animaba por la conversion de las almas, entregándose en rehenes por algunos cautivos cristianos, que impacientes por la libertad después de haber visto que sus compañeros de cautiverio se restituían á sus casas, hacían tentativas de renegar de JESUCRISTO. Aquel caritativo sacerdote sufrió inauditos tormentos, por haber osado impugnar el bastardo culto de MAHOMA, por haber defendido con tanto heroísmo el Catolicismo, por haber aliviado la suerte aciaga de los cautivos; y finalmente, por haber ejercido todas las obras de misericordia en favor de los pobres.

También brilló en este ocasion el célebre padre MIGUEL AUBRY, por el colosal interés que desenvolvió, en arrancar del execrable campo de la esclavitud, á muchas plantas delicadas del jardín cristiano, cuyo medro, vegetacion y sávia religiosa, se disipan lentamente por la reinante atmósfera de los castigos y tormentosos tratamientos, entre quienes se contaban algunos compañeros de ministerio, que habían sacri-



ficado su libertad en aras del bien ajeno. Este misionero escribió más tarde la historia de sus expediciones con el título de *Espejo de la caridad*.

Por los años 1681, los padres BERNARDO, IGNACIO y José, se desparramaron por los países de la Berbería, iluminándolos con la antorcha de la ciencia, morigerándolos con los preceptos del Evangelio, y adormeciendo sus dolores con el bálsamo de la caridad. Innumerables fueron los cautivos que rescataron con su paciencia, sus ruegos, sus consejos, sus limosnas y su predicación: muchos enfermos, agradecidos á la celosa asistencia que recibieron de los compasivos misioneros durante el período excepcional de sus dolencias, abrazaban la fé católica.

Enternecian á las mismas piedras las estupendas obras de misericordia, que practicaban los trinitarios de todas las naciones en favor de los cautivos: distinguiéndose, en estas piadosas empresas, España, Portugal, Francia y Alemania; las cuales obraron tantas redenciones, que en el año 1720, se contaban más de mil cautivos redimidos: los unos en Constantinopla y en el resto del imperio otomano; y los demás en los reinos de Argel, Túnez, Trípoli y Marruecos; esto es, en todos los Estados de la Berbería.

La duquesa de Aiquillon, fundó á sus expensas, y á instigacion de los misioneros, un hospital en Argel, que cobijaba, bajo su benéfico techo, á todos los esclavos, abandonados por los desapiadados dueños en el estado anormal é inútil de sus enfermedades: también se encargó de recibir en su casa, y á su costa, toda la correspondencia epistolar de los cautivos, desde donde la dirigía á sus respectivas fami-

lias. La caridad de esta ilustre señora, contribuyó á que se acrecentára el número de los rescates y de los creyentes. Por datos fidedignos, extractados de la crónica de la Merced, consta que esta Orden, desde el año 1218 hasta el 1632, rescató de la esclavitud á costa de considerables sumas á 5.458 cristianos: sólo los mercedarios de España rescataron en Argel 250 cristianos.

## CAPITULO X

**Nociones generales del estado de Egipto ántes de las Misiones.—Predicacion evangélica en Egipto.—Descripcion física y moral de la Guinea.—Frutos de las Misiones en este pais del Africa.**

El Egipto está cortado por varias cordilleras de montañas. Divídese en alto y bajo. La parte baja está representada por extensas llanuras, fecundizadas con las aguas del Nilo que, en las estaciones otoñales se desbordan, depositando en las campiñas una humedad y abono suficientes, para producir las cosechas, que constituyen el pan y la fortuna del labrador egipcio. El alto Egipto, inaccesible á las fluviales inundaciones del Nilo, es infecundo é improductivo, no tanto por los inmensos desiertos de arena que le constituyen, quanto por la sequia perpétua que experimenta; pues en el Egipto, son tan raras las lluvias, que áun la parte baja ofrece sus ricas producciones, sus jardines y amenidad, gracias al cieno y abundante riego que proporcionan todos los años las

inundaciones del Nilo; notándose en el resto del año, igual escasez de agua en todo el país.

Pueblan el Egipto varias razas: unas, las más civilizadas, viven en sociedad, agenciándose en el comercio, industria y agricultura: otras son hordas errantes, que viven en despoblado, ejerciendo la pastoría, el robo y la guerra; costumbres salvajes, hijas de las impías sectas, que profesan.

La patria adoptiva de José, fué en la antigüedad la cuna de las ciencias, artes, civilizacion y cultura; pero tambien fué la madre de la idolatria, pues llegó á tributar incienso á los productos de la tierra y á los seres más repugnantes de la naturaleza; exceso de supersticion al que nunca descendieron los pueblos de la antigüedad; exceso lamentable que arrancó la siguiente exclamacion al poeta: «¡Oh, santas gentes, á quienes los dioses nacen en los huertos!

Cuando los misioneros católicos sembraron la semilla del Evangelio en la tierra de los Faraones, se disputaban el mando religioso el mahometismo, la heregía y el cisma. En estos tres bandos religiosos, se hallaban divididos los egipcios: bandos fanáticos que opusieron un triple muro de bronce al Catolicismo, cuando se lanzó al campo, para arrebatárles el cetro: sin embargo, sucumbieron á las valerosas armas de la Cruz, no sin haber perecido tambien al hierro enemigo muchos individuos de las huestes cristianas.

Habiendo terminado el bosquejo de las Misiones, que civilizaron los Estados de la Berberia, procederemos á reseñar la historia de beneficios, que el Clero misionista dispensó á las incultas comarcas del Egipto.

SAN MÁRCOS, Evangelista, fué enviado por los

Apóstoles á este imperio, el más importante del Africa; habiéndole cabido la dicha de abrir los cimientos cristianos en este suelo, foco de idolatría y superstición. Se estableció en Alejandría, que en aquella época era la primera ciudad del universo: fundó allí una iglesia, que gobernó con el carácter de patriarca, cuyos sucesores continuaron honrándose con el mismo título hasta nuestros días: también fué institución suya aquella famosa iglesia, ó mejor dicho, escuela que, tomando el nombre de la capital del reino, se denominó Alejandrina; escuela cristiana, dirigida por los primeros talentos del siglo y de la Iglesia: tales; como PANTENO, CLEMENTE, ORÍGENES y muchos otros; inagotables fuentes de sabiduría, á donde fueron á beber su remarcable ilustración los más célebres literatos de la época; pero inquebrantables rocas, contra las que se estrellaron las iracundas olas del embravecido mar pagano.

Los sacerdotes SANTIAGO DE PADUA y PEDRO DE SIENNE, predicando el Evangelio en Alejandría, capital de Egipto, se permitieron la libertad de ridiculizar á MAHOMA, y escarnecer el supersticioso culto, que le tributaban sus ciegos adoradores. Entre los circunstantes, hubo uno muy insolente, que tomando la defensa de su mofado Profeta, osó ultrajar de palabra á los misioneros, cuyo escandaloso ejemplo imitaron los demás, dando á este incidente mayores proporciones; sí, porque abalanzándose á ellos les arrancaron las capuchas, los amarraron á unos postes con fuertes ligaduras, y los expusieron de nudos á los ardores de un sol canicular. El gobernador medió en aquella escena escandalosa de infames atropellos, para agravar la triste situación de los pacíficos extranjeros, puesto que, acto continuo tuvo

noticia de la desagradable ocurrencia, ordenó fuesen arrojados á la hoguera, de la que salieron providencialmente ilesos, burlando, con la proteccion del cielo, tan bárbara providencia. Sin embargo, insistiendo los feroces enemigos de la Cruz en perseguir de muerte á los varones apostólicos, inventaron todos los tormentos que el furor y la venganza pueden inspirar, para quitarlos de enmedio; á uno le estrangulaban, haciendo su cuerpo en sangrientos pedazos, y los otros fueron suspendidos á un árbol, y despues de magullar sus cuerpos á palazos, fueron ahorcados.

El padre SICARD, despues de haber hecho innumerables conversiones entre los cismáticos, coronó felizmente la empresa de su mision, estudiando las lenguas de los indígenas, y con especialidad el árabe, que llegó á poseer con tanta perfeccion, que compuso, en este idioma, algunas obras, para refutar los errores de los griegos, valiéndose de ellas á la vez, para inculcar los principios del Catolicismo. Se encaminó luego hácia Alejandria, y consiguió ganarse á los coptos, estudiando su carácter, sus costumbres, su religion, cuyos absurdos les desmostró, haciéndolos servir de estribo al encumbramiento del Cristianismo, que, merced á los infatigables trabajos de su apostolado, se arraigó en esta tierra, apestada de supersticion. Sus expediciones evangelicas alcanzaban los pueblos más ignorados y los barrios más excusados de Egipto: descendia á las márgenes del Nilo: cruzaba los desiertos de la Tebáida: escalaba las inconmensurables montañas, dejando sentir en todas partes los admirables resultados de la caridad cristiana.

Sin duda alguna la Guinea es el país más infor-

tunado del Africa: su clima es insalubre, á causa del excesivo calor y de la extremada penuria, que se experimenta: su terreno quebrado, áspero, montuoso, plagado de indómitas y carnívoras fieras, que lo cruzan en todas direcciones: divagan por los bosques, bordean los rios, trepan las montañas, pueblan los desiertos, llenan los profundos barrancos. Las serpientes de cascabel, los lobos, tigres, panteras y hienas, hacen estremecer la tierra con sus pavorosos silbidos; resonar los aires del desierto con sus estridentes aullidos; retumbar las concavidades de los peñascos con sus imponentes mugidos, y en fin, retroceder á los viajeros con sus bramidos amenazadores. Los habitantes, en su mayor número, son tribus errantes que pueblan los bosques, alimentándose del robo y de la carne cruda, que cazan en sus correrías, imitando á las fieras, con quienes se confunden en el desierto, su pátria comun.

Los que viven en sociedad, se encuentran á igual altura de civilizacion y cultura, que los vagabundos pueblos del desierto: adormecidos en brazos de la pereza, se entregan á los placeres de la carne, al robo, al asesinato, al juego y á todos los vicios hijos de la indolencia y de la apatía, que los aprisionan. En tanto que estos fieles escl vos de la desidia, se solazan con las bocanadas de humo que despiden sus pipas, se embriagan con el aguardiente que compran á los europeos, y se revuelcan en el inmundo lodazal de una vida muelle y sensual, las miserables mujeres se ocupan, en mengua del sexo, en trabajar las tierras y en las aenas más penosas de la agricultura, para proporcionar los alimentos á la prole, habida en su vida cony gal.

Unos y otros se alimentan de carne cruda, van

cuasi desnudos, cifran toda su felicidad en la presente vida, difiriendo sólo de las fieras en la racionalidad, que pone el colmo á su degradación, porque abusando de su luz natural, se entregan á excesos tan lamentables, que hasta el instinto animal detesta: excesos, como traficar con sus hijos en los mercados, vendiéndolos al mejor postor, ó trocándolos con artículos de bebidas y alimentación. Cuando se divorcian de las mujeres y de la familia, se asocian en grupos; y asaltando las casas vecinales, se apoderan á viva fuerza de la prole, y la conducen á los mercados y ferias de carne humana.

El partido religioso, que más cunde en la Guinea, es la idolatría; teniendo el mahometismo, que le disputa el mando de las conciencias, escasos prosélitos. Los huecos de los árboles, las grietas de los peñascos, las lóbregas cuevas, sirven de templos y altares á los impuros dioses de la Guinea, ante quienes se prosternan respetuosamente los supersticiosos negros, ofreciéndoles nefandos sacrificios.

Las dos Ordenes de Jesuitas y Lazaristas, fueron las destinadas por la Providencia, para ilustrar, en las santas verdades del Evangelio, á los moradores de la Guinea, fieles y obcecados servidores del Demonio. Los Jesuitas, que iniciaron la magna empresa de civilizar este país idólatra del Africa, fueron distraídos de este propósito por las noticias, que recibieron en el camino, de las pestes y necesidades, que afligian á los países del Africa. á los cuales, torciendo el rumbo de su apostólica peregrinacion, volaron á prestar los auxilios de la Religion y de la ciencia á los cismáticos, herejes y mahometanos, residentes en los mencionados puntos, y atacados de la doble enfermedad moral y física; privando por entónces de



su consoladora presencia, de sus importantes servicios y de la radiante luz del Evangelio, á la Guinea.

Posteriormente, partió otra pléyade de misioneros lazaristas á este imperio infiel del Africa, y tampoco le fué dable coronar su empresa; pues fué entorpecido el curso de su salutífera mision por una tempestad desencadenada en alta mar, que habiendo á rudos golpes destrozado el buque, que conducía los siervos de Dios, bajaron á la tumba de las revueltas aguas, empujados bruscamente por las encrespadas olas.

Sin embargo, este infortunado país estaba llamado, por los irrevocables decretos de la Divina Providencia, á respirar un dia el perfumado ambiente del Cristianismo. En efecto, á pesar de los contratiempos que desvirtuaron la propaganda católica de los misioneros, que dejamos consignados, á solicitud y bajo la garantía de FELIPE II, rey de España, partió á la Guinea una compañía brillante de sacerdotes lazaristas, á cuyo frente iba el padre BARREIRA, inaugurando las gloriosas conquistas de su inolvidable mision con los niños, expuestos al comercio de carne humana en los mercados públicos por sus inhumanos dueños, á cuyo despótico dominio los sustrajeron, merced á un puñado de oro que les ofrecieron, procediendo incontinenti á derramar sobre sus tiernas cabezas las regeneradoras aguas del santo Bautismo.

Alentados con estos triunfos, que presagiaban el feliz resultado de su colosal empresa, se internaron en el reino, haciendo sus valerosas armas de caridad, ciencia y predicacion, otra famosa conquista en la augusta persona de S. M. el Rey; el cual se

persuadió de tal modo de la verdad del Evangelio, que no acertaba á mostrar en público su gratitud á los misioneros, agentes de su ruidosa conversion. Al anunciarse la aproximacion del régio bautizo, hizo construir un nuevo templo á sus expensas, que decoró con ricas colgaduras de brillantes y finísimas telas, y dotó suficientemente: templo que, á la vez de servir de teatro á un acto tan majestuoso como éste, eternizó su glorioso tránsito al Catolicismo. La piadosa munificencia del rey no se agotó en este paso espontáneo de cristiana liberalidad: abrió otros m numentos religiosos al culto católico, tan luego como declaró al Evangelio Religion del Estado. Nada se traslució en la conducta cristiana, observada posteriormente, que contradijera el vivo entusiasmo, con que salvára los gloriosos umbrales de la Iglesia de JESUCRISTO: todos sus actos de hombre privado y de soberano, fueron conformes al espíritu religioso, de que se animára. Abolió la poligamia, encerráranlose en el legítimo círculo del matrimonio canónico, á cuyo efecto, eligió una princesa cristiana.

Excusado es advertir, que todo el pueblo siguió el egregio ejemplo de su magnánimo soberano, abrazando el Catolicismo, y abjurando todas las prácticas y costumbres supersticiosas é inmorales, que no se avenian con sus sanos y admirables principios. A pesar del alto prestigio, á que se elevó el Cristianismo en la Guinea con la conversion del rey y del pueblo, aquél, para que se arraigara hondamente, envió á pedir refuerzos de operarios evangélicos al rey de España mencionado, el cual accedió gozoso á las justas y reales exigencias, remitiéndole otro grupo de sacerdotes lazaristas, capitaneados por

el padre MANUEL ALVAREZ, digno jefe de una misión, que se hizo acreedora á la pública gratitud, secundando y coronando la obra de propaganda, iniciada por los misioneros, que hemos dado á conocer.

## CAPÍTULO XI

**Costumbres del Congo.—Su civilización.—Degradación de los abisinios.—Célebres misiones que civilizaron la Abisinia.—Estado de las islas Canarias antes de ser regeneradas por el Cristianismo.**

Horroriza la degradación y embrutecimiento, en que habían hundido á los habitantes del Congo ó Nueva Guinea, otro de los Estados del Africa, las sectas religiosas, en que estaban envueltos. Estos ciegos partidarios del Demonio, sacrificaban víctimas humanas á los dioses. Los códigos Civil y Religioso, por los que se regían estos pueblos salvajes, no determinaban el número y las cualidades de las víctimas, que habian de inmolarsc: dependian estas circunstancias religiosas de la reputación, en que era tenido el ídolo, á quien festejaban; circunstancias cuya demarcación era de la competencia sacerdotal; pero fuese mayor ó menor el número de los sacrificios humanos, tenían la horrible costumbre de teñir

el rostro de la supuesta deidad con la humeante sangre de las víctimas, que se degollaban ante los impuros altares de los templos.

DIEGO CAM, acometió la empresa religiosa y civilizadora en el Congo, y sembró con su propia mano, la fecunda semilla del Catolicismo, que rindió bien pronto una cosecha abundante de conversiones; entre las que figuró la del mismo rey. Era grato ver á todo un pueblo rendirse á las plantas de un oscuro solitario: ver á un pueblo, que no hubiera cedido á las duras amenazas de una devastadora soldadesca, doblar su orgullo-a frente á las intimaciones de un débil extranjero, que se presenta sin prestigio y sin nombre, en el desconocido dintel de sus casas.

El ilustre soberano, interesándose ardorosamente á favor de la nueva religion, escribió al rey de Portugal, suplicándole se dignára remitirle ulteriores refuerzos de operarios evangélicos, para coadyuvar á recolectar la mies cristiana, que habia producido su reino, fecundizado con los sudores de los primeros misionistas. El refuerzo apostólico, enviado por el monarca portugués, dió la última mano al cultivo de la viña del Señor, implantada en la Nueva Guinea, cuyos sabrosísimos frutos disfrutaron inmediatamente la Religion y sus ministros: aquella, resplandeciendo en los templos, que se abrieron al culto del verdadero Dios; y éstos, encumbrándose en la esfera del Poder y en los más brillantes puestos del reino.

Las ciencias y las artes participaron tambien de las importantes ventajas del Catolicismo en la region del Congo, en atención á que los misioneros hicieron marchar acordes la Religion y la ilustracion, levantando seminarios, colegios, academias, á la par que edificaban iglesias y ermitas; y catequizando á aque-

llas rudas gentes, á la par que las civilizaban. A los golpes de la predicacion evangélica y de la instruccion, que descargaron los incansables pregoneros de JESUCRISTO en la inculta tierra del Congo, sus soeces moradores conjuraron la horrorosa tempestad de vicios, que se cernían sobre sus cabezas: proscribieron las formas groseras y maneras bestiales, que los distinguian; y, sobre todo, abolieron aquella bárbara costumbre de sacrificar víctimas humanas, y de alimentarse de su carne y sangre: horrible costumbre que los habia convertido en antropófagos, más carnívoros que las mismas fieras, á quienes excedian ya en ferocidad y saña: pues no bien la sagrada cuchilla del homicida sacrificador derribaba á los piés del ídolo la víctima humana, se arrojaban todos los circunstantes sobre ella, y la devoraban con avidez, lizando la sangre, que corría por tierra.

La Abisinia, otro de los Estados del Africa, reconoció por religion originaria al Judaismo, de cuyo grosero culto vinieron á salvarla providencialmente los Santos FRUMENCIO y EDESO. En efecto, estos Santos eran sobrinos de un distinguido filósofo de Tiro, llamado PEROPE; los cuales, acompañando á su tio en una expedicion, que hacía al Oriente, fueron sorprendidos por una turba de bandidos, naturales de la Abisinia, al abordar al puerto. Los salteadores no se dieron por satisfechos, con apoderarse del buque y del equipo de los tripulantes, sino que los asesinaron á todos, exceptuando, de la espantosa matanza, á FRUMENCIO y EDESO, cuyas gracias corporales hicieron caer el puñal de las ensangrentadas manos de los asesinos.

Conducidos siempre por la previsorá mano de la Providencia, nuestros santos se ordenaron, y fueron

á clavar el glorioso pendon del Evangelio en la Abisinia. Habiéndose alarmado los habitantes, al oír la predicacion de una Religion nueva, denunciaron al rey la conducta de los misioneros; quien, habiéndolos hecho comparecer á su presencia, quedó agradablemente sorprendido de sus dotes físicas, morales é intelectuales, autorizándolos para que predicáran libremente la Religion Evangélica. Garantidos con la real vénia, crearon asociaciones de caridad, para asistir á los enfermos, á cuyas necesidades más perentorias proveían con las limosnas, que recogian del pueblo. Los momentos libres, que les permitian á estos bienhechores incansables de la humanidad las sagradas é imprescindibles ocupaciones de su ministerio apostólico, los consagraban á la instruccion de los niños, á quienes imbuyeron los rudimentos de las letras y de la fé en las escuelas, que habian abierto con tan laudables fines.

La experiencia vino, finalmente, á destronar de los abisinios la siniestra prevencion, que abrigaban contra los apóstoles de la verdad; y en su consecuencia, rectificaron su errónea apreciacion, empujándolos hácia los primeros puestos del gobierno. El rey, acogiendo con efusion aquellas muestras de respeto y diferencia, que la voz unánime del pueblo tributaba á los misioneros, corroborando el favorable concepto que le habia merecido su presencia, aprovechó sus consejos y conocimientos, afianzando con ellos la nave de su gobierno. A la muerte del rey, se creó una regencia en la augusta persona de su esposa, durante la minoría de su hijo. FRUMENCIO y EDESO, hicieron sobrevivir sus influencias en el poder á la muerte del rey; y por consiguiente, se elevaron á la privanza de la ilustre regenta por las

mismas gradas, que los habian conducido á disfrutar la confianza de su finado esposo. Sin embargo, para consolidar la Religion, se constituyó Edeso, obispo de la Abisinia, marchando miéntras su compañero á preparar nuevos campos al Catolicismo y sin abandonar el agitado timon del gobierno, atendia á los deberes de su espinoso ministerio.

Interrumpido el curso de sus tareas apostólicas con la muerte de su primer obispo, la Abisinia abrió sus puertas á las sectas religiosas, que adulteraron la pura fé de los antepasados, convirtiendo el límpido arroyuelo de Catolicismo, que serpenteaba por su suelo, en un cenagoso torrente de Jacobismo, cuya religion sancionaba los siguientes dogmas: 1.º la observancia de cuatro cuaresmas: 2.º la circuncision: 3.º el bautismo de ámbos sexos por inmersion; con la diferencia que los varones eran bautizados á los ocho dias de nacer, y las hembras á los cuarenta: 4.º la confesion en esta forma: el penitente se prosternaba á los piés del confesor; se acusaba en general de todos los extravios, diciendo; «soy un grande pecador, merezco el infierno;» el confesor recitaba algunas preces sobre el Evangelio, y le despedia, encargándose él de ejercer la penitencia de los ricos, en cambio del oro que le ofrecen: 5.º la comunion bajo las dos especies de pan y vino; pero tomando en tanta cantidad ámbas sustancias, que el acto religioso parecia más bien una espléndida comida, que la Augusta Eucaristia.

Cuando muere alguno, se reunen los parientes del finado, lavan el cadáver, emplean ocho dias consecutivos en amargo llanto, conducen al fin el cadáver á la mansion de los muertos, y le prenden fuego, cuyas cenizas depositan en urnas, bien custodiadas



en nichos. Terminados los oficios de sepultura, regresan á la casa mortuoria, se vuelve á convocar á los parientes y amigos del difunto, y celebran un opíparo convite, del que participan todos los circunstantes, solemnizando la fúnebre comida con los estrepitosos lloros, á que se entregan, durante este acto cibarítico de suyo jovial y alegre. Esta ceremonia, compuesta de lágrimas y pan, se reproduce de ocho á ocho dias, en el trascurso de un año, que se prolonga el duelo.

Los salvajes abisinios tambien alimentan la horrible costumbre de comer carne cruda. Ofrecido en holocausto el animal, los hambrientos fieles se agrupan en su derredor, y van cortando por turno pedazos de carne, hasta convertir en esqueleto la víctima, dejando ésta de existir, despues de un lento y horroso martirio. Estos actos, prescritos por el bárbaro jacobinismo, tienen un carácter puramente festivo y bullicioso, porque, además del sangriento convite que proporcionan, abren las puertas á todo linaje de liviandades, coronándose comunmente con pendenias y choques de mucha trascendencia.

Sucede en religion lo mismo que en la ciencia; así como es perjudicial al hombre una instruccion á medias, porque le comunica cierto aire de pedanteria que le infatúa, y le hace odioso á la sociedad en que vive, del mismo modo, es temible una religion dudosa, porque conduce á sus secuaces á practicar ciertos actos de barbarie, como los consignados en el credo jacobista.

No consta á punto fijo la época, en que volvió á brillar, sobre el horizonte religioso de la Abisinia, el sol deslumbrador del Catolicismo; pero es muy verosímil, que la perniciosa secta de los jacobitas domi-

nára en este país del Africa, hasta el siglo XIV, en que penetró un grupo de ocho misioneros franciscanos, á disputar la direccion de las conciencias á la secta mencionada que, oculta bajo la apariencia de Cristianismo, adulteró la sana doctrina del Evangelio, establecida por los sacerdotes griegos, EDESÓ y ERUMENCIO. Los invencibles campeones de la Orden referida, inauguraron su gloriosa tarea de suavizar las costumbres de la Abisinia con el ámbar precioso del Evangelio, desafiando los peligros, que su doble mision de paz y caridad, halló en los metálicos corazones de los pertinaces sectarios, que, atentos sólo á enriquecerse con su profesion religiosa, pusieron en juego todas las tramas funestas, urdidas por el génio del mal, para hacer naufragar, en el precioso mar de las intrigas, á los salvadores de la humanidad: los que, no pudiendo transigir con los importantes lucros de su vida sacerdotal, tan perjudicial á las almas de JESUCRISTO, incurrieron en su iracundo enojo. Coronaron, pues, como era de esperar, los franciscanos, presuntivos sucesores de SAN EDESÓ, su noble empresa con los tormentos y la muerte. Con todo, la sangre derramada de los mártires, fué en la Abisinia, como en todas partes, la semilla prodigiosa, que produjo en lo sucesivo cosechas abundantes de misioneros, que conservaron siempre encendida la misteriosa lámpara del Catolicismo con el nutritivo y suave aceite de sus copiosos sudores.

Durante la primera mitad del siglo XVII, vió la Abisinia al Catolicismo en su más alto grado de pujanza, gracias á su ilustre rey MELEC-SEQUED, que, á consecuencia sin duda de alguna inspiracion secreta de la Divina Providencia, envió á pedir á URBANO VIII, que á la sazón dirigía la combatida n<sup>ca</sup>

de la Iglesia, misioneros, para que, con la eficacia de la predicacion, el poderío de la virtud y el auxiliar de la ciencia, allanaran los mentes de las orgullosas sectas, y abrieran paso hácia la radiante luz de la Religion católica. El Soberano Pontífice, envió al rey en distintas épocas, y con tiernas felicitaciones de padre, una mision de jesuitas, presidida por ALFONSO MENDEZ, el que se constituyó patriarca de la Abisinia, con arreglo á su nombramiento, propuesto por el rey peticionario, y sancionado por el papa.

Es preciso advertir, que los padres JUAN ROSA y JACOBO SICO, que formaban parte de la comitiva apostólica en calidad de vicarios generales, ó coadjutores del nuevo patriarca, no arribaron al país extranjero, puesto que el *primero*, naufragó en un contratiempo, que se alzó en el mar, y el *segundo*, fué víctima tambien de otro calamitoso incidente de los muchos, que erizaron tan larga y penosa travesía.

El acogimiento que los jesuitas merecieron á los abisinios, se puede fácilmente conjeturar por las disposiciones favorables, que animaban al Soberano; quien, no bien tuvo noticia de la llegada de los extranjeros religiosos, ordenó que fueran convocados todos los grandes y altos dignatarios del reino, para que recibieran, con la ovacion y pompa que correspondia, á unos emisarios del Jefe universal de la Iglesia. En la festividad inmediata al arribo de los misioneros, se convocó la asamblea de los notables del reino, en la que, despues de haber precedido elocuentes discursos de gracias al Todopoderoso y alabanzas al sucesor de San Pedro, pronunciados por los más esclarecidos talentos, el Soberano proclamó por religion del reino el Catolicismo, cuyo culto y ministros juraron soste-

ner á expensas del Tesoro público, y defender con espada en mano, de cualquier agresion, violencia ó insulto, que desdijera de su elevada dignidad, reconociendo sus personas inviolables, por ser unos emisarios del rey de cielos y tierra.

Revestidos de tantos privilegios, rodeados de tanta autoridad, como acumulaban sobre sus sagradas personas las leyes y la suprema autoridad del reino, los misioneros hicieron colosales progresos en su carrera apostólica; habiendo abrigado la dicha de sembrar en todos los pueblos la simiente evangélica, la que crecía en todas partes, merced á sus fatigas y cuidados, y á la fiel cooperacion de los sacerdotes indígenas, que produjo el seminario, erigido en la ciudad de Fremona. La abundante cosecha, que por doquier prometian los trabajos de aquellos religiosos operarios, hizo concebir fundadas sospechas al piadoso rey y celoso patriarca de la Abisinia, de que el Clero indígena y misionista, era insuficiente para la recoleccion de las mies, y en su consecuencia, se apresuraron á participar al Santo Padre, el estado de pujanza, á que se habia elevado el Catolicismo en la Abisinia, á fin de que reforzára la clase sacerdotal con el envío de nuevos misioneros.

URBANO VIII, no se hizo repetir tan justa como laudable súplica, y escogió, en el plantel de los sacerdotes capuchinos, una mision brillante por sus luces y virtudes, y la envió sin dilacion á la Abisinia. Los misioneros tropezaron con graves obstáculos y siniestros reveses en el curso de su viaje, siendo detenidos en cuasi todas las poblaciones de importancia que cruzaban, vejados y perseguidos brutalmente por los jurados enemigos de CRISTO. En Zeila sufrió la mision un minucioso escrutinio, á con-

secuencia de los falsos rumores que empezaron á circular á su arribo, de que todos sus individuos eran opulentos; pero habiendo la experiencia desmentido la opinion pública, el rey los hundió en un trético calabozo.

Noticioso el soberano de la Abisinia de la arbitrariedad y prolongada detencion de los misioneros, y de los infortunios que los aquejaban, ofició seguidamente al rey de Zeila, suplicándole tratára con más humanidad y ménos rigor á los ilustres emisarios del Vicario de JESUCRISTO, dándoles, á la mayor brevedad posible, la libertad, para que, reanudando su viaje, pudieran llegar pronto á su reino, en donde su presencia era tan necesaria á las almas, que un momento, el más ligero de ausencia, podia causar perjuicios y daños irreparables á la santa causa de la Religion católica, por la que él y su pueblo se habian declarado abiertamente en pública asamblea nacional. Esta régia demanda de personas religiosas, injustamente detenidas en un afrentoso aprisionamiento, que, acompañada de la cortesía y humildad de todo un monarca de la tierra, hubiera sido bastante para poner en libertad á los más grandes criminales; no depuso, sin embargo, la ferocidad y orgullo que se anidaban en el infame corazon del miserable y avaro reyezuelo, que faltando abierta y torpemente á todas las consideraciones de la diplomacia internacional, prosiguió manteniendo en el duro encierro á los ilustres extranjeros, hasta que, desesperado de poder aumentar el Erario y su fortuna, los escarceló, remitiéndolos á su rey; pero reservándose en rehenes á los padres FRANCISCO CHACADO, y BERNARDO PERREIRA, jefes de la expedicion, á quienes asesiné bárbaramente, por no haber recibido

la suma de su rescate tan pronto, como la reclamaba su insaciable codicia de oro.

¡Pero ah! los atropellos de ZBILA fueron el preludio de la lluvia de calamidades, que descargó en breve sobre los misioneros de la Abisinia. Los sacerdotes cismáticos habian presenciado con disimulado enojo, la exaltacion del Catolicismo y de sus sagrados ministros, y acechaban una ocasion de desgarrar toda la ceguedad de su cólera sobre aquellos. Mas esta reservada actitud, en que se habian encerrado los ministros de SATAN, fué rota por BASÍLIDAS, hijo bastardo del rey protector de la Iglesia Romana, que identificado, por sus ideas religiosas, con los falsos sacerdotes, combinó todos los elementos parciales de su causa, y levantó una conjuracion, con el capcioso pre-texto de revindicar la fé de sus gloriosos antepasados. Malamente reprimido el escandaloso y alevoso alzamiento de BASÍLIDAS, resucitaba, cuantas veces moria, degenerando en una guerra civil de funestas consecuencias para la Religion Católica y sus ministros; porque, habiendo sucumbido su real protector á los rigores de una penosa y lenta enfermedad; fueron éstos el blanco de la saña de los conjurados, que concluyeron enseñoreándose del reino con el entronizamiento del bastardo príncipe, cuyos primeros actos de su gobierno tiránico y cruel, fueron la abolicion de la nueva religion y la expatriacion de todos los misioneros, á quienes cuasi asesinaron las masas fanáticas y furiosas del amotinado pueblo.

Estamparemos el último rasgo, en el cuadro de las Misiones africanas, con la breve reseña de los progresos de civilizacion, que el Catolicismo hizo en las Canarias, islas adyacentes del Africa.

En este punto, como en otras partes del globo que cultivaron nuestros infatigables misioneros, dominaba la idolatría bajo las formas más repugnantes y deformes: los estúpidos isleños rendían culto á muchas divinidades: unos adoraban el sol; la luna otros; ninguno al Dios verdadero, y todos á las criaturas. Sus disolutas costumbres eran parto monstruoso de la perniciosa moral del politeísmo, que profesaban. Érales permitida á las mujeres la poliandria, ó sea el consorcio conyugal con muchos hombres, y á estos se les consentía á la vez la poligamia, ó sea la union matrimonial con muchas mujeres. En la vida conyugal, guardábase un turno riguroso con el uso del débito: ningun hombre podía usar de la poliandria conyugal, á ménos que trascurriese el plazo otorgado por la costumbre á su compañero de matrimonio; y vice-versa, ninguna mujer tenía derecho á quejarse de su postergacion, en calidad de concubina, á ménos que se consumase el turno de su compañera de poligamia. Los sacerdotes tenían un prestigio sin igual, hijo del aprecio y respeto, que les profesaban: eran las primeras autoridades, avocando así los fueros de la jurisdiccion civil y religiosa, cuyo doble carácter de poderío y mando, realzaba el ascendiente de veneracion y religioso temor, que les tributaba el pueblo.

Los misioneros de la Orden de San Francisco, fueron los llamados por la Providencia, á regenerar estos pueblos marítimos: ellos destronaron con la fuerza de las armas, que prescribe la ordenanza de la milicia espiritual, las toscas y soeces costumbres de las islas Canarias. Al desenvolvimiento de las obras de caridad para con el postergado y abatido pobre, que los misioneros practicaban en el curso de

su carrera apostólica, los isleños sacudían el yugo de la idolatría, despertaban de la tenebrosa noche del vicio y de los errores, se evadían del caos y de las tinieblas en que yacían, y corrían á recibir el bautismo cristiano, que abre las puertas de la Iglesia á todo sér humano.

Los franciscanos nada omitieron para implantar, en este territorio del Africa erizado de los escollos de la idolatría y superstición, el Catolicismo: instalaron colegios, escuelas y todo género de centros literarios, á fin de que la educacion religiosa se robusteciera y se desarrollára á la sombra de las letras; y para perpetuar el establecimiento de la Religion Católica en las islas Canarias, levantaron un seminario, que con el tiempo fué un plantel de excelentes párrocos, que sostuvieron con decoro, en su suelo natalicio, los principios y máximas morales del Evangelio, entrañados por los primeros operarios. INOCENCIO II, instituyó obispo de las islas Canarias á un tal ALBERTO DE LAS CASAS, el que supo ganarse las simpatías de su grey en tanto grado, que los isleños le reputaban por el padre de su educacion moral y literaria, y por el autor de su regeneracion física y espiritual.



## CAPITULO XII

---

### **Descripcion de la América.—Las descubiertas por Cristóbal Colon.—Sus groseras y corrompidas costumbres.—Su regeneracion moral y social**

La América es tambien conocida con el nombre de *Nuevo Mundo*, en atencion á que su existencia no fué conocida hasta fines del siglo XV, en que CRISTÓBAL COLON, natural de Génova, se dió á pensar, que, siendo la tierra esférica, podria realizarse el viaje á las Indias Orientales por un derrotero más breve y más directo, sin doblar el Cabo de Buena Esperanza. Para llevar á cabo esta mejora itineraria, proyectada á la calma de la vida privada, sólo contaba con los internos auxiliares de la ciencia: era, por lo mismo, indispensable, mendigar recursos exteriores.

Al efecto, visitó cuasi todas las córtes de Europa; pero en ninguna halló la proteccion, que imploraba. Ya desesperado de poner en ejecucion su pensamien-

to por falta de medios, acudió á la corte de España, cuya reina, ISABEL LA CATÓLICA, aleccionada por su confesor, condescendió con los deseos del postulante, ofreciéndole la proteccion que demandaba, para dar cima al ideado descubrimiento. El experto marino, garantido con la soberana proteccion de los reyes Católicos, ISABEL Y FERNANDO; escoltado con la gente armada y el séquito, que habia pedido; provisto de víveres, aprestos militares y metálico, se dió á la vela; habiendo descubierto el nuevo Continente, que nos ha proporcionado inmensas riquezas.

La América no está sujeta á un clima fijo: su temperatura varía segun la posicion topográfica, que ocupa; así es que, mientras unos pueblos se abrasan con el fuego solar de la zona tórrida, bajo cuya influencia viven, otros, enclavados en la *esfera polar*, experimentan un frio extremadamente glacial; siendo muy pocos los que disfrutan las bonanzas de la temperatura intermedia, en razón de que las perpétuas nieves, que coronan las cimas de los montes americanos, congejan la atmósfera que orea sus nevadas cabezas, dejando sentir un frio intenso aún en los climas, de suyo templados.

Las posesiones inglesas y rusas, comprensivas de la Nueva Bretaña; la Nueva Escocia, el Canadá y la costa del Norte, participan de un clima mixto: en unos puntos se elevan enhiestas montañas, cubiertas de nieves y hielos, ocasionando un frio tan excesivo, que se hiela el mercurio y el espíritu de vino: otros, como son los inmediatos al estrecho de Behering, se refrescan con los tímpanos de hielo, que lo cubren. El Canadá está sujeto á todos los rigores de un invierno crudo y á los ardores caniculares de un verano de fuego. Hay estados, como Méjico, que experi-

mentan la variada influencia de una triple temperatura: fria en la parte septentrional, cálida en la meridional, y templada en el punto medio. En la Nueva Granada predomina el clima cálido, á pesar de rodearlo las negras cordilleras, hijas de los Andes, que ostentan, en todas las épocas del año, enormes moles de nieve. El Perú, cruzado por los Andes, presenta tambien una temperatura variada: unas veces se hiela con el frio, que dejan sentir las nevadas montañas: otras se abrasa con el sofocante calor que ocasiona el fuego, que vomitan los cráteres, que salpican los montes.

La América, ántes de su descubrimiento, era poblada por diversas razas, que huyendo de su país natal acosadas por el hambre y por la insalubridad del clima pátrio, se refugiaron en esta parte incógnita del globo, formando vários estados independientes, diferenciándose unos de otros en los ritos y costumbres; pero todos envueltos en las tinieblas de la idolatría más vergonzosa y repugnante, que se conocía en el mundo religioso.

Parece imposible, que la especie humana se desfigure tanto con las degradantes y supersticiosas costumbres, que engendra la idolatría. El estado de embrutecimiento, en que habian caído todos los pueblos situados en la dilatada circunferencia de las Américas, se puede calcular por las execrables prácticas que observan las tribus, que no han sido ilustradas por la luz del Evangelio, y se mantienen hoy encerradas en el círculo férreo de su independencia: prácticas abominables que se pueden traer por excesos lamentables del vicio, cuya descripción imprime una tristeza y un dolor indelebles en el corazón.

Unos remedan las fieras, con quienes viven, disputándoles el terreno y los alimentos, y cubriéndose con sus pieles: otros ostentan al descubierto su cuerpo, supliendo el vestido con los vários colores de que se tiñen. Todos son hábiles guerreros, diestros cazadores: manejan con destreza el arco, la honda y la maza, armas de que se valen para repeler de sus tiendas portátiles al enemigo, para luchar con las fieras, y asesinarsé mutuamente: desorientados por completo en el derecho de gentes, tratan cruelmente al prisionero y al desgraciado, que cae bajo su férula: ostentan, como una insignia de nobleza, en los frontispicios de sus chozas, en los vestidos y en los útiles usuales de la vida, los horrendos trofeos de sus sangrientas hazañas: éste adorna su tienda con la cabellera, arrancada con la piel á su enemigo; aquél bebe en el cráneo de la víctima, que su suspicacia y recelo inmoló: á usanza de carnívoros lobos, sácian su brutal apetito con la sangre y la carne palpitante de la víctima, que se revuelca en tierra, debatiéndose en vano con las agonías de la muerte.

Los groelandeses se alimentan del pescado y carne cruda, que su profesion habitual de cazadores les proporciona en abundancia: usan tambien del aceite de ballena, de las carnes en putrefaccion de animales y personas, cuyos fétidos alimentos imprimen en sus demacrados rostros, un color tan pálido, y comunican á su aliento un hedor tan pestífero, que derriba en tierra al extranjero, que se le acerca: visten pieles, adornadas con penachos de abigarrado plumage. Los zelandeses tienen el suicidio por un acto heróico de virtud: entran en sus contratos matrimoniales la poligamia y la poliandria: pelean con la maza y el hacha, exasperando el furor de sus sangrientos com-

bates con visages y gestos horribles: asesinan á los prisioneros, cuya carne cruda es servida en sus espléndidos convites, apenizados con las danzas, á que se entregan, y solemnizados con los alegres y confusos cánticos que entonan, durante los sangrientos banquetes.

Los chantales son groseros, supersticiosos y antropófagos: sacrifican á los dioses y á sus estómagos avestruzes, víctimas humanas: se asocian en tribus errantes, viviendo confundidos con los zorros, osos y lobos en desiertos, cortados por lagos inmensos: usan de un pan, amasado de tierra gredosa: hacen abortar á las mujeres, criando un solo hijo.

CRISTÓBAL COLON, descubrió las Américas, gracias al generoso apoyo que le prestára la reina ISABEL LA CATÓLICA, á sugestion del dominico JUAN PEREZ DE MARCHENA, guardian del convento de la Rábida, y muy experimentado en la Cosmogonia. Este religioso había dirigido, durante algunos años, las conciencias de los reyes católicos, é influyó con el nuevo confesor de la reina FERNANDO DE TALAVERA, y con el preceptor del PRÍNCIPE DE ASTÚRIAS, fray DIEGO BESZA, para que ISABEL prohijase el plan de COLON. Habiendo equipado tres buques, el ilustre genovés partió para el Nuevo Mundo, yendo en su compañía el padre SOLORZANO con el carácter de confesor y limosnero de la flota.

Este ministro de JESUCRISTO, tuvo la dicha de inaugurar las conquistas espirituales en las Américas. Los individuos de la orden de la Merced, cuyo hijo era, fueron los primeros religiosos, que hicieron resonar la palabra del Evangelio en el Nuevo Mundo, á cuyo mágico y misterioso eco, se agruparon en derredor de su gloriosa bandera millares de salva-

jes, á quienes precediendo la competente instruccion, abrieron las puertas de la Iglesia Católica con las llaves del Santo Bautismo. La monástica institucion, que hemos mencionado, á más de ser la primera en saborear los frutos espirituales de las conquistas americanas, fué la más rica de todas en las posesiones adquiridas, en esta parte desconocida del globo; pues logró tener ocho grandes provincias, adornadas de magníficos y suntuosos templos, embellecidas con monumentos piadosos, y salpicadas de centros de instruccion.

Habiendo sido el Nuevo Continente los primeros frutos del reconocimiento americano de la flota española, fué tambien el primer campo de idolatría, que los misioneros abrieron al Catolicismo por medio de la predicacion evangélica. Insiguiendo, por consiguiente, la costumbre de encabezar la historia de las misiones apostólicas de los pueblos con una rápida pintura de sus costumbres religiosas y civiles, anticiparemos estas ideas á las reseñas, compendiadas de las misiones, que arrancaron la cizaña del repugnante paganismo á las islas descubiertas del Nuevo Continente, Hahiti, Isabela, Santo Domingo, Cuba y Antillas.

Abrigan los estólidos habitantes de esta comarca el trascendental error, de que los hombres habian sido trasformados por el sol en piedras, árboles, animales y montes; y que, trascurrido el plazo de transformacion impuesto al delito comun por vía de penitencia espiatoria, se satisfizo la cólera del Soberano, y la especie humana resucitó de las cuevas. Los estúpidos isleños creían ver, en los intervalos de sus alucinamientos y apasionados éstasis, al demonio bajo las formas más horribles y deformes, á cuyos espan-

tosos modelos construian, en su obsequio, abatidos de temor y de supersticion, ídolos diabólicos, por quienes sentian á la vez una pasion tan loca, que los guardaban en sus casas con escrupuloso cuidado y religioso temor; los llevaban consigo, los usaban en sus vertidos, los colocaban en las calles y plazas.

Segun sus estravagantes cálculos, estos dioses bastardos, ejercian importantes cargos: unos dirigian las estaciones del año; otros desencadenaban, ó amarraban á su albedrío, las tempestades; éstos eran árbitros de la pesca y caza, cuya noble profesion no se podia ejercer sin su prévio permiso; aquellos cuidaban de los frutos de la tierra y de las cosechas: en suma, cada uno ejercia un dominio particular sobre los distintos ramos que resplandecen en la esfera de la naturaleza, y era obsequiado por los ciegos adoradores en proporcion á la gerarquía que ocupaba en la degradante escala de las torpes divinidades, que residian en el imperio continental del Nuevo Mundo: Reconocian por divinidad superior á un ídolo, representado bajo la forma de una mujer; la cual convocaba, por mediacion de sus ministros, á los dioses subalternos, para recomendarles las lluvias y las tempestades, ó sean las gracias y castigos que, por su presidencial conducto, les demandaban los hombres.

Sus fiestas eran un foco asqueroso de sensualidad: se entregaban, durante el dia, á las danzas y bailes voluptuosos, hombres y mujeres, solteros y casados, enteramente desnudos, cometiendo en público todos los excesos de las más bestiales pasiones: la noche era tambien testigo de repugnantes escenas: todavia hambientos de placeres, los sensuales adoradores de

VENUS, celebraban procesiones obscenas bajo el imperio de las tinieblas, en las que la ancianidad hacía vanos esfuerzos para rejuvenecerse, ataviándose con los más lujosos trajes, mientras la impetuosa juventud hacía alarde de sus gracias corporales y fogosas pasiones, lanzándose á la carrera procesional en completa desnudez. Terminada la fiesta religiosa, una inmensa concurrencia ocupaba el santuario de los dioses: depositábanse á los piés del ídolo, en cuyo obsequio se celebraban aquellos cultos, las ofrendas que el sacerdote recibia con aullidos, y distribuía á los circunstantes por cabezas de familia; las que guardaban en sus casas, como un preservativo contra las enfermedades y contra los males todos, que aquejan á los míseros mortales.

Admitian estos superstiosos isleños un paraíso lo más ridículo y extravagante, que se puede imaginar: segun su cálculo habia en él premios para el bueno; pero ningun castigo para el malo: habia mujeres en abundancia y extremadamente hermosas, para contraer nuevas nupcias en la futura vida: era poblado por los parientes, amigos y todos sus semejantes, que les habian precedido en el viaje á la eternidad: las almas, allí residentes, se alimentan de una especie de albaricoque de SANTO DOMINGO, que iban á buscar al cerrar la noche, permaneciendo, durante el día, ocultas en las grietas de los inaccesibles peñascos.

Las ciegas preocupaciones de idolatría, que fanatizaban á los superstiosos moradores del nuevo continente, no obstaron, para que recibieran, con el mayor entusiasmo, á los ilustres extranjeros. Los impresionables isleños, reputando á sus huéspedes por unos emisarios del cielo, se disputaban el honor



de obsequiarlos con la misma solitud y afán, que á los dioses pátrios: todos sin distincion corrian á ofrecerles á porfia, como muestras de aprecio y deferencia, brazaletes, zarcillos y otros adornos de oro: habian simpatizado tanto con ellos, que se esforzaban, por imitar sus costumbres, su religion, sus ritos, ceremonias, las circunstancias de su oracion, de su culto y los actos virtuosos y penitenciaros de su vida pública: lisongeros nuncios de los copiosos frutos que rindió la semilla del Evangelio, arrojada en esta tierra cubierta de malezas y abrojos paganos, á los desvelos incansables del inmortal COLON y de los ilustres misioneros, que formaron parte de aquella brillante comitiva que, de peligro en peligro, abrió un nuevo horizonte á la corona de España y al imperio de JESUCRISTO.

La primera ciudad, fundada por los expedicionarios españoles, se denominó, de su generosa y protectora la reina, ISABELA: ciudad eternamente dichosa, por haber sido la depositaria del primer templo católico, que se abrió al verdadero Dios en el clima americano: la segunda ciudad, bautizada con el nombre de Santo Domingo, ostentó pronto en su centro otro templo católico, erigido bajo la advocacion de SAN FRANCISCO DE ASIS, en cuyas inmediaciones se instaló una casa ó establecimiento de sacerdotes para las misiones americanas; casa que COLON trasformó más tarde en un magnífico templo cristiano, cediendo á los deseos del padre MARCHENA, director de una nueva mision, propuesta por los Reyes Católicos y aprobada por ALEJANDRO VI; del padre MARCHENA, á quien, despues de Dios, debía el ilustre genovés su fortuna, su gloria y crédito, y la España el ser señora del Nuevo Mundo. Así progre-

sivamente, fueron evangelizando á Cuba y á las Antillas las misiones del Clero regular y secular, que se lanzaron á los mares á impulsos del celo de ISABEL y FERNANDO, y bajo la presidencia del jesuita SOLORZANO, el benedictino BUIL y el mercedario ALMEDO:

## CAPITULO XIX

Relacion histórica de las costumbres de México.  
Misioneros que evangelizaron en el mundo  
de las Américas.

Siendo México uno de los países más ricos de las  
misiones americanas, en consecuencia una sección  
más amplia, que al poseer en los límites del Nuevo  
Mundo, de los dos hemisferios, el desarrollo  
de este tratado.

México, centro de ilustración de todo América.  
México que, por su estado social, político, se parece  
al imperio de la China, con su gran extensión y su  
prebido en las costumbres, con sus leyes de los  
pueblos, dominados por la idolatría y las supersticiones,  
tras de modo que parece imposible comprender  
la existencia de la civilización y de las artes. Sin  
embargo, se explica fácilmente esta aparente de  
confusión, fijándose en la clase de instrucción  
que recibía en ambos países, antes de ser siempre  
dos por los radiantes rayos del sol evangelio.

## CAPÍTULO XIII

---

### **Relacion histórica de las costumbres de Méjico.— Misioneros que evangelizaron este imperio, capital de las Américas**

Siendo Méjico uno de los principales centros de las misiones americanas, le consagraremos una seccion más amplia, que al resto de los Estados del Nuevo Mundo, de que nos hemos de ocupar en el discurso de este tratado.

Méjico, centro de ilustracion de toda América: Méjico, que, por su estado social y político, se parece al imperio de la China, estaba tan degradado y embrutecido en las costumbres, como el resto de los pueblos, dominados por la idolatría y las sectas falsarias: de modo que parece fabulosa é incomprensible, la coexistencia de la civilizacion y de las sectas. Sin embargo, se explica fácilmente esta apariencia de contradiccion, fijándonos en la clase de instruccion, que brillaba en ámbos pueblos, ántes de ser alumbrados por los radiantes rayos del sol evangélico.

Esta ilustracion afectaba á las artes, que el génio del país favorecía: este era el círculo estrecho de su ilustracion, en el que solían encerrarse tambien las ciencias, aunque desfiguradas por los trascendentales errores, que las cubrían; errores que, como dejamos apuntado al tratar de la China, combatieron los misioneros. En prueba de que la ilustracion de los pueblos idólatras, de que nos hemos ocupado y prosegimos ocupándonos, era incompleta, alegamos los errores, de que estaban rodeados; las tinieblas que los envolvian: alegamos las feroces y sangrientas costumbres, que cultivaban sus salvages habitantes; costumbres que revelaban la perversidad de sus corazones, los eclipses de sus entendimientos y el estado lastimoso de todas sus facultades fisico-morales; males lamentables que solo cedieron á la ciencia del Catolicismo.

La Religion de Méjico, inspirada por SATANÁS, con el desígnio de recrudecer, cuanto fuera posible, la guerra que sostenía con el Dios de los cristianos, se esforzaba en remedar su ilimitado poder, su infinita sabiduría y todos los rasgos de sus inconmensurables atributos, representando, en el teatro religioso de su impuro culto, escenas análogas á las que ofrece el Evangelio. En efecto, ponía en escena una Torre de Babel, simbolizada por una colosal pirámide, que los rivales orgullosos de los dioses levantaron hasta el cielo, para escalar su trono, habiendo sido todos confundidos y diseminados por el mundo, en castigo de su audacia, insolencia y altanería: ponía en escena un diluvio universal, producido por la cólera de los dioses, para exterminar todas las razas existentes, exceptuando del comun naufragio á los que habian sabido sustraerse á la universal corrupcion, los que fueron el gérmen de la repoblacion humana: ponía

en escena una solemnidad, semejante á la jovial festividad del *Corpus Cristiano*; solemnidad realzada con la pompa de una procesion vespertina, que terminaba en el templo á través de los vítores confusos, que lanzaba al ídolo la apiñada muchedumbre: ponía, finalmente, en escena, las asociaciones é instituciones monásticas de señoras, las cuales vivian en absoluta clausura, bajo un reglamento riguroso, cuya infraccion, en su parte sustancial, era castigada con la muerte, parodiando nuestros conventos de monjas, que practican tambien, con el solemne voto emitido voluntariamente, los consejos evangélicos, ó sea la perfeccion moral de la vida cristiana, recomendada en la nueva ley.

El ceremonial, empleado para conferir los títulos de nobleza, el cetro y la corona real, ó el gobierno parcial de una provincia ó pueblo del imperio, no podía ser más ridículo, ni más inhumano; pues sujetaban al aspirante á las humillaciones más vergonzosas, á las penitencias más duras, á los tormentos más atroces. Este se presentaba cuasi desnudo en el templo, ocupado de antemano por la inmensa concurrencia de todo el pueblo: se situaba en un lugar de ignominia, y allí de pié, era objeto de invectivas afrentosas, de diatribas injuriosas, de diatribas insultantes, dirigidas todas por el soez sacerdote en un discurso denigrativo y depresivo de su conducta, que pronunciaba en aquel acto de barbarismo. Terminada la difamatoria perorata, el mismo orador daba al candidato de bofetones, de empellones; llenaba su macerado cuerpo de dolorosas escisiones, fuertes contusiones, y se ponía término al rudo ceremonial; pasando aquél á ocupar una húmeda y desmantelada habitacion, contigua al templo teatro del afrentoso

y cruel martirio; en cuyo aposento de ignominia pasaba insomne, incomunicado, privado de todo alimento, y ocupado en ejercitar la penitencia, que se le habia impuesto, hasta el dia siguiente, en que comparecía de nuevo en el templo, á acrisolar su vocacion con los insultos y denuestos, que el sacerdote designaba en el grosero ritual, que sostenia en sus trémulas manos; cuyas penitencias se reproducian várias veces en el discurso del año, que se prolongaba la prueba, á la que si resistía el pretendiente, se procedia inmediatamente á investirle de los honores de nobleza y mando.

Dejábanse ver en Méjico algunos inhumanos vestigios de las sangrientas costumbres de sacrificar víctimas humanas: costumbres tan arraigadas en algunos pueblos del imperio, que, despues de teñir el def rme rostro del ídolo con la sangre humeante del cadavérico mortal, derribado á sus piés, devoraban su ensangrentada carne con ferina avidéz.

Los padres BARTOLOMÉ DE OLMEDO, y JUAN DE ZAMBRANA, despues de haber regado con sus sudores el suelo cubano, se internaron, con algunos individuos de la Orden, en el imperio de Méjico, cuyas conquistas espirituales, obtenidas sobre la idolatría, se debieron á la hija del gran cacique, convertida al Catolicismo. La jóven cristiana, informó á los misioneros del paradero de los ídolos, los que fueron destruidos y expulsados del sitio que ocupaban, erigiéndose allí un altar al Dios verdadero. El referido padre OLMEDO, murió en la ciudad de Méjico á consecuencia de los excesivos trabajos de su ministerio apostólico, cuyos inmediatos y sabrosos frutos fueron las numerosas conversiones de toda clase y condicion de personas, y la ereccion de un templo cató-

lico y de un convento, en una de las principales plazas de la capital del imperio.

HERNAN-CORTÉS, habia utilizado los talentos y el delicado tacto de este distinguido religioso, en la empresa de incorporar á España el imperio mejicano, que le habian confiado los reyes Católicos; y por consiguiente, lloró amargamente su muerte, como la pérdida sensible de un padre, cuyos buenos consejos recordaba, y como la falta de un elemento de los más adecuados, para coronar gloriosamente la campaña americana. Habiendo dado aviso á España de su fallecimiento, inmediatamente partió para Méjico otra mision á las órdenes de MARTIN DE VALENCIA, sacerdote de una reputacion brillante en todos conceptos, y digno sucesor del malogrado OLMEDO. A su llegada á Méjico, fué MARTIN recibido por el caudillo español, con todos los honores y privilegios debidos á su rango, virtudes y talentos, imitando su ejemplo los caciques mejicanos, los cuales siguieron dando á los misioneros las más inequívocas pruebas de aprecio y deferencia. Sorprendidos los extrangeros al ver las consideraciones y respetos, que CORTÉS guardaba á los oscuros religiosos, les manifestó éste, que eran acreedores á estas distinciones, no tanto por su sagrado carácter, cuanto por complacer á su soberano CÁRLOS V, que al enviarlos, de concierto con el Papa ADRIANO VI, mandaba fueran tratados con deferencia.

Los misioneros, derramados por las provincias, salpicaron el imperio de seminarios y escuelas; siendo tan crecido el número de los concurrentes, que hubo establecimiento, que contaba sobre mil alumnos. Aparte de los maestros, habia en cada aula dos ó más subalternos, ó inspectores, que vigilaban la

conducta de los niños, y repartían la comida, que les mandaban sus respectivas familias. Los niños indígenas, que concurrían á las escuelas cristianas, aprendían á leer, escribir y cuentas, haciendo grandes progresos, gracias á su docilidad, aplicacion, dotes de ingenio; y sobre todo, el celo é interés, que despertaba en los nobles pechos de los maestros religiosos, el entrañable amor á los discípulos, en quienes cifraban el venturoso porvenir del Catolicismo en el imperio. De todos los puntos de Europa, y de todas las órdenes religiosas, acudían misioneros á Méjico, derramándose por las provincias y pueblos, y llenando todo el imperio de conventos, iglesias y centros de instruccion.

Citaremos los héroes religiosos, que más se distinguieron en esta campaña espiritual de Méjico. Fray ANTONIO SUAREZ DE RODRIGO, pertrechado con los conocimientos profundos en las lenguas de los indígenas, hacía fructuosa su mision: predicaba tres veces al dia, empleando cada vez un idioma distinto: de modo que su auditorio se componía de personas, procedentes de várias naciones: sus alimentos eran escasos y frugales: los solaces y recreos eran el estudio y la penitencia, en cuyos ejercicios de mortificacion empleaba el escaso tiempo, que le dejaban libre las ocupaciones de su fatigoso ministerio.

JUAN DE SAN FRANCISCO, que habia aceptado con la repugnancia propia de la humildad el obispo de Nueva Galicia, sacrificó sus bienes, su reposo y libertad, á la conversion de los ídólatras: su santidad fué declarada por un estupendo milagro que hizo, resucitando á la hija de un cacique, que acababa de morir: este sobrehumano beneficio, como otros de colosal importancia que derramó su caridad, fué



recompensado en un solo día, con un golpe tremendo de maza, que descargó sobre su cabeza un insolente indígena, poniendo fin á su azarosa vida.

ALFONSO DE ESCALONA, provincial de Toledo. á su llegada á Méjico, se encargó de la direccion de la escuela de Tlascala, en la que enseñaba la Doctrina. á leer, escribir y canto llano, á unos seiscientos niños, que concurrían á ella. Ya se hallaba ALFONSO muy entrado en edad, cuando emprendió el estudio de la lengua, que se hablaba en Guatemala, con cuyo requisito, evangelizó toda esta provincia mejicana, en donde permaneció por espacio de seis años consecutivos.

En 1554, partió para América una pléyade de franciscanos, habiendo llegado á Méjico en una época calamitosa, en que la horrible peste hacía estragos mortales en todos los pueblos, en que cundía su matador aliento. Pero siendo la caridad la divisa de la Religion, que iban á predicar, los misioneros se arrojaron sobre el sangriento enemigo de la humanidad, y evitaron los golpes de muerte, que descargaba sobre los indefensos apestados, arrancándolos á todos los peligros que corrían, y encerrándolos en un hospital que fundaron, y conservaron á sus espensas, en donde eran escrupulosamente cuidados los enfermos de todas clases. Este monumento de caridad se sostenía con los petitorios y cuestaciones, que hacían los franciscanos por los pueblos y la ciudad, á pesar de ser tan grandioso, y estar siempre ocupados por los enfermos. Sin embargo, á la vuelta de algunos años, el rey de España, noticioso de las necesidades de este establecimiento piadoso, le asignó una renta anual, con la que ya le fué más fácil sostenerse, ocurriendo á todas las necesidades, que la

pobreza y las dolencias, depositaban en su misericordioso recinto. A fin de que, sin desestimar las atenciones caritativas, que reclamaba el estado enfermizo y pobre de los extranjeros, se continuáran prestando á los indígenas los auxilios, que la caridad aconsejára, se levantó, junto al primer edificio de beneficencia, otro hospital, el que se destinó á los europeos, con exclusion absoluta de los indígenas.

## CAPÍTULO XIV

### **Misioneros que combatieron la peste, que se desarrolló varias veces en Méjico.**

Durante el aciago reinado de la pestífera enfermedad, que tantas víctimas hundió en el sepulcro, DOMINGO DE LA ASUNCION, hizo brillar públicamente la caridad con los cuidados y asistencia, que prodigaba sin descanso á los enfermos. Este solícito religioso, recorría con afán los pueblos apestados, dejando en todos ellos monumentos de caridad y recuerdos los más gratos del amor entrañable, que profesaba á sus doloridos hermanos. En uno de los barrios más ignorados de Méjico, en donde este siervo caritativo de Dios habia fijado su domicilio, habia un anciano muy indigente, pero muy apasionado por la idolatría; el que, al ser invadido por la peste, fué abandonado de amigos y parientes; sin embargo, no se dejó abatir de la desgracia: ¡tanta era la fé, que le inspiraban los dioses pátrios, á quienes adoraba ciegamente! DOMINGO se ofreció á suplir las faltas de la

familia y de la amistad, y á sus oraciones, servicio, consejos y asistencia, recobró la salud el paciente anciano. que agradecido á Dios, por cuyos respetos habia recibido tan tiernos obsequios y puntuales servicios durante el terrible período de la enfermedad, abjuró el culto de los dioses, y reconoció la Religion Católica.

Otras plagas terribles sobrevinieron en aquella época al país. Las copiosas lluvias, que de continuo se sucedían, inutilizaron la mies, próxima á su recoleccion, ocasionando un hambre horrible: el Clero, regular y secular, hizo todos los esfuerzos imaginables, para aliviar la angustiada situacion de los indígenas. El Provincial de los dominicos notició á todos los conventos de la orden las desgracias, que aquejaban á los indígenas, y seguidamente, acudieron individuos de todas las corporaciones religiosas, provistos de recursos materiales. Como quiera que la miseria, ocasionada por las respectivas lluvias, habia desgraciadamente coincidido con la peste, los americanos habian menester de asistencia corporal y espiritual, y los misioneros, que se habian declarado sus protectores en aquellas tristes y terribles circunstancias, se veian obligados á recoger limosnas para las familias mas necesitadas, y á luchar á la vez con el azote de la peste, á cuyos golpes sucumbieron cuasi todos.

Los hospitales y casas de beneficencia, que la Religion Católica abría á la desgracia, eran una prueba, más que suficiente, de los grandes beneficios, que sus ministros prestaban á la humanidad; y por consiguiente, aún quando se careciera de otros antecedentes, serian acreedores, por solo este concepto, á la pública gratitud: merecerian, por esta razon sola á las so-

ciudades cultas de Europa, las más atentas consideraciones de respeto y de cariño, como las que disfrutaban en los países idólatras. Los establecimientos de beneficencia que en Méjico, como en otros puntos del globo, marcaban la benéfica carrera de las misiones, fueron en esta ocasion, como siempre, unos baluartes inespugnables contra el hambre, la peste y la miseria, implacables enemigos de la humanidad; pues hubo casa de socorro, que cobijaba, durante los borascosos tiempos de la peste, sobre mil quinientos enfermos.

El dominico ANDRÉS DE NOGUER, sufrió una dolorosa carrera en las circunstancias epidémicas, por las que atravesó; pues pasaba dias enteros al lado de los enfermos, sin tomar alimento hasta la noche, en que suspendia algunos momentos las tareas de la caridad, para entregarse al estudio.

El dominico PEDRO DE PAVÍAS, fué otro de los inolvidables religiosos, que ciñeron sus sienes de laureles en las famélicas y epidémicas campañas de Méjico. A su arribo á la ciudad, se le confiaron las cátedras de Filosofia y Teología, las que desempeñó con fruto, sin desatender por ello los cuidados preferentes de su ministerio y las fatigas de la caridad para con los apestados.

El dominico BARTOLOMÉ, se distinguió tambien en Méjico, no ménos por su caridad, que por su ciencia: ocupó varias cátedras, fundó hospitales, erigió colegios de instruccion, dotándolos con una renta anual de doce mil escudos para las asignaciones de doce profesores.

Descolló, sobre todo, en ciencia, el dominico AGUSTIN DÁVILA, el que por ser natural de Méjico, tenía, sobre los demás compañeros de mision, la in-

mensa ventaja de conocer á fondo las costumbres, la lengua y el espíritu ó indole del país: poseia asimismo el español, aprendido de sus padres, connaturalizados en América, en cuyo idioma escribió la historia de las conquistas de su patria.

ALFONSO DE LA MOTA, natural de Méjico, habia hecho su carrera literaria con lucimiento, bajo los auspicios de los dominicos, mereciendo, por sus talentos, sus virtudes y grande aplicacion, desempeñar sucesivamente los deanatos de Mechoacan, Tlascala y Méjico; habiendo dejado, en cada una de estas ciudades, un monumento eterno de su ardiente amor á los pobres; pues invirtió las rentas de sus respectivas dignidades en la creacion y dotacion de tres hospitales. Medió la Mota en una insurreccion, provocada por los indios contra los españoles, habiendo tenido la satisfaccion de pacificar ámbas partes por un tratado, en que hizo entrar con el mayor gusto á todos.

La historia de las misiones nos trae una anécdota, que prueba la inocencia de las costumbres, que observaban en todas partes los misioneros. AGUSTIN DE FORMISEDO, se hacia acompañar de un indígena, que le dió un desengaño muy cruel; pues, tuvo la osadía de vestirse el traje usual del misionero, é introducirse disfrazado en una cabaña, en la que se le sorprendió. consumando uno de los más enormes delitos de lujuria, contra la que él habia declamado sin cesar. Los testigos oculares de este escándalo, ridiculizaron la Religion, echando en rostro al misionero su hipocresía y su maldad; pero se erigieron en defensores suyos, restituyéndole el honor, cuando se descubrió el fraude por propia confesion del culpable, quien fué conducido á su presencia, para que determinára el castigo, que se le habia de imponer;

pero el inofensivo y honrado religioso, dándose por satisfecho con el público testimonio de honor que se le tributaba, perdonó al autor vil de su negra calumnia.

El dominico FRANCISCO SOLANO, fué tambien designado, para cristianizar la América; pero no quiso malograr la ocasion de servir á la humanidad afligida, que le ofrecía, á su partida, la peste que se desarrolló en Montoro, pueblo situado á dos leguas de Córdoba; y en su consecuencia, suplicó al superior, le consintiera aplazar su viaje, para dedicarse al alivio de los enfermos. Sepultado en los hospitales, ejercía todos los deberes de su ministerio tan molesto en estos trances, y los oficios más repugnantes y más gravosos de caridad: ora se confundía con los enfermeros, descendiendo á la limpieza de las camas, á la aplicacion de los antidotos, al servicio de sustancias: ora se apostaba á la cabecera de los apestados, exhortándolos á la paciencia, á la conformidad con Dios, á la esperanza y al sufrimiento. Habiendo sucumbido sus compañeros de caridad á los golpes del terrible azote, se sintió más animado á llevar á cabo su humanitaria carrera, á la idea piadosa de que Dios, cuya causa sostenía, redoblaría sus fuerzas, para triunfar en todas las batallas epidémicas, que librara con el feroz enemigo de la afligida humanidad. Terminada, con éxito glorioso, la caritativa campaña de Montoro, se dió á la vela para América, sellando su larga travesía con actos benéficos; pues en cada puerto, que tocaba la embarcacion, consagraba los escasos momentos de descanso al servicio de los enfermos y alivio de los pobres, con que tropezaba su vista compasiva. Al llegar al término de su viaje, empezó á avivar el movimiento li-

terario, artístico y caritativo, suscitado en todas las clases de la sociedad americana, por la ciencia, industria y piedad de los misioneros de todos los colores monásticos y de todas las gerarquías del Clero secular, que le habian precedido.

El sacerdote PEDRO DEL CASTILLO, contribuyó, cual otro, á la civilizacion que alcanzó Méjico, á la sombra protectora del Evangelio. Cimentado en la lengua del país, que había de regenerar con su celo y sus luces, inauguró la carrera de su mision, bajo los auspicios lisongeros de la abnegacion, desprendimiento y paciencia, que acompañaban á su predicacion y trabajos apostólicos, cuyos rasgos sublimes de virtud, le ganaron el aprecio y la confianza de los indígenas; los cuales de allí en más, tomaron sus consejos como el norte de su vida moral y literaria.

Los dominicos JUAN DE SANTA MARÍA, y FRANCISCO TOPACIO, sacerdotes muy virtuosos y no ménos instruidos, abrieron á la Religion y á la sociedad un nuevo país: se derramaron, cual hábiles cazadores, por los bosques en busca de seres humanos, y descubrieron hasta 50 tribus errantes, que poseian unas 6.000 chozas, á cuyo poblado apellidaron Nuevo Méjico. Entusiasta fué la acogida, que estos salvajes dispensaron á los ágiles cazadores de almas: no sintiéndose, por consiguiente, capaces de recolectar por sí solos aquella inmensa cosecha de Cristianismo, que las favorables disposiciones de estas rústicas gentes prometian, enviaron á pedir refuerzo de operarios evangélicos, con cuyo concurso de fuerzas, dieron comienzo á la regeneracion de las tribus descubiertas. Los autores de tan famoso descubrimiento, debian haber sido premiados con todos los honores y distinciones, que se tributan á los conquistado-



res de la tierra; pero los humildes religiosos se contentaron con coronar sus venerables sienes con los laureles del glorioso martirio. Efectivamente, cuasi todos los conquistadores espirituales sucumbieron bárbaramente en esta gloriosa campaña: á unos les aplastaban las cabezas, á otros los coían á puñaladas: á éstos los estrangulaban, á aquellos les desgarraban los cuerpos: así pagaron á sus bienhechores los inmensos beneficios de civilizacion aquellas tribus de vándalos, que alimentaban los bosques.

TOMÁS DE CÁRDENAS, alcanzó una buena parte en las glorias religiosas y literarias, que los misioneros católicos conquistaron en Méjico. Habiéndose internado en las montañas y lagunas de Zacaluta, descubrió numerosos grupos de salvajes, que llevaban una vida errante y vagabunda por los bosques; cuyas gentes, á pesar de su carácter agreste y feroz, se prestaron á ingresar en la Religion, que les proponía el misionero: el que aprovechó tan buenas disposiciones, empezando á predicar con calor el Evangelio, hasta llegar á convencerlos de las ventajas de la nueva ley sobre la idolatría y de la sociedad sobre la vida salvaje. La poderosa voz de Dios resonó en sus encallecidos corazones con un acento tan vigoroso de persuasion, que ellos mismos se apresuraban á romper en pedazos los ídolos extravagantes, y mostraban luego al misionero los sitios de su custodia, el cual convertía estas horrendas mansiones de SATANÁS en santuarios del verdadero Dios: con la misma facilidad renunciaron á la poligamia, á la vida errante y á todas las prácticas detestables de la idolatría.

Prevalidos los misioneros con la autoridad que rodeaba á ALFONSO DE MONTUFAR, prelado de Méjico,

hacian nuevos descubrimientos en los bosques, engrandando de día en día el partido católico con las conversiones, que realizaban. CRISTÓBAL DE LUGO, fué uno de los muchos misioneros, que en esta ocasion enaltecieron la fé cristiana con los rasgos de caridad, prudencia y sabiduría, que embellecian su conducta apostólica. Los auténticos testimonios de benevolencia que daba á los indígenas, las limosnas que suministraba á los pobres, la dulzura que destilaban sus consoladores consejos, la unción que presidia sus pláticas morales, eran fuertes lazos, que encadenaban á la Religion á los idólatras; y como si todos estos alicientes naturales no fueran bastantes á subyugar y atraer á los infieles, se brindó á expiar el delito de liviandad, en que fué sorprendida una miserable matrona, pidiendo á los jueces y á Dios, cargáran sobre sí la pena de justicia humana y divina, á que se habia hecho acreedora la delincuente mujer: los jueces rehusaron la oferta expiatoria; pero Dios cumplió sus votos, cubriendo su cuerpo de inmunda lepra, cuya enfermedad, molesta y repugnante, sobrellevó el siervo de Dios con la paciencia y alegría de un mártir.

Esta santa conducta del virtuoso sacerdote, dejó en Méjico una memoria tan grata, que cuando se anunciaba la llegada de los misioneros, se disponian á recibirlos con la ovacion y el jovial estruendo, que suele acompañar la entrada triunfal de un famoso conquistador, que hace subir de punto la honra de la pátria con sus ilustres hazañas militares. El mágico metal de las campanas avisaba con alegres repiques y sonoros clamores: seguidamente, aparecian los balcones, ventanas, plataformas y paredes de la poblacion, decoradas con ricas y soberbias colgaduras: las plazas y las calles eran alfombradas de mir-

tos y flores: y los entusiasmados habitantes, adornados con sus más elegantes trages, salían al encuentro de los ilustres extranjeros, á quienes felicitaban por su venida, y acompañaban con pompa hasta llegar á las casas hospitalarias, despidiéndose con emoción, y pasando aquel día en comentarios, los más alegres.

DIEGO DE CARRANZA, plantó la bandera del Evangelio en una tribu salvaje, denominada de los Chantales; tribu feroz que, encerrada en un círculo de montañas, había aceptado las bestiales costumbres de los irracionales, con quienes se confundía en los bosques; no conservando de la condición humana, á que pertenecía, más que la forma. Con todo, CARRANZA no se desalentó ante tamaños obstáculos: versado en la lengua de los salvajes, empezó á dispensar á todos los beneficios de la caridad y los auxilios de la Religión; aliviándolos en sus necesidades, curándolos de sus enfermedades, y consolándolos en sus amarguras: impuestos ya los isleños en los deberes de la Religión, el misionero encarnó en sus salvajes corazones el amor á la sociedad, dándoles una forma de gobierno humanitaria, basada en las máximas del Evangelio, que habían abrazado. CARRANZA se detuvo en aquella isla, colonizada cristianamente con sus fatigas y sudores, presidiendo los actos de religión, de gobierno y de agricultura, de sus moradores, transformados de salvajes en hombres de sociedad, útiles á Dios y á sus semejantes. Al trasladarse á otras tribus, la despedida de CARRANZA, fué un día de luto para aquellas gentes: agrupadas en torno suyo, le cercaban por todas partes, suplicándole, con las lágrimas en los ojos, que permaneciera eternamente con ellos.

---

## CAPITULO XV

---

### **Misioneros que evangelizaron el Brasil.—Conversion al Catolicismo del Perú y de Lima.—Sucinta biografía de Santo Toribio, arzobispo de Lima.**

Componian el Brasil, otro de los Estados de América, una muchedumbre de tribus salvajes; razas nómadas y vagabundas, que apenas permanecian seis meses en un lugar: recorrían desnudos los bosques, alimentándose de los frutos silvestres y de la caza, que les proporcionaban el arco, las flechas, la maza y la honda, armas que habitualmente usaban con destreza y habilidad: hacían uso de la música, para animar á los guerreros en el furor de los combates, consistiendo ésta en una especie de gran trompa y en un pandero: su religion admitía los dos principios del Bien y del Mal, la poligamia y la otra vida, en la que se creía que las almas de los guerreros, sentadas

sobre mullidos almohadones, disfrutaban de banquetes, de diversiones y placeres interminables. Sus costumbres y usanzas civiles, eran tan groseras y extravagantes, como su religion: el padre aplastaba la nariz, con el dedo pólize, á los hijos recién nacidos; le preparaba las armas usuales entre ellos; se las ofrecía, diciendo: «Sé valiente, para vengarte de tus enemigos»; y le imponía el nombre de una bestia de la tribu, ó de sus antepasados.

Todos los asuntos de mayor cuantía, eran ventilados en un consejo, compuesto de los guerreros y de las matronas, usando de la palabra los caciques. El homicida era entregado á los parientes de la víctima, los que perdonaban, ó extrangulaban al asesino. Las cuestiones suscitadas entre las tribus, eran resueltas con las armas, á las que apelaban las partes ofendidas, empeñando guerras civiles de desastrosas consecuencias. Los prisioneros eran tratados horriblemente: los degollaban como reses, usando de sus carnes en los convites, y guardando los huesos para diferentes usos. Los cadáveres, ántes de bajar al sepulcro, estaban sujetos á ceremonias ridiculas, cercaban al difunto varias mujeres, ejerciendo cada una un cargo distinto: la esposa del finado, que concurría la primera al acto fúnebre, se tendía sobre su marido difunto, poniendo en contacto los piés con los piés, manos con manos, boca con boca, frente con frente, y llorando, y cantando alternativamente, durante la ceremonia: se perfumaba con esencias aromáticas el cadavérico cuerpo, y luego era enterrado. Reinaba entre ellos la sangrienta costumbre de ofrecer á los ídolos víctimas humanas, con cuya sangre teñían el rostro de sus ilusorios dioses.

A los jesuitas debe el Brasil el gérmen de Cristia-

nismo, que creció y se desarrolló en su suelo, entre las espinas y abrojos de la idolatría. Los individuos de la orden de SAN IGNACIO, penetraron en esta región de la América Meridional, á mediados del siglo XVI, anunciando, con el clarín de la predicación y las operaciones de la caridad y el luminoso ejemplo de una vida santa, la nueva ley del Evangelio. Estos religiosos dieron comienzo á la mision, encomiando la misericordia de Dios, á fin de que ningun idólatra desesperára de salvarse; cuya doctrina, confirmada con el cuidado de los enfermos, á que dedicaban parte del dia y de la noche; robustecida con la paciencia en los sufrimientos, que arrostraban, y sellada con la santidad é inocencia de las costumbres, que observaban; llevó á los corazones de los indígenas una convicción tan profunda de su verdad, que renunciaban, con espontaneidad y gusto, á las supersticiosas costumbres religiosas y civiles, que practicaban.

Desde luego, los salvajes reconocieron por hermanos á sus semejantes, y como consecuencia de este principio de caridad, recibido de la Religion, reconocieron el derecho de gentes, tratando humanamente á los prisioneros, y aboliendo la sangrienta práctica de sacrificar víctimas humanas á los dioses, y de alimentarse con su carne y sangre. A los rumores lisonjeros de la mision, todas las tribus, sepultadas en los bosques y acampadas en las márgenes de los rios, corrian á encontrarse con los operarios del Evangelio, se postraban á sus piés, dejándose dominar del ascendiente de sus virtudes y el prestigio de su sabiduría.

Los templos é iglesias, que se fundaban en el curso de la Mision, se convertian en otros tantos centros de enseñanza, puesto que al paso, que pro-

movian el culto católico, instruyendo á los indígenas en la nueva Religion, los imponian en las ciencias y artes necesarias á la vida, arrancándolos de la corrupcion, en que los habia sepultado la idolatría, y reuniéndolos en sociedad, en cuya vida, tan conforme con la condicion humana, vivian influidos por la saludable ley del Evangelio, en cuyo espíritu regulador y dulce, basaban el gobierno y las leyes, que observaban en aquel nuevo estado.

En San Salvador, obraron los misioneros un milagro tan estupendo, que les mereció la conquista de toda esta provincia del Brasil. Hallábase gravemente enfermo un niño de pechos, de cuya salud se habia desesperado: los padres BIARD y MURÉ, á los inconsolables lamentos en que prorrumpan sus padres, penetraron en la casa del dolor, bautizaron á la moribunda criatura, y exhortaron á todos los circunstantes á poner la confianza en Dios, y en breve, el tierno infante recobró la salud, aplicándose á los pechos maternales. Los padres se convirtieron al Catolicismo, siguiendo su ejemplo todas las gentes, que iban adquiriendo noticias de tan grande portento, el que no dudaron habia sido producido por las oraciones de los siervos de Dios, á quienes empezaron á mirar, desde entónces, como unos seres superiores á los demás hombres, tratándolos con todas las consideraciones, debidas á su sagrado carácter.

La mitología de los peruanos era tan ridícula y bárbara, como la de todos los pueblos salvajes de las Américas: sus costumbres tan relajadas y supersticiosas, como las de todos los países, dominados por la idolatría. En efecto, la religion de los peruanos, reconocia por principal divinidad al Sol, en cuyo ob-

sequio vivían en la soledad, entregándose á todos los excesos del vicio, cifrando, en la licencia y el desarreglo de costumbres, el culto que le rendían. Todos los hombres y todos los bienes, en sentir de los peruanos, descendían del divinizado astro del día. No conocían el matrimonio, y la procreación de la prole provenía del trato carnal de hermanos con hermanas: sólo el soberano era casado entre ellos, y debía ser su esposa una de las vírgenes consagradas al Sol, con quien se confesaba, yendo seguidamente á bañarse al río, á quien suplicaba arrastrára, con el torrente de sus aguas, los pecados, y los sepultára en la mar.

Cuando FRANCISCO PIZARRO, fué enviado por CARLOS V al Perú, se hizo escoltar, por mandato expreso del soberano español, de una falange de misioneros, compuesta de 24 mercedarios; los cuales rompieron el fuego con el cañón de la predicacion y con el cerco de todas las obras de misericordia, al cual se rindieron, acogiéndose bajo las consoladoras banderas de la Religion Cristiana. Para consolidar el trono de la Religion, levantaron colegios, seminarios y monumentos religiosos, por cuyos medios hacían progresar las ciencias á la sombra del Evangelio, como tenían de costumbre. Dejaron sentir los misioneros, que evangelizaron el Perú, el mismo movimiento artístico y literario, que producía su presencia en otros puntos: todos los centros de instruccion y caridad ocupaban: ora se veían en las escuelas, enseñando á los niños los rudimentos de la Fé y de la Religion; ora se instalaban en los hospitales, para consolar á los enfermos: ya se dejaban ver en los templos, predicando la ley del verdadero Dios; ya, finalmente, eran encontrados en las casas de los mo-



ribundos, suministrándoles los últimos auxilios de la Religión.

Hacia la última mitad del siglo XVII, se estableció una banda de jesuitas en Lima, ciudad del Perú, secundando los penosos esfuerzos de caridad, á que se habian abandonado los operarios evangélicos, que los habian precedido, en el desempeño del ministerio apostólico. Estos benéficos religiosos, de de su arribo á la ciudad, empezaron á declarar guerra abierta á la ignorancia, á las dolencias, á la miseria, á la idolatría y á las pasiones, huesos terribles del mal, con quienes se batieron, hasta derramar generosamente su sangre en defensa de la humanidad afligida, por cuyo consuelo y alivio, se engolfaban en el borrascoso mar de los peligros, acometian empresas arriesgadas, arrotraban funestos males; esperando, por toda recompensa á tan penosos sacrificios, los insultos, los tormentos y hasta la muerte, de los mismos, en cuyo provecho redundaban tantos beneficios. Encerradas en sus solitarias mansiones, se ocupaban los misioneros en el estudio y la oración, ejercicios que sólo interrumpian, para visitar los hospitales y ocupar las escuelas, aliviando la miseria ajena, y curando la ignorancia de los neófitos, á quienes hacian marchar alternativamente por las veredas de la Religión y de la Ciencia.

El padre PORTILLO, merece especial mención, entre sus compañeros de ministerio, por haber sido el que hacinó más miés en la era del Señor, segada, en el glorioso campo de las conquistas espirituales, con la cortante hoz de su avasalladora elocuencia. Todos fijaban el blanco de sus tiros en la juventud, glorioso porvenir de la Iglesia y de la sociedad, por ganarse á esta clase, la más numerosa de todos los pobla-

ciones, hacian inusitados esfuerzos, empleaban todos los recursos imaginables: ya se valian de halagos y caricias, únicos lazos en que suelen caer los niños; ya de la paciencia para disimular las faltas insoportables de su edad: ora los instruian en los puntos científicos y artísticos, á que demostraban más inclinacion: ora les hablaban, en la lengua del país, sobre los asuntos pueriles: y finalmente, se los ganaban con las consideraciones, que guardaban á sus respectivos padres, haciéndoles todos los favores posibles.

Lima es deudora de la ilustracion que recibió, á su arzobispo JERÓNIMO; el que hizo progresar todos los ramos de la ciencia, en proporcion al rápido vuelo, que supo dar á la Religion Católica. Abrió un vasto campo á las letras en los establecimientos de instruccion que fundó, á cuyo frente se puso con los compañeros de mision; y mezclando las enseñanzas humanas con las máximas del Evangelio, convertía las escuelas, las academias y los colegios, en otros tantos focos de catolicismo.

Describiremos, á rasgos más minuciosos de lo que tenemos de costumbre, la biografia de SANTO TORIBIO, arzobispo por autonomasia de Lima. Dedicado originariamente á la jurisprudencia, demostró tanta suficiencia, y desplegó tantas virtudes en la estrepitosa carrera del foro, que FELIPE II, le distinguió con la primera magistratura de Granada, habiéndola desempeñado con tan buen éxito, que confirmó la favorable opinion, que el público habia formado de su ciencia y piedad. Habiendo trocado la toga en la estola, el rey de España le elevó á la silla prelacial de Lima.

TORIBIO, convencido de que el honor y el progreso

de la Religion, derivan en gran parte de las cualidades de los sagrados ministros, se esmeraba en que los sacerdotes, encargados de dirigir las iglesias, fueran la personificacion de todas las virtudes pastorales. Dan público testimonio de su amor á los letras, los seminarios y universidades que fundó; del celo que le animaba por la Religion, las iglesias que abrió al culto; y de la caridad, en cuyo fuego ardia, los hospitales que consagró á las dolencias y miserias públicas. Opuso la fuerza de sus larguezas á las necesidades de su amada grey en todo tiempo; pero, en las calamitosas épocas de epidemias y constelaciones, se desbordó el rio de su caridad, inundando sus fecundas aguas todas las madrigueras de la peste y de la penuria: entónces, invertia el total de la renta episcopal en llevar al terreno consolador de la convalecencia, ó en arrancar de los brazos de la muerte á los enfermos, reduciéndose él á una estrechez impropia de la dignidad episcopal, de que estaba revestido; añadiendo á estos sacrificios pecuniarios los trabajos y fatigas de un héroe, visitando los enfermos, consolándolos, y aplicándoles los remedios medicinales del cuerpo y los espirituales del alma.

Las abundantes cosechas, que produjo el campo cristiano, cultivado con las armas de la predicacion, abnegacion y desprendimiento, pueden calcularse por los millones de almas, que se convirtieron. La conducta celosa y caritativa, que guardaba en su vida privada, le acompañaba en sus visitas pastorales: de modo que, cuando recorria su dilatada Diócesis, era la admiracion y edificacion de todos sus diocesanos; quienes se conformaban con la opinion pública en la apreciacion de su santidad. Deteniase en el curso de sus visitas pastorales, para combatir las

necesidades que agobiaban á su amada grey, empleando dos ó tres dias en curar los achaques físicos y morales de los fieles. A sus espensas, se fundaban asociaciones de instruccion, para confirmar en la fé á todos los débiles, suministrándoles recursos, instruyéndolos y animándolos en el cumplimiento de los deberes cristianos: así es que sus liberalidades consumian en las visitas sobre unos 20.000 pesos; liberalidades que le acompañaron hasta la muerte, en la que repartió, entre los pobres y casas beneficiarias, los escasos fondos de sus rentas.

## CAPÍTULO XVII

**Misiones de la nueva Granada.—Sus resultados científicos y morales.—Misiones de la Océania.— Hermanas de la Caridad en Constantinopla.**

ZAPATA DE CÁRDENAS, ilustró el obispado de nueva Granada con una conducta santa, á cuyo ejemplo los idólatras abrazaban la Religión de la Cruz. Su caridad, desarrollándose cual voraz incendio, abrasó los bosques de la miseria y del dolor, que la peste produjo desgraciadamente en su Diócesis. Los apestados gemían en un aislamiento cruel, y hubieran sucumbido á los rigores de la enfermedad, á no haber mediado eficazmente la accion generosa y liberal del misericordioso prelado. Subieron sus larguezas á veinte mil monedas de oro: suma cuantiosa que grangeó á los misioneros el aprecio de los idólatras, que participaban de sus limosnas y de su caridad, en proporecion á sus necesidades: suma cuantiosa á la que deben atribuirse, más que á la predicacion,

las numerosas conversiones, que por todas partes hacian.

Era considerable el número de conventos, colegios, escuelas y hospitales, que habian sido demolidos por las sublevaciones de los infieles; los que cautivados con la generosa conducta de los misioneros y obispos católicos, cooperaron á la reedificacion de los mencionados establecimientos; siendo montados bajo nuevas bases y mejores condiciones. Los establecimientos literarios, ocupados por la juventud española é indígena, fueron perfeccionándose de dia en dia, bajo la direccion de los prelados, que siempre llevaban la máxima, de que las cátedras científicas fuesen desempeñadas por profesores hábiles, religiosos y encanecidos en la enseñanza. Entre las materias que se debian cursar, figuraban las lenguas de los indígenas, con la mira de vencer los obstáculos, que la ignorancia ó malicia de los intérpretes oponía á la predicacion de la palabra divina. De estas escuelas brotó una juventud muy lucida, que, impuesta en todas lenguas del país, empezó á evangelizar, é instruir á los naturales, sumidos en la ignorancia. Se fundó una *Sede metropolitana*, que fué el sol de la Religion, que alumbró la Nueva Granada: se erigió un seminario, independiente de los establecimientos literarios que hemos mencionado, manantial de ínclitos párrocos, que en lo sucesivo confirmaron, con sus trabajos y fatigas, la Religion, que habian planteado los misioneros.

Los generales, encargados de someter las Américas á sus respectivos reyes, se hacian acompañar, en sus campañas militares, de los misioneros; pues confiaban más en las armas del Evangelio, que en los recursos de la guerra. Causaba admiracion el núme-

ro de establecimientos religiosos y literarios, que fundaban los misioneros por donde quiera que pasaban, haciendo resonar el grito de la Religion: pero en donde más se dejó sentir esta influencia religiosa y literaria, fué en las Américas: aquí, desde su arribo, empezaron á florecer las letras, al paso que se iba infiltrando la Religion. FRANCISCO DE LA CRUZ, fundó un colegio en Lima, bajo la advocacion de SANTO TOMÁS, del que fué rector y profesor: en el siglo XVI, JERÓNIMO DE LOISA, arzobispo de Lima, fundó una universidad con anuencia del Papa y del rey, quienes contribuyeron con sus larguezas á los gastos de construccion y á la dotacion de las cátedras, que se iban creando: esta Universidad se montó bajo el pié, en que estaba la de Salamanca, cuyos privilegios y distinciones le fueron adjudicados. El arzobispo de Santa Fé, CRISTÓBAL DE TORRES, fundó una Universidad, y la proveyó de quince cátedras, en esta forma: cinco de teología, cinco de Derecho civil y canónico, y otras tantas de Bellas Artes y Medicina. En Quebec, fundaron los jesuitas un establecimiento de Ursolinas, que se dedicaban á la instruccion de las doncellas! En Chile, empezaron los dominicos los trabajos de su mision, dando libertad á los esclavos, siguiendo su ejemplo los señores y grandes de aquel país.

La Oceanía experimentó igual metamorfosis, que el resto de las naciones salvajes, al grito entusiasta de «¡Viva la Religion Católica!» Las islas instaladas en el Océano Pacífico, se agruparon asombradas en derredor de los misioneros, los cuales daban á conocer prácticamente las ventajas de su Religion sobre los restos de la idolatría que profesaban, enjugando el llanto de los desgraciados, hablándoles de

las delicias de la otra vida, prometidas á la virtud; de los castigos del infierno, señalados al vicio; y de las condiciones que debe tener una sociedad verdaderamente culta.

Atraídos por esta doctrina tan desconocida como consoladora para ellos, olvidaban sus dioses, abjuraban el culto supersticioso, renunciaban sus absurdas prácticas, y seguían, paso á paso, el camino que les trazaban los operarios del Evangelio. Instruidos en las máximas cristianas, recibían el bautismo, y vivían en sociedad, suspendiendo para siempre la vida errante, y aprendiendo todas las ciencias y artes, necesarias á la vida, bajo la dirección de sus protectores. Inauguraron las conquistas espirituales de las islas del Océano Pacífico, los religiosos de la Congregación de Jesús y de María, á los cuales siguieron los individuos de todas las órdenes, que, á fuerza de trabajo, de sabiduría y caridad, lograron civilizar esta nueva parte del mundo.

En tanto que la Religión Católica se entronizaba en las cuatro partes del mundo, que hemos referido, acababa también con los restos mahometanos, que se habían guarecido en una de las potencias europeas del Norte. En Constantinopla, invadida por el Islamismo, se había establecido una congregación, bajo la advocación de la Virgen, desempeñando sus cofrades las funciones de misioneros en las cárceles, en los hospitales y en las galeras del Sultán.

La más penosa y arraigada ocupación de los operarios jesuitas, que residían en Constantinopla, capital de la Turquía Europea, era la misión que hacían por turno dos de ellos en los presidios del Sultán, nombre que daban los mahometanos a las cárceles, en que encerraban á los esclavos, comprados, ó roba-



dos á los cristianos. Las cárceles del Gran Señor, contenian como unos tres mil de aquellos desgraciados. Nadie podia acercarse á aquellos inmundos lugares, sin que sintiese el corazón despedazado de pena, al oír el ruido de las cadenas, que oprimian á los infelices allí detenidos, los desapiadados golpes, que recibian de los verdugos, y los desgarradores gritos, que les arrancaba el dolor de los tormentos, que padecian. El pan y el agua, eran su alimento, y la cama el duro suelo: unos trages toscos y haraposos, cubrian malamente sus cuerpos: el aire corrompido que se respiraba en aquellas fétidas mazmorras, causábales frecuentes enfermedades.

Todos los domingos y dias festivos, iban los misioneros á visitar los baños, otros establecimientos penales de Constantinopla. Cuando invadia la peste, se destinaba un solo misionero á los baños, porque era preciso atender á las necesidades de los apestados. El que era designado para ocupar estos lugares arriegados, se disponia al cumplimiento de su mision con algunos dias de retiro: luego, se despedia para siemore de sus compañeros de mision: lo que no era de extrañar, si se atiende á que por lo regular moria en el cumplimiento de sus deberes. El último jesuita, que sucumbió en el ejercicio de estos oficios sublimes de piedad, es el padre VENDER MANS, quien dejó de existir á los diez y nueve dias de asistir á los enfermos, que tenia bajo su inspeccion.

El padre BESNIER, se consagró á las misiones de Constantinopla, en donde habia ya prestado muchos servicios, y en donde sucumbió al contagio, desempeñando su ministerio.

El sacerdote JACOBO, era conocido en Constantinopla, con el nombre de padre de los esclavos; pues

hacía ochenta años que se ocupaba incesantemente en las obras de caridad, que ofrecían más peligro. En el año 1707, en que fué víctima de la peste una gran parte de Constantinopla, aquel caritativo padre hacía sentir los dulces efectos de su ministerio, allí donde sacaba la cabeza el peligro: esto es, en las galeras del Gran Señor, en los buques y en todos los sitios del dolor, se hallaba, prestando todo género de servicios á través del contagio, del dolor y de los pútridos miasmas, que se exhalaban del teatro de la epidemia reinante.

En el año 1839, se establecieron las hermanas de la caridad en Constantinopla, bajo la direccion del arzobispo de París; las cuales llegaron á tener bajo su inspeccion á 1.000 niñas huérfanas, á quienes instruían en todas las labores del sexo, dándoles á la vez una educacion religiosa: tenían por su cuenta un establecimiento de farmacia, que proporcionaba gratis todos los medicamentos á los pobres enfermos, que eran asistidos por estas hijas de la gracia, con arreglo á las prescripciones y consejos de los médicos espirituales y físicos. En 1587, fueron enviados á Constantinopla muchos jesuitas, los cuales perecieron todos, sin que sobreviviera uno á la persecucion de la peste y de la espada que sufrieron, durante su permanencia en la capital de la Turquía, para dar conocimiento á Roma del desastroso fin, que tuvo aquella mision; porque, si bien fué gloriosa, por haber proporcionado la corona del martirio á los individuos que la componían, fué desgraciada, porque cortó por entónces los progresos de la Religion Católica en el imperio turco.

---

## CUARTA Y ÚLTIMA PARTE

CAUSA PRINCIPAL DE LAS GLORIAS DEL CLERO:

CELIBATO ECLESIAÍSTICO

## CUARTA Y ÚLTIMA PARTE

### CAUSA PRINCIPAL DE LAS GLORIAS DEL CLERO

#### CELIBATO ECLESIASTICO

## CAPÍTULO PRIMERO

**Concepto en que tomamos el celibato eclesiástico.—  
Enemigos de esta institucion.—Fin que se proponen.**

Confesamos que no es de nuestra competencia, descender á la arena con los enemigos de los Consejos evangélicos; pero en conformidad con el espíritu general de nuestra obra, hemos expuesto los beneficios que el Clero ha dispensado á la sociedad en todos tiempos, y las causas que los hayan podido producir; y como entre éstas, euumeramos el celibato eclesiástico, nos vemos precisados á ocuparnos de él, demostrando los bienes que ha traido á la sociedad, é hiriendo indeliberadamente á los detractores de tan benéfica institucion. Consiguientes con nuestra costumbre de ventilar, en el doble terreno de la historia y de la lógica, todas las cuestiones, que suscitamos en el trascurso de nuestra obra, exponaremos narrativamente los hechos, que envuel-

ve el asunto actual, de los cuales brotará con naturalidad la consecuencia lógicamente verdadera, juez imparcial que decidirá por sí sola la cuestion.

El celibato, que los clérigos profesan, con arreglo á las prescripciones de la Iglesia, ha sido rudamente combatido por los innovadores del siglo XVI, por los pseudo-políticos, libertinos y pretendidos filósofos del dia. No perdonando éstos medio alguno, por villano é infame que sea, para ridiculizar á los sagrados ministros del altar; y despues de haber sido derrotados en todas las batallas, que han provocado, ensayan el extremo de atacar desesperadamente un estado de perfeccion, que santifica y ennoblece el carácter de la veneranda clase sacerdotal, á quien odian por sistema y por costumbre, convirtiendo en objeto de censura y critica mordaz, lo que debiera ser motivo de alabanza y gratitud.

Nuestros adversarios observan una conducta depravada, que desmiente ese celo exajerado, que aparentan sentir por las cosas santas; y en su consecuencia, léjos de hallar eco en ninguna parte sus declamatorias qu-jas, recogen el desprecio y la indignacion pública. En efecto, el escandaloso ejemplo de su vida, revela un fondo de corrupcion y perversidad moral, que responde victoriosamente á los argumentos, que oponen á la santa causa de la continencia clerical; por cuyo motivo, nosotros nos abstendríamos de lanzarnos al agitado campo de la controversia, si no imagináramos, que nuestra inaccion, nuestro silencio y nuestro retraimiento, se traducieran á cobardía, ignorancia ó impotencia para la defensa. Por otra parte, como hemos prometido hacer la apología del celibato eclesiástico, describiendo los inmensos beneficios, de que ha colmado á la socie-

dad, no podemos dejar de hacer la oposicion á nuestros detractores.

El protestantismo, monstruoso caudillo de las descarriadas huestes, que declaran guerra á la ley de la continencia, reconoce por autor de su existencia á LUTERO, aborto infernal de su siglo, baldon y oprobio de su pátria, padre de la impiedad: á LUTERO que, habiendo ingresado en el estado eclesiástico por la puerta de la impremeditacion, lo deshonoró con la relajacion de sus costumbres; habiendo propagado el incendio de su inmoralidad al cláustro, do se encerrára para apostatar más tarde, precipitándose en el revuelto oleaje del mundo.

Habiendo este mónstruo de la sociedad hecho pedazos las cadenas santas del cláustro, que le amarraban, empezó á nadar expansivamente en el voluptuoso mar de las vergonzosas pasiones, vomitando las más atroces calumnias contra la clase, á que indignamente pertenecía, y desatándose en improperios contra los votos monásticos, cuyo escandaloso quebrantamiento trataba de cohonestar con los desórdenes y extravíos inmorales, que marca la negra historia de su licenciosa vida.

Esta lamentable tragedia, que representó en el teatro del mundo un mal sacerdote, engendró el nefando protestantismo, que marcha al frente de los rivales eternos del Clero católico: ¡Secta pestífera que ha emponzoñado, con su mortífero hálito, millares de almas! Dejándose dominar paulatinamente de los impetuosos movimientos de la concupiscencia, le parecieron de dia en dia más insoportables la Regla del cláustro y el yugo del sacerdocio, hasta que, aplastado por el peso de las pasiones, se declaró ¡ya impotente para cumplir los votos, emitidos en un

momento de entusiasmo y de lamentable ceguedad: entónces, se entregó al mágico poder de los vicios; y para justificar su cobardía á los ojos del mundo, denigró con todo género de diatribas la Religion y el claústro, achacándoles las debilidades y flaquezas de su mal reprimida pasion.

No satisfecho todavia con quebrantar el reglamento claustral y la disciplina eclesiástica, apostatando de la vida monástica, y contrayendo un enlace ignominioso y sacrílego, impugnó la doctrina dogmática y moral del Evangelio. Su apostolado hizo desgraciadamente prosélitos con los artificios y violencias, que empleó: su relajada doctrina sedujo á millares de infelices que marcharon, y marchan todavia, precipitadamente hácia el infierno por la desastrosa carrera, que su funesto caudillo les trazára con su funesto ejemplo.

Los pseudo-políticos, filósofos y libertinos del día, forman coro con la desacreditada familia de LUTERO, con el capcioso pretesto de purificar la Religion de las manchas, que, en su erróneo concepto, la empañan: impugnan el celibato eclesiástico, con el avieso fin de que, declamando contra esta institucion, pasen desapercibidos sus propios excesos. Es innegable que la disciplina eclesiástica, el dogma y moral evangélica, ponen un freno legal á la codicia de los usurpadores, á la licencia é impiedad de los libertinos; y á la mira de declinar la responsabilidad moral de su infame libertinaje, y poderse abandonar á rienda suelta á todos los excesos del vicio, declaman furiosos contra las más venerandas instituciones y sacrosantas doctrinas de la Iglesia, no cejando, en su fútil empeño de aniquilamiento y destruccion, hasta dar en traste con la Religion Católica, si posible



fuera, y matar el horrendo fantasma de los remordimientos, que acibara los placeres, y amarga los instantes todos de su vida, turbando el goce de las usurpaciones y despojos sacrílegos.

Vivir en el desenfreno de las costumbres y des-arreglo de las pasiones, es el objeto bestial, que los consabidos enemigos del celibato se proponen, al hacer armas contra la Iglesia que lo prescribe, y contra el Clero que lo profesa: hé aquí el único fin de sus insensatas declamaciones; hé aquí el móvil que los empuja á mezclarse en asuntos, que les son completamente extraños; hé aquí el satánico espíritu, que anima á ese celo y entusiasmo, que sienten por el brillo y esplendor de la Religion: celo y entusiasmo simulados, con que aspiran á enmascarar las bajas pasiones de hipocresía, ambicion é impiedad, que los domína: celo y entusiasmo, en fin, con que encubren sus tendencias al ateismo, y velan la desbordacion moral, en que encierran su desordenada vida.

Sin embargo, escudan su conducta de oposicion en algunas razones; pero, como todas ellas emanan de los corrompidos principios de egoismo y libertinaje, que hemos mencionado, léjos de justificar su conducta de reformistas, atrayendo á su causa parciales, se desconceptúan en el público, incurriendo en el ódio é indignacion de todos. En efecto, todos los argumentos, que desenvuelven en la polémica, son un tejido monstruoso de calumnias que, con amaño y arte, formulan contra la Religion y sus ministros, desviándose torpemente del terreno demostrativo.



## CAPÍTULO II

---

**Objeciones que se presentan contra el celibato eclesiástico.—Explicacion de la autoridad «*Crescite et multiplicamini.*»—Paralelo entre la conducta de los célibes eclesiásticos y la de sus enemigos.**

Acriminan á la Iglesia y Clero católico, de haber faltado, al profesar el celibato, á este precepto divino: «*Crescite et multiplicamini.*» Abusando del citado texto del Génesis, lo interpretan tan violentamente, que los profesores de la abstinencia matrimonial, son, en el apasionado criterio de sus adversarios, un padron de infamia para la Religion, por cuanto la deslustran con innovaciones arbitrarias, que enjendran el fanatismo en los pueblos, á cuya sombra satisfacen su egoismo y ambicion, viviendo cómoda y regaladamente en el seno de la voluptuosa pereza y de la abundancia, en desdoro de su ministerio. De estas premisas, hijas de la pasion que los incontinentistas alimentan contra el celibato, han deducido, que el Clero es una barrera contra las lu-

ces, porque, atento sólo á los goces materiales, aprisiona la inteligencia en un círculo de fanatismo, impidiendo, que el mundo marche, viento en popa, por las veredas del progreso, hasta nivelarse con las naciones cultas y civilizadas, que no están sometidas al predominio clerical.

Prometemos contestar victoriosamente á los calumniosos ataques, que dirigen al Clero sus contrarios; pero anticiparemos la refutación del principio, de que derivan, consultando con la claridad y el órden, que son la consigna de nuestra obra. Por consiguiente, es preciso advertir, que al citado texto del Génesis, con que se arman los adversarios para embestir al celibato eclesiástico, le han cercenado estas palabras: «*Et replete terram.*» Palabras, que desentrañan el fin que Dios se propuso en esta ocasion, que no fué otro que el de llenar la tierra de seres humanos: de donde se infiere, que este pasaje, más bien que un precepto formal, expresa una bendición sobre la procreacion de la especie humana, cuya bendición se ha cumplido en todas sus partes, poblándose el mundo de toda clase de seres: por consiguiente, aún suponiendo que la autoridad, objetada del Génesis, fuese un precepto formal, hoy dejaría de obligar en todas sus circunstancias de universalidad subjetiva, puesto que está humanamente constituido el mundo físico, á que tendía su espíritu. Una explicacion análoga se dá á los antiguos patriarcas del pueblo hebreo, á los cuales consintió Dios la simultánea multiplicidad de mujeres, para propagar rápidamente la especie humana; pero cuando la tierra se mostró suficientemente poblada, aquella tolerancia matrimonial se hizo innecesaria, y hoy sería un crimen, como de hecho lo es, condenado por el Evangelio.

Pero nosotros convenimos, en que la objecion propuesta se apoye en un precepto formal: ¿se deducirá de esta hipótesis, que todos los hombres venimos obligados á contraer matrimonio? De ninguna manera; porque, siendo el espíritu de este precepto, propagar la especie humana, bastaría restringir su obligacion á la colectividad, para cumplir su objeto, sin necesidad de hacerla extensiva al individuo. ¿Acaso no sería una temeridad inexcusable, impeler á todos los individuos de la especie humana, á contraer matrimonio? Pues, ¿cuántos hay, que por circunstancias de voluntad, naturaleza y sanidad, están llamados á profesar el celibato? Todos estos podrían ser obligados en buena hora al matrimonio; pero de ninguna manera á la generacion; la que repugna su voluntad, su impotencia y su naturaleza; y por consiguiente, harian ineficaz la ley, eludiendo forzosamente sus efectos.

Retrocedamos ahora algunos pasos, para rebatir las calumnias, que los implacables enemigos del Clero, apoyados en el principio combatido, se permiten lanzar contra esta respetable clase de la sociedad. Bastaría tender una mirada retrospectiva á los tratados precedentes, para disipar la niebla de la injuria y maledicencia, en que envuelven los infucos defensores del matrimonio á los que, escuchando la consejera voz del Evangelio, se encierran espontáneamente en el celibato. Hemos consignado ya repetidas veces, en el trascurso de nuestros estudios, que la civilizacion y el progreso moderno, reconocen por autor al Clero, sin cuya liberal y activa accion, el mundo se hubiera anegado en el lóbrego y hediondo mar de la ignorancia y de la miseria, puesto que todas las razas se hubieran exterminado en reci-

procas y sangrientas guerras; ostentando el mundo, en las cenizas, escombros y ruinas, á que hubiera sido reducido, los mudos vestigios de la creacion universal.

Al soplo benéfico y poderoso del Evangelio, anunciado por el Clero, se disipó la miseria, se evaporaron los vicios, huyeron las epidemias, se desterró la esclavitud, se hundió el despotismo, y se desvanecieron todos los males, que devoraban la sociedad. ¡Ah, el mundo hubiera sucumbido á los inminentes riesgos, que por do quiera le amenazaban; se hubiera precipitado en la insondable sima de la muerte, sin una palanca fuerte y vigorosa que, como el robusto brazo del Clero, hubiera levantado la humanidad de la postracion, en que yacía. ¿Por qué los injustos detractores del Clero, á los desgarradores gritos que repetidas veces ha lanzado la moribunda sociedad en sus crueles agonías de muerte, no han acudido presurosos á prestar los mentidos auxilios de su decantada filantropía, que tanto hacen resonar en el córcavo mundo de sus estériles teorías? ¿Por qué, mostrándose sordos á los inconsolables gemidos, que las guerras y epidemias han levantado en el mundo, esperaban impasibles los perentorios consuelos de la humanidad de ese Clero grosero, soez y egoísta, en su lenguaje jactancioso y apasionado? ¿Por qué, huyendo del teatro del dolor, se refugiaban en sus quintas, pusilánimes y acobardados, contemplando, á cubierto del peligro, los consuelos que, con pródiga mano, derramaba sobre las úlceras mortales de su angustiado semejante ese Clero, tan injustamente perseguido y vilipendiado? ¿Por qué, miéntras se encerraban en sus casas, se solazaban en sus heredades, se expansionaban en sus goces, se deleita-

ban en la familia, no acudieron, imitando la abnegación y heroísmo del Clero, á depositar, en pro del bien público, su respectivo contingente de auxilios, esfuerzos y consuelos, para conjurar la epidemia y las guerras, que angustiaban á la desventurada humanidad?

Regístrense los fastos de las naciones, las crónicas de todos los pueblos, y veremos á este Clero, mal pese á sus adversarios, salvar las ciencias y las artes del azote de las guerras, de las piquetas revolucionarias, de los golpes de las persecuciones, de las preocupaciones de la ignorancia: veremos á ese Clero ofrecer, á despecho de sus enemigos, sacrificios heroicos de todas las clases en aras del progreso, de las luces, de la civilización: veremos á ese Clero hacer prodigios de caridad, en beneficio de sus indefensos y desvalidos hermanos; arrojando del nervudo brazo de los tiranos el azote vengador, suavizando, ó suspendiendo la acción de los tribunales; neutralizando los efectos sanguinarios de los decretos, expedidos por los irritados monarcas; ajustando tratados de paz en los sangrientos campos de batalla; arrancando de las encumbradas esferas del Poder indultos y amnistías para el desgaciado: veremos á ese Clero deponer el pánico, que embarga á todos; turbar el reposo de su vida privada; abandonar el hogar doméstico, y volar á combatir la miseria pública con las armas de sus exiguos recursos y de su copiosa ciencia: veremos á ese Clero cargar sobre sus hombros la tremenda responsabilidad de los poderes supremos, erigiéndose en maestro y consejero de los Reyes, á pesar suyo y en alivio de los pueblos: veremos á ese Clero sepultarse en los hediondos calabozos, penetrar en los cuarteles de inválidos, frecuentar los hospitales, y

consolar á los heridos, á los apestados y prisioneros, con esa presencia de ánimo, que solo puede inspirar la virtud y la conciencia; aplicandó á cada llaga su medicina, á cada mal su remedio, á cada necesidad su alivio; compartiendo con los desgraciados sus escasos bienes, y participando de sus infortunios, en recompensa de sus heróicos servicios, de sus incansables desvelos y fatigas.

El Clero, sí, fué la única clase social que libró á la humanidad del naufragio, arrojando al tempestuoso mar de las guerras y epidemias una tabla salvadora: el Clero fué, sí, la única clase social que corrió graves peligros, para conservar siempre viva la llama vacilante de la civilizacion: él fué quien, convirtiendo los pueblos antiguos al Catolicismo, trasmitió de generacion en generacion, á la posteridad los tesoros científicos del paganismo: él fué quien, inspirando temor y respeto religioso á los bárbaros del Norte, encerró en los limites de la prudencia y caridad sus desoladoras conquistas, induciéndolos á respetar las preciosidades científicas de Grecia y Roma, las que hubieran sido envueltas en los escombros y ruinas, á que fué reducido el Occidente, sin su celosa, sábia y previsora cooperacion.

Los soberanos de la Iglesia, mediando con éxito glorioso en las sucesivas y violentas irrupciones de los salvajes conquistadores del Norte, se captaron su voluntad de tal suerte, que escuchaban con respeto y admiracion sus lecciones, asistiendo humildemente á sus cátedras; y, al erigirse en soberanos de las nuevas monarquías, en que se disolvió el colosal imperio de Roma, se hicieron un deber sagrado, el adoptarlos por sus consejeros y miembros natos de sus gobiernos. Aleccionados, pues, por la Iglesia, los

bárbaros no solo protegieron la Religión, que los ilustraba y humanizaba, sino que empezaron á desplegar vivo interés á favor de las ciencias y artes, en cuyo cultivo y desarrollo trabajaron sin cesar, empleando sumas de bastante consideracion. Es providencial el respeto y cariño, que estas indómitas fieras desmostraron al sacerdote y monge de la Edad Media, á cuya inesperada circunstancia, se debió la moderacion y la templanza, que coronaron sus invasiones, inauguradas bajo los siniestros auspicios de la consternacion y el pánico; á cuya inesperada circunstancia, se debió tambien el poderoso influjo que ejerció la Religión, y la pujanza que adquirieron las letras.

El resto de la literatura romana se hallaba depositado en Constantinopla bajo la salvaguardia del Clero Católico; el que, al ser tomada por los turcos la capital del imperio de Oriente, hizo un esfuerzo supremo. para poner á salvo de la invasion el sagrado depósito de las ciencias. En efecto, los Reverendos Pontífices, apercibidos de los inminentes riesgos, que corrian, nombraron una comision respetable de los más distinguidos literatos de su época, y la enviaron al teatro de la guerra, para que consultara con los sacerdotes el medio de adquirir las bellezas de la antigüedad, custodiadas en la Metrópoli del imperio Oriental. Merced al celo, actividad y liberalidad de los comisionados pontificios, las obras más clásicas de la antigüedad fueron preservadas del incendio, indultadas del saqueo, y sustraídas á la desolacion; siendo conducidas sin demora á Roma, en donde, bajo los auspicios del protectorado papal, dieron ópimos frutos en el delicioso campo de las letras.

Terminada la digresion, en que nos ha engolfado



la lógica de las ideas, reanudaremos el hilo de la explicacion, que estamos dando á las observaciones, que nos hacen los incontinentistas. Desde luego, convenimos, en que el celibato militar sea indispensable, para llenar los deberes de esta humana institucion; pero ¿por qué los enemigos de la perfeccion evangélica, no declaman contra esta clase, y sólo convergen sus tiros al celibato clerical? ¿Por qué, mientras sus maldicientes lenguas destilan el veneno de la calumnia contra los eclesiásticos, se muestran indulgentes con los seglares? ¿Por qué osan coartar la libertad del Clero, obligándole á vivir en el círculo conyugal, mientras acatan la conducta de los seglares, que se proclaman libres, para contraer matrimonio, ó permanecer célibes toda su vida? ¿Acaso abusan los eclesiásticos de la libertad natural en perjuicio de la sociedad, en que viven, mientras los seglares la favorecen con su estado libre?

Conste, pues, á los incontinentistas, que el Clero, al profesar el celibato, obedece á una ley de disciplina eclesiástica, basada en la santidad del ministerio que ejerce, y en la conveniencia pública; y que los seglares se retraen del matrimonio, instigados por las torpes miras de evadir todo género de responsabilidades, y vivir en la cenagosa órbita del infame libertinage. El Clero, desprendido de los vínculos conyugales, se hace esclavo de los piadosos fines que lleva consigo su estado libre, consagrándose, por todos los medios imaginables, á promover el bien comun: al contrario, los libertinos, abusando escandalosamente de la libertad que se toman, se abandonan al impetuoso torrente de los vicios, inutilizándose á sí propios para la generacion, de cuya impotencia participan las numerosas personas del sexo

femenil, con quienes se rozan carnalmente, defraudando á la sociedad un sinnúmero considerable de miembros útiles, á cuyos servicios tiene un derecho indisputable.

Si se reconociera una ley, que forzase á todos los individuos, sin distincion de clases y condiciones, al matrimonio, ciertamente, que se esquivarían esos desconciertos y desórdenes morales, esos abusos lamentables, esos fieros estragos, que el celibato secular acarrea á la sociedad, obligando á los libertinos á casarse; al paso que se privaría á la humanidad de grandes recursos beneficiarios y científicos, á ménos que se hiciera en la benemérita clase sacerdotal un caso excepcional.

### CAPITULO III

#### **Refutación de las dificultades que se oponen al celibato eclesiástico, tomadas de la naturaleza humana, de la hija de San Pedro y de San Pafnucio.**

Hagámonos cargo ahora de la objecion, que presentan los impugnadores de la continencia clerical, tomada de la fragilidad humana. En el concepto de éstos, los célibes eclesiásticos son naturalmente impotentes, para resistir las rudas embestidas de la carne, y por consecuencia, es necesario, que se casen, ó que sostengan de continuo una cruda guerra con la concupiscencia. Es de extrañar, que estos hombres lleguen al extremo de achacar á los sacerdotes los excesos sensuales, á que se abandonan los libertinos, con el sólo designio de infamarlos, conduciéndolos al matrimonio, al que repugna la santidad y decoro del santo ministerio, que ejercen.

Esta objecion entrañaría alguna fuerza persuasiva, si la materia que encierra el sér humano de los eclesiásticos, estuviera más deteriorada que la natu-

raleza física de los seglares, ó que el apetito sensitivo de éstos, fuera más privilegiado que el de aquéllos. Los seglares, como los eclesiásticos, nacen de un principio comun de corrupcion: unos y otros arrastran una naturaleza enfermiza y debilitada por el pecado original: unos y otros son atormentados incessantemente por la concupiscencia, pronunciada contra el espíritu, en el mismo instante de rebelarse contra Dios nuestros primeros padres. No hay, pues, para qué alarmarse de la naturaleza de los eclesiásticos, puesto que los mismos peligros corre la condicion física de los particulares, cuyo estado libre se respeta, y acata, no lamentando, sin embargo, sus excesos reales, miéntras se exageran, lo que no es decible, los supuestos desórdenes del celibato clerical.

Aunque por naturaleza todos seamos iguales, es forzoso confesar, que la continencia clerical es laudable en su causa, porque obedece á una ley, que la prescribe condicionalmente: es laudable en su fin, porque lo santifica, imponiendo estorbos á los abusos: es laudable en sus efectos, porque facilita el ejercicio del ministerio apostólico, confirma las virtudes sacerdotales, y fomenta el bien ajeno: al contrario, el celibato de los libertinos es reprochable en todos sus conceptos: en la causa, porque ninguna reconoce obligatoria; en su fin, porque es lujurioso; en sus efectos, porque hace horrosos estragos en el sujeto que lo profesa, en la generacion y en la sociedad.

Es incontestable, que no hay ley alguna que obligue á los libertinos á vivir matrimonialmente; pero tambien es innegable, que no obedecen á una causa racional y justa, al constituirse en este estado, miéntras el sacerdote es impulsado á su condicion de libre

por una ley, con que él mismo se ligara espontáneamente, en el momento de expresar su vocacion al sacerdocio; ley de que se le avisó con oportunidad, dejándole, por consiguiente, en completa libertad, para seguirla, ó eludir su cumplimiento. Se replicará quizá diciendo, que la espontaneidad, con que el candidato ingresa en el estado eclesiástico, no le pone á cubierto de los ataques de la carne rebelde. Cierto es, que esta libertad, que la ley de la continencia deposita en el sacerdote, no le aleja de la guerra de la carne; pero se obtiene de Dios una gracia, proporcionada al peligro que corre, gracia que lo contiene en los embates de la concupiscencia.

Si la Iglesia hubiera previsto, que el yugo del celibato era insoportable á los clérigos, no les hubiera impuesto esta condicion, al aspirar al sacerdocio; de lo contrario, se la había de culpar de tirana y opresora; y ¿quién será tan impío é insensato, que lance sobre la inmaculada Esposa de JESUCRISTO tan horrible borron? ¿quién será tan osado y temerario, que piense que la Iglesia seduce á sus ministros, imponiéndoles una carga, que no pueden llevar, complaciéndose en sus tormentos? ¿por ventura el arca mística del Evangelio no surca los procelosos mares de este mundo, sin tropezar con los erizados escollos, que en su marcha encuentra, merced al acierto y tacto exquisito del experto piloto, que la dirige desde el cielo?

Los incontinentistas, empeñados en ridiculizar el celibato eclesiástico, sostienen, con una pertinacia digna de mejor causa, que SAN PEDRO tuvo una hija, llamada PETRONILA, despues de haber abrazado el apostolado: luego la ordenacion y el carácter sacerdotal, de que se hallaba revestido, no interrump-

pieron el estado y uso conyugal. Hé aquí la consecuencia absurda, que los enemigos del Clero deducen del parentesco literal, que tienen entre sí los nombres PEDRO y PETRONILA, para inducirnos á creer, que el Apóstol tuvo la hija mencionada en su nuevo estado de sacerdote, en el que recibió el nombre de PEDRO, de donde deriva, en concepto suyo, el de PETRONILA, su hija: consecuencia arbitraria y á todas luces falsa; porque ¿á quién se le ocurre deducir de la etimología de un nombre cualquiera un hecho positivo? ¿qué relacion de sólida analogía existe entre uno y otro? Ninguna; porque el nombre puede ser arbitrario y el hecho una realidad indiscutible: PETRONILA puede derivarse de otros nombres primitivos, con quienes tenga más conexión analógica, que con PEDRO: por ejemplo, de PETRONIO.

Pero se ha de advertir, que PETRONILA es un nombre bautismal, y de ninguna manera el nombre original de la hija de SAN PEDRO; pues la Iglesia, á la prudente mira de cortar á los neófitos todas las ocasiones, aún más remotas, de reincidir en la idolatría, que recientemente han abjurado, tiene por máxima el sustituir, al nombre original del candidato á la fé, un nombre nuevo de santo, que esté en consonancia con la Religion, que nuevamente se dispone, y promete seguir: así, PEDRO es nombre de bautismo, que sustituyó al de SIMON, que originariamente llevaba el Apóstol: de donde se infiere, que, siendo ámbos nombres bautismales, ámbos son nuevos, y por consiguiente, SAN PEDRO tuvo la hija en cuestion, ántes de ser llamado al apostolado, no obstante la analogía nominal de bautismo.

Finalmente, de la conducta, observada por SAN PANUFIO en el primer Concilio Niceno, deducen los

incontinentistas un argumento que oponen, como el último esfuerzo, á la continencia clerical; pues afirman que, al discutirse este asunto de disciplina en la augusta asamblea referida, el citado padre dijo: «Que los presbíteros casados no debian ser molestados en el uso de sus mujeres, habidas en el estado seglar; que la ley de la continencia se limitára á los que en lo sucesivo ingresáran en el sacerdocio, dejando al resto de los clérigos en completa libertad, para renunciar al matrimonio, ó permanecer en él; que esta ley podria introducir una novedad, que fuese acogida con escándalos y desórdenes de trascendencia, por cuanto agravaba á los eclesiásticos todos, sin distincion de tiempo y lugar.»

Nosotros, en conformidad con la mayoría de los autores, rechazamos este pasaje del Concilio que se cita en contra del celibato clerical, fundándonos en las sospechas que inspira SÓCRATES, autor de la referida anécdota. Este historiador no nos merece crédito en la materia de que se trata, pues es muy probable que, movido por el ódio que profesaba al celibato eclesiástico, adulterase las actas del Concilio, insertando en sus escritos la autoridad apócrifa del consabido padre á la que recurren, haciendo un supremo esfuerzo, los enemigos del Clero. Este acontecimiento del Concilio Niceno, no se halla consignado en los escritos de los autores contemporáneos: luego, no es improbable, que SÓCRATES, inspirado por la pasion, se lo forjára á su modo, y lo trasmitiese á la posteridad, para derribar la institucion del celibato eclesiástico, al que, como ya se ha dicho, era antipático.

Pero supongamos verídica, y por consiguiente admisible la autoridad de SÓCRATES; ¿decaeria, por

ello, la ley de la continencia? De ninguna manera, puesto que en el Concilio, á juicio de los adversarios, se trataba de dispensar de esta ley á los presbíteros casados en el estado seglar, y contraer su obligacion á los clérigos, que se creasen de nuevo en la Iglesia: de donde se desprende, que la mente de SAN PANUFIO, y de todos los padres del Concilio, fué implantar en la Iglesia la ley del celibato, con arreglo á las circunstancias de actualidad; luego, el argumento, tomado de la Historia, no anula la citada ley.

En la época del Concilio, habia mucha variedad en las iglesias sobre este asunto de disciplina, y por lo mismo, los padres aspiraban á contemporizar con las circunstancias; pues creian que, generalizando prematuramente este asunto, la precipitacion é impremeditacion podrian causar trastornos y escándalos en el Clero, y por consiguiente, esperaban con calma una ocasion, para proclamar en todas partes la abolicion del matrimonio clerical.

Esta conducta sábia, observada en el Concilio Niceno por SAN PANUFIO y el resto de los padres, demuestra la previsorá prudencia, que desplega la Iglesia en el gobierno y régimen de los fieles, á quienes procura siempre conducir al cumplimiento de sus deberes religiosos por las pacíficas vías de la persuasion y de la dulzura, aplazando las resoluciones extremas: suministra lenta y gradualmente el pasto espiritual á las almas, aumentando las dosis de alimento con arreglo á las circunstancias de robustez, inapetencia y debilidad de los individuos, á quienes cuida concienzuda y delicadamente: tal un médico celoso y prudente trata con cautela y cuidado á un enfermo, durante el crítico período de convalecencia, suministrándole las sustancias nutri-



tivas con arreglo á los grados de fuerza, que va adquiriendo, hasta que, restablecida por completo la salud, le autoriza para que se alimente á discrecion. A fin de esquivar los trastornos lamentables, que la prematura imposicion de un nuevo yugo podria ocasionar en algunas iglesias, se limita á prescribir la ley del celibato á los presbíteros, que de nuevo se fueran creando; dando ámplia libertad á los demás, para que, á ejemplo de algunas iglesias santas, despidan las mujeres, habidas en su primordial estado, ó para que continúen con ellas.

## CAPITULO IV

### **Origen y antigüedad del celibato eclesiástico.—Su conformidad con toda ley.—Incompatibilidad moral del matrimonio con el ministerio sacerdotal.**

Generalizando, pues, todo lo que llevamos dicho, relativamente á la objecion extractada del Concilio, inferimos, que la continencia clerical estaba ya en vigor y uso en tiempo de SAN PANUFIO; que allí se prohibió el contraer matrimonio á todos los clérigos, que se instituyesen nuevamente en la Iglesia. En efecto, data la ley en cuestion desde el primer siglo cristiano, puesto que JESUCRISTE y su Santa Madre, ya profesaron la virginidad, viviendo santa y castamente en el mundo, cuyos ejemplos prácticos imitaron los apóstoles: sólo nos consta el casamiento de SAN PEDRO por la curacion milagrosa de su suegra, consignada en los Santos Evangelios: los demás fueron célibes toda su vida, ó á lo ménos, desde su ordenacion. Los discípulos del SALVADOR, los diáconos y varones apostólicos de los primeros siglos de la Iglesia, conformándose gustosos con la santa costumbre

de vivir castamente. incoada por sus ilustres predecesores, renunciaron al consorcio y uso de sus mujeres, cuando ascendieron á la dignidad sacerdotal. La continencia, pues, inaugurada por JESUCRISTO, observada por los apóstoles y sacerdotes t dos de los primeros siglos, fué confirmándose con el tiempo, hasta que su uso tomó el carácter de ley, que fué observándose, con más ó menos variedad, en la Iglesia universal.

El Oriente tardó más á someterse á la observancia de la continencia eclesiástica, robustecida y legalizada por la costumbre, en razon de que la Iglesia iba contemporizand , en beneficio de la paz, con los presbíteros y clérigos díscolos, que rehuían divorciarse de sus mujeres: pero, á pesar de esta tolerancia con que se trataba á las iglesias orientales, no se cesaba de recomendarles la obligacion de vivir castamente, prohibiéndoles expresamente el uso del débito conyugal, cuando hubiesen de funcionar en el templo; cuyo rigor contribuyó, acaso más que ninguna causa, al rompimiento con la Iglesia Romana.

En la iglesia occidental, rigió constante é invariablemente la ley del celibato de-de los tiempos apostólicos, pues se atribuye su aplicacion al mismo SAN PEDRO; y, ora sea por esta causa, ora por el carácter é índole del Clero, es lo cierto, que se observaba con tanto rigor, que no presenta la Historia un ejemplo de un clérigo casado, con posteridad al sacerdocio: los concilios particulares, secundando los acuerdos de los generales y los *decretos pontificios*, consignaron esta ley en sus cánones. imponiendo censuras, multas y deposiciones á los que rehusaban conformarse con sus decisiones, y obligando, por estos medios coercitivos, á los clérigos

renitentes, á divorciarse de las mujeres propias, á quienes la Iglesia reputaba por concubinas.

Investigado el origen y antigüedad del celibato eclesiástico, discutamos ahora sobre su conformidad ó repugnancia al derecho natural y á todas las leyes existentes de origen divino y humano. Una costumbre, practicada por JESUCRISTO, por MARÍA SANTÍSIMA, por los Apóstoles y por tantos varones eminentes en santidad y sabiduría, como han florecido en la Iglesia, en el trascurso de diez y nueve siglos, no puede ménos de ser santa, pura é inocente; y por consiguiente, avenible con todo derecho y ley conocida: de lo contrario, sería preciso calificar de criminales á los numerosos varones que hemos referido, empezando por el mismo Hijo de Dios, por la Bienaventurada VIRGEN MARÍA, y concluyendo por todos los santos sacerdotes, que ocupan los altares: cuya consecuencia no puede admitirse, sin contradecir la Historia, sin ofender la justicia, sin contrarestar el sentido comun, sin faltar á la verdad; luego, es preciso confesar, que la continencia clerical, léjos de oponerse á ley alguna divina ó humana, está muy conforme con ella.

En efecto, una práctica, autorizada con el ejemplo de tantas eminencias en santidad, de tantas entidades en sabiduría; una práctica, prescripta por los Romanos Pontífices, sería una impiedad incalificable, un crimen imperdonable, considerarla reñida con las leyes de origen divino, natural y humano.

Si existiera alguna ley en la naturaleza, que prescribiera el matrimonio sin restriccion de ninguna clase, todos los individuos de la especie humana vendrían obligados á casarse; y ¿cuántos hay de uno

y otro sexo, que por impotencia, pobreza y repugnancia, son ineptos para el matrimonio? Si existiera alguna ley, de cualquier índole y procedencia que sea, que proscribiera el celibato eclesiástico, se hubieran ocupado de ella los historiadores, sábios y políticos del mundo. ¿En qué consiste pues, que en el trascurso de los diez y nueve siglos que está vigente la continencia clerical, nadie ha reclamado contra ella? ¿Acaso los incontinentistas, con quienes nos las habemos, serán más celosos, más hábiles y escrupulosos, que los sábios y filósofos referidos? Si existe alguna ley, que anatematice el celibato, ¿por qué los perseguidores del Clero católico no atacan á los libertinos, que renuncian al matrimonio, para vivir en el desenfreno y el libertinaje, que escandalizan á la sociedad? Confesemos, pues, que la profesion de célibe no cae bajo la prohibicion de ley alguna, á no ser que su existencia haya escapado al conocimiento de tantos sábios, como cruzaron la tierra, de tantos santos, como venera la Iglesia, de tantos sábios legisladores y hábiles políticos, como florecieron en los Estados.

Por lo demás, la ley del celibato responde á la santidad del sacerdocio y al decoroso ejercicio de sus nobles y elevados cargos. La condicion de célibe es tan correlativa al sagrado ministerio que, sin aquélla, es moralmente imposible el ejercicio de éste; porque son tales los obstáculos, que el matrimonio siembra en el terreno práctico de la vida, que ni el celo más ardiente, ni la virtud más acrisolada, ni la sabiduría más brillante, bastan á vencerlos.

Los deberes del sacerdocio se reducen á sacrificar, orar, administrar sacramentos, enseñar y cuidar los enfermos y los pobres. Ahora bien: todos estos actos

ministeriales del sacerdote son incompatibles con el matrimonio: luego, la condicion de célibe es aneja, es esencialmente inherente á la dignidad sacerdotal. Empecemos á demostrar individualmente la enumeracion de las partes, que constituyen el ministerio sacerdotal.

La naturaleza de la víctima divina que se ofrece, el lugar en donde se ofrece, y el sujeto á quien se ofrece, exigen, por sus circunstancias de santidad, á los sagrados ministros una pureza angelical. En efecto. ¿Quién es esta víctima, inmolada en el augusto sacrificio del altar? Es el mismo Dios humanado por el delito ajeno; es aquel sér puro, inmaculado y santo; es el mismo sol de justicia que disipa, con sus ardorosos rayos, la más imperceptible sombra de pecado; es el que depuró de la mancha original el seno virginal de María, para hacerlo su digna morada; es el que abolió las impurezas legales de los judios, sustituyéndolas con las santas prácticas del Evangelio. Es, pues, increíble que el Dios de la santidad, que tomó tantas precauciones para que no fuese empañado el brillo de su divina doctrina, consintiera contaminarse con las inmundicias conyugales de sus ministros. La antigua ley, sombra de la nueva, alejaba á los sacerdotes del tálamo nupcial, cuando habian de sacrificar. ¿Con cuánta mayor razon los ministros de la nueva ley deben evadir los actos carnales, al sacrificar el Inmaculado Cordero, término de los sacrificios antiguos, víctima real, á la que aludian todas las ceremonias de la Religion mosaica?

El templo, circunstancia local del incruento sacrificio de la ley de gracia, es el teatro del culto divino, es el lugar de la expiacion, es el punto de pro-

piacion, es el sitial depositario de las gracias para el pecador. ¿Cómo osaría funcionar, en este radiante foco de santidad, el sacerdote, manchado á cada instante con el fango inmundo de la liviandad?

¿Y quién es el sujeto, á quien se ofrece la incruenta víctima de la nueva ley? El PADRE ETERNO, implacable rival del pecado, de quien triunfó con la muerte de su propio hijo, sacrificado en bien del hombre; la primera persona de la SANTÍSIMA TRINIDAD. Los pueblos idólatras nos recomendaron ya la pureza en los sacrificios, destinando las doncellas, mas reputadas en santidad, al servicio de los templos; las cuales guardaban estrecha clausura, para no contagiarse con los vicios del pueblo; estando además obligadas á guardar la virginidad con tanto rigor, que la más lijera falta contra esta virtud, era castigada con la muerte.

La oracion, otro de los actos del ministerio apostólico, es impracticable en el terreno conyugal. Siendo el sacerdote el mediador entre Dios y el hombre, no puede prescindir de la oracion, sin huudir á los pueblos en la desesperacion. Habiendo sido el sacerdote entresacado de la masa del pueblo, con el objeto de interceder con Dios por sus pecados, irrogaria á los fieles, que se le han encomendado, perjuicios de mucha consecuencia, si faltára al sagrado deber de la oracion; porque, ¿quién habia de erigirse intérprete de las necesidades públicas y privadas de los fieles, para suplir la falta del sacerdote en la consoladora mision de orar?

La oracion, pues, no se puede desmembrar del ministerio apostólico, porque forma una parte integral de sus sagradas funciones: es así que la oracion es incompatible con el matrimonio: luego la oracion

avoca hácia sí al celibato eclesiástico. En efecto, la oracion pública, de la que á la sazón se trata, busca el silencio, y el matrimonio el bullicio: aquella se retrae del trato y comunicacion de gentes, éste se organiza y se desarrolla en el roce y contacto humano; aquella se alimenta de la calma, del aislamiento, de la soledad, éste de la sociedad, del estruendo y estrepitoso comercio del mundo: aquella se retrae y desembaraza de todos los negocios del siglo, éste se engolfa en todos los asuntos de la sociedad.

La experiencia nos demuestra, que no hay asunto en la sociedad, que más absorba la atencion del individuo, que el matrimonio: las exigencias insensatas de una esposa caprichosa y descontentadiza, la educacion y el presentimiento del porvenir de la prole, los imprevistos incidentes y necesidades apremiantes, que sobrevienen en la sociedad conyugal, son motivos sobrados para dementar y aturdir las cabezas más despejadas y fuertes; en vano, pues, buscaría el sacerdote casado la calma, el retiro y la tranquilidad, para ejercer este importante cargo de su incumbencia ministerial, á través de los elementos estrepitosos de perturbacion, algaravía y bullicio, que rodean la vida conyugal: la vocinglería de los muchachos, el acomodamiento de la familia, la etiqueta de la moda y los compromisos contraidos en la sociedad, turbarían el silencio y el reposo, indispensables á la oracion.

La administracion de Sacramentos, una de las funciones más esenciales del ministerio sacerdotal, encuentra todavia obstáculos más respetables en el terreno práctico. Hay Sacramentos, como la Penitencia y Comunión, que exigen, por su naturaleza de santidad, el celibato clerical en la esfera de su admi-



nistracion; pues recomiendan á los fieles, que los han de recibir, unas disposiciones tan puras de alma y cuerpo, unos requisitos personales de tanta delicadeza, que una sospecha gratuita, un temor vano, un recelo infundado, bastarían á retraer de la frecuencia y uso sacramental al sujeto más despreocupado y más devoto. ¿Qué hombre, por piadoso y entusiasta que sea por la Religion, descubrirá su pecho en el tribunal de la Penitencia, á un confesor que, por su estado social de casado, inspira desconfianza y sospechas fundadas de revelar el secreto sacramental?

Además, un sacerdote casado está expuesto á las mismas inquietudes, corre los mismos peligros, se rodea de las mismas miserias, tropieza con las mismas ocasiones, que el resto de los hombres. ¿Qué garantías, pues, ofrece al infortunio ageno? ¿Qué lenitivo se reserva para el dolor de sus semejantes? ¿Qué remedios se promete aplicar al llanto y tribulacion de sus infortunados hermanos? Los fieles, desesperados de encontrar alivio á sus dolencias, se retraerían del tribunal de la penitencia, despues de haber implorado en vano recursos de consuelo á unos hombres, que, aunque llamados por su carácter á proporcionar el bálsamo de la caridad á la desgracia, por su estado matrimonial, han de menester de iguales recursos, que sus compañeros de sufrimiento.

La confesion es un acto religioso, extremadamente suspicaz y susceptible: hasta los cristianos más discretos y piadosos, se estremecen de temor, al practicarlo: todos sienten, al llenar este deber de la Religion, un religioso temor, una aprension inexplicable, un rumor irremediable: estas impresiones, que experimenta en su ánimo atribulado el peniten-

te, al descargar su conciencia, se agravarían sin disputa con las fundadas sospechas, que recaerían sobre el sacerdote casado, de descubrir la confesion; y entónces, ¿habría muchos que, ante tamaños inconvenientes, se acercáran al santo tribunal de la Penitencia? ¡Ah! ¡veríamos desiertos estos lugares expiatorios de la culpa! ¡veríamos abandonados estos sitios de reconciliacion! ¡veríamos á la confesion hundirse en el desprecio público!

Por otra parte: ¿cómo recomendar la pureza y los demás aprestos morales de santidad, á los que frecuentan el Augusto Sacramento del Altar, cuando el ministro conficiente y administrante se deja ver, embrutecido con los goces carnales, en el espléndido banquete de los ángeles? Ante el ejemplo diario del sacerdote casado, ¿no sería ridículo recomendar á los fieles comunicantes las acrisoladas disposiciones de santidad, que reclama tan venerando Sacramento? ¿Cómo el pueblo cristiano había de esforzarse por adquirir la pureza, el aseo y limpieza indispensables, para participar del eucarístico pan, de que se alimentan los ángeles, cuando el sacerdote asistía impuro á la Iglesia, para disfrutar igualmente el divino manjar?

Es forzoso confesar, que el matrimonio clerical desprestigiaria la Santa Eucaristía, de que se alejaría el pueblo devoto, escandalizado del uso que hacia de la mujer, y mofándose de las disposiciones físicas y morales, que se exigen á los sujetos, que aspiran á recrearse con el eucarístico alimento.

Por lo que respeta al resto de los Sacramentos, se tropieza con los mismos inconvenientes, que ofrecen la Eucaristía y Penitencia; retardando además el matrimonio clerical la administracion de aquellos.

con notable perjuicio de los fieles; pues corría riesgo que, al ocurrir un caso sacramental de perentoria y urgente aplicacion, sobreviniera á la vez á la familia sacerdotal un revés imprevisto de fortuna, un siniestro inesperado de esos que, con harta frecuencia, se experimentan en el trascurso de la vida, á cuyo remedio atendería el sacerdote con preferencia á todas las urgentes necesidades de su ministerio, aplazando el cumplimiento de su deber, en beneficio de su propia casa y en daño de tercero.

Quizá haciendo un esfuerzo de abnegacion, desoyera el grito de la naturaleza, y atendiese á la voz de la conciencia; pero en este caso, procedería precipitadamente en el desempeño de su ministerio, administraría el sacramento, ó prestaría el servicio, demandado por el público, maquinalmente, sin aquella actitud madura, reflexiva y devota, que edifica al pueblo, y exige el cumplimiento de tan alto y sagrado deber. En efecto, profundamente conmovido por el desagradable incidente que le habia ocurrido; moralmente herido por el sentimiento de una desgracia palpitante; gravemente afectado de la catástrofe doméstica, le acompañaría, inquietándole sin cesar, el doloroso recuerdo de los suyos, á quienes habia abandonado, con repugnancia natural, á los brazos del amargo infortunio. Finalmente, de-pues de haber vaciado sobre el enfermo la funesta copa del mal humor, se apresuraría á regresar á casa, para consolar á su familia, cuyos lamentos nunca cesó de oír, cuyas amargas agitaron su corazon, durante el corto plazo que consagró al deber para su angustiadi prójimo, á quien por último, dejó sumido en el dolor.

Los enfermos y los pobres reclamarían en vano

del sacerdote casado los auxilios y consuelos, á que tienen derecho por caridad. Digan sinó los incontinentistas, ¿cómo el sacerdote, abrumado con el peso de las cargas matrimoniales, habia de favorecer á todos los desgraciados, que gimen en el seno de la atribulada humanidad? Es verdad que los ministros del Señor deben ser la Providencia de los pobres, los padres de los enfermos; pero no les es dado, en este estado de propias obligaciones, ejercer la caridad agena en todos los terrenos, á que los llama su ministerio, por muy liberales y generosos que sean; puesto que las atenciones y necesidades domésticas frustrarían sus caritativos deseos, suspenderían é imposibilitarían quizá sus impulsos de galantería, trayendo á su memoria el desagrado de su descontentadiza esposa y los disgustos de familia, en que le podía precipitar un rasgo cualquiera de beneficencia á favor de los pobres y enfermos. ¡Cuántas veces, al alargar la mano de la misericordia, para prodigar una limosna al pobre, al desplegar los lábios para suministrar consuelos al enfermo, recordaría el tiempo y el dinero, que reclamaban las necesidades de los suyos, y suspendería estos laudables actos de caridad!

## CAPÍTULO V

### **Frutos directos del celibato eclesiástico.—Aumento de la población.—Caridad.**

Clasificarémos los bienes del celibato eclesiástico, presentándolos, en la seccion que les consagramos, por orden numérico; á fin de que sus impugnadores se convenzan de la injusticia de su causa, y cesen en lo sucesivo de deprimir las glorias del Clero. El primer beneficio, que reporta la sociedad de tan importante institucion, es el aumento de la población. Por más paradógica é irónica que parezca esta afirmacion, es, con todo, rigurosamente cierta.

En efecto, el Clero influye eficazmente en la procreacion y educacion de la prole, reorganizando muchos matrimonios, descentralizados del conjuntivo círculo de la ley por falta de recursos unos, por oposicion de génios otros, y los más por desafecto y desagrado personal. El Clero, pues, consiguiendo siempre á su mision pacífica, interviene con lisonjero éxito en las desavenencias y divorcios matrimo-

niales, producidos por las causas susodichas: no oficialmente, ó con el imponente y amenazador carácter de juez, no: sino en calidad de padre ó amigo; y en este concepto, pinta á los culpables cónyuges, con tan negros coloridos, las consecuencias de su separacion, que, embargados de pánico terror, y atormentados por la conciencia, se reconcilian pacíficamente. ¿Qué matrimonios, por tercios y rebeldes que sean, no cederán al peso de las razones, que exhibe? ¿no se rendirán á las espantosas reflexiones, que hace? ¿no se convencerán á la fuerza de los argumentos, que presenta? ¿no caerán en los ingeniosos lazos, que por todas partes les tiende el experto y celoso mediador?

El Clero gestiona estos asuntos, naturalmente delicados, por todos los medios que le sugiere la prudencia y el celo, de que está animado: ya recurre á los juicios divinos, advirtiendo á los cónyuges extraviados la tremenda responsabilidad, en que incurren ante el cielo y la tierra, rompiendo los vínculos ligados por Dios, y abandonando la prole á los azares del mundo en una edad tierna, y por consiguiente, expuesta á una ruina segura: ya los instruyen en los deberes, que han contraído en presencia de Dios y del mundo, de auxiliarse mutuamente en todos los desastres, que puedan sobrevenir á la sociedad conyugal, y de proveer á la educacion, subsistencia y acomodamiento de la familia, habida en este estado: ora les hace sórias reflexiones sobre los peligros y escándalos, que ocasionaría su conducta inmoral y disolvente. Los cónyuges, impulsados por el temor á los castigos divinos, convencidos por el consejo, desalentados por el escándalo, que produce su lamentable estado de extravío, y orientados en todos sus de-

beres, se citan, se avisan, se comunican, se avistan y se ponen de acuerdo, entrando de nuevo en todas las obligaciones de la zona matrimonial, y siendo, en lo sucesivo, dechado perfecto de casados y ejemplar vivo de padres de familia.

La nueva reunion conyugal redundaba en favor de la prole; la cual, alejada de la órbita paterna, hubiera perecido de muerte violenta ó de miseria, porque era imposible no estrellarse en los inminentes riesgos, que corría su infantil edad, ó en la vida vandálica, á que la hubiera empujado precozmente el criminal divorcio de sus escandalosos progenitores. No ménos beneficios reporta la sociedad, porque ha evitado las monstruosas consecuencias del libertinaje y desenfreno, á que se hubieran entrado unos individuos, formados en la independenciam de los padres, y por consiguiente, en la vagancia y libertinaje, contando en el número de esos buenos hijos, cuyos servicios y favores utiliza en provecho del público,

La sociedad debe además al celibato eclesiástico los más importantes servicios de caridad. Los clérigos casados hubieran abusado por necesidad de los piadosos bienes, legados á la Iglesia ó corporaciones, frustrando involuntariamente los altos fines de los generosos testadores; porque despues de cubrir escosamente las precisas atenciones del culto, hubieran destinado el remanente de los inviolables fondos á satisfacer las necesidades de la familia, dejando perecer de hambre á los pobres de las parroquias, y defraudando á las funciones sagradas el ostentoso aparato de ceremonias, que encienden en los corazones de los fieles la doble llama de la piedad y devocion, y revisten de pompa y magnificencia las divinas alabanzas. En la hipótesis de estas eventualidades tan

funestas, ¿en dónde encontraríamos esos piadosos legados de esos nobles corazones que, al partir para siempre de este mundo, dieron tan edificantes pruebas de caridad, haciendo á la desvalida humanidad participante de su fortuna temporal? ¿Los encontraríamos en los monumentos de instruccion, piedad, religion y beneficencia, que la sociedad abre hoy á las dolencias, á la ignorancia y á las necesidades de sus desgraciados hijos? En ninguna parte podria la sociedad perpetuar los gigantescos recuerdos de nuestros piadosos ascendientes, porque los clérigos, depositarios de sus sagrados donativos, y encargados de trasmitir de generacion en generacion los elocuentes rasgos de sus hidalgos autores á la posteridad, hubieran aplicado al establecimiento de la familia las rentas testamentarias de culto y beneficencia, que debieran invertir en la fundacion de hospitales, colegios y templos, que recordarán eternamente la grata memoria de los bienhechores, llenando á la vez sus caritativos fines de atender á la magestad del culto y á las necesidades de los pobres.

Por otra parte, el funesto ejemplo de los clérigos retraeria á los fieles de la piadosa costumbre de legar cosa alguna á favor de las iglesias, de las corporaciones hospitalarias, beneficiarias y misericordiosas; y en este caso, la Historia no consignaria, en sus imparciales páginas, las liberalidades de nuestros antepasados, ni los gloriosos asilos de las miserias y dolores humanos, no: reseñaria con escándalo las colosales fortunas de la familia clerical: fortunas heredadas de unos padres, que se enriquecieron fabulosamente á costa de los pobres y de las iglesias: la Historia registraria jueces, juri-consultos, médicos, militares, políticos, procedentes de familias



eclesiásticas, y que habian consumado sus gloriosas carreras á las influencias de los papas, obispos, canónigos, etc., etc., sus padres naturales y legítimos, elevándose á los más brillantes puestos de la sociedad, en tanto que los hijos infortunados de los pobres, se estrellarian contra la sólida roca de la miseria, abrazando una profesion ajena á sus talentos y naturales tendencias, ó se abandonarían, al calor de la loca desesperacion, á una vida vagamunda y errante, dando dias de luto y llanto á la sociedad, en sustitucion de los dulces frutos que, de justicia y derecho, le pertenecieran.

Al extraer una moneda del bolsillo, para remediar las necesidades del enfermo, el sacerdote casado traeria á su memoria á los hijos, cuyo plato habia de preparar, cuyas carnes habia de vestir, cuyo acomodo habia de establecer, cuya educacion habia de procurar; y, ante el recuerdo de tan graves é imperiosas obligaciones de familia, ¿quién seria tan desprendido de los suyos, que no revocara el propósito de hacer bien, formado al calor de la compasion natural? ¡Pobres enfermos, vosotros seriais los primeros en lamentar las amargas consecuencias de las nupcias clericales! ¡Cuántos momentos de consuelo no os robarian las mujeres é hijos de los sacerdotes! ¡En vano buscariais esos halagos y caricias paternales, tan necesarios á vuestra situacion angustiosa, en los ministros del Dios vivo, pues los saludariais tristes y sombríos, sin recoger de sus labios una palabra de consuelo, una frase tierna de amor!

Privados de vuestros padres naturales, ¿qué auxilios podriais esperar ya del mundo? ¿No veis que esos padres adoptivos, que la Religion os ha proporcionado, se han constituido jefes naturales de una familia

numerosa, que reclama de justicia los favores, que gratuitamente se os habian ofrecido? Demolidos tambien los hospitales, establecimientos de beneficencia y de socorro, por la piqueta del matrimonio sacerdotal, ¿á dónde irian á refugiarse las dolencias y padecimientos físicos de la infeliz humanidad? ¿A dónde irian tambien á guarecerse de esa lluvia de males, que los amenaza en el mundo despoblado de caridad. esos tiernos parvulitos, lanzados á los azares y peligros de la vida por el ardiente soplo de la pasión más infame, en cuyo fuego se dejaron arder sus fogosos padres? ¡Pobres criaturas, expuestas á todos los males, que arrastran en su cenagoso curso las turbulentas aguas, que se agitan en el embravecido mar del mundo!

¿Quién habia de suplir la educación y sostenimiento de estos seres desgraciados, si el sacerdote, fatigado con las pesadas cargas del matrimonio, se negaba á soportar este peso? ¡Ah! ¡serian indudablemente víctimas de los artificiosos lazos, que rodean á la imprevisora é inexperta juventud, si por casualidad sobrevivian á las contingencias de la infancia! Sí; porque los clérigos, llamados por su carácter de padres á salvarlos del naufragio inminente de la muerte en el tempestuoso océano del mundo. se verian precisados á evadir todo género de compromisos de caridad ante las preferentes atenciones de la familia: el quejumbroso llanto de sus propios hijos los encadenaria en casa, ahogando los sollozos y suspiros de los extraños; y vosotros, niños desvalidos, pereceriais en el cruel abandono, á que os redujo el siniestro soplo de la desgracia, que saludó vuestra venida al mundo, presagiando, al pié de vuestra funesta cuna, todas las desgracias que han empezado

á turbar el curso de vuestra triste vida: sí; porque los que escapárais á la persecucion de la infancia, creceríais en los presidios y moriríais en los cadalsos, despues de haber dado á la sociedad dias de llanto, negándole los servicios, á que tenia un derecho indisputable.

## CAPÍTULO VI

### **Frutos de caridad á favor de las viudas y huérfanas doncellas, rendidos por el celibato eclesiástico.**

Los sacerdotes suplen, con limosnas y recursos de todas clases, las dolorosas privaciones que experimentan las viudas pobres desde el fatal momento, en que el irresistible soplo de la muerte lanzára para siempre del tálamo nupcial la apacible compañía de sus idolatrados esposos, única columna que las venia sosteniendo firmemente en la carrera de la vida: sí; ellos, imitando el ejemplo tierno de JESUCRISTO y los apóstoles, atienden, con preferencia y puntualidad, á cubrir las faltas de su precario estado de viudez, facilitándoles medios para criar y educar á la familia, privada prematuramente del brazo paternal, que la sostenia desde el mismo instante, en que sus ojos se abrieron á la luz del mundo.

Ahora bien: dígase lo que se quiera: los clérigos casados no podrian suplir en manera alguna las faltas de los finados esposos, en razon de que habrian de sustraer á las urgentes necesidades de la familia, los caritativos recursos que suministrarán á las desvalidas viudas. Son tan egoistas y tan exigentes las mujeres, que desechan todos los actos, que no se

enderezan á satisfacer sus gustos, y saciar, hasta lo inverosímil, sus caprichos y soñadas comodidades: de modo que se creen con derecho á todas las obras de caridad, que sus consortes, despues de haber atendido á las exigencias matrimoniales, practican en provecho y beneficio del prójimo: y ¿cómo la esposa del sacerdote habia de ser tan perfecta, que contemplára, con ánimo tranquilo y rostro sereno, los consuelos, los desvelos, los cuidados y el tiempo, que sus esposos consagrâran á la indigente viuda? ¡Ah! No cabe duda ninguna, de que el sacerdote casado habia de ser ásperamente reprendido por su esposa, cuantas veces obsequiára, con donativos y servicios de caridad, á la menesterosa viudedad; y por consiguiente, se abstendria de prodigar ningun género de auxilio, para eludir los desagradables resultados de la colera, celo y envidia, que su inocente conducta pudiera excitar en el susceptible ánimo de su consorte.

Efectivamente, cualquier dádiva, por insignificante que fuera, una moneda, una pieza de ropa, una visita, por ejemplo, su citaria, en el hogar doméstico, en la sociedad conyugal, un pleito, una guerra, que turbaria la paz y las delicias de la vida matrimonial, acibarando todos los dias, que les restâran de vida á los desgraciados esposos. ¡Cuántas mujeres de esta clase, que hoy encuentran en el celibato eclesiástico los auxilios que reclama su vida solitaria, verian deslizarse el tiempo, que sobreviven á sus esposos, sepultadas en la miseria, y entregadas al llanto, si los sacerdotes arrastrâran las cadenas del matrimonio! ¡Cuántas viudas, abandonadas por estos padres y esposos adoptivos, se prostituirian en la miseria, causando su ruina y la de la prole, y á la

protectora sombra de su estado libre crian la familia con decencia!

Las huérfanas doncellas son acogidas benévola-mente por los sacerdotes, prodigándoles todos los cuidados, que reclama su delicado estado, y suminis-trándoles todos los recursos, que ha menester su con-dicion humilde de pobreza y su dolorosa circunstan-cia de abandono. Con las larguezas y cuidados de los segundos padres, que la Religion, en suplemento de los naturales que han perdido, concede á estas hijas inconsolables de la desgracia, se sustraen á los peli-gros, vicisitudes y vaivenes, á que las expone su es-tado de solteras, alcanzando comunmente ventajoso acomodamientos. La miseria, que rodea á estas desventuradas doncellas, eclipsa las gracias corporales, agravando más las circunstancias de su pobreza, y alejando de los umbrales domésticos á los preten-dientes. El sacerdote acorta las distancias, que las separan de sus amantes, proporcionándoles una dote, análoga á la posicion ó categoría que ocupaban en la sociedad, y supletoria de la falta de sus padres. Estas jóvenes desventuradas, abandonadas por los sacerdotes casados, ¿á quiénes habian de recurrir, que escucháran favorablemente sus pretensiones, le-vantándolas de la postergacion, en que las hundiera un revés irremediable?

Sólo á los clérigos presentarían sus lágrimas; pero sería inútil, porque éstos tendrían hijas que acomodar, y las atenciones de éstas serian preferidas á las necesidades de aquellas. Los clérigos, ligados con los vínculos del matrimonio, no podrían prescindir de colocar á la familia con arreglo á las circunstancias de su posicion, de la que no se permitirían sustraer un óbolo siquiera, por el temor de no perjudicar los

intereses de sus hijos: por consecuencia: ¡qué podrían ya prometerse de estos padres adoptivos, enviados por la Religión, las huérfanas doncellas, de quienes nos estamos ocupando? Lo que podían esperar de las demás clases sociales, á quienes nunca se recurre en estos lances; pues las familias, de que están rodeadas, hacen sospechar, de que serian desestimadas las demandas de esta especie.

Incalculables son los daños, que se causarían á sí propias y á la sociedad estas doncellas, si llegaban á desesperar de su acomodamiento nupcial: hastiadas de esperar en vano un porvenir incierto y problemático; acosadas por la miseria, aisladas en el mundo, era necesario que estuvieran poseídas de la fortaleza de un mártir y de las virtudes de un santo, para no precipitarse en la disoluta vida de la nefanda prostitucion, en la que se mancillaria su virginidad, se empañaria su inocencia, y se eclipsaria su hermosura corporal; siendo juguete infame de los libertinos, que despues de sacrificarlas á sus brutales pasiones, las abandonarían á su furor. La experiencia nos demuestra, que muchas de estas hijas desgraciadas, acomodadas ventajosamente en la esfera conyugal por los sacerdotes, habieran perecido en los impuros brazos de los pérfidos amantes. Este aciago destino tendrían tantas bellezas humanas, como admira el mundo, si el clero, complicado en los negocios matrimoniales, no las hubiera habilitado con sus propias liberalidades, para tomar estado.

Los incontinentistas despreciarán sin duda las razones, en que apoyamos la incompatibilidad del matrimonio con los piadosos oficios de caridad, que hemos mencionado; pero no podrán ménos de convencerse con el ejemplo práctico, que ofrece el Clero

protestante; el que, cediendo á las exigencias del matrimonio que profesa, alterna con las altas clases de la sociedad, en que vive, siguiendo paso á paso sus caprichos, participando de todas sus necesidades ficticias. Este bastardo Clero, colocado en el dictámen de nuestros adversarios, á la altura, civilización y cultura moderna, vive esclavizado por la etiqueta y moda del día: departe amigable y socialmente con la aristocracia en sus lujosos paseos, en sus opíparos convites, en sus fastuosas tertulias, imitando, á costa de sacrificios pecuniarios y personales, la elegancia de sus pomposas costumbres. En efecto, usa de espléndida mesa, viste fastuosamente, adorna sus soberbias casas con un moviliario ostentoso y elegantes decoraciones, se rodea de una servidumbre numerosa y lucida, se anuncia al público con el pomposo estrépito de soberbias carretelas, dándose, en todas las esferas de su vida, un tono jactancioso y mundano, que contrasta escandalosamente con la humildad y modestia, de que en vano blasona.

Por más ridículas y altisonantes que sean estas costumbres del Clero protestante, no pueden, sin embargo, prescindir de ellas: el rango á que se ha elevado, es indispensable para dar lustre á la familia, entrometerla en los círculos sociales, y hacerla resonar en el mundo de la empleomanía. Entre tanto, los pobres, azotados por el hambre, abatidos por las enfermedades, y golpeados rudamente por la miseria, sucumben á la persecucion de la desgracia, maldiciendo el día de su nacimiento, y siendo juguete de la desesperacion, de la envidia y de la indignacion, que les causa la abundancia, en que nadan los ricos, y la pompa y galas, que usan las vanidosas hijas del siglo.

---



## CAPITULO VII

---

### **Frutos del celibato eclesiástico á favor de las ciencias, artes, vida monástica, paz, política y misiones**

Las ciencias y las artes hubieran sucumbido al hierro de los conquistadores, que cruzaron la tierra, esperando en vano una mano bienhechora que las salvára de las ruinas, á que eran reducidos todos los pueblos, que marcaban la desastrosa carrera de sus belicosas correrías, si el Clero, embarazado con las trabas matrimoniales y preocupado con los imperiosos deberes de la familia, no hubiera acudido en su defensa, ofreciendo por su rescate sumas muy crecidas y servicios personales. ¿Acaso eran compatibles con la esposa y los hijos los desesperados esfuerzos, que emplearon los papas y las categorías todas del Clero regular y secular, para salvar las letras de las preocupaciones de ignorancia, de la destructora mano de los tiempos y de los azares de las guerras, que, en todas las épocas del mundo, han azotado los pueblos? ¿Cómo estos padres naturales del saber humano, hubieran usurpado á sus familias el tiempo y

el metálico, que invirtieron en la adquisición de los preciosos manuscritos de la antigüedad? ¿Qué ciudadanos, apasionados por las letras, se hubieran avisado con los bárbaros del Norte, para reclamar, y obtener á favor de las ciencias el indulto de exterminio y ruina, á que estaba condenado todo lo existente?

¡Ah! ¡estas empresas eran exclusivamente propias del solitario monge, cuyo porvenir se reducía á la angosta celda que ocupaba, ó del sacerdote secular que, ajeno á todas las afecciones terrenas, sólo aspiraba al interés público! Los papas y el resto del Clero, como hemos consignado en su competente lugar, avocaron así á todos los sábios de su época, y los consagraron á trabajos literarios, dándoles comisiones, para recolección en las bibliotecas todos los tesoros científicos, esparcidos por el mundo y expuestos á caer en las llamas, ó á ser envueltos en las ruinas de los pueblos. Estos servicios de literatura costaban caros á la Iglesia; pues, á más de los enormes gastos que pagaba á sus autores, daba gratuitas recompensas, ofrecía premios importantes, y hacía honrosas distinciones á los que desempeñaban con más celo y actividad sus respectivos cometidos, ó á los que descubrian secretos, proponian mejoras, ó inventaban reformas en la brillante zona del saber. Nunca fracasaba plan alguno científico por carestía de recursos, porque la Iglesia se había hecho un deber, en aquellos tiempos de ignorancia y de peligros, de proteger los talentos y las empresas de los sábios, que tendian á esclarecer el horizonte de las letras.

Este movimiento que los individuos del Clero dieron, en todas las épocas del mundo, á las ciencias,

artes, comercio é industria, es parto feliz del celibato que profesa; y sino, digannos los amantes del matrimonio eclesiástico, ¿qué clase de la sociedad civil se hubiera ausentado, por un plazo indefinido de tiempo, de los muros pátrios y de los techos conyugales, para defender la santa causa de las letras á costa de sus intereses? ¿Se oculta á nuestros adversarios, que un individuo cualquiera, encorvado con el peso de una mujer y de sus hijos, por muy inflamado que estuviera con el fuego santo de la pasion científica, no hubiera podido sofocar el grito, en que hubiera prorrumpido la naturaleza, al ofrecer en aras del saber todos aquellos sacrificios, que hemos referido del Clero católico? En la hipótesis, pues, de que los papas, obispos, etc., etc. hubieran sido casados, hubiesen destinado el tiempo y las sumas, empleadas en el desarrollo y cultivo de las letras, en proporcionar recursos á su familia, en cumplir las urgentes y obligatorias atenciones del matrimonio. Es preciso confesar, que la continencia clerical fomenta y difunde la instruccion por todas partes, removiendo los obstáculos, con que tropiezan su progreso y cultura en las órbitas nupciales.

Las instituciones monásticas, veneros de sabiduría, derivan tambien del celibato eclesiástico. Ligados en el mundo por los lazos matrimoniales, muchos individuos de la sociedad hubieran utilizado sus talentos, su vocacion y acaso sus colosales fortunas, en profesiones, reñidas con sus tendencias naturales; pero desprendidos de los compromisos de familia, y haciendo un santo uso de la libertad de estado, se refugiaron en el cláustro, á cuya sombra protectora, siguieron sus carreras, y abrazaron el sacerdocio, honrándolo con las vastas producciones de sus eru-

ditas plumas, que sembraron de sabiduría el mundo, y enriquecieron de volúmenes las bibliotecas; obras portentosas que marcan la ciencia de su época, y sirvieron de germen al saber moderno de los pueblos.

¿Cómo los sacerdotes casados se hubieran sepultado en el polvo de las escuelas, batiéndose con la ignorancia y los hábitos grotescos de la mayor parte de sus alumnos? ¿Cómo, atolondrados con los gritos y confuso clamoreo de los muchachos que los rodearían, hubieran los sacerdotes casados ornado el siglo en que viviesen, con los brillantes partos de su ingenio y los fenomenales frutos de su magisterio? ¿Cómo el sacerdote casado hubiera hecho brotar de las duras rocas del claustro esas fuentes perennes de sabiduría, cuyas cristalinas aguas, derramadas por el orbe, fecundizaron los áridos campos de la ignorancia? ¿Cómo, en fin, un sacerdote casado, hubiera consagrado todos los días de su vida á la contemplativa profesion del estudio? Libre, pues, de todas las trabas mundanales que amarran al suelo natalicio á las demás clases sociales, el Clero regular, al que principalmente aludimos en este lugar, desplegó, á la calma de las solitarias mansiones del claustro, las alas de su fecundo ingenio, y abrió un dilatado campo al curso progresivo de las letras.

No intentamos demostrar, que solo el Clero refleja las glorias literarias; pues, confesamos de buen grado, que los seglares han coadyuvado, de palabra y por escrito, á la procreacion y propaganda científica; desprendiéndose de esta franca confesion, que no separamos el matrimonio de la profesion del estudio á tan inmensas distancias, que nunca jamás puedan llegar á juntarse; puesto que la Historia, juez impar-

cial á cuyos fallos nos sometemos gustosos, registra muchos varones de celebridad, que, apesar de su estado conyugal, han escrito obras de reconocido mérito, y han derramado por la sociedad copiosos raudales de luz, desde las cátedras que dignamente han ocupado, y fructuosamente desempeñado. Pero las clases seculares han producido alguna que otra individualidad literaria, mientras la clase sacerdotal se ha consagrado colectivamente al estudio y trabajos mentales.

Los particulares han adoptado la honrosa profesion de escribir y enseñar, por cálculo y especulacion: la han adoptado, como un medio de explotar la subsistencia: así es que, al desempeñar alguna cátedra, al escribir alguna obra, ó al sostener algun papel en el mundo de la ciencia, han obedecido al sueldo, única causa que los lanzára á la vida pública, á servir en las regiones de la inteligencia á la sociedad. Sus servicios, prestados á la brillante causa de las letras, eran muy caducos, puesto que se reducian á los estrechos limites de una facultad, ó de un ramo cualquiera de la ciencia, y obedecian, por otra parte, á la problemática causa del sueldo: de modo que, cuando eran obligados á profesar nuevas asignaturas, ó faltaban los alicientes pecuniarios, se retiraban á la vida privada, negando sus servicios intelectuales á la sociedad: otras veces, un cambio de posicion era bastante para alejar del magisterio público á los profesores seculares; pues cesaba la necesidad de recursos, única causa que los habia inducido á la noble profesion de enseñar.

¿Estaba sometida á estas circunstancias de inconstancia y variedad la instruccion, que prodigaba la clase sacerdotal? De ninguna manera; porque,

además de que todo el Clero se dedica exclusivamente al cultivo de las letras, no exige por estos servicios retribucion alguna de justicia: son inherentes á la dignidad sacerdotal, que le distingue en la tierra; forman parte del ministerio apostólico que ejerce, cuya divisa es enseñar; y por consiguiente, sus servicios á la ciencia son vitalicios, son tan perpétuos, como es el carácter sacerdotal, de que se halla revestido. Contribuye muy mucho á prolongar hasta la muerte los servicios, que el Clero dispensa á la ciencia, su condicion de célibe: la que, atenuando sus necesidades, rechaza el interés, del que dependen absolutamente los trabajos mentales, á que se consagran los particulares: de modo que, el magisterio ejercido por el Clero, es universal, porque abraza todas las ramas del saber humano, á diferencia de la enseñanza secular, que se limita á un círculo determinado: está vitaliciamente garantido por el indeleble carácter del sagrado Orden que ejerce, y por la condicion del celibato que profesa, cerrando la puerta á los vaivenes de fortuna y de política, y á los obstáculos de insuficiencia á que están expuestas las clases seglares, que se dedican á trabajar en el campo de la ciencia.

El Clero, enlazado matrimonialmente y rodeado de familia, contraería muchos compromisos obligatorios, que robarian el tiempo y el silencio al estudio: aspiraría al poder, á los títulos de nobleza, á los destinos de la patria, al afianzamiento de derechos sobre propiedad: ¿y quién duda que este cúmulo de difíciles pretensiones, se había de gestionar con menoscabo de las ciencias, á que se hallaba delicado? Fuerza era emplear todos los arbitrios tumultuosos, á que suelen recurrir los particulares en casos análo-

gos, para llegar á la revindicacion y consecucion de sus derechos: veríamos, por consiguiente, al Clero en los tribunales, sosteniendo pleitos contra los agresores de sus personas, contra los invasores de sus intereses y contra los violadores de sus fueros y prerrogativas: veríamos al Clero mezclarse en las guerras, haciéndose cómplice en la mortandad humana y en la devastacion y ruina de los pueblos: veríamos al Clero teñir sus sagradas manos de paz en la inocente sangre de las víctimas, que cubren los campos de batalla: veríamos al Clero oprimir y esclavizar á la humanidad, y por consiguiente, odiado, maldecido y desprestigiado de todos en el mundo; siendo el blanco de todas las iras populares.

¿Y quién no echa de ver que esta conducta ofensiva, que irremisiblemente seguiria el Clero casado, se opone á su carácter pacífico de padre, contradice, repugna, y contraría al benéfico y dulce espíritu de su mision, que tiende en un todo á reconciliar los ánimos, á consolar la desgracia, y en fin, á practicar, en todos sus conceptos, el bien, y alejar el mal de la abatida raza de Adam? ¿Y qué agente humano habia de mediar, con probabilidad de feliz éxito, en las guerras empeñadas entre el pueblo y el Clero? ¡Ah! si éste se prostituyera en la vida matrimonial, las guerras se eternizarian, exterminando con sus violentas sacudidas al género humano; pues nadie se presentaria en su lugar como mediador, celebrando tratados de paz, ajustando treguas y concertando armisticios.

El Clero célibe interviene en la política con el carácter de padre, y por consiguiente, procuran lo la paz por todos los medios, que le sugieren su celo y su amor á la humanidad, en el revuelto mar de las ven-

ganzas, ódios y furores humanos, sosiega las iracundas olas de las tempestuosas pasiones al soplo suave de la caridad, haciendo marchar, impulsada por los remos de la prudencia, la nave de la vida por la tranquila esfera de la felicidad pública. Al contrario, el Clero casado influiría en el mencionado terreno en calidad de agente, y por consecuencia, causando los disturbios y los conflictos dolorosos, que se suscitan en el agitado campo de las elecciones, puesto que la mano, destinada por su conciliadora misión á cauterizar las llagas de las pasiones, y cicatrizar las heridas de las adversidades, la emplearía en exacerbar los dolores, amargar las penas, y agravar la triste situación de la sociedad con el enardecimiento de las facciones políticas.

Ajeno á toda mira de interés material, desprendido de los lazos de la sangre, funciona el Clero en los negocios públicos á las vivas instancias de los soberanos, á quienes, abriéndoles los libros eternos de los Santos Evangelios, obliga á gobernar los pueblos, que se les han confiado, con arreglo á la sábia y humanitaria jurisprudencia, contenida en los sagrados volúmenes; con cuya justiciera y clemente conducta, garantizan los tributos de obediencia, respeto y fidelidad de los vasallos; tributos que afianzan sus tronos. De otro modo, el Clero se vería precisado, por las necesidades matrimoniales, á negociar por su propia cuenta los intereses de la política, dando, con su interesada intervencion y ganancial influencia en este ramo, mayores proporciones á las turbulencias de las elecciones y al estruendo de los destinos de la pátria, y rompiendo el equilibrio moral, en que mantiene el Evangelio á los reyes y súbditos, á los pobres y ricos, á los débiles y poderosos.



Esos mundos descubiertos y civilizados por la accion noble del Clero, permanecerian eternamente incógnitos á la Europa y en su primitivo estado de natural salvajismo, admitidas las nupcias clericales.

La Iglesia Católica hubiera lamentado el deplorable estado de infelicidad, en que yacian los habitantes de los remotos climas del mundo; pero nunca le hubiese sido dado aliviar su trágico destino, consintiendo el matrimonio á los ministros de la Religion. Porque, ¿qué sacerdote secular ó regular, acariciado por los halagos de una esposa, y subyugado por el cariño de unos hijos, se hubiera expuesto á tantos riesgos, reducido á tantas privaciones, contraido tantos compromisos, combatido tantos obstáculos, arrostrado tantas necesidades, sufrido tantos tormentos, como ofrecen las misiones de tejanas tierras, pobladas de espesos bosques, habitadas de vándalos y salvajes, más feroces é inhumanos que las mismas fieras, con quienes divagaban confundidos, buscando en los frutos silvestres su comun alimento? ¿Qué sacerdote hubiera gastado pródiga y generosamente la vida y los bienes de fortuna, á que tenía un sagrado y legítimo derecho su familia, batiéndose con el indómito turco del Africa, con el antropófago del Asia, con el salvaje de América y con las fieras humanas de la Océania?

Veamos, sinó, el ejemplo del Clero protestante, á quien los vínculos del matrimonio encadenaron á los encantos domésticos, privándole de la aureola de las misiones. Este sólo se presentó en las nuevas zonas del mundo, descubiertas por el Clero Católico, cuando, gracias á la proclamacion oficial del Santo Evangelio, cesaron los peligros y cundia la civilizacion: entónces, se presentó á sembrar la cizaña de su credo.

religioso en los cristianizados campos de los infieles: entónces, émulo de las glorias de nuestros misioneros católicos, fueron á disputarles las conquistas de Religion y civilizacion, con que éstos, desafiando peligros y arrostrando toda suerte de sacrificios, agrandaron fisica y moralmente los horizontes de la vida humana.

## CAPITULO VIII

### **Ingrata correspondencia de la sociedad con el Clero.**

Al sostener la doctrina del celibato eclesiástico, hemos indicado ocasionalmente los pingües frutos, que ha rendido á la sociedad, contestan lo á la vez á los argumentos, que le dirigen los entusiastas defensores del matrimonio sacerdotal. ¡Es posible que la benemérita y respetable clase clerical haya de ser duramente censurada, ásperamente reprendida é injustamente calumniada y perseguida, por profesar un estado beneficioso de perfeccion evangélica, que tantos favores prodiga á sus mismo detractores! ¡Es posible que una clase tan amable y tan hidalga, que renuncia espontáneamente á todos los goces materiales de la tierra, á todas las afecciones humanas de la sangre, para sacrificarse gozosa en aras del bien comun, haya de recibir, en recompensa de sus extraordinarios servicios, los insultos, la befa y las ofensas del público! ¡Es posible que la ingratitud del hombre raye tan alto, que se valga de los beneficios

que recibe, para ultrajar y perseguir sin tregua á sus cándidos bienhechores!

Si, porque el Clero ha intervenido siempre en los negocios del siglo, evitando males y causando bienes á la sociedad; y sin embargo, su benéfica conducta ha sido acogida, con marcadas muestras de desprecio y mofa, por los mismos, en cuyo provecho han refluído sus humanitarios servicios. Fijemos nuestra atención en todas las posiciones sociales del Clero; sigámonle en todas las direcciones, en que ha marchado, y marcha por las diferentes veredas que cruzan el mundo; reflexionemos maduramente sobre los resultados halagüenos, que dan sus pasos, impresos en la carrera de la vida pública y privada; pesemos escrupulosamente, en la imparcial balanza de la severa justicia, los efectos lisonjeros que ha producido en todas partes su conducta, y nos convenceremos definitivamente, de que esta clase, desprestigiada y desacreditada en la sociedad, olvidándose de sí misma, se ha ocupado incesantemente en promover, por todos los medios que estaban á su alcance, la felicidad temporal y espiritual de sus semejantes. En donde quiera que ha impreso sus liberales huellas, ha dejado eternos vestigios de su humanidad, ha hecho sentir la provechosa y útil influencia de su acción salvadora, batiéndose con la desgracia del hombre, y haciendo incansables esfuerzos para su alivio y bienestar.

El Clero desde la encumbrada region del poder, á que le elevaron sus relevantes méritos, hizo descender sobre la sociedad una lluvia copiosísima de beneficios: redujo la cifra de los presupuestos generales, reorganizó, bajo las bases de economía y moralidad, la empleomanía de los Estados, alijó las

cargas públicas, moralizó las costumbres de la Corte, abatió el orgullo de los grandes, reivindicó los derechos del pueblo, suavizó los códigos, moderó el rigor de las leyes, hizo florecer las letras, protegió las artes, impulsó la industria, dió vuelo al comercio; y sin embargo, estas reformas útiles é importantes, en vez de ser eternamente aplaudidas, proporcionaron á sus constantes bienhechores los odiosos calificativos de intrusos, oficiosos y monopolizadores de negocios extraños á su carácter y á su mision espiritual.

Florecieron el Clero en virtudes y sabiduría, los reyes, á más de confiar á su santo celo la direccion de sus conciencias, adoptaron tambien sus consejos en la vida gubernativa; y ¿cómo hallar en la naturaleza compás, adecuado á medir equitativamente la magnitud del bien, que produjo al público su doble mision de confesor y director de los príncipes? No cesaba de recomendar á sus clientes y confesados soberanos la clemencia con los pueblos, convenciéndolos, de que los súbditos eran sus hijos, confiados á su mando paternal por Dios, ante quien habian de comparecer un dia á responder de su real administracion: por manera que, aleccionados con éstas y parecidas instrucciones, sacrificaban su amor propio, deponian el orgullo, abandonaban el espíritu de venganza, y se declaraban padres de los súbditos, que les habia confiado Aquel, que, con propiedad y derecho, se intitula Padre universal de todos los hombres; Aquel, en cuya presencia solo se distingue el noble del plebeyo, el rico del pobre, el poderoso del débil, el rey del vasallo, por sus virtudes, por sus acciones.

¿Qué honor, ó qué premio, puede la sociedad acordar á estos génios benéficos de la Religion, que

retribuya, siquiera remota y parcialmente, tamaños beneficio? ¿Hay termómetro, humanamente conocido, que marque los grados de gratitud, que merece una conducta tan generosa, tan liberal y caballeresca? ¿Por ventura hay en la especie humana algún sér, ó colectividad alguna, que se aproveche de la pujanza, que le concede la fortuna, para hacer felices á los pueblos? Con todo, el Clero es, en torno de los soberanos, un intrigante, un embaucador, un invasor de la potestad secular; es todo lo que inventa la mal reprimida pasión de ódio, que los libertinos profesan á esta veneranda clase de la sociedad.

El mundo, siempre agitado por las tempestuosas pasiones, amenaza envolver en una espantosa catástrofe á los míseros mortales: el Clero, contemplando, al silencio de su vida, los precipicios de muerte, á que marcha á pasos agigantados, es el primero que se apercibe de los sérios peligros, que corre: se muestra ya impaciente por salvar la humanidad del trágico destino, que la aguarda; pero, á fin de no ser reducido á la ruina comun, y llevar, por otra parte, á cabo su benéfico intento, renuncia á las delicias de la sociedad, rompe en pedazos los vínculos de la patria y de la sangre, y huye consternado al desierto; en donde, á la calma de la noche y á la claridad de la luna, delibera tranquilamente sobre los medios de sustraer á sus atribulados hermanos del naufragio, que padecen en el borrascoso mar del mundo: inspirado por Dios, averigua que los pecados han suscitado la tempestad de males, que aquejan á sus semejantes: ofrécese al cielo como víctima expiatoria del comun delito; y para que sea aceptada, procura hacerla digna con los ayunos, abstinencias, maceraciones y austeridades, á que sujeta desapiadadamente su

cuerpo: y á costa de estos sacrificios, logra aplacar y satisfacer á la Divina Justicia, que al fin perdona al hombre, volviendo la sociedad á su natural actitud, respirando, en todos sus ángulos, la dulce brisa de la paz, de la libertad y de la salud, merced á los sacrificios personales que él ha ofrecido, y ofrece de continuo en la soledad, mientras ella se embriaga de placeres, y se engolfa en los peligros.

Unos rasgos tan maravillosos de abnegacion, unos sacrificios tan heróicos, unos ejemplos tan ilustres y tan insólitos de galantería, unas pruebas tan elocuentes de desprendimiento, unas muestras tan marcadas de amor hácia la humanidad, debian esculpirse en gloriosos monumentos de eterna memoria, para trasmitirlas á la posteridad, de generacion en generacion, no sólo por los elocuentes conductos de la Historia, sino tambien por los honrosos canales de la tradicion. Pero ¡ah! ¡que el mundo corresponde con la más negra ingratitud á tantas finezas, recordando con indignacion estos inmensos servicios, y tildando á sus inofensivos autores de ilusos, groseros, ignorantes y fanáticos!

El Clero regular, imitando á los anacoretas en el noble empeño de contener la sociedad en el impetuoso torrente de las pasiones con las poderosas áncoras de la penitencia, se aleja del agitado campo del mundo, y se encierra en el solitario claustro, del que hace brotar por medio de la mortificacion, oracion y estudio, una fuente inagotable de consuelos para la dolorida humanidad.

Libre del pavoroso estruendo de los vicios, acomete la generosa empresa de espiar el delito ajeno, á imitacion de su Divino Maestro, con la guerra á muerte que va á declarar á su cuerpo en la soledad,

á fin de que nadie pueda mediar en las sangrientas batallas, privándole de los laureles de una segura victoria, con que ha resuelto firmemente honrar su muerte, y atregar la vida y la felicidad de sus semejantes. Los funestos y diversos males, que acosan por donde quiera al género humano, son las terribles huestes, con quienes se ha de batir en esta ocasion el Clero regular; pero ántes de salir á su encuentro, y librar la batalla, estudia, á la calma y al silencio del monasterio que se ha elegido por tumba, los medios de triunfar. Cada individuo de la familia clerical, que se ha encerrado en las cárceles monásticas, se adiestra en el uso de las armas especiales que debe manejar, para derrotar al enemigo, y guardar el puesto, que se le designe en el teatro de la guerra; y despues de haber hecho este estudio en particular, se asocian, formando un ejército poderoso, que se lanza al mundo precipitadamente, aplastando á sus enemigos con la caridad y sabiduría, á que se reducen todas las armas, en cuyo ejercicio se hallan bien impuestos, ó sean todos los remedios, que han de oponer á los contratiempos y necesidades de índole diversa que invaden la sociedad, y que son los enemigos, con quienes se han de batir.

Cada individuo de la falange de solitarios, que se deja ver en los campos del dolor y del llanto, ofrece un recurso medicinal, proporcionado á la índole y carácter del mal, que ha jurado exterminar: así es que se aglomeran tantos y tan diversos antidotos en las desgarradoras escenas de la desgracia, cuantas son las clases de enfermedades y miserias, que agobian á sus atribulados hermanos; y como forman el proyecto de vencer, ó morir en la lucha, regresan vencedores á sus mansiones solitarias, ó se quedan



en el campo confundidos con los enemigos, salvándose siempre la sociedad. Este acomete la ignorancia, aquel ataca el orgullo: uno embiste la tiranía, otro impugna la esclavitud; quien combate la peste, quien persigue la miseria. Cuando termina la campaña, invita la milicia religiosa á los pueblos, á recoger el botin y despojos de las huestes enemigas; y negándose tenazmente á recibir el sueldo de sus leales y heroicos servicios, abandona el mundo á los goces de tan brillantes victorias, y se restituye al claustro, á reanudar los ejercicios duros de penitencia, intercediendo con Dios por los pecados del hombre, á fin de salvar su alma, despues de haber salvado su cuerpo.

¿Hay hombres más acreedores á la gratitud pública, que los clérigos encerrados en el claustro? ¿Quiénes hay más dignos, que estos bienhechores del género humano, de las estátuas, mausoleos y tantos otros monumentos de gloria, que el mundo, en un momento de frenesí y de entusiasmo, decreta á los aventureros y conquistadores? Y sin embargo, estos incansables promovedores del bien público, estos médicos del género humano, estos ángeles del consuelo, son objeto de la befa más irritante, del sarcasmo más cruel y de la sátira más mordaz, al ejercitarse en estas obras estupendas de caridad: estos sufridos y pacientes individuos del Clero regular, reciben, en recompensa de sus heroicos servicios de caridad, de sus penosos sacrificios, los denigrantes sobrenombres de holgazanes, hipócritas, descorteses é impolíticos: ¡tan cruelmente corresponde la degradada sociedad á esos génius celestiales, enviados por la divina Providencia, para arrancarla de las puertas de la muerte, adonde la condujeron los hijos

del mundo, por cuyo honor se desvelaba y por cuyos gustos se sacrificaba!

El Clero interviene, en calidad de mediador, en las pendencias que estallan con frecuencia en el seno de la familia, logran lo por lo regular reconciliar las partes encontradas: con igual éxito, se mezcla en los enojosos asuntos de intereses materiales que se suscitan en la esfera privada, evitando con su pacífica mediación esos famosos pleitos, que se entablan en los tribunales de justicia, cuyos jurídicos procesos se eternizan, empobreciendo y abatiendo á los litigantes. y levantando, no pocas veces, un muro de eterna separación entre ámbas partes contendientes, encontrándolas en el odio, que recíprocamente se profesan. Gracias, pues, á las gestiones pacíficas de este Clero compasivo y laborioso, que se populariza en detrimento de su dignidad y en provecho ajeno, la sociedad conyugal restaura la grata armonía y dulce concordia, que la amenizaba y embelesaba, y el esposo estrecha tiernamente á la esposa, el hermano saluda afectuosamente á la hermana, la hija, herida por el cuchillo del arrepentimiento, se arroja á los piés de la madre, implorando perdón, y toda la familia ostenta en sus alegres rostros el alborozo y efusión cordial, de que se halla poseída desde el mismo momento, en que cesó la tormenta de la guerra doméstica, y amaneció un día claro y brillante de tranquilizadora calma.

Ahora bien: estos beneficios que la mediación del Clero proporciona, en los círculos de la vida privada, á ciertas y determinadas sociedades, hallan á veces amargas quejas y duras reconvenciones de parte de los mismos favorecidos. ¿Cómo se han de conducir, pues, los sacerdotes católicos, aún en la esfera de la

caridad ajena, para no caer en desgracia con sus semejantes? Si el humanitario y gratuito servicio, que prestan á la sociedad en las repugnantes regiones del dolor y de la miseria, no satisface las exigencias del mundo, digan los inconsiderados y desnaturalizados hijos del siglo actual, ¿qué género de sacrificios le restan ya ofrecer en aras de sus hermanos, para conciliarse su voluntad y gratitud?

Ultimamente, deliberando la Iglesia sobre el modo de coronar la obra misericordiosa de hacer feliz á la sociedad, creyó que debía conducir el curso de la existencia física y moral del Clero, por la doble vía de la libertad y de las privaciones; y á fin de que el curso de su vida ni imposibilitara, ni retardara el bien ajeno, le impuso la ley del *celibato*; estado de perfeccion, recomendado en los Evangelios, iniciado por JESUCRISTO y su Santísima Madre, y sancionado por la Iglesia; estado de perfeccion, que sacrifica á sus profesores eclesiásticos en aras del bien público; estado de perfeccion, en fin, que á más de labrar la felicidad temporal y espiritual de los fieles, santifica á los sacerdotes, y abre paso franco al ejercicio del ministerio apostólico.

Al salvar el umbral eterno de la dignidad sacerdotal, el Clero cedió gustoso á la condicion de célibe que se le exigia, prestando á la sociedad, por cuya felicidad ha estado siempre impaciente, un sacrificio angelical de naturaleza é interés; manantial inagotable de todas las gracias y favores, de que ha sembrado la tierra en el curso de su vida; fecundo venero de todas las virtudes que, cual astros refulgentes, esmaltan el cielo puro de su santo ministerio; base inquebrantable del colosal edificio de caridad, bajo cuyo hospitalario y beneficiario techo, se albergan

los dolores y las miserias todas del mundo atribulado; fuente pura de sabiduría, á donde han acudido los pueblos de todas las edades y de todos los climas, á beber las saludables aguas de la civilizacion y del progreso.

Apesar, pues, de haber dado el Clero este paso tan ventajoso hácia la felicidad de sus semejantes, por la cual renuncia á todos los bienes, hasta el de la misma vida; paso que le aísla, y le incomunica socialmente con los suyos, haciéndole juguete de las viles pasiones, que dominan muchas veces á una servidumbre extraña y egoísta; paso que le obliga á resignar los bienes de fortuna en manos de los pobres; paso, en fin, que le abre la puerta á infinitos disgustos, y que cohonestá, á juicio de sus temerarios enemigos, los rudos ataques de maledicencia y calumnia que se dirigen, por vanas sospechas, á su inviolable honor: apesar, repetimos, de haber dado el Clero este paso, en la carrera ministerial, que rodea su vida de privaciones y sacrificios, á la vez que colma de felicidad al prójimo, cuenta con todos los enemigos que hemos consignado, y que aún en este terreno le hacen una guerra á muerte.

¡Oh! ¡Infames pasiones, que levantais una niebla tan densa en derredor del corazón humano, que interceptais completamente la luz á los ojos de los míseros mortales, sumiéndolos en una oscuridad tan impenetrable, que no aciertan á vislumbrar su propia felicidad! ¿No advierten los ilusos incontinentistas y los alucinados enemigos del Clero, que, matando el celibato eclesiástico, matan su propia dicha? Pero ¿qué importa que se precipiten en la miseria, si hunden en el descrédito á una clase, contra la que no saben cómo desgarrar toda la ceguedad de su có-

lera? El hombre, cuando obedece á la pasion, se hace preceder de una oscuridad palpable que le ciega completamente, extraviándole en el camino del bien, y no dándole á conocer á sus bienhechores: sólo en el instante de disfrutar el beneficio, es consiguiente consigo mismo, bendiciendo la santa mano, que lo prodiga; pero cuando ya lo ha disfrutado, se incorpora á los rebeldes hijos de la Iglesia, coadyuvando la guerra, que hacen estallar contra el Clero.

Estos hombres, tan veleidosos como ingratos, incurren en una lastimosa contradiccion, que pone el colmo á su degradacion; pues defienden y combaten á la par unos mismos principios, unas mismas instituciones, unas mismas personas: defienden, cuando el objeto de su aseveracion les es favorable; combaten, cuando les es perjudicial é indiferente. La misma variedad é inconstancia desplagan con respecto á las personas, á quienes aplauden, cuando les son beneficiosas, aunque perjudiquen al resto de los hombres; pero las vituperan en el instante mismo, en que las gracias, de que se han hecho indignos, se transfieren á sus semejantes. Tales son los egoísticos enemigos del celibato, con quienes nos las habemos, los cuales no saben cómo elogiar las bondades del celibato eclesiástico, mientras refluyen en provecho propio; pero truenan contra él, cuando sirve á la desgracia y necesidad ajena.



## ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

---

	<u>PÁGS.</u>
CAPÍTULO VIII.—Establecimiento ó sociedades beneficiarias. . . . .	5
CAPÍTULO IX.—Conducta humanitaria de Jesucristo y sus Apóstoles. . . . .	13
CAPÍTULO X.—Conducta humanitaria del Pontificado.. . . .	25
CAPÍTULO XI.—Prelados de carácter especial, notables por la caridad. . . . .	38
CAPÍTULO XII.—Prelados célebres por su abnegación á favor del pobre . . . . .	45
CAPÍTULO XIII.—Prosigue la materia del capítulo anterior . . . . .	55
CAPÍTULO XIV.—Prelados que abogaron por los criminales y otros individuos del pueblo. . . . .	63
CAPÍTULO XV.—Continuación de la materia anterior. . . . .	71
CAPÍTULO XVI.—Conclusion. . . . .	82

### TERCERA PARTE

#### CORROBORACION DE LAS GLORIAS CIENTÍFICO-BENEFICIARIAS DEL CLERO: MISIONES.

CAPÍTULO PRIMERO.—Idea general de las Misiones Católicas. . . . .	95
CAPÍTULO II.—Estado social del Asia.—Conducta heroica de los Misioneros . . . . .	111

CAPÍTULO III.—Costumbres religiosas de la China.—Mártires misionistas de la China y del Japon. . . . .	119
CAPÍTULO IV.—Teogonía y Religión de la India.—Misioneros que más se distinguieron en la India. . . . .	134
CAPÍTULO V.—Religion original de la Armenia.—Su primer Apóstol.—Descripción moral de la Tartaria.— Su primer Apóstol.— Misioneros que le sucedieron. . . . .	141
CAPÍTULO VI.—Religion primitiva de la Persia.—Misioneros que la ilustraron con su predicación.—Grandeza primitiva de la Turquía Asiática.—Su Religión. . . . .	152
CAPÍTULO VII.—Esfuerzos de los papas por las Misiones de Oriente.—Misioneros de Esmirna, de Alepo, de Betsaida y de otros pueblos orientales.. . . .	161
CAPÍTULO VIII.—Descripción general del Africa.—Fuentes de las misiones africanas. . . . .	172
CAPÍTULO IX.—Costumbres de la Berberia.—Institucion de las Ordenes de la Santísima Trinidad y de la Merced.—Beneficios dispensados por los misioneros á la Berberia. . . . .	182
CAPÍTULO X.—Nociones generales del estado de Egipto ántes de las Misiones.—Predicacion evangelica en Egipto.—Descripción física y moral de la Guinea.—Frutos de las Misiones en este país del Africa. . . . .	191
CAPÍTULO XI.—Costumbres del Congo.—Su civilizacion.—Degradacion de los abisinios.—Célebres misiones que civilizaron la Abisinia.—Estado de las islas Canarias ántes de ser regeneradas por el Cristianismo.. . . .	200
CAPÍTULO XII.—Descripción de la América.—Islas descubiertas por Cristóbal Colon.—Sus groseras y corrompidas costumbres.—Su regeneracion moral y soc'al. . . . .	213
CAPÍTULO XIII.—Relacion histórica de las costumbres de Mejico.—Misioneros que evangelizaron este imperio, capital de las Américas. . . . .	223
CAPÍTULO XIV.—misioneros que combatieron la peste, que se desarrolló varias veces. . . . .	231
CAPÍTULO XV.—Misioneros que evangelizaron el Brasil.—Conversion al Catolicismo del Perú y	



de Lima.—Sucinta biografía de Santo Toribio, arzobispo de Lima. . . . .	240
CAPÍTULO XVI.—Misiones de la Nueva Granada.—Sus resultados científicos y morales.—Misiones de la Oceanía.—Hermanas de la Caridad en Constantinopla. . . . .	249

CUARTA Y ÚLTIMA PARTE

CAUSA PRINCIPAL DE LAS GLORIAS DEL CLERO:  
CELIBATO ECLESIASTICO.

CAPÍTULO PRIMERO.—Concepto en que tomamos el celibato eclesiástico.—Enemigos de esta institución.—Fin que se proponen. . . . .	257
CAPÍTULO II.—Objeciones que se presentan contra el celibato eclesiástico.—Explicación de la autoridad « <i>Crescite et multiplicamini.</i> ».—Paralelo entre la conducta de los célibes eclesiásticos y la de sus enemigos . . . . .	262
CAPÍTULO III.—Refutación de las dificultades que se oponen al celibato eclesiástico, tomadas de la naturaleza humana, de la hija de San Pedro y de San Pafnucio. . . . .	271
CAPÍTULO IV.—Orígen y antigüedad del celibato eclesiástico.—Su conformidad con toda ley.—Incompatibilidad moral del matrimonio con el ministerio sacerdotal . . . . .	278
CAPÍTULO V.—Frutos directos del celibato eclesiástico.—Aumento de la población.—Caridad. . . . .	289
CAPÍTULO VI.—Frutos de caridad á favor de las viudas y huérfanas doncellas, rendidos por el celibato eclesiástico. . . . .	296
CAPÍTULO VII.—Frutos del celibato eclesiástico á favor de las ciencias, artes, vida monástica, paz, política y misiones. . . . .	301
CAPÍTULO VIII.—Ingrata correspondencia de la sociedad con el Clero . . . . .	315

doctrina de la moralidad...  
de la moralidad...  
de la moralidad...  
de la moralidad...

### CONSTITUCIÓN DE LA MORALIDAD

La moralidad...  
de la moralidad...

La moralidad...  
de la moralidad...

La moralidad...  
de la moralidad...

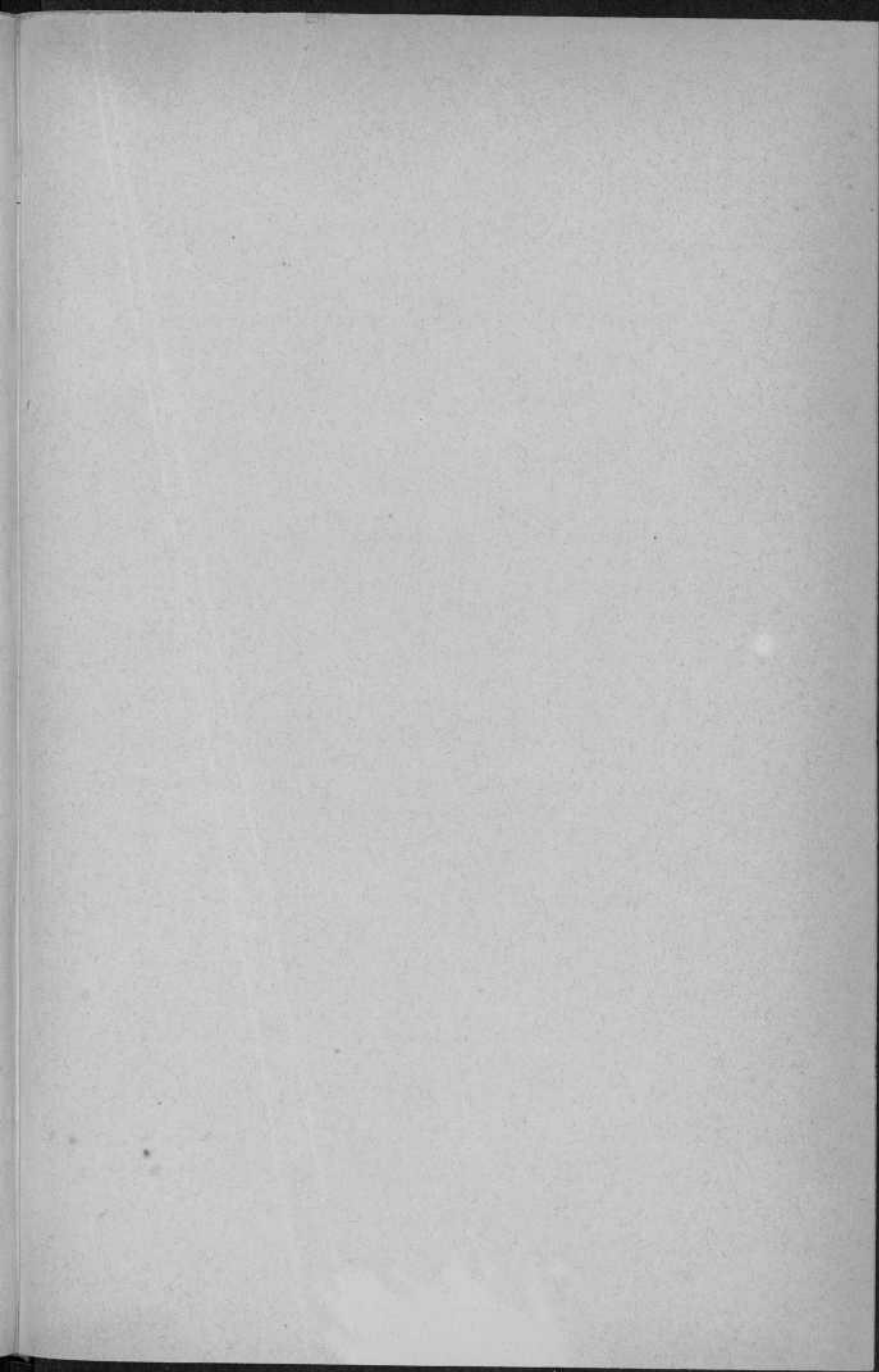
La moralidad...  
de la moralidad...

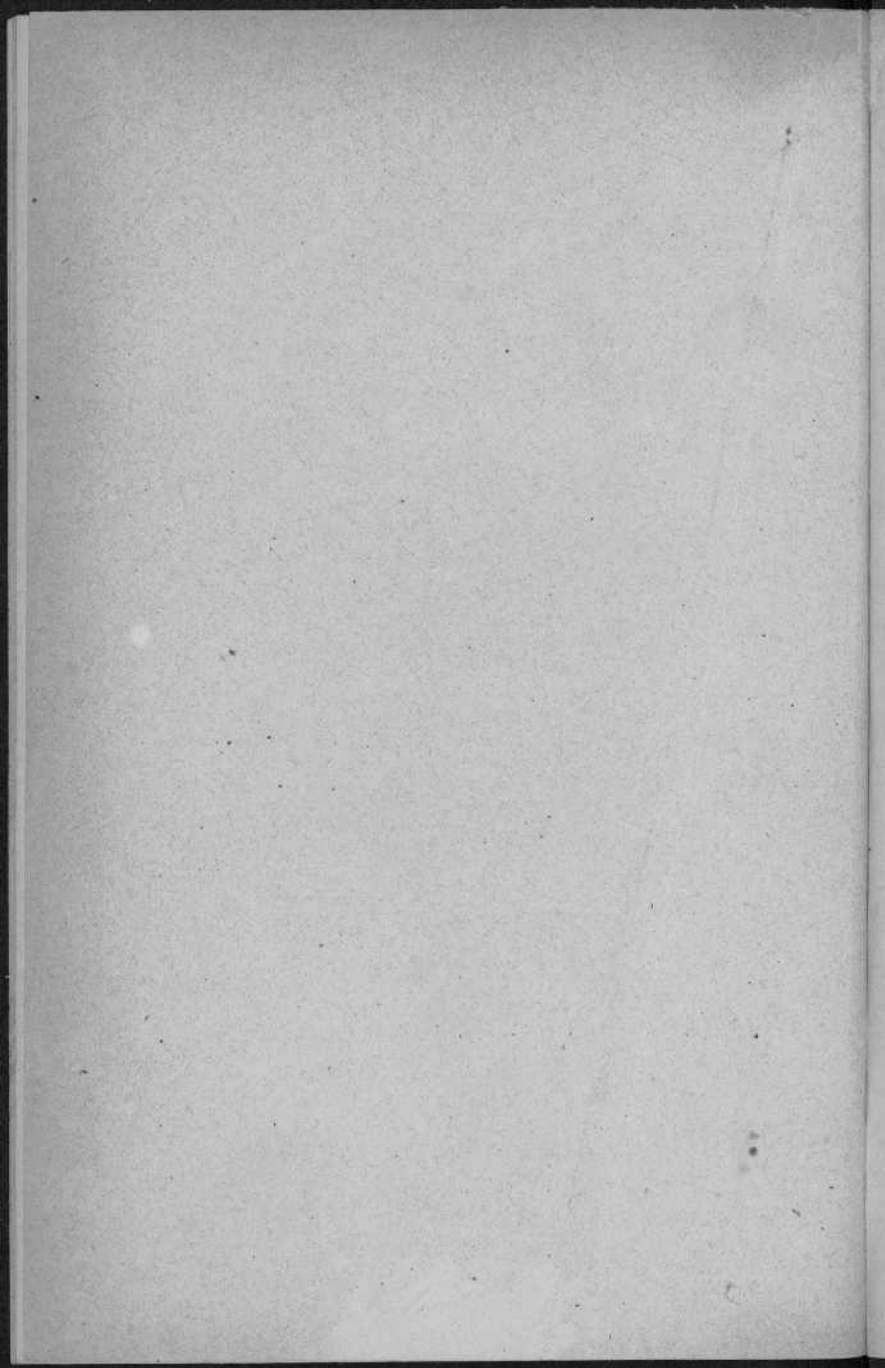
La moralidad...  
de la moralidad...

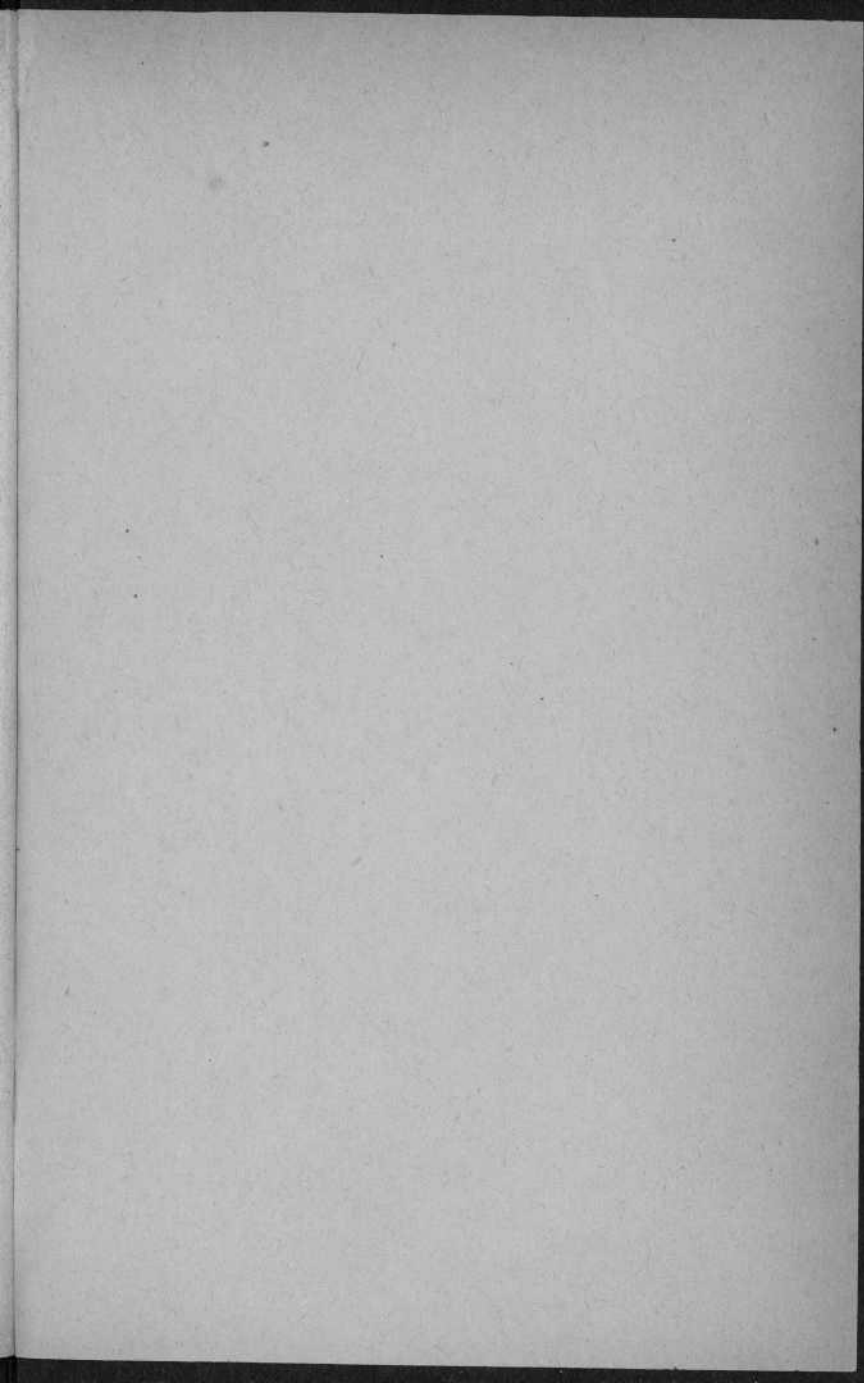
La moralidad...  
de la moralidad...

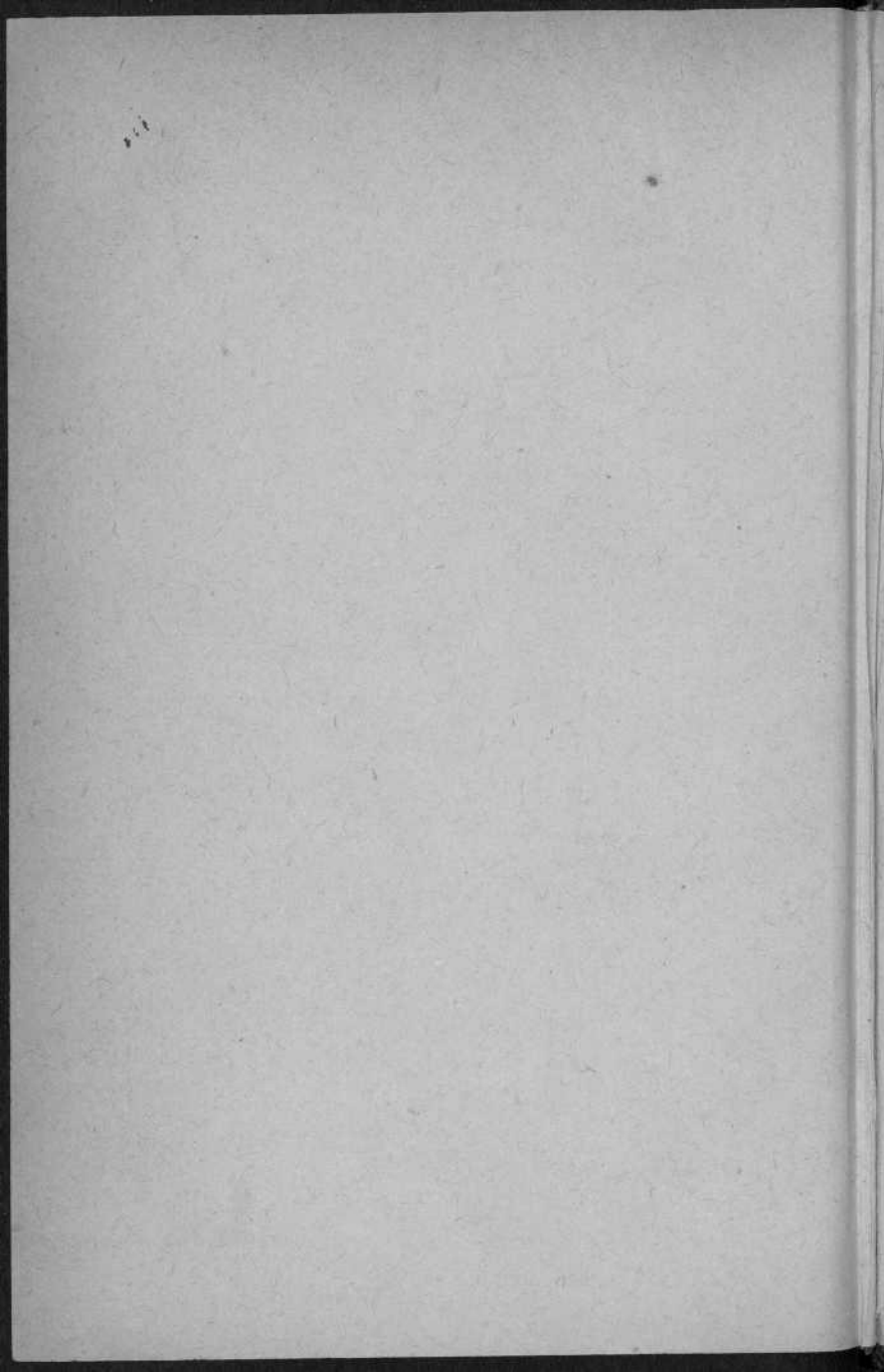
La moralidad...  
de la moralidad...

La moralidad...  
de la moralidad...









14

13



CAUSERA

GLORIAS  
DEL  
CIELO

13.91